

**GUBERNAMENTALIDAD Y DISPOSITIVO DE CONSUMO EN LA
PRODUCCIÓN DE UN HÁBITAT URBANO LOCAL.
MEDELLÍN, 1972 – 2013.**

Sandra Milena Cardona Osorio

Tesis presentada como requisito para optar al título de
Magister en Hábitat

Director
Luis Fernando González Escobar
Doctor en Historia

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Arquitectura
Área Curricular de Construcción y Hábitat
Medellín
2014

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN | 7

PRIMERA PARTE. APROPIACIÓN TEÓRICA Y USOS CONCEPTUALES. HÁBITAT, CONSUMO Y SUBJETIVIDAD | 13

Capítulo primero. Del hábitat y su producción a escala urbana | 15

La espacialidad de la vida humana | 27

El hábitat urbano y su configuración contemporánea | 33

Capítulo segundo. El consumo como dispositivo y los dispositivos del consumo | 45

La gubernamentalidad y la “efectuación” de las libertades contemporáneas a través del consumo | 56

Hábitat (urbano) y hábitats del consumo neoliberal | 67

Capítulo tercero. Subjetividad y producción de subjetividades contemporáneas | 79

La gubernamentalidad neoliberal | 86

Gubernamentalidad neoliberal y consumo | 94

Producción de subjetividades contemporáneas del hábitat y el consumo | 102

SEGUNDA PARTE. ANALÍTICA DEL CONSUMO, LA SUBJETIVIDAD Y EL HÁBITAT LOCAL | 113

Capítulo cuarto. Por una genealogía del consumo | 115

Discontinuidad y emergencia | 122

El dispositivo de consumo local: entre espacios, estrategias y discursos | 145

Capítulo quinto. Subjetividades locales contemporáneas | 165

De neoliberales y consumistas: discursos globales en la formación de las subjetividades locales contemporáneas | 172

Modulaciones y especificidades locales de la gestión empresarial de los individuos y la sociedad | 190

Capítulo sexto. Problematización crítica del hábitat urbano local | 203

De geografías y cartografías del consumo local | 212

Utopías y topologías de un hábitat urbano común | 223

Bibliografía | 235

INTRODUCCIÓN

Ontología crítica del presente

“Medellín, 1972 – 2013”, es la temporalidad en la que se enmarca la presente investigación; aún así, habrá que admitir que dicho rango temporal es dinámico, ya que la problematización está completamente movilizada por el presente mismo en el que se escribe y, seguramente, por el momento mismo en el que se lee; de manera que podríamos ubicarla, de ser indispensable, entre el primer dato cronológico que ya se anuncia, 1972 (sobre el cual no se tiene ninguna objeción como se hará evidente) y, seguidamente, situar un “hasta nuestros días” con algunos puntos suspensivos, los cuales obedecen a una incertidumbre sobre hasta cuando las condiciones de vida contemporáneas mantendrán su vigencia constitutiva. Por tanto, se hace necesario admitir que nuestra problematización se configura como “una reflexión sobre la historia y un análisis particular del momento singular en el que se escribe y a causa del que se escribe” (Foucault, 2007, pp. 80). Sin embargo, la obligación de ubicar cronológicamente un problema, la cual puede llevar a equívocos, está inscrita dentro de las orientaciones de la disciplina histórica y es a la problematización histórica a la que responde este trabajo; en otras palabras, el problema aquí abordado es histórico. Lo cual quiere decir que hace referencia a un análisis que cuestiona tanto el devenir de los acontecimientos, las sociedades y la propia vida de los hombres, como sus transformaciones, modificaciones y cambios. Se parte entonces de la convicción de que, en primer lugar, cualquier pregunta por el pasado sólo puede ser formulada en el presente, lo que significa que éste también es un periodo histórico; en segundo lugar, la sensibilidad histórica no reposa en un simple gusto por un tiempo muerto, de cosas inexistentes y que alguna vez tuvieron lugar sino que implica una conciencia de que el presente que nos constituye no sólo es un tiempo que cuenta con características que le son propias, las cuales es indispensable comprender y cuestionar críticamente, sino que es un periodo histórico en el que “otros” tiempos están activos y que son precisamente estos tiempos “otros” los que nos pueden permitir reinventar el presente

en que vivimos. De acuerdo con esto, tener sentido histórico implica orientar la práctica investigativa a la lectura de las discontinuidades, a partir de problematizaciones que posibilitan la constitución de preguntas, la elaboración de los archivos pertinentes y de análisis críticos que utilizan conceptos y teorías plurales; todo en beneficio de la resolución de las preguntas con el trabajo de desciframiento del archivo y la implementación de una interpretación crítica que permita obtener resultados teóricos como los propuestos¹.

Es precisamente en este sentido en el que se disponen las problematizaciones en torno a un hábitat que construimos y que nos constituye en lo contemporáneo. Por tanto, enfrentamos la cuestión del hábitat con postura y ambición crítica, historizando sus condiciones de posibilidad y de existencia actuales a través de la pregunta por el sujeto y la sociedad; conduciendo esto a una reflexión que permite situar el dispositivo de consumo actual como una de las tecnologías de gobierno más potentes en tanto más productora y movilizadora de las subjetividades contemporáneas. Así, se parte del convencimiento de que la clave para comprender el hábitat urbano en el presente está en considerarlo no solamente como un topos físico sino como el lugar donde la vida humana se recoge y se gobierna, y en donde, según este propósito, el dispositivo de consumo juega un papel fundamental. Entender entonces la transformación histórica en la que el consumo produce espacialidades urbanas, las cuales implican cambios esenciales en la configuración de la subjetividad de los individuos y de sus relaciones sociales, lleva a que nos ubiquemos en la discontinuidad en la que emerge el consumo como dispositivo y que, por ende,

1 No obstante, para muchos historiadores todos los acontecimientos que no se inscriben dentro del registro de las efemérides ni se refieren a un pasado lejano en el cual es posible situar un origen completamente primigenio, no pueden atribuirseles el título de problemas históricos. Según dicha concepción, que no puede ser más que historicista, es decir, una visión anquilosada de la historia según la cual el pasado no sólo se nos presenta como un absoluto sino que concibe el tiempo como lineal, progresivo, unitario y totalizador de una razón que, desde su origen, se encamina hacia su acabamiento en forma de realización; el planteamiento problemático aquí esbozado está referido a un periodo exclusivamente antropológico y sociológico, ya que a estas disciplinas se les atribuye el análisis y entendimiento de las condiciones actuales. Pero ¿acaso éstas no pueden procurar la comprensión de un acontecimiento del pasado? ¿no son la antropología y la sociología ciencias históricas? ¿Y no son sus objetos de estudio, los grupos humanos y la sociedad, manifestaciones históricas producidas históricamente? Además, ¿no es la historia una disciplina producida socialmente? Estos cuestionamientos expresan, más que una inconformidad con la postura evocada, la certeza de que son el presente, la actualidad y la pregunta por “el hoy” y “el ahora” problemas posibles, pero, sobretodo, necesariamente de historizables.

reconozcamos la diferencia establecida en relación al periodo que le precede, en donde el consumo funcionaba en relación a una masificación. Es justamente en la discontinuidad aquí evocada, en la comprensión crítica y problemática de esta, donde mejor se expresa el saber histórico, en la medida en que deja actuar el saber del pasado sobre la experiencia y la práctica del presente. De manera que no reduce el presente a un reconocimiento en el pasado sino que logra hacer visible el presente en sus especificidades históricas. Dicho lo anterior es posible reconocer que estamos atravesando por un momento histórico en el cual las condiciones de vida urbana, social y humana se diferencian considerablemente de las producidas por la tan popular sociedad de consumo de masas; de la cual ya no dependemos aunque muchos la han prolongado hasta nuestros días. Una conciencia histórica supone una valoración crítica de un presente que nos constituye, en el que la banalidad y de la cotidianidad del consumo no debe pasar inadvertida, ya que es éste uno de los dispositivos de gobierno más eficaz del mundo contemporáneo; de ahí la importancia de pensar la incidencia del dispositivo de consumo tanto en la producción del hábitat urbano local como en la formación de las subjetividades locales.

Con todo, los cambios que ha introducido el dispositivo de consumo en las sociedades actuales han provocado transformaciones en el hábitat urbano local. De este modo, las preguntas que conciernen a las formas de gobierno posibles en el hábitat urbano contemporáneo implican un nuevo aparato heurístico con el fin de comprender las fuerzas movilizadoras de la discontinuidad en el consumo y sus repercusiones en las formas de vida humana. Por tanto, dicha discontinuidad conlleva una modificación en la comprensión histórica ya que exige una fuerte disposición crítica en beneficio de la redefinición, la resignificación y la invención de conceptos idóneos para comprender situaciones sociales que hasta hora parecieran inéditas en nuestro ámbito local. Así, las transformaciones sociales contemporáneas no pueden ser comprendidas sino como transformaciones en la subjetividad en relación a la constitución de una nueva gubernamentalidad contemporánea; la cual supone el funcionamiento de una cadena de técnicas específicas que en tanto técnicas y tecnologías de poder determinan la conducta de los individuos. Estudiar la gubernamentalidad contemporánea en relación al dispositivo de consumo

significa analizar el modo de formación específico y la interacción de técnicas de subjetivación. Es así en que la pregunta crítica por el presente nos sitúa frente a la comprensión del funcionamiento del gobierno de los sujetos y de los sujetos ante el gobierno; lo que comprende, igualmente, el planteamiento de lo que Foucault llamaría “una ontología crítica del presente”, es decir, “una ontología de la actualidad, una ontología de nosotros mismos”. Ontología que no corresponde con una visión ni negativa ni positiva del presente, sino más bien a la voluntad de explicar históricamente los mecanismos que permiten la circulación de una gubernamentalidad según la cual nos constituimos como sujetos históricos y sociales.

Orden del discurso

En lo que concierne a los contenidos de este trabajo, es pertinente hacer explícito que su división en dos partes corresponde a dos estrategias a través de las cuales se ha considerado posible hacer evidente cómo el consumo configura una tecnología política, según la cual sus mecanismos y estrategias no sólo producen un determinado tipo de subjetividad, sino que permite la emergencia de un hábitat urbano contemporáneo. Dicho consumo, en su especificidad contemporánea y al constituirse como un dispositivo de gobierno de los sujetos, también es posible por el funcionamiento de una gubernamentalidad que es condición de posibilidad de su propia transformación en su forma neoliberal, y cuyos efectos en la relación entre subjetividad y espacio dilucidamos a lo largo de este trabajo.

De acuerdo a lo ya enunciado, la primera parte de este trabajo está compuesta de la definición *in extenso* de tres conceptos claves para nuestros propósitos: Hábitat, Consumo y Subjetividad. El hecho de recurrir en primer lugar a una elucidación minuciosa y rigurosa de los conceptos que estimamos primordiales, obedece a que valoramos el concepto como la herramienta heurística que permite el despliegue interpretativo que hemos llevado a cabo, es decir, los conceptos de hábitat, consumo y subjetividad son las herramientas principales con las cuales entendemos el hábitat urbano local, sus diferentes relaciones con las diferentes prácticas de consumo y con las subjetividades allí producidas articuladas al funcionamiento de una gubernamentalidad amplia y

diversa. De esta forma, los conceptos de hábitat, consumo y subjetividad corresponden a cada uno de los capítulos de esta primera parte, y es precisamente con ellos, más el recorrido teórico que posibilitan, que se construye la interpretación que como marco general y mirada específica nos permitirá hacer surgir nuestro archivo en su carácter problemático y acontecimental. Es decir, el interés y la intencionalidad de esta primera parte es la de mostrar las herramientas de análisis que, como parte integrante de esta tesis, harán posible la formación de un saber nuevo sobre la relación histórica y actual entre el hábitat urbano, las prácticas de consumo y la producción de subjetividades locales y contemporáneas. Los conceptos y las teorías aquí trabajadas construirán el recorrido que va desde los planteamientos generales y analíticos hasta el descubrimiento de prácticas específicas de carácter local. Por tanto, habrá que admitir que si no tuviéramos claridad en este andamiaje conceptual este trabajo no hubiera sido posible; ya que los conceptos son los lugares discursivos desde los cuales se puede mirar y al mismo tiempo hacer ver lo que la comprensión del concepto permite realizar.

Ahora bien, con la prelación dada a todo el desciframiento conceptual ya evocado no se pretende la realización de una teoría del consumo contemporáneo, ni tan siquiera el esbozo de una; la apuesta está en el análisis que los conceptos posibilitaron, un análisis que involucra no un saber que procura una verdad por lo que pueda o no ser el consumo y cómo este se manifiesta, sino una problematización entorno a sus funcionamientos, procedimientos y efectos específicos, en otras palabras, es una analítica lo que aquí se ha procurado. Así que, los usos conceptuales son al mismo tiempo condición de posibilidad de esa segunda parte que se concreta en una analítica del dispositivo de consumo aquí desplegada, y también ellos mismos se fueron aclarando a medida que el trabajo fue explicando lo que esos conceptos hicieron visible: que tanto el consumo, la subjetividad y el hábitat no sólo tienen vigencia en nuestra sociedad sino que funcionan mediante disposiciones que les son propias; y es precisamente en este ordenamiento de los conceptos -consumo, subjetividad y hábitat-, en su implementación y su problematización en lo local, como se construye la segunda parte y, por ende, la correspondencia con cada uno de los capítulos que la constituyen. En síntesis, ni naturalización ni instrumentalización de los conceptos solamente en

beneficio de una interpretación que finalmente los banalizaría; por el contrario, fueron enriquecidos a través del trabajo de archivo y de la analítica, ya que dichos conceptos terminaron precisados y ciertamente modificados a través del trabajo heurístico llevado a cabo.

Es en este esquema en que se hace visible una problematización por el presente que nos constituye como sujetos y que, por tanto, pone su acento en el análisis del funcionamiento del dispositivo de consumo contemporáneo, a través del cual se produce un hábitat urbano local y una sociedad producida a través de sus dinámicas y de sus lógicas. Igualmente, el hecho de que en dicho ordenamiento discursivo se comience con el hábitat y se termine con el hábitat no obedece al hecho de que esta investigación debe responder a un programa curricular que lleva como nombre dicho concepto, sino que parte de la convicción de que es justamente a partir de las expresiones del y en el hábitat, especialmente en su forma urbana, que se configuran los modos de ser contemporáneos. Vemos entonces como este texto comienza con un hábitat que se manifiesta a través de su fuerza como concepto, sigue con la emergencia de un hábitat que empieza a materializarse a partir de los funcionamientos sociales y humanos y termina con la problematización del hábitat que nos es propio. Y como así termina, no podemos anunciar la existencia de una conclusión, pues aquí se asume que las conclusiones no pueden sino depender de los lectores y las interpretaciones resultantes de los interpretes; es decir, la apuesta es una apuesta política en la medida en que plantear al finalizar no una conclusión que cierre el sentido sino una problematización del hábitat implica abrirle a todo lo aquí planteado horizontes de sentido, de crítica y de interpretación.

PRIMERA PARTE

APROPIACIÓN TEÓRICA Y USOS CONCEPTUALES HÁBITAT, CONSUMO Y SUBJETIVIDAD

CAPÍTULO PRIMERO DEL HÁBITAT Y SU PRODUCCIÓN A ESCALA URBANA

Relacionar la pregunta acerca del hábitat con la pregunta acerca del espacio es algo que pareciera demasiado evidente; sin embargo, y aunque tengan puntos de confluencia bastante estrechos y el desarrollo teórico actual del primero dependa del proceso histórico y de la validez conceptual del segundo, son dos nociones distintas en la medida en que provienen de campos disciplinares concretos y, por ende, su funcionamiento epistemológico es específico. Ahora bien, lo que aquí se pretende no es desplegar una etimología juiciosa y minuciosa de cada concepto sino que, a partir de esta precisión, lo que interesa hacer visible es el desplazamiento teórico del concepto de hábitat hacia la problematización crítica y conceptual del espacio y de su desarrollo histórico-filosófico.

Las transformaciones en el ámbito de los conceptos han sido lo suficientemente estudiadas en el campo de la filosofía de las ciencias², el cual las sitúan dentro de aquello que podría decirse que es propio de su existencia. Con Bachelard, por ejemplo, entendemos que las discontinuidades que suspenden esa linealidad indefinida de los conceptos no sólo interrumpen esa lenta maduración que los ancla a procesos unívocos de significación sino que los hacen entrar en un tiempo nuevo y que, como señala Foucault, “prescriben así al análisis histórico [...] el señalamiento de un tipo nuevo de racionalidad y de sus efectos múltiples” (Foucault, 2002,pp.5). Por su parte, Canguilhem, en su análisis sobre los conceptos, muestra que la historia de éstos “no es, en todo y por todo, la de su acendramiento progresivo, de su racionalidad sin cesar creciente, de su gradiente de abstracción, sino la de sus diversos campos de constitución y de validez”

2 Tanto Bachelard como Canguilhem tuvieron un papel fundamental en la transformación del campo de la historia y la filosofía de las ciencias: Bachelard, con su regionalismo epistemológico, problematizó la idea de un conocimiento fundado en ideas universales y criticó la posibilidad de un progreso incesante de las ciencias; Canguilhem, por su parte, reestructura el dominio del análisis histórico de las ciencias al introducir el tema de la desnaturalización de los objetos y de los conceptos científicos, lo cual lo conduce a deconstruir los puntos de partida que se consideraban “lógicos” en la comprensión de la historia de las ciencias biológicas y biomédicas.

(Foucault, 2002,pp.6), la cual los visibilizan con unas reglas sucesivas de uso y con unos medios teóricos múltiples. Tenemos, entonces, que el concepto de hábitat, el cual no sólo procede de la ecología sino que le es constitutivo, también se configura a partir de desplazamientos y transformaciones: de su fuerza epistemológica en el funcionamiento de saberes como la biología y la ecología es descubierto, establecido y apropiado por disciplinas como la arquitectura y el urbanismo e incorporado en los desarrollos teóricos de las ciencias sociales³, y todo en la medida en que se hizo posible una articulación con las recientes teorías del espacio. Se hace claro entonces que el hábitat pertenece al universo de lo discursivo, es decir, a la historia de los saberes que se ocupan de él, a las confrontaciones entre las distintas acepciones y a las discontinuidades creadas por las nuevas formas de su comprensión. Es importante resaltar como acontecimiento histórico el proceso de invención y su materialización como objeto de saber y ponderarlo como un concepto que permite, en primer lugar y a través de la ecología, comprender el mundo biológico de los seres vivos en relación al mundo habitado por las especies y, en segundo lugar y a través de su apertura disciplinar, problematizar la condiciones sociales y políticas de la espacialidad humana. De modo que, la condición de formación histórica del hábitat nunca supondrá una linealidad y univocidad conceptual, pues dentro de ella también emerge la discontinuidad, la confrontación y el error, y son justamente en estas circunstancias en las que se han formado los saberes sobre el hábitat. Por tanto, el hábitat, en tanto discurso y concepto susceptible de desplazamientos teóricos, se inserta en configuraciones normativas, simbólicas y lingüísticas que modelan, temporalmente, los esquemas perceptivos de una determinada cultura, pero nunca será una verdad dada; es decir, en tanto concepto, es una invención y, en tanto discurso susceptible de usos múltiples, permite la comprensión plural del mundo. Esa relación explícita y dinámica entre el universo conceptual y discursivo y el universo viviente será visibilizada por Foucault al recordar la importancia capital de la filosofía de Canguilhem:

3 Estas transformaciones no deben medirse en términos de traslados absolutos; es decir, no significa que el ámbito del cual es originario queda desposeído de su uso, sino que su significación deviene heterogénea en tanto su utilización múltiple.

G. Canguilhem quiere reencontrar por elucidación del saber sobre la vida y de los conceptos que articulan ese saber, lo que hay del **concepto en la vida**. Es decir del concepto en tanto que él es uno de los modos de esta información que todo viviente deduce sobre su medio y por lo cual inversamente él estructura su medio. Que el hombre vive en un medio conceptualmente arquitecturado, no prueba que él se haya desviado de la vida por algún olvido o que un drama histórico lo haya separado de ella; sino solamente que él vive de una cierta manera, que él tiene con su medio una relación tal que él no tiene sobre él un punto de vista fijo, que él es móvil sobre un territorio indefinido o definido bastante ampliamente, que él tiene que desplazarse para recoger informaciones, que él tiene que mover las cosas las unas con respecto a las otras para hacerlas útiles. Formar conceptos es una forma de vivir y no de matar la vida; es una manera de vivir en una relativa movilidad y no una tentativa por inmovilizar la vida; es manifestar, entre esos millares de vivientes que informan su medio y se informan a partir de él, una innovación que se juzgará como se quiera, ínfima o considerable: un tipo bien particular de información. (Foucault, 1995, pp. 14)

Así, lo que permite el entendimiento del hábitat como concepto y discurso, supeditado a una historicidad discontinua, es el distanciamiento a reduccionismos y determinismos teóricos, de los cuales se derivan la naturalización y la positividad del concepto. Por una parte, los *a priori* suponen una relación platónica con la verdad; es decir, pretenden evidenciar una verdad inscrita desde siempre en las cosas, lo que implica, como diría Canguilhem, “una concepción dogmática [...] en la que domina el espejismo de un “estado definitivo” del saber” (Canguilhem, 1985, p. 6). En este sentido, para Canguilhem el deber de los discursos, en este caso sobre el hábitat, es instaurar campos de veridicción en tanto se ratifican y se corrigen. Así, el concepto de hábitat, en tanto histórico, tiene necesariamente esa forma de discontinuidad que constituye “las modificaciones, las refundiciones, los alumbramientos de nuevos fundamentos, el paso a un nuevo tipo de objetos” (Foucault, 1995, p. 11). De este modo, el hecho que el concepto de hábitat pase de la ecología de las especies a la comprensión social y política de la espacialidad humana no supone su vulgarización sino, por el contrario, su enriquecimiento epistemológico. La emergencia de los conceptos no implican la emergencia de un campo exclusivo y excluyente de funcionamiento, más bien implica la configuración de un campo amplio de validez.

Un temprano desplazamiento teórico que permite una comprensión del hábitat que no se aleja completamente de su principio biológico, pero que ya comienza a definirse en términos de

producción social, es el que se sucede a partir de la obra del paleontólogo francés André Leroi-Gourhan⁴, quien instaura un nuevo discurso acerca de esa relación tan tradicionalmente banalizada o demonizada entre la técnica⁵ y el hombre, y del papel jugado por la técnica en el proceso de hominización⁶. Por tanto, vale aclarar que su problematización sobre la constitución del hombre en tanto éste fabrica y emplea herramientas, en tanto produce técnicas y en tanto es producido por ellas, es la que proporciona los conceptos necesarios para una historia de la vida y del viviente con elementos ajenos al orden biológico; en otras palabras, aporta las bases para una historia de “la vida vivida y vivible más allá de las estrictas condiciones biológicas: la vida social”⁷ (Stiegler, 1998, pp. 187). Así, el concepto fundador de todo el despliegue teórico es el de *exteriorización*, el cual implica un proceso largo de formación⁸ y el cual supone la emergencia de ese nuevo ser (el hombre) que se libera progresivamente de su aparato fisiológico y, por lo tanto,

4 Entre los trabajos de Leroi-Gourhan que más pueden aportar a esta problemática se encuentran *Evolución y técnica. Tomo I: El hombre y la materia* (1988) y, sobretudo, *El gesto y la palabra* (1971).

5 Para André Leroi-Gourhan, la técnica es el sistema de objetos y de gestos; mientras tecnología sería la teoría general de la evolución de la técnica. Para ser más explícitos, los estudios de Leroi-Gourhan evidencian que los objetos técnicos son producto de una evolución, y que dicha evolución hace aparecer “leyes universalizables”, en tanto que son transversales a las culturas y no dependen de factores culturales.

6 Por una parte, para el paleontólogo francés la configuración del hombre parte, en primer lugar, de lo que él llamará la “liberación de la mano” en función de la construcción de técnicas y herramientas que posibilitaran, a su vez, la emergencia de un lenguaje simbólico propiamente humano; en segundo lugar, estas características dependen de unas condiciones específicas de la existencia humana: la asociación comunitaria y la sedentarización, con las que emerge la necesidad de jerarquización social y distribución espacial. Por otra, para Leroi-Gourhan la característica propia de los sistemas orgánicos es su capacidad de regulación interna; “la medida de la perfección orgánica es el grado de precisión de complejidad de las funciones de regulación interna”, por tanto, la fabricación de herramientas es la prolongación directa externa de los órganos internos de la regulación. Así, el vestido, los resguardos y la producción de calor por procedimientos diversos de calentamiento, sólo pueden haber sido inventados por un animal homeotermico, para quien la constante térmica del medio interior es una necesidad. Para Canguilhem, por su parte, la relación hombre-medio es una relación absolutamente mediada a través, primero, de herramientas y técnicas de utilización y, segundo, entendiendo al hombre mismo como herramienta para el hombre, “mediación a través de las relaciones de los hombres entre ellos a la producción de lo que es añadido para formar el entorno propiamente humano” (Canguilhem, 2002, p. 6).

7 Leroi-Gourhan propone la emergencia de un nuevo reino, un tercer reino distinto a los dos más conocidos, el de los seres orgánicos (vivos y organizados) y el de los seres inorgánicos (inertes y no organizados), este tercer reino será denominado por Bernard Stiegler en su interpretación de Leroi-Gourhan los *seres inorgánicos* (no vivientes) *organizados* (instrumentales). Simultáneamente a la emergencia de este tercer reino aparece una tercera memoria; al lado de las memorias genética (de la especie) y epigenética (del individuo) que caracterizan los seres asexuados, aparece la *memoria epifilogenética*, la cual es transmisible de generación en generación y que conservan los objetos técnicos. Esa tercera memoria emerge a partir del nacimiento del hombre y a causa de ese *proceso de exteriorización*. Dicha memoria posibilita que la memoria individual, la memoria epigenética, sea transmisible; y es lo que conocemos por cultura. Todo esto quiere decir, como ya se sugería anteriormente, que la técnica es ante todo una memoria.

8 Hace más de 4 millones de años se produce aquello que Leroi-Gourhan llama el *proceso de exteriorización*.

de la presión de la selección natural a través del dominio de la técnica y de los objetos técnicos usados para sobrevivir; lo que posteriormente se irá cualificando y desarrollando hasta llegar a sistemas técnicos tan complejos como todo el sistema de signos de una cultura o todo el conjunto de organizaciones de una sociedad⁹. Con Leroi-Gourhan entendemos, en un primer momento, que la emergencia de la civilización corresponde, concretamente, al desarrollo de un dispositivo territorial, el cual coincide con la “intervención de la ciudad en el funcionamiento del organismo étnico” (Leroi-Gourhan, 1971, pp. 170). Así, lo que caracteriza las formas complejas de agrupamiento humano, que definen el cuerpo social, es la distancia que se configura, en un momento de la evolución, entre el aspecto formal de todas las demás sociedades vivientes y el ritmo de su desarrollo. De esta forma, “la fundación de las primeras urbes y el nacimiento del mundo civilizado marcan, pues, el punto donde se inicia, bajo una forma imperativa, el dialogo entre el hombre físico, tributario de la misma corriente de los dinosaurios, y la técnica, nacida de su pensamiento pero liberada del vínculo genético” (Leroi-Gourhan, 1971, pp. 173). Podríamos decir que aquello que identificamos como el hábitat propiamente humano se constituye a partir de un despliegue biológico que funciona socialmente, ya que el hábitat deviene producto de exteriorizaciones técnicas y estéticas. Es decir, el hábitat, en este contexto, no supone simplemente un albergue de los seres vivos sino que, en tanto humano, implica una manifestación existencial de los individuos que lo ocupan. El hábitat, por tanto, es potencialmente heterogéneo, en la medida en que cada individuo -en tanto sujeto histórico, cultural y político¹⁰- lo configura y a través del cual cada individuo es configurado¹¹.

9 La cultura, eso que nos hace propiamente humanos, a grandes rasgos no es otra cosa que la capacidad de heredar colectivamente la experiencia de nuestros ancestros y esto está más que sabido. Lo que ha sido menos comprendido es que es justamente a través de la técnica en que se puede producir esa herencia, que la técnica es la condición *sine qua non* para la transmisión cultural. De este modo, para Leroi-Gourhan el proceso de configuración del hombre y la cultura reposa en cinco niveles, campos o dispositivos que les son propios: fisiológico, técnico, social, figurativo y simbólico. Este orden no implica una jerarquización ni una línea de continuidad, sino que forman un conjunto transductivo, pues son campos implicados e imbricados.

10 Es necesario tener claridad sobre la diferenciación entre individuo y sujeto: cuando se hace énfasis en el individuo o los individuos se alude a la capacidad de cada ser humano de poseer características que le son propias; mientras que, en tanto sujeto implica que se concibe éste como producto de determinadas condiciones de posibilidad, tanto históricas, como sociales y políticas; y no se lo comprende como un ser aislado, ajeno a toda determinación como si lo podría ser el individuo. Para una mejor comprensión del concepto de sujeto véase el capítulo 3 del presente texto.

11 Los procesos de transformación y de apropiación del hábitat se articulan a través de las relaciones existentes entre los espacios condicionados de tal o cual forma y los cuerpos que los “habitan”. En este sentido, parece claro que

El hábitat puede definirse, entonces, como la expresión de la exteriorización humana en tanto que ésta, la exteriorización, al constituirse como “la prosecución de la vida por otros medios diferentes a la vida”(Stiegler, 1998, pp. 187), es a través de la cual se producen todos los escenarios en los que se desarrolla la existencia de los individuos. Justamente es el concepto de exteriorización el que permite un segundo desplazamiento del discurso del hábitat hacia una articulación más eficaz con las problematizaciones modernas del espacio. Para José Luis Pardo (1992), los procesos de exteriorización humana se convierten en los elementos clave para el entendimiento de toda la existencia humana en tanto que ésta es forzosamente espacial; por ende, dichos procesos de exteriorización o las formas de la exterioridad, como los nombra, solo pueden remitir al espacio, en tanto concepto y en tanto hecho. En otras palabras, la problematización del espacio en relación a la producción y al funcionamiento de la vida humana, aunque filosófica, histórica y teóricamente tardía, nos antecede y, de una u otra forma, prescribe nuestra existencia. Precisamente, surge así un “desequilibrio” entre el espacio vivido, producido y productor, y el espacio comprendido, analizado y teorizado; es “un espacio que aloja nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad, pero que carece de alojamiento en nuestro pensar y en nuestro sentir” (Pardo, 1992, pp. 37).

Si bien la historia del mundo occidental evidencia la fuerza adquirida, desde la emergencia del cristianismo, de un estado permanente de interiorización¹², el carácter constitutivo del espacio, en la producción tanto de los sujetos como de las condiciones históricas, políticas y sociales de la existencia humana, es fundamental para la comprensión crítica de dicha historia¹³. Un rechazo

en la producción del espacio la organización o distribución del mismo establecen, a priori, las condiciones para que no sólo determinados acontecimientos tengan lugar sino para que determinados cuerpos lo ocupen; pues la experiencia humana se forma y madura, se administra la vida comunitaria y su sentido se engendra, se percibe y se negocia en lugares. Sin embargo, en dicha producción intervienen de manera decisiva las apropiaciones que los sujetos sociales realizan de los diferentes espacios. Tal “organización” y “distribución” remite tanto a cierta disposición de las cosas en el espacio como a las múltiples significaciones culturalmente atribuidas a los elementos paisajísticos.

12 Al relacionar la interiorización con el cristianismo, se está haciendo referencia, principalmente, a los ideales ascéticos imperantes en el modelo pastoral hebreo; es decir, con la voluntad de realizar un trabajo constante sobre el alma, en detrimento de una relación eficaz con el cuerpo.

13 Es innegable que para el hombre los procesos de exteriorización y, por tanto, la producción de espacialidades

manifiesto de la filosofía por la función del espacio en la historia comienza a fabricarse con los ideales ascéticos cristianos¹⁴, ya que éstos “comportan un rechazo de la sensibilidad, de la afección” (Pardo, 1992, pp. 25), los mismos que suponen una dependencia con la exterioridad. No obstante, lo que ese insistente y permanente empeño por invisibilizar la fuerza que entraña la exterioridad supone, justamente, que a ésta le era otorgado un papel constitutivo en la producción de las manifestaciones sociales e individuales. Por tanto, el espacio es relegado al estatuto de simple categoría, comprendido como un elemento absoluto, asociado a los *a priori* de la conciencia y aislado del entendimiento del ser¹⁵. Lo que favoreció a la configuración no de una filosofía del espacio sino a su realización científica: irrumpieron las ciencias del espacio, la matemática y la física las cuales se presentaban como necesarias y suficientes para su comprensión; estas, no sólo se adueñaron del espacio sino que “inventaron espacios, una «infinitud» de espacios: espacios no-euclidianos, espacios curvos, espacios x-dimensionales” (Lefebvre, 2013, pp. 64).

Tenemos entonces, que el carácter fundamental del espacio, en la construcción de la vida social y

responden a una necesidad de sentido materializado y simbólico, a una necesidad de darle soporte “lógico” a su existencia: para los griegos, por ejemplo, la Acrópolis era la significación materializada de su relación con los dioses y la distribución espacial de la Polis era la de su relación con la vida social y pública; en el Medioevo, las grandes catedrales, los monasterios y las abadías simbolizaban la relación existente entre el “macrocosmos divino y el microcosmos humano”; en el Renacimiento, el re-ordenamiento de las ciudades, fundamentado en un centro, correspondía a la nueva fuerza adquirida por los funcionamientos económicos del “naciente” capitalismo.

En *Carne y piedra*, Richard Sennett, demuestra de manera óptima el carácter constitutivo del espacio en la historia de occidente: a grandes rasgos, lo que hace evidente Sennett es que la ciudad ha sido, a lo largo de la historia, un dispositivo espacial que ha obedecido a unas lógicas constitutivas de la vida social producidas en ella y por ella. Por ejemplo, la plaza pública en la Atenas de Pericles era el lugar político por antonomasia; en ésta la liberación del cuerpo y la palabra, en ese espacio abierto que era el Ágora, era decisivo para toda la vida política de la ciudad. Las ciudades del Renacimiento, por el contrario, son ese plano, ese plan, ese diseño que ubicó la vida social en el centro; al afincarse en un mismo lugar, los principales organismos que constituían las prácticas sociales, religiosas, políticas y económicas de la ciudad, el espacio se convirtió en el mayor eje de control y regulación de los sujetos. En cambio, con los procesos de industrialización los centros urbanos se multiplicaron, la ciudad se diversificó en un conjunto abierto de “estilizaciones estéticas”, formas de espacializar o de estar en el espacio, de construir lugares y rincones de acuerdo con prácticas vitales excesivamente heterogéneas.

- 14 El ascetismo cristiano es completamente distinto al practicado en la antigüedad greco-romana; mientras que el primero supone un camino de progresiva renuncia a sí mismo, en la segunda se trataba, por el contrario, en el trabajo incesante sobre sí mismo.
- 15 La división clásica entre tiempo y espacio corresponde a la dicotomía entre interioridad y exterioridad, respectivamente; en esta medida, al ser el tiempo la manifestación de la interioridad significa, por ende, que es la manifestación del alma y del ser; por tanto, el espacio no puede ponerse al mismo nivel del tiempo en la comprensión tanto del alma como del ser.

humana, estuvo altamente subestimado por la filosofía moderna durante largo tiempo. Esta, la filosofía moderna, elevó el estatuto del tiempo a su máxima expresión: como el único horizonte de manifestación y comprensión del ser; por tanto, el espacio era reducido a las explicaciones contenidas en “lo dado”. Así, la modernidad estará asociada de forma explícita a estos dos rasgos, una dialéctica de lo “real” que dividía el funcionamiento de lo temporal y de lo espacial en procesos disociados. La diferencia entre *res cogitans*, el tiempo o el fundamento del espíritu humano, y *res extensa*, el espacio en tanto “abstracción geométrico-mecánica desprovista de todas las cualidades de la percepción sensible, desnuda de toda facticidad y alejada de la riqueza de las significaciones” (Pardo, 1992, pp. 22), es constitutiva en la comprensión de la vida humana, por lo menos hasta la primera mitad del siglo XX. Cuando disciplinas como la historia, la geografía y la economía dilucidaron que la modernidad propiamente dicha era el resultado de las transformaciones espaciales operadas desde el Renacimiento, cuando la física teórica y experimental obtuvo nuevas adquisiciones y cuando nuevas tecnologías políticas comenzaron a encontrar en el espacio el mejor medio para ejercer el poder, la filosofía quedó desprovista de su viejo derecho de hablar del mundo, el cosmos y el espacio y, así, quedó circunscrita al orden de lo temporal en favor de una descalificación correlativa del espacio. Aunque, por una parte, muchos de estos cambios operaron en el siglo XIX y, por otra, una gran cantidad de procesos y fenómenos espaciales se produjeron en este mismo siglo -cosas que parecían hacer explícito la fuerza que tenía el espacio en la producción de la vida social y humana- la comprensión del espacio no varía sustancialmente respecto a la filosofía -como mero receptáculo cargado de objetos. De hecho, esa condición paradójica del pensamiento sobre el espacio no solo es lo que la hace tan propiamente moderna, sino que es evidenciada por quienes han emprendido una analítica de la constitución del espacio en la modernidad; así, por ejemplo, Henri Lefebvre hace manifiesta su resistencia a las teorías clásicas del espacio al enunciar que “las concepciones del espacio eran confusas, paradójicas e incompatibles” (Lefebvre, 2013, pp. 53), ya que habían estado enmarcadas dentro categorías desdeñosas y simplistas:

Tradicionalmente el termino apenas evocaba nada más que las matemáticas, la geometría

(euclidiana) y sus teoremas; en definitiva, una abstracción: un continente sin contenido. En filosofía, el espacio era a menudo desdeñado, tratado como una “categoría” entre otras muchas (un “a priori” decían los kantianos: una manera de ordenar los fenómenos sensibles). [...] Por lo que respecta a las ciencias que se ocupaban de él, compartían y a la vez fragmentaban el espacio en virtud de postulados metodológicos simplificados: el geográfico, el sociológico, el histórico, etc. [...] Paradójicamente, es decir, haciendo gala de una contradicción (diabólica) no expresada, inconfesada y no explicitada, la práctica -en la sociedad y en el modo de producción existentes- marchaba en sentido opuesto a las representaciones y saberes fragmentarios. Se inventaba la planificación espacial. [...] No se proponía nada menos que moldear y modelar racionalmente el espacio, del cual se estimaba (no sin argumentos) que, dejado a la inercia de las cosas, adquiriría un aspecto negativo y disposiciones lamentables: por aquí, desertificación; por allá, aglomeración, etc. (Lefebvre, 2013, pp. 53-54).

Por su parte, José Luis Pardo evocará esta paradoja al hacer evidente que el espacio es cada vez menos el objeto de la filosofía, ya que ésta se habrá de ocupar cada vez más del tiempo y del ser, lo que implica, contradictoriamente, un debilitamiento en el pensamiento de la existencia histórica, social y política del hombre. De esta forma, el espacio será abordado teóricamente, producido arquitectónica y urbanísticamente, empleado política y socialmente y practicado existencialmente; sin embargo, un pensamiento que exprese y haga visible la importancia que tiene el espacio en la constitución de la vida humana, que analice sus condiciones históricas de producción, que problematice su carácter eminentemente político y que manifieste la urgencia por crear una conciencia sobre su significación en tanto producto y en tanto productor de sociabilidades e individualidades, es lo suficientemente escaso como para demandar su constitución. Un pensamiento, más que escaso, fragmentario del espacio, como lo hacía visible Lefebvre; eso que se ha pensado como la emergencia de la primacía teórica y epistemológica del espacio, dado la explosión y diseminación amplia y extensiva de representaciones del espacio¹⁶, deviene, precisamente, el agente de inhibición de un pensamiento, temprano¹⁷, sobre éste. En

16 Hace referencia a la cantidad de espacios que emergieron, en especial en el siglo XX, pues se plantearon espacios literarios, espacios ideológicos; se hablo de espacios epistemológicos, de los espacios de las disciplinas y las ciencias e inclusive se propusieron tipologías psicoanalíticas.

17 Temprano en la medida en que, no se puede negar, hacia finales de siglo a comenzado un proceso de transformación, el cuál muchos han dado a llamar como “el giro espacial”, dentro del que se han incluido múltiples acercamientos interdisciplinarios. Un cambio en la interpretación del espacio lo han acercado a las formas y a la importancia otorgada a la interpretación de la historia y la sociedad, como constitutivas en la formación de la vida humana. De hecho, una perspectiva crítica, asociada a una problemática inminentemente espacial, ha comenzado a imbuir el estudio de la historia y la sociedad con nuevas formas de interpretación.

otras palabras, la retirada de la filosofía del escenario de un pensamiento del espacio no sólo evidencia tanto su amplia teorización y, por ende, su banalización sino que se constituye como un factor problemático y crítico con respecto a su implementación política. Pareciera entonces que emerge el espacio filosófico en la medida en que se invisibiliza el pensamiento filosófico del espacio. Para Pardo,

la reflexión sobre el espacio se ha detenido merced a dos acontecimientos contemporáneos de similar importancia: por una parte, el espacio ha sido “ocupado” por el saber teórico-experimental de la ciencia moderna (Física y Matemática) y, en la medida en que este saber se alejaba tanto del contexto del pensamiento filosófico como del “mundo de la vida” ordinaria y del lenguaje vulgar, se ha convertido en idealización abstracta que no parece tener nada que ver con nosotros; por otra parte, el espacio ha sido “ocupado” también -pero esta vez el espacio “de la vida”- por una serie de tácticas híbridas nacidas al amparo de diferentes saberes (política, economía, urbanismo, arquitectura “práctica”, demografía, sociología, criminología, pedagogía, etc.). La dominación política y la objetivación científica se encuentran sistemáticamente entreteljadas. (Pardo, 1992, pp. 37).

Ahora bien, una transformación en los horizontes disciplinares de las Ciencias Sociales y Humanas, gestada a partir de la década del 60¹⁸, evidenciaron las ambivalencias de las concepciones históricamente construidas y aceptadas sobre el espacio y la vida humana. El declive de la univocidad en las Ciencias Sociales y Humanas¹⁹ y, por tanto, la explosión de nuevos y heterogéneos objetos de saber en estas áreas estuvo asociado al agotamiento de los postulados marxistas de la historia y la sociedad. La filosofía, la historia, la sociología y la antropología abrieron sus fronteras epistemológicas y comenzó así un “verdadero” dialogo de saberes. Es en

18 Esta década es el sinónimo de la gran ebullición en las transformaciones de las ciencias sociales y humanas, la emergencia de pensamientos múltiples sobre la historia, la política, la sociedad y la vida humana fueron los detonantes que abrieron los horizontes epistemológicos. Figuras como Georges Duby, Jaques Le Goff, Fernand Braudel para el caso de la disciplina de la historia; Michel Foucault, Gilles Deleuze, François Dagognet en filosofía; Norbert Elías, Erwin Goffman y Pierre Bourdieu en sociología; Claude Lévi-Strauss en antropología; Jaques Lacan, Erich Fromm en Psicoanálisis; al igual que un sin numero de literatos y artistas se convierten en los propulsores de la transformación en el campo de las ciencias del hombre y la sociedad.

19 Según Foucault, el surgimiento de las Ciencias Humanas se corresponde con el “reciente nacimiento” del hombre, planteamiento que éste hace en *Las palabras y las cosas*, en las disposiciones de la episteme moderna. En la medida en que el hombre se constituye como un ser empírico (objeto del saber) y trascendental (sujeto que conoce), las ciencias humanas emergen con un horizonte de comprensión delimitado por el análisis de cuanto hay de positivo en el hombre definido como un ser que vive, trabaja y habla, y lo que le posibilita saber qué es la vida, el trabajo y el lenguaje. De este modo, se habla de una univocidad de las Ciencias Humanas en tanto que estas se ubican en el dominio que va de la positividad del hombre a la representación de esta positividad.

este proceso que emerge la filosofía de Michel Foucault, la cual multiplica las formas de pensar las estructuras mentales, culturales, sociales, políticas y económicas de la modernidad, proponiendo un “pensamiento espacial” del presente; así, el problema del saber, del poder y de la ética están fuertemente espacializados en la obra de Foucault. Con él entendemos hasta que punto el espacio es fundamental para la comprensión de los sujetos y las sociedades modernas. En Foucault el espacio se convierte en la condición de posibilidad de todos los códigos, esquemas y estructuras de una cultura. Y cómo el mismo filósofo anunciara en una entrevista realizada en 1980,

Podría escribirse toda una "historia de los espacios" -que sería al mismo tiempo una "historia de los poderes"- que comprendería desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta las *pequeñas tácticas del hábitat*, de la arquitectura institucional, de la sala de clase o de la organización hospitalaria, pasando por las implantaciones económico-políticas. Sorprende ver cuánto tiempo ha hecho falta para que el problema de los espacios aparezca como un problema histórico-político, ya que o bien el espacio se remitía a la “naturaleza” -a lo dado, a las determinaciones primeras, a la “geografía física”-, es decir a una especie de “prehistoria”, o bien se lo concebía como un lugar de residencia o de expansión de un pueblo, una cultura, una lengua o un Estado. En suma, se lo analizaba como suelo o bien como aire; lo que importaba era el sustrato o las fronteras... En el momento en que comenzaba a desarrollarse una política reflexiva de los espacios, las nuevas adquisiciones de la física teórica y experimental desalojaron a la filosofía de su viejo derecho a hablar del mundo, del cosmos, del espacio finito o infinito. (Foucault, 1980, pp.4).

El reclamo de Foucault sobre la escritura de una historia del espacio -o de los espacios- tiene como fundamento la necesidad, igualmente, de una filosofía del espacio -o de los espacios; pues hacer del espacio un problema filosófico implica historizarlo y, por lo tanto, desnudarlo en su funcionamiento político, económico y social. Llamada que también haría Lefebvre cuando afirmaba la existencia de una historia plural de espacio, en tanto que éste no puede implicar ni un absoluto histórico, ni un absoluto socio-cultural, que no ha sido producida: “hay una *historia del espacio*, como la hay del tiempo, del cuerpo, de la sexualidad. Es una historia aún por escribir” (Lefebvre, 2013, pp. 57). Tenemos, entonces, que la historia del espacio es la historia de un concepto, de su configuración epistemológica, de sus múltiples acepciones, de los usos que de él se hacen, de los saberes que lo dominan y de las “realidades” que produce; pero también es la

historia de algo que tiene una actualidad heterogénea, lo que implica que sea escrita desde y para el presente, con elementos que nos permitan un acercamiento problemático al concepto y una comprensión crítica de su funcionamiento amplio.

Este último recorrido ligero y, tal vez, un poco etéreo por esa larga formación conceptual del espacio, en la que emergían saberes que pretendían ocuparse de él en el momento que otros desaparecían de su horizonte de comprensión, nos permite problematizar de nuevo el concepto de hábitat en su funcionamiento actual en la medida en que también este, el hábitat, ha sido definido y alterado, empleado y subestimado, potenciado y banalizado, por diversos saberes. Se hizo explícito la necesidad de un pensamiento propiamente histórico-filosófico del espacio que permita el entendimiento de este como un elemento crucial para el ejercicio de la vida política, social e individual; puesto que las concepciones clásicas del espacio, las de la matemática y la física, no son pertinentes, ni útiles, para abordar el problema del hábitat humano actual.

Con todo, cabe hacernos la pregunta por la pertinencia de una concepción del espacio humano y, en este caso, del hábitat que se aleje completamente de las teorizaciones de las mal conocidas ciencias exactas. Es decir, preguntarnos, ¿es posible configurar no una teoría sino una analítica del hábitat humano, que tenga condiciones de posibilidad que sean propias de un pensamiento dirigido hacia la problematización histórica y filosófica de la existencia humana? Absolutamente; siempre y cuando, por un lado, se prolongue la distancia con las teorías clásicas del espacio, las mismas que invisibilizaron por largo tiempo la primacía de éste en la configuración de formas específicas de sociedad y, por otro, se establezca una reticencia crítica a las sinergias establecidas entre la producción de objetos a escala científica -matemática, física, geometría- y la producción de “realidades” sociales a escala del hábitat²⁰. En otras palabras, la construcción de un

20 Pareciera que un resurgimiento de las teorías de la física-matemática sobre el espacio están cobrando una importancia capital en las "nuevas" concepciones del espacio humano. La teoría del caos y la teoría del objeto fractal, por ejemplo, está siendo incorporada a la explicación del funcionamiento del espacio humano; la “relación” entre una teoría físico-matemática y una socio-espacial es planteada a partir de la idea de lo fragmentario que puede funcionar en cada una: el espacio fractal comporta vacíos y llenos, oquedades y relieves, guarda una coherencia en la fragmentación; esta “analogía” con el espacio humano ha dado pie a que los vacíos teóricos de éste se han suplidos por la fuerza argumentativa del otro.

pensamiento del hábitat y sobre el hábitat humano, con coeficientes de explicación propios, debe implementarse a través de la problematización política y, por tanto, crítica de los modos de existencia contemporáneos, lo que hace cada vez más necesaria una conciencia histórica de nuestras circunstancias actuales.

La espacialidad de la vida humana

La configuración tanto de una filosofía y una historia del espacio, como de un análisis crítico del pensamiento del espacio, es justamente lo que hace posible un distanciamiento con la idea de una recuperación -o fabricación- de la esencia del concepto de hábitat; al contrario, hace visible que su claridad conceptual solo resulta de un trabajo de constitución y reconstitución, en donde el hábitat, como concepto, aparece sorprendido por discontinuidades e inestabilidades. Sin embargo, es apenas evidente que los conceptos están atravesados por la cultura que los hace emerger y, al mismo tiempo, que los reintegra a su propio movimiento; es decir, los conceptos no sólo funcionan en un discurso teórico sino que su formación depende, en gran medida, de una materialización y de un funcionamiento en la vida social. De este modo, el hábitat se relaciona con los “códigos fundamentales de una cultura” en la medida en que, en primer lugar, determina prácticas, configura valores perceptivos y técnicos y constituye modos de existencia; por ende, y en segundo lugar, el pensamiento sobre éste implica el establecimiento de teorías e interpretaciones que lo “explican” en términos de ordenes, leyes, principios y razones. Estas dos “formas” del hábitat no dialectizan su relación, sino que lo constituyen como una manifestación amplia de la cultura. Es decir, no supone que lo empírico y fáctico del hábitat sea el asiento de lo particular, mientras que lo teórico se presente como el campo en el que se hace posible rebasar los límites del hábitat para constituir así un saber unívoco sobre él; precisamente, lo que se ha intentado hacer evidente es que las discontinuidades y los desplazamientos del concepto de hábitat obedecen, en parte, a condiciones de posibilidad históricas, sociales y políticas.

Queda claro entonces que el pensamiento del hábitat, aun más exactamente su constitución como objeto de un pensamiento, supone unas disposiciones histórico-culturales que le preceden,

lo posibilitan y de las que depende. Por tanto, el hábitat puede ser designado y practicado, en momentos distintos y sistemas culturales diferenciados, de formas radicalmente específicas. De este modo, constatamos que la significación actual del hábitat, en su amplia manifestación, depende de circunstancias que la hacen posible; aún así, no es pertinente considerar que dicha significación e importancia impliquen un consenso absoluto, pues la definición se articula al campo problemático en el que va a funcionar. Así, si se hace necesaria una precisión conceptual del hábitat, habrá que anunciarlo de entrada: el hábitat aquí será abordado como aquello que es fundamentalmente constitutivo de la existencia, individual y colectiva, en tanto que la definimos como *la espacialidad de la vida humana*. Y aunque esta definición del hábitat para muchos pueda parecer bastante obvia, hasta hace relativamente poco tiempo era poco considerada. Existe, por ejemplo, una abundante literatura acerca del hábitat en relación a la vivienda y los asentamientos humanos, y acerca de ciertos momentos claves donde la producción y construcción popular de espacios residenciales y barriales se convirtieron en el centro de atención de la rigurosa academia; los campos de la arquitectura y el urbanismo han estado sumamente subespecializados, siendo la espacialidad de la vida humana considerada en estos campos como mero complemento o el resultado de algunos procesos sociales populares que no son intrínsecamente espaciales en sí mismos, es decir, otorgando a la espacialidad un poder explicativo escaso.

La conciencia del hombre como un ser intrínsecamente espacial y continuamente comprometido en la actividad colectiva de producir espacialidades, territorialidades y hábitats moviliza y dinamiza todo el marco referencial de lo que constituye la noción de hábitat. Dicho proceso de producción de hábitats o de creación de geografías sensibles comienza con el cuerpo, con la construcción y performance del ser, del sujeto como una entidad particularmente espacial, participe de una relación compleja con su entorno. Por una lado, y siguiendo a José Luis Pardo, nuestras acciones y pensamientos moldean los espacios que nos rodean, pero al mismo tiempo los espacios y lugares producidos socialmente modelan nuestras acciones y pensamientos. Por otra parte, ese performance como seres espaciales tiene lugar a diversas escalas, desde nuestra

geografía más cercana -el cuerpo- hasta unas geografías más distantes que abarca desde dormitorios y edificios, casas y entornos, hasta ciudades y regiones, Estados y naciones y, en última instancia -la geografía más lejana- toda la tierra. De esta propuesta conceptual, del hábitat en términos de escalas, se emerge una primera crítica: a la asociación exclusiva del hábitat a la vivienda y lo doméstico. Pues a pesar de la existencia de una cierta fragilidad de las distancias exteriores al cuerpo y, a lo sumo, a lo doméstico, en lo que se refiere a la capacidad de incidir individualmente y de ser influidos por esas otras espacialidades, cada uno de estos espacios también deben tener el reconocimiento como productos de la acción y la intensión humana. De esta forma el hábitat permea todas las escalas, socialmente construidas, de la espacialidad de la vida humana, desde lo local a lo global, no sólo de forma manifiesta e intencionada sino a través de las tensiones intrínsecas pero constitutivas de las realidades sociales.

En este marco, en el de la escalabilidad del hábitat o de las geografías sensibles, se hace necesaria una reflexión sobre el presente; lo que implicaría, por ende, un entendimiento de las estructuras y las lógicas constitutivas del hábitat contemporáneo como procesos determinantes de la existencia humana, individual y colectiva. Tomando ahora como base la propuesta de Henri Lefebvre, en donde la vida humana no puede desligarse de las apropiaciones espaciales y en donde todos los procesos sociales permanecen abstractos e infundados hasta no ser expresamente espacializados, el hábitat es manifiestamente un espacio humano, socialmente construido, continuamente apropiado, significado y resignificado, practicado e indiscutiblemente productor de sujetos y sociabilidades. Así, la caracterización del hábitat como la espacialidad de la vida humana, a través de la propuesta de Lefebvre, conlleva, indiscutiblemente, a la interrelación entre espacialidad y sociabilidad, o aquello que fue señalado por Edward Soja como la dialéctica socio-espacial (Soja, 1980). Dicha dialéctica implica el entendimiento de que aquello que es descrito dentro del campo de lo social es siempre, y al mismo tiempo, intrínsecamente espacial; esta fórmula, aunque aparentemente simple, está comúnmente supeditada a la ecuación inversa, donde todo lo espacial es simultáneamente social. Esta espacialidad inherente, contingente y complejamente constitutiva no sólo de la vida social sino de la historia es en lo que

más se debe enfatizar dentro de las teorías del hábitat. De acuerdo con esto, sería imposible hablar de hábitat -en cualquiera de sus escalas- sin referirnos al espacio, y más propiamente a lo que he venido llamando “la espacialidad de la vida humana”.

Es justamente en esa diferenciación hecha en torno a estas dos formas de comprender el espacio -la una que lo concibe como un producto social y la otra que lo pone a funcionar, también, como un productor de la sociedad- que se encuba la problemática del entendimiento, la producción y el gobierno del hábitat; puesto que la dimensión del segundo espacio es, precisamente, aquella que más frecuentemente ha sido dejada de lado o soslayada. No obstante, sería inexacto eliminar de tajo la importancia del primer espacio en la configuración del hábitat; ya que si aceptamos que el hábitat hace referencia a las configuraciones específicas de las relaciones sociales, de las formas de construcción y de la actividad humana en el mundo, debemos admitir que éste presenta tanto aspectos formales o morfológicos como procesuales o dinámicos. Así, el hábitat, en su carácter de forma materializada, puede ser descrito en términos de cualidades relativamente fijas de un entorno construido, expresado en estructuras físicas y también en los patrones de uso de la tierra plausibles de ser cartografiados. En tanto proceso socio-espacial involucra aún más cualidades dinámicas que se derivan de su papel en la conformación de la vida humana y en la construcción social de los espacios, una contextualización y una espacialización de la vida social en su sentido más amplio, planeada e imbuida de intencionalidad política. De este modo, en tanto forma y proceso, el hábitat es sinónimo de aquello que, reitero, podemos denominar la espacialidad de la vida humana, en cualquiera de sus escalas, en constante transformación histórica.

Como ya había sido enunciado, la espacialidad humana y social del hábitat ha sido frecuentemente relegada a un segundo plano; y aun cuando constituye el centro de muchas investigaciones contemporáneas este ha tendido a ser considerado principalmente como un entorno construido arquitectónicamente, un envase físico para actividades humanas, modelado y remodelado, una y otra vez, con el paso del tiempo. Siguiendo esta tendencia, podemos decir que el hábitat ha sido considerado desde muchos enfoques como fijo, muerto, social y

políticamente inútil, poco más que un decorado para los procesos sociales e históricos, pero que no son en sí mismo trabajados como fenómenos inherentemente espaciales. En síntesis, el hábitat, en tanto espacialidades, ha sido típicamente entendido como un producto, más no como un productor.

Vacío conceptual que, en buena medida, puede ser llenado cuando lo articulamos, como lo hemos venido haciendo, con las preocupaciones filosóficas de José Luis Pardo y Henri Lefebvre; preocupaciones éstas que derivan en la comprensión del espacio y su relación con la vida humana. Así, en el caso de Pardo, lo primero que esbozado, en su texto “las formas de la exterioridad”, es dicha relación; de forma que, según la tesis de Pardo, en cualquier cuestión referida a la vida individual y social el espacio nunca permanece omitido, puesto que “vivimos (en) el espacio”. No se trata, por ende, de que la vida social humana ocupe un espacio, sino que “el espacio, los espacios, desde el principio y de antemano nos ocupan” (Pardo, 1992, pp. 16). Las precisiones conceptuales sobre el *espacio objetivo* y el *espacio subjetivo* evidencian la tensión constitutiva del pensamiento histórico del espacio; mientras el primero hace referencia al espacio como receptáculo neutro lleno de objetos, el segundo se presenta como más inmediato y cercano, pues está asociado al espacio que habitamos. “Este *espacio subjetivo*, pensamos, sólo existe *para nosotros*, es decir, como correlato de nuestras vivencias, no es objetivo pues no está lleno de objetos sino de significaciones, las que nosotros otorgamos a las cosas y enseres que lo pueblan al nombrarlos y percibirlos, está siempre lleno de sentido, de perspectivas, de escorzos, puntos de vista, proximidades, distancias, lejanías y relaciones (inanalizables y sin cuantificabilidad exacta posible) que sólo para nuestra conciencia tienen sentido y que no serían mensurables en términos físico-(geo)- métricos” (Pardo, 1992, pp. 20). En cuanto a este último espacio podríamos decir que, si bien es subjetivo, lo es en tanto está imbricado con una historicidad cultural, social y política.

En Lefebvre, a través de la propuesta teórica de los tres espacios -percibido, concebido y vivido-²¹

21 En dicha propuesta teórica, Lefebvre caracteriza tres momentos en *la producción del espacio*, momentos que asocia así mismo con espacios: el primer espacio -el espacio percibido- es el espacio materializado, de formas

y, por tanto, de la preeminencia del tercer espacio -el espacio vivido-, la necesidad de caracterizar “la producción (social) del espacio (social)” abre un universo interpretativo mucho más amplio y complejo a cualquier investigación sobre las espacialidades humanas. Al ser, de este modo, el espacio vivido “la representación del espacio (humano) y el espacio vivido de las representaciones (humanas)” la cuestión del hábitat cobra otro sentido: el de las vivencias, las prácticas, los hábitos y las apropiaciones de las colectividades y los individuos; el problema del espacio se convierte así en una preocupación no sólo por las formas sino por los funcionamientos, las prácticas y las repercusiones que éste tiene en la vida social. De este modo, dimensiones diferentes a los espacios de concreto abren al entendimiento y a la comprensión del hábitat, en este caso, dimensiones relacionadas con las tácticas de territorialidad, sociabilidad y textualidad de la vida cotidiana.

En este punto, también la teoría de Michel de Certeau sobre los procedimientos de la creatividad cotidiana es fundamental. La implementación de la noción de *prácticas de espacio* parte de la perspectiva propuesta por Michel de Certeau en su texto *La invención de lo cotidiano*, en el cual expone cómo los hábitats son producidos a través de las apropiaciones espaciales de sus practicantes ordinarios. Lo ordinario de las prácticas de espacio, y de sus practicantes, está vinculado a un conocimiento ciego, a unas simbologías inconscientes que producen formas diferenciadas de vivir el hábitat, que se cruzan componiendo una historia múltiple, formada de fragmentos espaciales y de sus alteraciones. Así, dichas prácticas desdibujan los espacios convencionales y “geométricos” del poder; remiten, por tanto, a una forma específica de

concretas y materialidades físicas y empíricamente observadas; así, el espacio puede ser estudiado como un complejo de prácticas espaciales materializadas, que trabajan en forma conjunta para producir y reproducir las formas concretas y los patrones específicos del urbanismo. El segundo espacio -el espacio concebido-, por su parte, es el espacio imaginado, utópico, representado; es un espacio inmaterializado que puede sólo estar en nuestro pensamiento, en nuestras voluntades y esperanzas, pero que innegablemente afecta nuestras experiencias y conductas espaciales; bajo esta caracterización, el espacio se vuelve un campo más mental o ideal, conceptualizado en imágenes, pensamientos reflexivos y representaciones simbólicas, es un espacio concebido por la imaginación, cultural y socialmente imbricado en su constitución mental. Finalmente, el tercer espacio -el espacio vivido- es el espacio que involucra los dos anteriores como constituyentes de una existencia compleja, se expresa como un lugar simultáneamente real e imaginario, actual y virtual, lugar de experiencias y agencias estructuradas, individuales y colectivas; es, por tanto, el tiempo vivido y espacio sentido de la experiencia humana.

operaciones, a espacialidades otras, “y a una esfera de influencia *opaca y ciega* del mundo habitado” (Certeau, 2000: 105). Parafraseando al mismo Certeau, el hábitat trashumante y metafórico de los funcionamientos plurales de la vida humana y de las prácticas de espacio que continuamente lo producen, se insinúa así en los espacios construidos de frío concreto; estas insinuaciones en los espacios controlados suponen unas tácticas y prácticas “ilegibles” estables, que constituyen tanto creaciones espaciales subrepticias como regulaciones cotidianas. Por tanto, “las prácticas de espacio tejen en efecto las condiciones determinantes de la vida social” (Certeau, 2000: 108).

Con todo, pensar el hábitat significa comprenderlo desde una perspectiva múltiple, que contenga sus implicaciones como concepción, como práctica y como representación. Y abordarlo a través de un pensamiento filosófico implica expandir sus horizontes de significación, que permitan la extracción de lo abstracto para ponerlo a funcionar en la “realidad” y, al mismo tiempo, a operar como productor de ésta. Así mismo se hace necesario considerar las apropiaciones, usos y resignificaciones históricas y particulares del hábitat, en tanto es la espacialidad humana que consagra y asegura subjetividades, territorialidades y sociabilidades. Por tanto, pensar en el hábitat como algo propiamente humano y que, como tal, nos define como seres constantemente comprometidos en la producción de espacios, es no sólo arrebatar el concepto a la ecología sino refinar la definición del hombre; pues ésta se la ha asociado históricamente con la posesión, casi exclusiva, de técnica y lenguaje articulado. Lo que aquí se agrega, a esta definición clásica, es tanto la capacidad del hombre de habitar, producir y transformar espacios como la susceptibilidad del hombre de ser habitado, producido y transformado por los espacios.

El hábitat urbano y su configuración contemporánea

El hábitat, en tanto espacialidad de la vida humana, depende de una producción múltiple, no sólo en términos de escalabilidad (lo que parecería indicar un proceso lineal de crecimiento) sino de forma heterotópica²²; es decir, la producción de hábitats implica un despliegue amplio de

22 El termino de heterotopía fue implementado por Michel Foucault en el texto *Las heterotopías* (2010), el cual

espacialidades coexistentes y articuladas, inclusive en una misma escala²³. Igualmente, la producción de hábitats está determinada por condiciones históricas que los hacen posibles, en sus morfologías y funcionamientos específicos en la medida en que su existencia hace parte de un engranaje político y social particular, y en tanto constituyen dispositivos políticos y sociales²⁴. Por tanto, abordar el problema del hábitat implica, en primer lugar, asumirlo desde una perspectiva histórico-crítica; en segundo lugar, la imposibilidad de singularizarlo como concepto, como materialidad y como práctica y, por ende, de inscribirlo en una univocidad de sentido. De esta forma, y tal cual lo argumentará Foucault, una mirada histórica no entraña tanto una retrospectiva sino, más bien, un reconocimiento, no tanto una mirada evocadora de un pasado que ya no es como sí una posición crítica con un presente que nos constituye; de manera que una ontología del hábitat presente, una analítica de un hábitat actual del que dependemos, nos lleva a situar su lenta constitución dentro de las condiciones específicamente modernas y urbanas que lo hicieron posible. Habrá que admitir, entonces, que el hábitat contemporáneo remite al universo de lo discursivo, al espacio de las materialidades y al mundo de las prácticas y las experiencias cotidianas; liga lo mental y lo cultural, lo social y lo histórico, lo político y lo anodino; reconstruye un proceso infinito de producción y reproducción de sociabilidades e individualidades; y, finalmente, se constituye como un producto “esencialmente” moderno y

funciona en oposición a la utopía; por tanto lo heterotópico denota los espacios que se forman a partir de las resistencias, quiebres y fracturas de una estructura utópica. Son heterotópicos los lugares que escapan al ordenamiento y a los funcionamientos normalmente instaurados y aceptados de una sociedad: “¡Y bien! Yo sueño con una ciencia que tendría por objeto esos espacios diferentes, esos otros lugares, esas impugnaciones míticas y reales del espacio donde vivimos. Esta ciencia estudiaría no las utopías, puesto que hay que reservar ese nombre a lo que no tiene ningún lugar, sino las *heterotopías*, los espacios absolutamente diferentes; y por fuerza la ciencia en cuestión se llamaría, se llamará, se llama, «la heterotopología»” (Foucault, 2010, pp. 21).

- 23 La escalabilidad del hábitat parte de la esfera de lo más íntimo hasta llegar al universo infinito, esto supone que la cantidad de escalas es “fácilmente” calculable e identificable. Sin embargo, los hábitats no se reducen a esta operación, ya que la existencia de hábitats específicos no solo está mediada por uno u otro hábitat en su respectiva escala, sino que funciona en éste y a partir de éste. Un ejemplo bastante banalizado pero igualmente pertinente para esta precisión es la relación existente entre la producción de la habitación como un hábitat, donde se configura un proceso de intimidad personal, y el funcionamiento reglamentado del hábitat a escala doméstica; de esta forma, la habitación deviene heterotópica en la medida en que en ella es “ajena” a la reglamentación que viene de la escala del hábitat a la cual corresponde.
- 24 El dispositivo en Foucault será no sólo el “elemento” que vehiculiza unos mecanismos de poder, sino el efecto mismo de esos mecanismos, de modo que permite no solo la circulación de unos poderes, unos saberes y unos sujetos, sino la producción de los mismos; así, para Deleuze, el dispositivo será una suerte de espiral, en donde los procesos de articulación entre saberes, poderes y subjetividades se corresponden y se producen. Una problematización más completa y rigurosa del concepto de dispositivo es trabajada en el próximo capítulo.

urbano²⁵. Reconocemos entonces el hábitat en su forma urbana y, en tanto urbano, en su carácter de dispositivo histórico, político y social; y podemos admitir que las espacialidades constitutivas del mundo contemporáneo están fuertemente definidas por la fuerza inminente que ha caracterizado al hábitat urbano desde la modernidad²⁶.

Ahora bien, las consideraciones sobre la crisis de la modernidad gestada a partir de las grandes guerras del siglo XX, se produjeron a través del reconocimiento de que la realidad se había

25 La comunicación e interrelación problemática entre la modernidad y lo urbano está presente en la propuesta teórica de Edward Soja sobre espacialización de la historia, de la vida social y de la vida humana. La dificultad de esta propuesta radica en lo problemático que puede resultar un entendimiento de la modernidad como algo fundamentalmente urbano, que no sólo es constitutiva sino resultado del mundo urbano. Igualmente, dentro de la modernidad funciona simultánea y articuladamente lo social y lo espacial; esto será identificado por Soja como la dialéctica socio-espacial de la modernidad, donde cada uno es producto y productor del otro: "esa espacialidad inherente, contingente y complejamente constituida de la vida social (y de la modernidad) debe ser enfatizada de modo persistente y explícito, a fin de que la misma no sea olvidada o suprimida" (Soja, 2008, pp. 36). Ahora bien, lo que Soja llama la especificidad espacial del urbanismo "hace referencia a las configuraciones específicas de las relaciones sociales, de las formas de construcción y de la actividad humana en la ciudad y en su esfera geográfica de influencia. Esta emerge activamente de la producción social del espacio urbano, en tanto contexto o hábitat material y simbólico distintivo para la vida humana" (Soja, 2008, pp. 36). Por tanto, la especificidad espacial puede ser evidenciada desde los aspectos como forma urbana y desde las relaciones y dinámicas como proceso urbano. No obstante, el privilegio del primero sobre el segundo ha implicado que la ciudad y su espacialidad hayan sido, durante mucho tiempo, analizados como meros contenedores de dinámicas sociales y no como el gran modelador de tales; pues la primacía del tiempo sobre el espacio y de la explicación de los fenómenos sociales con una inteligibilidad puramente temporal ha subordinado el espacio a un papel secundario y una excusa geográfica; así, los espacios urbanos específicos son considerados "fijos, muertos, social y políticamente inútiles, poco más que simples decorados para los procesos sociales e históricos dinámicos, que son por sí mismos inherentemente urbanos" (Soja, 2008, pp. 37).

26 Gran parte de los equivalentes económicos, políticos, sociales y filosóficos con los que se ha identificado la cultura moderna o de la modernidad, no sólo son el producto de procesos constituidos históricamente como urbanos sino que tienen su espacio de desarrollo en el mundo urbano y producen una cultura urbana propia. Las transformaciones del mundo Occidental, especialmente de la cultura europea a raíz del pensamiento ilustrado, el ascenso al poder de la burguesía liberal y la Revolución Industrial afectaron de forma significativa a las ciudades. Aun así, los primeros esbozos de esa conciencia colectiva y crítica propiamente moderna, la cual conlleva la aparición de una diferenciación social explícita de las prácticas espaciales, surgen en el Renacimiento; pues, es a través de las transformaciones espaciales de esta época que se comienza a responder a la pregunta de qué se debe hacer para mejorar una sociedad que ya contaba con los grandes desarrollos de las pasadas civilizaciones y de las ciudades-estado greco-romanas y medievales. El Renacimiento estaba arraigado tanto en un reafirmamiento teológico de base urbana como en un despliegue de fuerzas económicas, comerciales y políticas fundamentado en los ordenamientos urbanos. Dichos marcos de acción se inscriben en esa nueva conciencia emergente de la modernidad europea y, en consecuencia, afectan en profundidad la producción del espacio urbano a partir de entonces. No obstante, la Ilustración europea constituyó una reacción directa contra esa redefinición teológica y clásica del Renacimiento, a través de movimientos modernos que se volcaron hacia una ciencia secular y una interpretación científica y práctica del mundo. Obteniendo sus principales puntos de apoyo en las ciudades capitales y en los centros comerciales más importantes de toda Europa, los movimientos científicos modernos comenzaron a jugar un papel cada vez más importante en el desarrollo urbano, poniendo la ciencia al servicio público en lo que se refiere a la gestión y a la mejora social de las comunidades urbanas y sus territorios.

tornado incomprensible. La modernidad, que hasta entonces parecía tan segura y firme, comenzó a desmoronarse dentro de su propio proyecto: la idea de la voluntad de progreso indefinido, la ambición de completo dominio de la naturaleza a través de la técnica y la absoluta autonomía social del hombre comenzaron a resultar problemáticas y conflictivas. La crisis cultural que abrazó casi todo el planeta se mostró esencialmente como la crisis de los valores construidos con la Ilustración y como la pérdida de los principios de realidad socio-políticos que se habían constituido a partir de entonces. Parece evidente, sin embargo, que la modernidad, que mantuvo como principio rector la primacía de la razón, se vio volcada a un callejón sin salida cuando los proyectos totalizadores comenzaron a ser insuficientes para mantener el orden social. De igual forma, el hábitat urbano moderno también alberga una serie de tensiones que se manifiestan muchas veces en forma de ambigüedades y contradicciones. Así, los procesos de modernización que generan las dimensiones urbanas del hábitat en las sociedades parecieran recibir el impulso de fuerzas concretas, en apariencia inexorables, que crean los modos de ordenamiento de la sociedad y sus estructuras. Sin embargo, los proyectos de ordenamiento del hábitat van acompañados de procesos de desintegración de la experiencia urbana, creando así discontinuidades fundamentales en los ámbitos de la vida moderna. Para decirlo en otras palabras, las medidas de control y organización de la realidad urbana tienen como correlatos tanto procesos de normalización de la vida social como de fragmentación y de diferenciación. Por tanto, el ideal moderno del orden y las estructuras totalizadoras se encuentra imbricado dentro del caos urbano, lo que lo mantiene pendulando al hábitat moderno entre las utopías y las realidades.

La planeación, columna vertebral del urbanismo moderno pertenecerá, según esto, al ámbito de lo racional, mientras que el hábitat, entendido como la espacialidad de la vida humana en relación con un entorno socio y político complejo y difuso, estará salvaguardado por las lógicas de lo fragmentario y lo heterotópico; así, entre lo uno y lo otro se ha mantenido la tensión constitutiva del hábitat moderno, pues, como ya lo había advertido Baudelaire, la modernidad urbana vincula desde dentro todas sus paradojas. Así, el hábitat urbano no sólo se constituye en

relación a la diáspora de manifestaciones propias de la modernidad sino que es constitutivo de la misma, pues éste

posee caracteres precisos: homogeneidad-fragmentación-jerarquización. Tiende hacia lo homogéneo por diversas razones: la fabricación de elementos y materiales, análogas exigencias de los intervinientes, los métodos de gestión, de control, de vigilancia y de comunicación. Homogeneidad, pero no de plan ni de proyectos. Falsos "conjuntos", en realidad aislados. Pues paradójicamente este espacio homogéneo se fragmenta en lotes, en parcela, se desmigaja. Lo cual termina produciendo guetos, clausuras, grupos unifamiliares y pseudo-conjuntos mal vinculados con los alrededores y centros urbanos. Con una jerarquización estricta: espacio residenciales, espacios comerciales, espacios de ocio, espacios para marginales, etc. Gobierna una curiosa lógica de este espacio que la anuda ilusoriamente a la informatización. Y que oculta bajo su homogeneidad las relaciones "reales" y los conflictos. Además, parece que esta ley o esquema del espacio con su lógica de homogeneidad-fragmentación-jerarquización haya logrado un alcance y una especie de generalidad, con efectos análogos, en el saber y la cultura, en el funcionamiento de toda la sociedad (Lefebvre, 2013, pp. 58).

A partir de esta caracterización, otro elemento que emerge en el panorama es su articulación con el capitalismo de base urbana y propiamente moderno; de esta forma, tres factores son constitutivos del hábitat contemporáneo: el universo de lo urbano, de lo moderno y de lo capitalista. En otras palabras, la forma actual del hábitat está modelada a través de su configuración fundamentalmente moderna, de la vigencia predominante de lo urbano y de la reestructuración de la economía capitalista a nivel global (Soja, 2008, pp. 150). Tanto la simultaneidad entre dichos elementos como su articulación constitutiva traen consigo procesos específicos de producción del hábitat²⁷; por ejemplo, la crisis económica de la década de los

27 Estos procesos funcionan de manera articulada y transductiva en tanto que todos se convierten en estimulantes de la aglomeración humana; esta estimulación de la aglomeración recibe el nombre de sinecismo, el cual se constituye como la caracterización de la dinámica, que para Soja es fundamental, que emerge de y con el mundo urbano mismo: la ciudadanía. Este término, que es reapropiado por Soja de la literatura inglesa sobre arqueología e historia de las ciudades, tiene sus raíces griegas en la palabra *synoikismós*, que significaba "cohabitación" en el *oikos* y alude a la formación de la polis; (*oikos*: espacio común o hábitat compartido). "el sinecismo connota las interdependencias económicas y ecológicas y las sinergias creativas, así como también destructivas, que surgen del agrupamiento intencionado y de la cohabitación colectiva de la gente en el espacio, en un hábitat "hogar" (Soja, 2008, pp. 42). El sinecismo más que un elemento constituye un proceso o una conjunción de procesos culturales, sociales, económicos, políticos en históricos que implican su relación tanto con un espacio urbano como las dinámicas producidas por varios nodos; esto, por lo tanto, estaría ya desde Grecia envuelto en los problemas de la Región: "el sinecismo en tanto fuerza activa y motriz de la Geohistoria, supone la formación de una red regional de asentamientos nucleados y anidados de modo jerárquico, capaces de generar innovación, crecimiento y desarrollo social desde el interior de su dominio territorial definido" (Soja, 2008, pp. 43).

sesenta²⁸ truncaría el modelo urbanístico de la planeación y el hábitat urbano a nivel global²⁹ se inundó “de pobreza y obsolescencia funcional, y el poder político, abrumado por agudas problemáticas sociales, comenzó a apoyar todo lo que significara creación de puestos de trabajo” (García Vasquez, 2004, pp.15). El crecimiento urbano, uno de los factores que podía dinamizar la economía, tendría que dejar de ser algo que era necesario controlar -como en las formulaciones de los planes- para pasar a ser algo que se debía fomentar. Surgieron así las necesidades de que la planificación se adaptara a las nuevas realidades urbanas, realidades mutantes y conflictivas, que no podían abordarse desde los objetivos a largo plazo de los planes generales. Sin embargo, hacer frente a una nueva realidad urbana sin herramientas teóricas y técnicas que permitiera crear estrategias de intervención urbana derivó en que durante la década de los ochenta, cuando se reactivó la economía mundial, se hicieran a un lado los planes generales y las normas urbanísticas, para dar paso a las inversiones privadas; y, esto sería un fenómeno generalizado, para la mayoría de los hábitats urbanos que tenían como orden social rector el capitalismo (Soja, 2008, pp. 218). A partir de entonces, el hábitat urbano comenzó a proyectarse a corto plazo de forma flexible, fragmentario, parcial y desarticulado y, con esto, se reafirmó la eficacia del *proyecto*. Así, la práctica de la planeación urbana recibió un tratamiento preferente por parte de nuevos entes reguladores, los cuales la situaban dentro de sus intervenciones estratégicas de

"economías de aglomeración"; de esta forma, los procesos sinécicos son potenciadores por excelencia de la especificidad espacial del urbanismo. Jane Jacobs introduce el argumento que le permitirá abrir todo el horizonte explicativo de su libro "la economía de las ciudades" al hablar de "la chispa de la vida económica de la ciudad", la cual está estrechamente relacionada con el sinecismo de Soja. En este texto Jacobs argumenta que los asentamientos humanos, por pequeños que sean, generan crecimiento económico en proporción con su tamaño y que esta sinergia comienza, en un momento determinado, un preciso de expansión que lo comienza a vincular con otros asentamientos: "todas las fuerzas motrices del crecimiento y el desarrollo económico emergen del particular entorno socio espacial de las ciudades, de esa extraordinaria condición de la vida humana que puede ser descrita como la especificidad espacial del urbanismo" (Soja, 2008, pp. 44). Para Jacobs, entonces, las condiciones de densidad y aglomeración propiamente urbanas han sido constitutivas, durante toda la historia, para el desarrollo económico; en la concentración de las necesidades, lo que, por tanto, produce un mayor incentivo a lidiar con lo problemas de forma creativa es la escénica de los procesos económicos.

28 La crisis económica, que condujo a una crisis urbana, que estalló en todas partes del mundo en la década de 1960, constituyó una de tantas señales de que el prologado auge económico que tuvo lugar en los países industriales avanzados durante el periodo posterior a la guerra estaba llegando a su fin. “Algunas reafirmaciones del poder de los países menos industrializados comenzaron a desafiar el viejo orden global, que había ayudado a sostener el boom, el específico orden urbano de las grandes metrópolis capitalistas, que constituían los centros de control nacional y regional de la economía mundial comenzó a desintegrarse a partir de los levantamientos llevados a cabo por aquellos que menos se habían beneficiado de la expansión económica de postguerra” (Soja, 2008: 150)

29 El hábitat urbano “a nivel global” remite a las ciudades a escala más o menos planetaria.

inversión económica. Entre las estrategias de valorización del suelo urbano y la necesidad de crear dinámicas de consumo

el capital se representa así mismo en la forma de un paisaje material creado a su propia imagen, creado como valor de uso con el fin de aumentar la progresiva acumulación de capital. El paisaje geográfico resultante corona el desarrollo capitalista anterior. Pero, al mismo tiempo, expresa el valor del trabajo muerto sobre el trabajo vivo y, como tal, encierra e inhibe el proceso de acumulación dentro de un conjunto de restricciones físicas [...] Por lo tanto, el desarrollo del capitalismo debe negociar un camino ubicado en el límite entre preservar los valores de cambio de las inversiones capitalistas en la planificación urbana ya realizadas y destruir el valor de estas inversiones con el fin de generar nuevos espacios para la acumulación. En el capitalismo tiene así lugar una eterna lucha en la cual el capital construye un paisaje material apropiado a su propia condición, en un momento particular, sólo para luego tener que destruirlo, generalmente en el curso de una crisis, en otro momento histórico. El flujo y reflujo temporal y geográfico de inversión en la planificación urbana sólo puede ser comprendido en términos de dicho proceso (Harvey, 1997, pp. 124).

La dinámica urbana esbozada en esta cita puede representar ese fenómeno que se encuentra profundamente arraigado en la especificidad del hábitat capitalista: la configuración de nuevas geografías urbanas a través de los flujos económicos. En este caso, Harvey señala que una geografía urbana específica es creada por el capitalismo y diseñada fundamentalmente para facilitar el proceso de acumulación. Según esto, es posible observar que la rigidez del entorno urbano edificado en el pasado puede generar, muchas veces, problemas para la continua acumulación. Por tanto, la generación de espacio libre para la acumulación puede desencadenar y, por lo general desencadena, que la anulación de espacios que fueron útiles en el pasado se convierta en la *solución espacial* de los inversores privados³⁰. De esta forma, el diagnóstico parece claro: el ordenamiento sistemático del hábitat urbano no podía seguir obviando las leyes del capital.

30 Aunque estas teorías se basan en la idea de que “la ciudad y el territorio donde viviremos en los próximos años ya está construido” y que, por ende, la necesidad ahora es más de planear los cambios de la ciudad existente que de planear su crecimiento; es imposible negar que una gran cantidad de nodos urbanos, en los cuales se acoge estas “nuevas” consideraciones de planeación, aún hoy siguen viviendo procesos de expansión territorial. Expansión que, en muchos casos, no es necesariamente producida a través de los instrumentos legales, sino que se efectúa gracias a procesos ilegales de urbanización.

La emergencia de la noción de *posmodernidad* nos lleva hacia otros horizontes discursivos del mundo urbano en el cual se la representa como la caracterización de un nuevo modo de vida contemporáneo, pero marcado al mismo tiempo por profundas e inmutables continuidades con el pasado y que tiene como mayor lugar de efectuación el hábitat urbano, con lo que surgirá lo que se conocerá como la *postmetrópolis* (Soja, 2008: 218). Estos conceptos no aluden, en modo alguno, a una superación de la alegoría metropolitana de la modernidad; ya que ni siquiera los nuevos procesos de urbanización son completamente inéditos. Por tanto, la postmetrópolis es considerada como una variación particular de las cuestiones relacionadas a la reestructuración generada por las crisis económicas y al desarrollo desigual que han estado modelando el espacio urbano desde el nacimiento de la modernidad industrial y urbana. Pero, al mismo tiempo, es algo significativamente nuevo y diferente; es el resultado de un periodo de intensas y extensas reestructuraciones que tuvieron un impacto más profundo, sobre todos los niveles de la vida humana y urbana, que en cualquier otro periodo precedente.

El cambio contemporáneo es igualmente descrito como una implosión y una explosión a escala de las ciudades, una extraordinaria transformación de gran alcance del espacio urbano; así, el mundo es entendido como la síntesis de lo urbano y la ciudad como una síntesis del mundo (Mumford, 1966, pp. 7). De este modo, la posmodernidad puede ser representada como un producto de la intensificación de los procesos de globalización, a través de los cuales y de forma simultánea, lo global está siendo redefinido dentro lo local y lo local dentro de lo global. Esta simultaneidad está conduciendo a un tipo de “mundialidad”, o “glocalidad”, del hábitat a través de su instalación en una red global de lugares, hasta ahora dispersos, pero que de forma progresiva absorben a todos los sujetos y a todos los espacios en unos ritmos económicos y sociales comunes. En este contexto, podría decirse entonces que desde finales del siglo XX, los hábitats urbanos del mundo Occidental

son cada vez menos representativos del punto culminante de las culturas locales y territoriales. De hecho, muchas de estas ciudades corren el riesgo de volverse residuales; monumentos abandonados y obsoletos pertenecientes a una época pasada. O también en

tanto regiones crepusculares resultado de proyectos que alguna vez fueron firmes y racionales, son transformadas a paisajes urbanos estetizados, mientras que sus antiguas poblaciones, al no jugar ningún papel, son introducidas en otros discursos: las comunidades étnicas, la pobreza urbana, la decadencia de las zonas urbanas deprimidas, el deterioro industrial, las drogas, el crimen organizado [...] Mientras que la ciudad anterior constituía una discreta unidad geográfica, económica, política y social, fácilmente identificable en su separación radical del espacio rural, la metrópolis industrial occidental contemporánea tiende a llevar ese “otro lugar” hacia su propia zona simbólica (Chambers, 1990, pp. 53).

La totalidad de las espacialidades urbanas, que se encuentran diseminadas en a lo largo de todo el hábitat pero que se conectan a través de cualquier medio de comunicación, constituyen cada vez más el lugar de un mundo compartido y modelado de forma común.

Comienza, por tanto, la aparición de nuevas formas de urbanización banal del territorio, ya que los elementos que se conjugan para dar lugar a un paisaje concreto pueden ser repetidos y replicados en muchos lugares. Así, la relación entre la globalización y la banalización en la posmodernidad se refiere a cómo el hábitat urbano se tematiza y a cómo la fragmentación metropolitana de un determinado hábitat puede ser idéntica a la fragmentación metropolitana de otro. No obstante, cabe advertir que las mismas políticas urbanas son las que han facilitado las condiciones propicias para el desarrollo de lo que Francesc Muñoz ha llamado *urbanización*. Lo que ha sido conocido desde la economía como *desregulación*, propia del sistema económico neoliberal, sería lo que, de una u otra forma, daría el impulso a las nuevas determinaciones en las políticas económicas y fiscales como en la gestión de los mercados laborales. La adaptación a las crisis económicas de la segunda mitad del siglo XX se fue arraigando a los postulados políticos del liberalismo económico del siglo XIX; sin embargo, las nuevas premisas neoliberales, lo que alude a otras condiciones sociales, políticas y económicas, coincidían en la necesidad de demandar una mayor liberación, por parte del Estado y las instancias públicas, de la actividad económica y empresarial. Igualmente, las políticas urbanas no quedarían al margen de este cambio y las demandas para una mayor participación privada y menor control público empezaron a ser traducidas en una nueva forma de entender la gestión del hábitat; esta nueva forma de gestión del hábitat puede ser sintetizada en cuatro elementos: el diseño de políticas de marketing y

promoción urbana, orientadas a la competición entre los hábitats en un mercado global de inversiones; el auge de a *planeación estratégica* como la articulación de agentes tanto públicos como privados en el diseño del hábitat; la multiplicación de herramientas técnicas y conceptuales de gestión urbana, en los que la relación público-privado es entendida como un medio para agilizar y flexibilizar el gobierno del hábitat; y la privatización de infraestructuras y servicios urbanos (Francesc Muñoz, 2008, pp. 53).

Sin embargo, habrá que admitir que la fragmentación es producida políticamente en tanto que necesaria económicamente, en la medida en que las formas del hábitat urbano funcionan como el “mejor espejo” de las realidades sociales. Si, como decía José Luis Pardo, los espacios con su distribución y su estética nos revelan, es también admisible afirmar que la morfología fragmentaria y disímil hace evidente como funciona el gobierno urbano neoliberal y, por tanto, es el testimonio de ese útil desequilibrio social que produce y contiene el hábitat urbano contemporáneo. La racionalidad de un gobierno que debe ocuparse del hábitat urbano es perfectamente clara en lo que concierne a la desigualdad y fragmentación socio-espacial: en una situación de desigualdad, cualquiera sea su índice, es decisivo no intervenir directamente, ya que ni la equidad, ni la justicia, ni la igualdad social son un ideal político y un principio económico imperioso que es preciso salvar en todas las circunstancias. Lo que debe salvarse es un cierto tipo de estabilidad política que aliviane considerablemente el ejercicio del gobierno. De esta forma, cuando se admite que el hábitat urbano contemporáneo es producto de las lógicas del capital financiero y, por tanto, de las directrices impuestas por los intereses neoliberales, debemos admitir igualmente que estos se fundamentan en el desequilibrio y la carestía estructural; que al mismo tiempo que producen riqueza extrema deben provocar degradantes procesos de pauperización: su modo de sobrevivencia es la producción de un déficit perpetuo³¹. Si existe, por tanto, una irreductibilidad de la miseria, se explica porque esta deviene un fenómeno extensivo del hábitat urbano; es decir, porque no sólo se expresa a través de una guetización urbana, la cual supone un concentración de las capas más pobres en determinados sectores, sino que abarca

31 El neoliberalismo, y sus consecuencias en la vida social y sobretodo, en la existencia humana, será abordado de forma rigurosa y problemática en el capítulo tres.

toda la estructura social del hábitat. Si bien los procesos de segregación en el hábitat no son una novedad histórica, si habría que reconocer que están cada vez más ligados

a una carestía intelectual y a una especulación crónica y tiende a ser decisiva, tanto mediante la segregación geográfica (centro de las ciudades y periferia, zonas residenciales, guetos de lujo, suburbios dormitorio, etc.) como en el espacio habitable (interior y exterior del alojamiento), el desdoblamiento en residencia secundaria, etc. Hoy los objetos tienen menos importancia que el espacio y que la marcación social de los espacios. Posiblemente el hábitat constituya así una función inversa de los demás objetos de consumo. Función homogeneizante de unos, función discriminante del otro, bajo las relaciones de espacio y de localización (Baudrillard, 2009, pp. 51).

Inclusive, el carácter más fundamentalmente problemático de las expresiones y los intereses económicos respecto al hábitat, es que logran difuminarse de forma viral en todos los ámbitos de la vida social. Existe, por tanto, una economización de la vida, de las relaciones, de la política y, por tanto, del hábitat. Justamente, la multiplicación cada vez más amplia de derechos, algo que leemos bajo el eslogan de progreso individual y colectivo general, es la mejor manifestación de la economización generalizada de la existencia humana; así, y parafraseando a Baudrillard, sólo hay derecho a un hábitat digno a partir del momento en que ya no hay espacios que habitar y, por ende, dignidad que construir, y a partir del momento en que el hábitat urbano se ordena de forma privilegiada para algunos a expensas de otros. No obstante, la primacía de lo urbano en el hábitat contemporáneo también marca de forma definitiva las relaciones entre los sujetos y de estos con los espacios. Por tanto, y como ya había sido advertido anteriormente, el hábitat urbano es múltiple en el medida en que deviene concepto, objeto y sujeto: concepto en tanto proclive a desplazamientos teóricos, objeto en tanto materializaciones concretas y sujeto en tanto construido y practicado. Con todo, si bien existe un hábitat contemporáneo, neoliberal, construido a escala urbana, el cual implica que sea en gran medida planeado y ordenado de acuerdo a unos intereses políticos y económicos, éste mismo hábitat es apropiado socialmente y practicado existencialmente.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL CONSUMO COMO DISPOSITIVO Y LOS DISPOSITIVOS DEL CONSUMO

Si existe una tesis bastante difundida sobre la filosofía de Michel Foucault, es la que sintetiza el conjunto de su obra como un análisis de los dispositivos producidos y productores de la modernidad³². Si bien esta tesis no es errónea, si se hace necesaria una precisión sobre el fundamento explicativo del concepto mismo de *dispositivo*; pues, podría decirse, que se tiende a esencializar la obra de Foucault cuando no se ocupa de manera rigurosa, por una parte, de delimitar el concepto mismo y, por otra, de estudiar los elementos, las técnicas y las discontinuidades que configuran los dispositivos por él abordados³³. Ahora bien, lo que se pretende en este punto no corresponde a la segunda exigencia -ya que ésta no pretende ser una tesis sobre un autor o sobre una obra- sino, más bien, a caracterizar de manera general el concepto de *dispositivo* utilizado por Foucault, lo que nos permitirá abrir el horizonte explicativo y problemático de lo que el análisis de los dispositivos implica y, por consiguiente, desarrollar, argumentativamente, la significación del *consumo como dispositivo*.

El uso privilegiado del concepto de *dispositivo* en Foucault emerge en lo que ha sido conocido como el periodo genealógico, el que corresponde a sus trabajos dedicados al problema del poder y a la gubernamentalidad moderna, los cuales van desde *Vigilar y Castigar* (1975)*, pasando por los seminarios dictados en el Collège de France³⁴ (1970 - 1984), hasta el primer tomo de *Historia de la Sexualidad -La Voluntad de saber-* (1976). La crítica que hace Foucault a la idea de poder, entendido tradicionalmente como esa relación estrictamente vertical entre el poder soberano y

32 En dos artículos que llevan por título *¿Qué es un dispositivo?*, de Deleuze y de Agamben, la principal hipótesis de estos filósofos es que no solo el concepto de *dispositivo* es decisivo en el pensamiento foucaultiano (Agamben, 2011, pp. 249), sino que toda su filosofía se centra en el “análisis de “dispositivos” concretos” (Deleuze, 1999, pp. 155.)

33 Foucault se refiere a dispositivo de disciplina, de seguridad, de vigilancia, de sexualidad, de verdad y a dispositivos carcelarios, panópticos, biopolíticos.

* Estas fechas corresponden al año de la publicación original en francés.

34 Especialmente “Defender la sociedad” (1976), “Seguridad, territorio y población” (1977 - 78) y “Nacimiento de la Biopolítica” (1979).

los sujetos³⁵, la “revisión” histórica de sus transformaciones y discontinuidades, y la problematización de las formas en que éste es ejercido, inscriben su pensamiento en un desciframiento histórico-filosófico de la modernidad encarnada en dispositivos gubernamentales³⁶. Gubernamentales en tanto manifestaciones exclusivas de esa relación transversal entre poder y saber. La determinación de ese nuevo campo del poder-saber se inscribe tanto en el análisis de las tecnologías y economías políticas de los sujetos, como en el desdibujamiento de la conjunción inmediata entre los elementos clásicos de la política, a saber, gobernantes y gobernados. Es decir, para Foucault, en el despliegue de nuevos discursos, en la instauración de nuevas verdades y en la manifestación de nuevos poderes, se “esconde” la constitución de los sujetos modernos a través de tecnologías políticas. En *Vigilar y castigar*, la constitución del cuerpo moderno como objeto de saber y blanco de poder ejemplifica el funcionamiento de esa nueva tecnología política, en la medida en que es sumergido directamente en un campo político, aunque, evidentemente, está inmerso el campo de los saberes:

puede existir un “saber” sobre el cuerpo, que no es exactamente la ciencia de su funcionamiento, y un dominio de sus fuerzas que es más que la capacidad de vencerlas: este saber y este dominio constituyen lo que podría llamarse la *tecnología política del cuerpo*. Indudablemente, esta tecnología es difusa, rara vez formulada en discursos continuos y sistemáticos; a menudo está compuesto por elementos y fragmentos, y utiliza herramientas o procedimientos inconexos [...] Además, no es posible localizarla ni en un tipo definido de institución, ni en un aparato estatal. Estos recurren a ella, utilizan, valorizan e imponen algunos de sus procedimientos. Pero ella misma, en sus mecanismos y en sus efectos, se sitúa en un nivel muy distinto. Se trata en cierto modo de una *microfísica del poder* que los aparatos y las instituciones ponen en juego, aunque su campo de validez se sitúa en cierto modo entre esos grandes funcionamientos y los propios cuerpos con su materialidad y sus fuerzas* . (Foucault, 2009, pp. 35 - 36)

Es esa tecnología política el elemento fundador y constitutivo del *dispositivo*. De manera que, el *dispositivo* en tanto que tecnología política, en primer lugar, incorpora y emplea el saber de

35 Una primera originalidad de Foucault consiste en dividir el poder de otra manera, introduciendo entre los gobernantes y los gobernados o entre el soberano y los sujetos, o incluso entre los dominantes y los dominados, una región nueva y compleja que él llama la tecnología política de los cuerpos.

36 Sin duda, hablar de dispositivos gubernamentales entraña ya una redundancia, en la medida que todo dispositivo acarrea mecanismos y estrategias de poder.

* Las cursivas son nuestras.

ciertas técnicas y, en segundo lugar, ejerce mecanismos de poder que producen y fabrican un tipo específico de sujeto³⁷, cuerpo o sociedad. Por tanto, el *dispositivo* deviene ese elemento en el que se puede leer la historia común de las relaciones de poder y de las relaciones de saber, por lo que abre una nueva vía a la comprensión de la economía del poder. A su vez, y para ser más precisos, el entendimiento de cualquier tipo de *dispositivo* debe alejarse de manera enfática de su naturalización, pues este se constituye a partir de unas condiciones de posibilidad históricas y de un encadenamiento de problemáticas y estrategias. En otras palabras, un *dispositivo* es un producto histórico en el cual se articulan poderes y saberes, en el cual se producen y reproducen mecanismos, en tanto que pone a funcionar estrategias y en la medida que no es simplemente una institución o una positividad; lo que implica que, al ser histórico, sea no sólo provisional sino que escape a la sustancialización por leyes intemporales.

Tenemos, entonces, que el carácter problemático del concepto se refuerza al aclarar que los dispositivos no sólo son los “elementos” que vehiculizan unos mecanismos de poder y producen unos saberes específicos, sino que también son los efectos de esos poderes y esos saberes. Es el caso, por ejemplo, de la sexualidad, en tanto que ella es en sí misma un *dispositivo*, como, a su vez, es el producto de un dispositivo: “la sexualidad”, es el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos, las relaciones sociales por medio de cierto *dispositivo* que tiene que ver con una tecnología política compleja; por tanto, la sexualidad es a la vez el dispositivo y el efecto del dispositivo. El dispositivo y sus efectos se encuentran en una relación múltiple, transductiva³⁸, unos actuando sobre los otros. De aquí que la imagen de la red, la espiral, o de las “líneas” disímiles, representen la tensión en la que diferentes elementos se oponen simultáneamente, se recubren o se armonizan; “el dispositivo está compuesto de líneas de diferente naturaleza y esas líneas [...] siguen direcciones diferentes, forman procesos siempre en desequilibrio y esas líneas tanto se acercan unas a otras como se alejan unas de otras” (Deleuze,

37 Sobre el problema del sujeto y la subjetividad se volverá más adelante.

38 El término transductivo, el cual es fundamental en la obra de Simondon, denota una relación de dependencia recíproca entre dos o más elementos; es decir, los elementos presentes en la relación se constituyen mutuamente. (Simondon, 2007).

1999, pp. 155). En esta dinámica de la red, la espiral y de las líneas plurales, no hay espacio para las determinaciones univocas y naturales. En palabras del mismo Foucault:

Aquello sobre lo que trato de reparar con este nombre es [...] un conjunto resueltamente heterogéneo que compone los discursos, las instituciones, las habilitaciones arquitectónicas, las decisiones reglamentarias, las leyes, las medidas administrativas, los enunciados científicos, las proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas. En fin, entre lo dicho y lo no dicho, he aquí los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que tendemos entre estos elementos [...] Por dispositivo entiendo una suerte, diríamos, de formación que, en un momento dado, ha tenido por función mayoritaria responder a una urgencia. De este modo, el dispositivo tiene una función estratégica dominante [...]. He dicho que el dispositivo tendría una naturaleza esencialmente estratégica; esto supone que allí se efectúa una cierta manipulación de relaciones de fuerza, ya sea para desarrollarlas en tal o cual dirección, ya sea para bloquearlas, o para estabilizarlas, utilizarlas. Así, el dispositivo está inscrito en un juego de poder, pero también ligado a un límite o a los límites del saber, que le dan nacimiento, que le dan nacimiento pero, ante todo, los condicionan. Esto es el dispositivo: estrategias de relaciones de fuerza sosteniendo tipos de saber, y [son] sostenidas por ellos. (Foucault, citado por Agamben, 2011, pp. 250)

Así, la emergencia de los dispositivos corresponde a esa problematización histórica-crítica tanto del funcionamiento microfísico de los poderes, como de la configuración política de los saberes. Lo que implica, en primer lugar, concebir el poder no como algo que se posee y que, por tanto, es necesario manifestarlo, sino como algo que debe ser ejercido a través de unos medios, unas técnicas, unos mecanismos y unas estrategias; es una concepción del poder que no obliga a localizarlo en las relaciones directas del amo con sus esclavos, del patrón con los obreros o del Estado con sus ciudadanos; es un poder que se reconoce modesto, suspicaz, y que funciona según el modelo de una economía calculada pero permanente. En segundo lugar, un desplazamiento de la concepción específicamente epistemológica del saber³⁹ a un análisis de su funcionamiento político; es decir, un entendimiento del saber como la herramienta más eficaz del desarrollo microfísico del poder. Pues, “poder y saber se implican directamente el uno al otro; [...]

39 Esta concepción del saber está presente en esa primera parte de la filosofía de Foucault, más conocida como el periodo arqueológico, en el cual están presentes obras como *El nacimiento de la locura en la época clásica* (1961), *El nacimiento de la clínica* (1963), *Las palabras y las cosas* (1966), *La arqueología del saber* (1969) y *El orden del discurso* (1970); donde su mayor preocupación se centraba tanto en mostrar como emergían los saberes en determinada época, como en hacer un análisis al funcionamiento “interno” de esos saberes.

no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo relaciones de poder”(Foucault, 2009, pp. 37).

Ahora bien, con esta dilucidación del *dispositivo* se abre la ruta al entendimiento del *consumo como dispositivo*. Si aceptamos que los dispositivos propios de la modernidad tienen en común una disposición “interna” fundamentada en esa relación saber-poder, y que esta relación se constituye en una tecnología política, podemos admitir, igualmente, que el consumo hace parte de estos dispositivos en la medida en que está atravesado evidentemente por esa articulación transductiva entre saber y poder. No obstante, como ya había sido advertido, el dispositivo -en este caso el del consumo- tiene condiciones de posibilidad históricas y, por tanto, su existencia no remite a una linealidad, ni, mucho menos, a una naturalización; lo cual quiere decir que el funcionamiento del consumo, tal como funciona en la actualidad, obedece a unas tecnologías políticas específicas, completamente distintas a las que lo hacían funcionar a finales del siglo XIX y principios del XX⁴⁰; esto gracias a que, justamente, no sólo el surgimiento, la circulación y el uso de “nuevos” saberes permite la incorporación de “nuevos” mecanismos y estrategias de poder, ni sólo a que el ejercicio del poder de manera rigurosa y constante posibilita la creación de nuevos saberes, sino a que tanto los unos como los otros -saberes y poderes-, se articulan de tal manera que lo uno implica, de hecho, a lo otro. Así, en un primer momento y de forma bastante general, podríamos tejer esta red a través de algunos elementos: la publicidad, el marketing y el neuromarketing se constituyen como saberes y como poderes, igualmente lo harán los mecanismos y estrategias de fidelización y de endeudamiento; el uso de disciplinas como la arquitectura, el urbanismo, la economía y la psicología sera efectivo para poner a circular el poder de manera específica; en cuanto a las diferentes espacialidades que lo soportan - desde los grandes centros comerciales, pasando por los almacenes de cadena, por los pequeños establecimientos sectoriales, hasta llegar a los lugares de comercio informal-, con sus implantaciones urbanas específicas, sus disposiciones y distribuciones espaciales y sus estéticas propias, se configuran a través de unos saberes y ponen a funcionar unos poderes. Son todos

⁴⁰ En esta época se sitúa el “nacimiento” de la sociedad de consumo como respuesta a los procesos de industrialización y a la producción en masa de objetos, bienes y mercancías.

estos elementos que componen esa “gran” red, ardua e irregular, de ese dispositivo que es el consumo.

Cuando se afirmaba que el dispositivo era no sólo donde se producían y donde circulaban poderes y saberes, sino que también devenía el producto de estos, argumentábamos que lo era en tanto que dentro del dispositivo era imposible trazar una línea recta y consecutiva entre el uso de un saber y el origen y la acción de un poder; decíamos igualmente que el dispositivo no podía ser naturalizado, pues los elementos que lo componen nunca pertenecerán a un orden, una clasificación o una jerarquía, sino que hacen parte de un “sistema” difuso y equivoco. Lo que hace entonces del consumo un dispositivo estriba en que éste no tiene coordenadas plausibles de ser universalizables; en otras palabras, el consumo funciona como dispositivo porque tiene la capacidad de actuar de manera extendida y específica. Extendida en la medida que pareciera tener la suficiencia de abarcar todos los rincones del planeta; específica en tanto que en cada uno de esos rincones funciona, también, con herramientas que le son propias, produciendo modulaciones precisas y locales. De esta forma, también con el consumo se presenta esa relación compleja entre el dispositivo y sus efectos que veíamos con la sexualidad, unos actuando sobre los otros. Admitimos fácilmente que el consumo se relaciona de forma directa con acciones, pero poco lo asociamos con su función de dispositivo y, por tanto, con el poder que ejerce sobre los individuos, con ese poder riguroso e ineludible. El consumo es una acción, evidentemente, pero es, sobretudo, un dispositivo que produce acciones, las orienta, las modela y las conduce, todo a través de tácticas, mecanismos y estrategias. El consumo es la red donde su carácter de tecnología política encuentra y penetra sus propios elementos. Cabe advertir que dichos elementos también se configuran como dispositivos independientes, en la medida en que en cada uno de ellos se constituye como una tecnología política donde se teje esa relación fundamental entre saber y poder. Para decirlo con otras palabras, el dispositivo de consumo se compone y funciona a partir de la acción de determinados dispositivos, pero también de una articulación eficaz y estratégica entre éstos. Elementos ya enunciados como la publicidad, los espacios comerciales, las estrategias de marketing son algunos de los dispositivos, los cuales son más

efectivos en el ejercicio de poder en cuanto más logren efectuar una sinergia; dicha sinergia es la que constituye el dispositivo de consumo.

En el curso dictado entre 1977 y 1978, *Seguridad, territorio y población*, Foucault hará la diferencia entre dos tipos de dispositivos, los dispositivos de disciplina y los dispositivos de seguridad. Durante los siglos XVII y XVIII es posible constatar la emergencia del dispositivo de disciplina, el cual se centra esencialmente en el cuerpo individual y el cual se asegura a través de la distribución espacial y la organización de todo un campo amplio de visibilidad; la imagen y el espacio arquitectónico privilegiado de la disciplina es el panóptico⁴¹. A mediados del siglo XVIII, emerge un nuevo objeto de saber y, por tanto, de poder: la población⁴²; es justamente sobre esta que se concentra el dispositivo de seguridad, y a partir de la cual nace una nueva técnica de poder que Foucault identificará como Biopolítica, la cual se aplica a la vida de los hombres, a su gestión positiva y su conducción. De las técnicas dirigidas al cuerpo, pasamos a las técnicas dirigidas a la multiplicidad de los hombres; de los ejercicios de poder individualizadores sobre el cuerpo a los ejercicios masificadores dirigidos a la especie humana. Sin embargo, es necesario advertir que esta transformación en el campo de los dispositivos y de las tecnologías políticas no supone una ruptura entre uno y otro, no supone una exclusión del primero por el segundo, más bien implica una articulación eficaz. El hecho de que el dispositivo de seguridad integre de forma estratégica el de disciplina, se debe a que son dispositivos que se encuentran en niveles políticos y de acción completamente distintos y se valen de instrumentos totalmente diferentes: la disciplina “circunscribe un espacio dentro del cual su poder y los mecanismos de este actuarán a pleno y sin límites” (Foucault, 2006, pp. 66), los dispositivos de seguridad “tienen una tendencia constante a ampliarse: son centrífugos” (Foucault, 2006, pp. 67); por tanto, la disciplina aísla, la

41 El Panóptico, ideado por Jeremías Bentham, es un espacio cerrado, recortado y vigilado en todos sus puntos, en el cual están asignados los individuos en lugares específicos y en el que el más mínimo gesto está reglamentado y vigilado, pero está desplegada como poder panoptical. Los efectos de luces y sombras, de las ocultaciones y las visibilidades del panóptico protegen la identidad del poder, el efecto de contraluz aseguran el control del individuo.

42 La emergencia del saber biológico en el siglo XVIII implicó que se efectuara un desplazamiento en las técnicas de gobierno en este siglo, pues con este “nacía” la especie humana y, con ello, la población como objetos de saber y blancos de poder.

seguridad integra.

A través de esta descripción y diferenciación de dos dispositivos modernos, podemos plantear la tesis general de que, en nuestra sociedad, hay que situar el *consumo* en cierta “economía política” que se sirve tanto de especificaciones de orden disciplinario, como de los principios de la seguridad. En cuanto a las especificidades del dispositivo de la disciplina, la importancia otorgada a la espacialidad -pues es en los espacios donde el consumo manifiesta toda su fuerza política-, a la distribución espacial y al control de los sujetos a través de una vigilancia sistemática son los que evidencian esta herencia. Lo biopolítico, por el contrario, es localizado en la amplitud de su extensión, en su capacidad de integrar, abarcar y producir una multiplicidad de individuos y de espacios: en los dispositivos de seguridad “se integran sin cesar nuevos elementos, la producción, la psicología, los comportamientos, las maneras de actuar de los productores, los consumidores, los importadores, los exportadores, y se integra el mercado mundial” (Foucault, 2006, pp. 67). Pero si bien es cierto que el consumo, como tecnología política, ha sido diseñado en el punto de coincidencia entre estos dos dispositivos, su estabilidad y poder social en el mundo contemporáneo se ha debido al hecho de que el segundo ha ocupado un lugar prioritario. Por el hecho de que el consumo ha sabido expandirse de formas disímiles y a través de múltiples mecanismos y estrategias a lo largo una gran parte del territorio planetario, es que éste ha podido pasar del estado de una simple acción al de dispositivo. Es decir que si, en apariencia, el consumo contemporáneo se caracteriza por ser el resultado de la acción de consumir, por una disponibilidad permanente y heterogénea de objetos, por las posibilidades ilimitadas de formas de acceder a él, existe en su “interior” unas técnicas, unos mecanismos y unas estrategias rigurosas para mantener su “nuevo” orden⁴³.

43 Susan Buck-Morss expone, en su texto *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y en el Oeste* (2004), que esa utopía de masas que había caracterizado el sueño del siglo XX, la misma que se constituyó como la impulsora de la modernización industrial de forma cuasi planetaria, estaba, desde finales del mismo siglo, en un proceso lento de agonía sin reverso gracias a las formas del consumo contemporáneo: “A medida que se acaba el siglo, el sueño comienza a olvidarse. La producción industrial no ha disminuido. Todavía ahora se producen, se comercializan, se desean, se consumen y se desperdician más artículos de primera necesidad, en un mayor número de zonas del globo y en unas cantidades superiores a las que jamás haya habido. El consumismo, lejos de estar decayendo, ha penetrado en el último bastión socialista, la China continental, para convertirse posiblemente en la primera lógica ideológica mundial” (Buck-Morss, 2004, pp. 13). No obstante, la

Si tanto los dispositivos de la disciplina como los de la biopolítica han sido cruciales para comprender el funcionamiento político de la modernidad, es pertinente estimar que el consumo y sus propios dispositivos son fundamentales para descifrar el fundamento de las sociedades contemporáneas. De modo que, para resumir, podríamos decir que el consumo, a través de sus discursos, estrategias, mecanismos, prácticas y espacios, es uno de los dispositivos de poder más eficaces de la contemporaneidad, en tanto disciplinar (por las disposiciones espaciales y la individualización) y en tanto biopolítico (porque logra abarcar un sector muy amplio de la población). El consumo “patologiza” y taxonomiza los individuos a través de la vigilancia y de la “clasificación” de sus espacios, pero igualmente los integra, los concentra y los normaliza⁴⁴.

Analizar el contenido eminentemente político del consumo, definirlo como un dispositivo a través del cual se producen y circulan saberes, incluir en el análisis el conjunto de dispositivos que lo componen, admitir y problematizar sus herencias con otros dispositivos de poder modernos y detallarlo en su forma microfísica de ejercicio del poder, implica, por lo tanto, que se renuncie a la oposición inclusión-exclusión, a la metáfora de la alienación y al modelo de la simulación:

Dado además el grado de madurez y complejidad que ha alcanzado hoy en día la llamada *sociedad de consumo*, resultan un tanto inútiles, por insuficientes las posiciones más o menos tradicionales y ya casi testimoniales del consumo como alienación, manipulación, cierre o control del universo social (típica de la teoría crítica de raíz frankfurtiana), o su reverso simétrico: presentarlo como soberanía, libertad total y riqueza, característica de la presentación liberal del individualista *homo oeconomicus*. (Alonso, 2005, pp. 30)

Los enfoques teóricos más divulgados sobre el consumo contribuyen con la concepción del consumo como dispositivo, aunque no de manera directa; es decir, tesis como las de la teoría

transformación de la que es objeto el consumo en el siglo XX no supone una línea de continuidad que lo hace más fuerte políticamente a finales del siglo que a principios, sino que hace parte de una discontinuidad más compleja en la medida que obedece a los cambios producidos en los sistemas económicos y políticos que se dieron a partir de la transición que va de la racionalidad de gobierno liberal a la neoliberal. Las lógicas y características de estas transformaciones serán analizadas más rigurosamente en el próximo capítulo.

44 Sobre estos temas están dedicados los próximos capítulos.

marginalista que privilegiaban el canon individualista a través de la soberanía del consumidor⁴⁵, de la sociedad de consumo de masas que aparecía encarnada en el sueño americano⁴⁶, las que hacen parte de una visión más crítica y exponen la sociedad de consumo como dominación⁴⁷, y las posmodernas que la consagran entre el “imperialismo individualista y la fragmentación”⁴⁸ (Alonso, 2005, pp. 18), sitúan al consumo en un lugar privilegiado del funcionamiento de la sociedad contemporánea en la medida que le otorgan un poder inusitado tanto sobre la vida de los sujetos como sobre el ordenamiento político, social y espacial de un hábitat urbano determinado; así, numerosos enfoques le brindan al consumo el estatuto de dispositivo de manera indirecta. No obstante, ese poder otorgado al consumo no es, en muchos casos, localizado ni histórica, ni geográficamente, lo que favorece a su esencialización y la de sus dispositivos. De modo que, tanto la concepción del consumo como lo hemos venido proponiendo, como el análisis detallado del poder microfísico de sus dispositivos, supone que se tendrá una postura crítica con ideas como las de la condensación urbana y simbólica⁴⁹, de la

45 Las ideas marginalistas, surgidas a finales del siglo XIX, sustituyen las teorías tan ampliamente aceptadas de la escuela clásica del trabajo como la fuente primigenia del valor por la utilidad; esto representó un cambio donde ya el análisis teórico no giraba en torno a las relaciones socio-económicas de los hombres en tanto productores, sino en torno a las relaciones entre el hombre individual y los objetos que satisfacen necesidades.

46 La *sociedad de consumo de masas*, de las teorías evolucionistas del crecimiento económico, aparece como el resultado necesario generado por el progreso tecnológico desarrollado durante la postguerra. Está presente una idea generalizada donde el bienestar es intensivo y expansivo, donde todas las necesidades básicas están cubiertas y donde el consumo está al alcance de todos los individuos, todo gracias a la abundancia y a la riqueza económica con la que cuentan algunos Estados occidentales.

47 Los exponentes de la Escuela de Frankfurt fueron quienes lideraron las fuertes críticas a la sociedad de consumo como una cultura homogenizadora de los individuos, unificadora y despersonificadora por el uso desmesurado de la publicidad, las campañas de ventas, el crédito al consumo y muchas otras técnicas de producción de la demanda.

48 Las corrientes catalogadas como posmodernas surgen a partir de la década del 70 cuando la expansión de la economía financiera y especulativas se incrementaba; en estos enfoques, tanto el consumidor ostentoso y opulento comienza a tener protagonismo, como la *razón cínica* de un “consumidor fragmentado y segmentado posmoderno” (Alonso, 2005, pp. 19).

49 Giandomenico Amendola (2000) sugiere que aunque para muchos los *shopping mall* son considerados los únicos productores de sentido urbano y en ellos todo “el mundo está comprimido”, los espacios urbanos de intercambio comercial son tan múltiples como son diferentes “los sueños para cada clase”. De esta forma, las diferencias en las formas, las prácticas y los sujetos de estos “espacios otros” de consumo se reflejan en muchas variables: la cultura, los hábitos, el poder adquisitivo, el papel que ocupan en la economía y el lugar que ocupan en la ciudad. No obstante, esto no queda más que como una sugerencia furtiva, pues todo su libro se concentra en la definición del *shopping mall* contemporáneo como la simulación de la vida urbana del espacio público.

simulación⁵⁰, de las “burbujas de cristal”⁵¹, de la homogenización de los espacios y los sujetos⁵², que tan ampliamente se atribuyen al consumo. Si bien muchas de estas tesis tienen un gran valor teórico y analítico sobre el consumo y su significación en la contemporaneidad, la problematización crítica de éste como tecnología política o como dispositivo de gobierno es casi nula.

Con todo, el entendimiento del *consumo como dispositivo* supone que el poder, o los poderes, que en él circulan se conciben como estrategias, sus efectos de sujeción no deben ser atribuidos a una “apropiación” soberana de la conciencia de los sujetos, sino a disposiciones, a maniobras, a tácticas, a técnicas, a funcionamientos. En él se deja ver claramente la imagen de la espiral, en él se descifra esa red de relaciones siempre tensas, siempre en actividad. Podemos decir entonces, que el consumo se inscribe dentro de la definición de dispositivo en tanto también constituye -y

50 Para Jeremy Rifkin (2013) el consumo encarnado en el centro comercial, desde las últimas décadas del siglo XX, comenzó por absorber poco a poco las manifestaciones materiales, sociales y simbólicas de todas las culturas y, en la *era del acceso*, terminó por simularlas. Para el sociólogo la cultura siempre había estado, hasta hace poco, al margen de la mercantilización; sin embargo, desde la constitución de los centros comerciales como los espacios en los que se ha volcado gran parte de la experiencia humana, el capital cultural se convirtió en la nueva fuerza motriz del mercado y el objeto más codiciado del consumo. A través de la problematización histórica de la función socio-cultural de la plaza pública, Rifkin emprende una fuerte crítica a los centros comerciales; el hecho de que los espacios de consumo contemporáneos replacen, en menos de un lustro, la plaza pública, una espacialidad con sustrato histórico, puede representar un peligro para la vida social presente y futura.

51 Para Federico Medina, el *shopping mall* contemporáneo no supone en ningún momento y, bajo ninguna circunstancia, un proceso histórico lineal, ni le concede a su configuración solución de continuidad alguna con las formas tradicionales de comercio o con los pasajes parisinos del siglo XIX; es “un recinto cerrado, un territorio aislado y segregado de la estructura participativa de la ciudad; es un espacio encerrado sobre sí mismo que no corresponde a la idea de la calle urbana, ni a su fluir, ni a la concentración vital y social de la plaza”. Por tanto, para Medina los centros comerciales son espacios ahistóricos, en la medida en que no tienen una genealogía urbana clara en la que se evidencie un punto de emergencia concreto, ni mucho menos se articulan con el sustrato histórico-espacial de su entorno urbano particular. En su texto, *El centro comercial: una burbuja de cristal*, Medina argumentará que la ciudad contemporánea inventa a través del consumo un “presente ahistórico, acultural y amnésico” (1997).

52 Con el problema de la construcción de las subjetividades urbanas, moldeadas a través de los espacios, Barry Brummett aborda el análisis del consumo en su texto *La retórica en la cultura popular* (1994); proponiendo que la retórica espacial y visual que supone configura un tipo de subjetividad expresamente consumista, inclusive sin estar directamente relacionada con el acto de la compra, ni sumergida en las interioridades que les son propias, a saber, los centros comerciales. De esta forma, el consumo produce y reproduce -dentro y fuera-, sus propias condiciones de posibilidad con la construcción del sujeto consumista. Para Brummett, los espacios de consumo contemporáneo abren el escenario a las otras categorías del sujeto consumidor: el fetichista, el voyeur y el narciso. El primero se relaciona con el placer de habitar estos espacios y con el estímulo de practicarlos; el segundo con la necesidad y el deleite de observar objetos y sujetos; y, finalmente, el tercero con la reivindicación del sujeto consumista que estos espacios le imponen a los individuos.

lo constituyen- un conjunto de mecanismos, de técnicas y de estrategias plurales, y que corresponden de forma múltiple, pero específica, a cada uno de los dispositivos que lo componen.

La gubernamentalidad y la “efectuación” de las libertades contemporáneas a través del consumo

“Mudar el objetivo y cambiar la escala” (Foucault, 2009, pp. 103); encontrar nuevas técnicas para adecuar las estrategias y adaptar los efectos a unas “realidades” territoriales específicas. Así, el consumo contemporáneo se encarga constantemente de definir nuevas tácticas para asegurar un poder que cada vez debe ser más tenue, pues es necesario que cada vez esté más ampliamente extendido en el cuerpo social. En el plano de las tecnologías políticas, el consumo se establece como el regulador por excelencia del funcionamiento de la sociedad; pareciera que éste se ha convertido en el dispositivo que integra “todos” los aspectos de la vida social y recoge “todas” las expresiones de la existencia humana: dispositivo de condensación simbólica y cohesión social. El consumo es, por lo tanto, coextensivo al cuerpo social y a cada uno de sus individuos; de modo que, la comprensión del *consumo como dispositivo* implica no sólo el entendimiento de éste como producto y/o fenómeno de determinadas realidades sociales y culturales, sino su inserción dentro de las lógicas de la racionalidad de gobierno moderna, con sus mecanismos y estrategias específicas como con la producción de sus determinados espacios. El consumo deviene dispositivo de gobierno y de producción de formas específicas de subjetividad en tanto que configura y administra técnicas específicas de poder. Se plantea entonces el problema del ejercicio del poder, de las técnicas de gobierno y de las racionalidades políticas inauguradas por la modernidad, pero esta vez dispuestas por el consumo y definidas dentro de lo que Foucault nombró *gubernamentalidad*.

Según Foucault, “vivimos en la era de la gubernamentalidad, descubierta en el siglo XVIII” (Foucault, 2006, pp. 137), y aunque la ubique en un siglo específico, lo que nos evidenciará su recorrido histórico-crítico de lo que ha sido el gobierno en las sociedades modernas y

contemporáneas es que los principios de la genealogía de la gubernamentalidad responden al ascenso del cristianismo en el mundo occidental⁵³. Con el cristianismo se instala, en primer lugar, una concepción del poder completamente ajena a la conocida hasta ese momento: la metáfora cristiana del rebaño alude a que el poder no se ejerce sobre la unidad de un territorio⁵⁴ sino sobre la multiplicidad de una población y, en segundo lugar, a partir de esta “nueva” concepción del poder, unas técnicas de gobierno orientadas fundamentalmente a producir, conducir y moldear la vida de los hombres; todo esto se encuentra contenido en lo que se conoce como el poder pastoral⁵⁵, el cual solo se constituye como núcleo de un tipo específico de poder y como modelo y matriz de procedimientos de gobierno de los hombres con la institucionalización de cristianismo⁵⁶. De esta forma, la eficacia del poder pastoral se asienta en que su interés por los individuos y por la dirección de sus almas implica no solo una intervención permanente sobre la conducta y la vida cotidiana de cada una de los miembros del rebaño, sino sobre sus bienes y sus riquezas: “El cristiano se pone en manos de su pastor para las cosas espirituales, pero también para las cosas materiales y la vida cotidiana” (Foucault, 2006, pp. 207). No obstante, el pastorado, al tener como principio rector el modelo cristiano del pastor y su rebaño, conlleva una preocupación latente no sólo por los individuos aislados sino por el conjunto; pues el pastor debe velar por cada una de sus ovejas para asegurar el buen funcionamiento del rebaño y, a la vez, debe promover el bienestar del rebaño para afianzar la buena conducción de cada uno de los individuos.

En la medida en que éste poder produjo todo un arte de conducir, dirigir, encauzar, educar, guiar

53 Esta “genealogía” de la gubernamentalidad es planteada por Foucault en los cursos dictados en el Collège de France entre 1976 y 1979: *Il faut défendre la société* (1976), *Sécurité, territoire, population* (1977 – 1978), y *Naissance de la biopolitique* (1978 – 1979).

54 La diferencia con las formas hasta ahora conocidas del poder en el mundo griego y romano -el mundo que precede al cristianismo y en cual se instala- es que se ejercía sobre un territorio; como lo hace visible la historia escrita por Herodoto y Tucídides, y las epopeyas narradas por Homero es que los gobernantes griegos salvaguardaban sus ciudades con murallas y con limitaciones precisas de sus territorios.

55 Es el conjunto de técnicas de poder que tienen origen en las instituciones cristianas.

56 Para Foucault, el proceso que comienza con el pastorado es único en la historia, en la medida en que no se encuentra otro ejemplo en ninguna civilización en que una religión se constituya como institución “con pretensiones de gobierno de los hombres en su vida cotidiana, so pretexto de conducirlos a la vida eterna en el otro mundo” (Foucault, 2006, pp. 177).

la vida de los hombres, un arte “cuya función es tomarlos a cargo colectiva e individualmente a lo largo de toda su vida y en cada momento de su existencia” (Foucault, 2006, pp. 192), se diferencia de manera sustancial del poder soberano y del poder jurídico, en tanto que éste no tiene como principal objetivo ni un control absoluto sobre los súbditos, ni una autoridad coercitiva sobre los ciudadanos y no utiliza procedimientos de dominio, ni de sometimiento contra los individuos, sino que su principal tarea no es otra que la de ocuparse de la vida de los individuos. Así, lo que entendemos por gubernamentalidad es aquello que tiene como preludio constitutivo el ejercicio del poder pastoral; es decir, los procedimientos que individualizan a los sujetos y que, por tanto, los encierra en un sistema de obediencia⁵⁷. De manera que el pastorado, el cual se creía prácticamente “reservado” a las funciones religiosas cristianas, al entrar en crisis a partir de los siglos XV y XVI⁵⁸, se disemina y se va configurando paulatinamente en los escenarios de gobierno modernos; así, para Foucault, el pastorado es sin duda “uno de los momentos decisivos de la historia del poder en las sociedades occidentales” (Foucault, 2006, pp. 219) al sentar las bases para constitución del sujeto occidental moderno a través de los principios de la individualización y la obediencia.

En resumen, el pastorado no coincide ni con una política, ni con una pedagogía, ni con una retórica. [...] Es un arte de gobernar a los hombres, y creo que por ahí debemos buscar el origen, el punto de formación y cristalización, el punto embrionario de esa gubernamentalidad cuya aparición en la política marca, a fines del siglo XVI y durante los

57 En *Seguridad, territorio y población* (2006), Foucault argumenta que la idea de la salvación de las almas, el principio de la ley divina y la fuerza de la verdad pastoral, son los elementos en los que se ampara el cristianismo para producir individuos, y que en tanto individualizados devengan obedientes: “Si tomamos el pastorado en su definición en cierto modo abstracta, general y completamente teórica, advertimos que se relaciona con tres cosas. Con la salvación, pues se asigna como objetivo esencial, fundamental, llevar o, en todo caso, permitir a los individuos avanzar y progresar en el camino de la salvación. Valido para los individuos, valido también para la comunidad. En consecuencia, guía a individuos y comunidades por el camino de la salvación. Segundo, el pastorado se relaciona con la ley, porque, precisamente para que los individuos y las comunidades puedan alcanzar su salvación, debe velar por que se sometan a lo que es orden, mandamiento, voluntad de Dios. Tercero y último, el pastorado tiene relación con la verdad, porque en el cristianismo, como en todas las religiones de escritura, solo se puede alcanzar la salvación y someterse a la ley siempre se acepte, desde luego, creer, profesar una verdad determinada. [...] El pastor guía hacia la salvación, prescribe la ley y enseña la verdad. (Foucault, 2006, pp. 195 - 196)”

58 Se señala como crisis no tanto por que se presente un declive o una desaparición del pastorado, por el contrario se asiste a su intensificación, sino porque durante estos siglos se constituyen por lo que Foucault llama “rebeliones pastorales” e “insurrecciones de conducta”, las cuales tuvieron su mayor expresión en la Reforma protestante y la Contrareforma católica.

siglos XVII y XVIII, el umbral del Estado moderno. El Estado moderno nace cuando la gubernamentalidad se convierte efectivamente en una práctica política calculada y meditada (Foucault, 2006, pp. 193).

La dimensión de la gubernamentalidad es entonces aquello que concierne a un poder que se ejerce sobre los hombres, a través de tácticas, estrategias y mecanismos específicos que corresponden a determinadas racionalidades políticas; lo que supone, por tanto, que el problema de la gubernamentalidad transite por toda la historia de las sociedades occidentales de nuestra era; habida cuenta de que hay una gran diferencia entre el poder ejercido por el pastorado, el ejercido por la Razón de Estado, el ejercido por el liberalismo y el ejercido por el neoliberalismo⁵⁹. No obstante, podemos admitir que se efectuó la transición de la pastoral de las almas al gobierno políticos de los hombres. Es decir, la gubernamentalidad se transforma respecto a las condiciones históricas de gobierno en las que se inscribe. Así, la especificidad que adquiere la gubernamentalidad moderna está dada no solo por la emergencia del Estado como idea reguladora de la razón gubernamental⁶⁰ -algo se fue transformando a lo largo de los siglos XVII y XVIII- sino, fundamentalmente, por el surgimiento, en primer lugar, de eso que habíamos mencionado se constituía como el “nuevo objeto de saber” y el principal blanco de poder de mediados del siglo XVIII: la población; lo que implicaría, en segundo lugar, nuevas técnicas y procedimientos de poder ejercidos a través de los dispositivos de seguridad y, en tercer lugar, la emergencia de una nueva racionalidad que regule la intervención estatal, lo cual sólo es posible gracias a ese “nuevo” campo de saber que es la economía política. La manifestación por parte de los Estados de la necesidad de aumentar la cantidad de hombres y de tener sobre estos una mayor regulación que permitiera igualmente aumentar su capacidad se intensificó cuando los registros de mortalidad dieron una alerta preocupante. Se hacía necesario entonces que los

59 Para ejemplificar lo dicho, y de manera bastante abusiva, podríamos identificar algunas diferencias representativas entre esas tres formas de ejercicio del poder: el poder pastoral cristiano centra su ejercicio en la relación de los individuos con el guía; con la razón de estado el poder está concentrado en el control ejercido por el Estado y sus instituciones; en el liberalismo los individuos ya son sujetos “libres” y comienza, por ende, una diseminación del poder y, finalmente, en el neoliberalismo el poder está completamente esparcido en todos los rincones de la sociedad y absolutamente incorporado en los sujetos mismos. En el capítulo siguiente se planea un análisis de la diferencia entre un gobierno liberal y un gobierno neoliberal específicamente.

60 Razón gubernamental del Estado es la capacidad de éste por producir una inteligibilidad sobre el mismo -sus instituciones, fuerzas, realidades, población-, igualmente, es un pensamiento político que buscaba una racionalidad de un arte de gobernar.

gobiernos tuvieran la capacidad de explotar mejor sus riquezas y administrar mejor la economía, ya que “los flujos que significan los nacimientos y las muertes comienzan a plantear problemas específicos” en relación al control que se ejercía sobre las poblaciones⁶¹. De manera que la gubernamentalidad moderna y, de una u otra forma, la contemporánea, se constituye a partir de la serie población-seguridad-economía política. Por lo tanto, y según lo expresa Foucault,

Con esta palabra, “gubernamentalidad”, aludo a tres cosas. Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejo de conducir, y desde hace mucho tiempo, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, y por otro, el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la “gubernamentalidad” como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVII, se “gubernamentalizó” poco a poco (Foucault, 2006, pp. 136).

Justamente esa paulatina “gubernamentalización” del Estado es lo que le ha permitido a éste sobrevivir en la modernidad, ya que las tácticas generales de gobierno que ha venido incorporando desde el siglo XVIII corresponden al poder ejercido sobre los individuos, el mismo que lo faculta para definir lo que está o no en su órbita, para conocer sus objetivos y sus límites. Así, “lo importante para nuestra modernidad, es decir, para nuestra actualidad, no es entonces la estatización de la sociedad sino más bien lo que yo llamaría “gubernamentalización” del Estado” (Foucault, 2006, pp. 137). Sin embargo, cuando se habla de “gubernamentalización” del Estado no debe entenderse por esto que la dimensión de la gubernamentalidad es exclusiva de la práctica estatal, más bien lo que reposa en dicha “gubernamentalización” es el papel que el Estado adquiere en la administración de una racionalidad gubernamental; pues como ya ha sido

61 Así, a partir del siglo XIX, en palabras de Vigarello: “Una compleja red de precauciones asigna a los cuerpos preceptos muy nuevos, cuya finalidad última es nada menos que económica: “los hombres son la verdadera riqueza del Estado y es eso lo que descuidamos más” (Vendermonde). La regulación de las poblaciones, su evolución cuantitativa, se impone como un campo inédito de objetivos, de prácticas y de saberes” (Vigarello, 2001, pp.29).

lo suficientemente reiterado, no se trata, cuando se habla de gubernamentalidad, de la institución “gobierno” representada en el Estado, sino de la actividad consistente en regir la conducta de los hombres en un marco y con instrumentos de Estado⁶².

Tenemos, entonces, que con la modernidad se inaugura una nueva racionalidad política donde el gobierno de los individuos es indispensable, y que si bien es heredera de las premisas pastorales tiene características que le son propias y formas de ejercicio del poder específicas. De manera que los fundamentos más visibles de la modernidad, que la asociaban con la idea de esa historia teleológica, de esa “época de la razón” y en los que pueden leerse los signos “victoriosos” del progreso y el desarrollo social y político, se nos presentan como meras ilusiones cuando se hace evidente el carácter problemático del gobierno moderno. No obstante, sería impreciso afirmar que esos que se edificaron como los “fundamentos” de la modernidad son efectivamente ilusiones, ya que es precisamente a través de ellos que se nos gobierna; por tanto, el mejoramiento incesante de las condiciones de vida, el progreso ininterrumpido de las sociedades occidentales modernas, la conquista de las libertades civiles, los derechos humanos se constituyen no sólo como discursos, sino como estrategias de gobierno que deben comprenderse sobre la base de las tácticas generales de la gubernamentalidad. Más que ilusiones o “promesas” son formas de gobierno y tecnologías de poder.

Para muchos, el despliegue de la modernidad a partir tanto de las crisis de las monarquía y de los poderes absolutos, como de la coyuntura política y filosófica promovida por la Ilustración supuso la apertura de un periodo en el cual la proliferación de discursos, en donde la fuerza política comenzaba a ser otorgada a los individuos y donde la voluntad individual tenía validez social, eran los *garantes sine qua non* de la adquisición sucesiva de cada vez más libertades formales y jurídicas. Sin embargo y, parafraseando a Foucault, como no podemos desconocer que efectivamente fue el siglo XVIII el que inventó las libertades, sin duda admitiremos que ese mismo siglo le dio a las libertades una “base profunda y sólida”: la de la gubernamentalidad, la

62 Sobre el papel ejercido por el Estado dentro de la gubernamentalidad se vuelve más detenidamente en el próximo capítulo.

cual responde a condiciones históricas, espaciales y sociales específicas y de la que dependemos completamente. Esas libertades, que se constituyen a la vez como una ideología y como una técnica de gobierno, deben comprenderse, en primer lugar, en el interior de unas tecnologías de poder; en segundo lugar, como las condiciones necesarias del desarrollo de las formas de gobierno modernas establecidas por la economía política; y, en tercer lugar, como el correlato imprescindible de esa doctrina, económica y política, conocida como “liberalismo”. Pero, como bien sabemos, el liberalismo es mucho más que una simple y vaga doctrina económica y política: es un fenómeno de gobierno que se basa en un principio de naturaleza, en la medida en que, para los teóricos del liberalismo⁶³, la libertad responde a una condición interna e intrínseca de los procesos económicos y de intercambio de un Estado o de un individuo; más no alude a las libertades obtenidas por ley, son libertades de hecho y no de derecho. Por tanto, lo que se estima dentro del liberalismo es que el gobierno, más que velar y reconocer el derecho natural de la libertad de los individuos, lo que debe es cerciorarse de que conoce a cabalidad los mecanismos económicos en su naturaleza y, por tanto, debe respetarlos. No obstante, este respeto no implica que el gobierno liberal se va a revestir de fundamentos jurídicos en pro de las libertades individuales; implica “que va a armar su política con un conocimiento preciso [...] de lo que sucede en la sociedad, lo que pasa en el mercado, lo que pasa en los circuitos económicos, de modo que la limitación de su poder no provendrá del respeto por la libertad, sino simplemente de la evidencia del análisis económico” (Foucault, 2007, pp. 82). De manera que, esa racionalidad gubernamental más que respetar y garantizar la libertad de los individuos,

es consumidora de libertad. Y lo es en la medida en que sólo puede funcionar si hay efectivamente una serie de libertades: libertad de mercado, libertad del vendedor y el comprador, libre ejercicio del derecho de propiedad, libertad de discusión, eventualmente libertad de expresión, etc. Por lo tanto, la nueva razón gubernamental tiene necesidad de libertad, el nuevo arte gubernamental consume libertad. Consume libertad: es decir que está obligado a producirla. Está obligado a producirla y está obligado a organizarla. [...] El liberalismo plantea simplemente lo siguiente: voy a producir para ti lo que se requiere para que seas libre. Voy a procurar que tengas libertad de ser libre. Y al mismo tiempo, si ese liberalismo no es tanto el imperativo de la libertad como la administración y la organización

63 Los fisiócratas serán los primeros en limitar la intervención autoritaria del Estado y en dejar actuar la competencia entre particulares.

de las condiciones en que se puede ser libre, verán con claridad que en el corazón mismo de esa práctica liberar se instaura una relación problemática, siempre diferente, siempre móvil entre la producción de la libertad y aquello que, al producirla, amenaza con limitarla y destruirla. [...] Es preciso por un lado producir la libertad, pero ese mismo gesto implica que, por otro, se establezcan limitaciones, controles, coerciones, obligaciones apoyadas en amenazas, etcétera. (Foucault, 2007, pp. 83 – 84).

Si bien los planteamientos del liberalismo emergen en el siglo XVIII, las tecnologías de gobierno amparadas en la idea de libertad abarcan los tres siglos siguientes. De la gubernamentalidad liberal a la gubernamentalidad neoliberal⁶⁴ han pasado tres siglos en los cuales transformaciones políticas, sociales, económicas e, incluso, epistemológicas han reedificado profundamente los mitos fundadores de la modernidad, como también los han logrado horadar; sin embargo, el “principio” de la libertad ha logrado navegar en este heteróclito mar de acontecimientos. La libertad, que como hemos visto se constituye como una forma de gubernamentalidad, como una tecnología política a través de la cual se nos controla y coacciona ha sido la “condición” más buscada, aclamada y valorada de muchas de las luchas políticas de esos últimos siglos: libertades territoriales, jurídicas, sexuales, de clase, de género, de raza han sido algunas de las más demandadas. Parece ser que, tal cual ya había sido advertido por Foucault, entre más pidamos a gritos la libertad, entre más la luchemos y creamos haberla obtenido por la fuerza, es cuando menos libres somos; que cuando creemos ejercerla a través diferentes prácticas es cuando, posiblemente, estamos más sometidos. Por lo tanto, es a través de la “libertad” que el poder se hace manifiesto en los individuos; es a través de su ejercicio que se expresa la incorporación del poder. Así, las libertades modernas y contemporáneas se constituyen como tecnologías microfísicas de poder⁶⁵; la libertad se constituye, por lo tanto, en la idea reguladora por excelencia del poder moderno.

Precisamente, el dispositivo de consumo se inscribe dentro de esta lógica, en la medida en que el

64 De las formas de gobierno neoliberal, que son las que nos constituyen en la actualidad, nos ocupamos en el capítulo siguiente.

65 Lo microfísico supone, para Foucault, esa condición por medio de la cual el poder se interioriza en los sujetos; cuando ya la norma no precisa estar escrita, cuando el policía, el maestro y el patrón no son necesarios para que el poder actúe en los individuos.

abánico infinito de posibilidades -desde objetos, marcas, imágenes, espacios, hasta estilos de vida- se abre ante los sujetos no sólo como el escenario más eficaz en el cual se tiene la libertad de elegir sino que se ha convertido en el elemento que mejor expresa y a partir del cual se efectúa la libertad. Las libertades humanas otorgadas, es decir fabricadas, por las tecnologías de poder modernas y contemporáneas están afincadas en la idea de los derechos fundamentales, según estos somos libres de desarrollar nuestra personalidad, de definir nuestras orientaciones políticas y sexuales, de expresarnos e, indiscutiblemente, es el consumo el dispositivo contemporáneo que logra abarcar, contener y garantizar su ejercicio. Derecho a la libre expresión, al libre desarrollo de la personalidad, a la libertad sexual, derechos y libertades defendidos y ejercidos a través del consumo; el mismo que prescribe una enorme regulación, una enorme cantidad de intervenciones gubernamentales que serán la garantía de la producción de la libertad necesaria para gobernar. Es decir, el consumo, como dispositivo de gobierno, se instaura como una gubernamentalidad -como instaura una gubernamentalidad⁶⁶- con la cual las libertades modernas adquiridas parecieran poder desarrollarse activa e íntegramente. Esas libertades inventadas en el siglo XVIII, aunque parecieran más que agotadas, devienen extensivas a través del consumo, ya que uno de sus discursos capitales es que el desarrollo “real, material e individual” de la libertad se efectuó en su práctica.

De hecho, ese principio de gubernamentalidad por medio del cual el consumo se presenta como un gran dispositivo a través del cual las libertades individuales se efectúan ha sido demostrado y analizado no sólo por los economistas contemporáneos sino por críticos de la cultura, sociólogos y antropólogos. Es decir, el consumo se establece como el adalid de las libertades, como el fundamento constitutivo de una sociedad verdaderamente democrática, como el elemento que mejor dinamiza la vida social y como el componente necesario de la existencia humana; será así para los teóricos de la economía neoliberal, los mismos que promueven esa “verdad”, pero igual

66 En relación al consumo como gubernamentalidad o como instaurador de una gubernamentalidad es necesario precisar que este, en cuanto dispositivo de gobierno contemporáneo, hace parte activa de las lógicas neoliberales, en esta medida se constituye tanto como gubernamentalidad, ya que tiene sus funcionamientos propios, como en instaurador y/o reproductor de la gubernamentalidad neoliberal. El problema del neoliberalismo y de la gubernamentalidad neoliberal está expuesto en el capítulo siguiente.

lo será para algunos teóricos y críticos de las sociedades neoliberales. Y más que una paradoja, esto debe leerse como la evidencia de la fuerza política, social y vital que constituye el consumo en el mundo contemporáneo. Para García Canclini, por ejemplo, el consumo se ha convertido en la expresión perfecta de la ciudadanía democrática⁶⁷, justamente porque éste se presenta como escenario donde la libertad de elección, de expresión, inclusive, de discernimiento tienen lugar. Según el autor, las condiciones que hicieron posible este traslado son las mismas que paulatinamente fueron llevando a las instituciones y poderes de los Estado Nación modernos a un desdibujamiento político. El declive de los nacionalismos, el desfiguramiento de los mitos fundadores, el debilitamiento de las ideologías políticas y la agonía de la vida pública se debe a que las mediaciones políticas y sociales han desplazado toda su fuerza simbólica a las lógicas establecidas por el consumo: "En un tiempo en el que las campañas electorales se trasladan de los mítines a la televisión, de las polémicas doctrinarias a la confrontación de imágenes y de la persuasión ideológica a las encuestas de *marketing*, es coherente que nos sintamos como consumidores aun cuando se nos interpele como ciudadanos" (García, 1995, pp. 13). De este modo, el núcleo de la política, la ciudadanía, fue incorporada por el consumo. Lo que con esta afirmación se propone son concepciones poco convencionales tanto del consumo como de la ciudadanía al examinarlas conjuntamente, que con herramientas de la economía y la sociología política se las figura como procesos históricos y culturales que dilucidan eso que ha sido llamado diversidad y multiculturalidad⁶⁸. El papel de la ciudadanía es trastocado por las luchas socio-culturales de la segunda mitad del siglo XX, y con ello los derechos y deberes otorgados por un reconocimiento constitucional entran a convertirse en un porcentaje mínimo de lo que abarca la

67 Para Nestor García Canclini (1995), el consumo se constituye como el productor de la ciudadanía en las últimas décadas; ya que las acciones y los valores en los que tradicionalmente estaba amparada -el sufragio universal y la discusión política, por ejemplo- han perdido la fuerza política que los caracterizaba.

68 "Para vincular el consumo con la ciudadanía, y a esta con aquel, hay que de construir las concepciones que encuentran los comportamientos de los consumidores predominantemente irracionales y las que solo ven a los ciudadanos actuando en función de la racionalidad de los principios ideológicos. En efecto, se suele imaginar al consumo como lugar de lo suntuario y lo superfluo, donde los impulsos primarios de los sujetos podrían ordenarse con estudios de mercado y tácticas publicitarias. Por otra parte, se reduce la ciudadanía a una cuestión política, y se cree que la gente vota y actúa respecto de las cuestiones públicas sólo por sus convicciones individuales y por la manera en que razona en los debates de ideas. [...] Al analizar [...] cómo el consumo sirve para pensar partimos de la hipótesis de que, cuando seleccionamos los bienes y nos apropiamos de ellos, definimos lo que consideramos públicamente valioso, las maneras en que nos integramos y nos distinguimos en la sociedad, en que combinamos lo pragmático y lo disfrutable" (García, 1995, pp. 18 - 19).

ciudadanía. Así, el consumo se torna una "dimensión de la ciudadanía" en las últimas décadas, ya que el valor extendido de lo que ahora significa ser ciudadano no es abarcado por el Estado pero si logra ser atendido por la diversidad de lo que se consume⁶⁹.

Lo que todo esto vislumbra es que tanto el fundamento económico del consumo, como la percepción social que de éste se tiene se basa en eso que Baudrillard llamaría "una antropología ingenua", la de la posesión natural de libertades individuales y de la propensión esencial a ejercerlas. La libertad de construir la propia individualidad, a partir de afinidades por espacios, precios, marcas, modas, colores, olores, es la referencia absoluta del consumo. Por lo tanto, el hecho de que dichas libertades tengan una significación económica y social tan elevada implica que haya una obligación de producirlas y, por ende, de ser administradas y reguladas. Es necesario que sea una libertad mensurable en felicidad, bienestar y confort; mensurable en objetos, espacialidades y estilos de vida. Las libertades que el consumo permite desarrollar deben manifestarse siempre en relación con criterios visibles, lo que las enmarcan en esos principios individualistas, fortalecidos por la Declaración del Hombre y del Ciudadano, que reconocen a cada individuo el derecho a ser libre. Para Baudrillard, el consumo también se inscribe en la "utopía" de la igualdad, "pues todos los hombres son iguales ante el *valor de uso* de los objetos y de los bienes" (Baudrillard, 2009, pp. 40). No obstante, ese juego político del consumo que consiste en superar sus contradicciones al aumentar el número de espacios que lo movilizan, el volumen de bienes consumibles y las posibilidades de entretenimiento y distracción se solapa en la imagen del bienestar generalizado, para así asegurar una mejor gubernamentalidad. Una gubernamentalidad que con un revestimiento de libertad, igualdad y bienestar generalizado, se caracteriza por ser profundamente productora de problemáticas sociales e individuales. Así,

69 "No fueron tanto las revoluciones sociales, ni el estudio de las culturas populares, ni la sensibilidad excepcional de algunos movimientos alternativos en la política y en el arte, como el crecimiento vertiginoso de las tecnologías audiovisuales de comunicación lo que volvió patente de qué manera venían cambiando desde el siglo pasado el desarrollo lo público y el ejercicio de la ciudadanía" (García, 1995, pp. 23). De esta forma el autor asocia la emergencia de los medios masivos de comunicación, sobretudo a partir de lo audiovisual, con el comienzo de la transición de la ciudadanía estatal a la ciudadanía de consumo. "la aparición súbita de estos medios pone en evidencia una reestructuración general de las articulaciones entre lo público y lo privado que se aprecia también en el reordenamiento de la vida urbana, la declinación de las naciones como contenedoras de lo social y la reorganización de las funciones de los actores políticos tradicionales" (García, 1995, pp. 23).

la “revolución del bienestar” es la heredera, la ejecutora testamentaria, de la revolución burguesa o simplemente de toda revolución que erige en principio la igualdad de los hombres, sin poder (o sin querer) realizarla *en el fondo*. El principio democrático se transfiere pues de una igualdad real, de las capacidades, de las responsabilidades, de las oportunidades sociales, de la felicidad (en el sentido pleno del término) a una igualdad ante el Objeto y otros signos *evidentes* del éxito social y de la felicidad. Es la *democracia de la posición social*, la democracia de la televisión, del automóvil y del equipo estéreo música, democracia aparentemente concreta, pero igualmente formal, que responde, más allá de las contradicciones y las desigualdades sociales, a la democracia formal inscrita en la constitución. Ambas, cada una sirviéndole de pretexto a la otra, se conjugan en una ideología democrática global que oculta que la democracia está *ausente* y la igualdad es imposible de encontrar. (Baudrillard, 2009, pp. 40).

Con todo, al reconocer que el consumo se constituye en el mundo contemporáneo como un dispositivo de gobierno, que se configura como una tecnología de poder y que despliega una gubernamentalidad específica, se hace posible articularlo con esa racionalidad política heredada del cristianismo, en la medida en que éste, al igual que el poder pastoral, “emerge en nuestra vida cotidiana, categoriza al individuo, lo marca por su propia individualidad, lo une a su propia identidad, le impone una ley de verdad que él tiene que reconocer y al mismo tiempo otros deben reconocer en él. Es una forma de gobierno que construye sujetos individuales” (Foucault, 2001, pp. 245). Por tanto, el consumo hace parte de un proyecto de gobierno mucho más amplio que sus técnicas específicas, pues está inscrito dentro de formas de organización y distribución de hábitats, de producción de dinámicas sociales, de sujeción de los individuos y de configuración de las subjetividades contemporáneas. Así, el consumo es producto de unas lógicas de gobierno, es productor de técnicas de gobierno que, tanto las unas como las otras, se expanden por todo el cuerpo social. El consumo, al devenir dispositivo, vehiculiza una gubernamentalidad que, al mismo tiempo, es quien lo produce y de la cual depende⁷⁰.

Hábitat (urbano) y hábitats del consumo neoliberal

Una de las derivas de la gubernamentalidad contemporánea mediada por el consumo es tanto la

⁷⁰ Esta es la lógica, como ya había sido aclarado anteriormente, de los dispositivos descritos por Foucault: el dispositivo es la red donde se encuentra y penetra sus propios efectos.

producción incesante de espacialidades con características que las hacen específicas y que, al mismo tiempo, las supeditan al dispositivo, como, a partir de esto, la reorganización morfológica y social del hábitat urbano. Esa producción y reorganización incalculable de espacios se inscriben y obedecen a ese principio de la racionalidad política moderna por el cual se privilegia el uso del espacio para un eficaz ejercicio del poder. En esta medida, comprender el hábitat urbano contemporáneo como un espacio urbano con espesor histórico propio y atravesado por transformaciones que lo han resignificado permanentemente implica entender este presente como un tiempo también proclive al cambio y a la modificación. Desde el punto de vista del consumo, una sociedad y una ciudad no tienen esencia, es decir, siempre una ciudad y una sociedad tienen una relación discontinua, problemática, heterogénea y cambiante con los espacios y con las formas plurales de vivir y habitar la ciudad a través de sus prácticas. El consumo no implica estabilidad y homogeneidad sino tensión, resistencia, conflicto y resignificación. Las características habitualmente atribuidas al consumo contemporáneo no servirían para entender los funcionamientos reales de sus especializaciones diferenciadas, las prácticas que los definen y el sentido equívoco que dan al hábitat urbano. Un análisis alternativo del consumo y sus espacios en nuestra contemporaneidad urbana implica el uso de herramientas conceptuales que nos permitan entender el conjunto heteróclito de prácticas espaciales que operan en la ciudad.

La imposibilidad de aprehender y definir unitariamente el hábitat urbano contemporáneo es común a investigadores y, la dificultad de vivirlo en su totalidad con regímenes de comunicación homogéneos, es común a sus habitantes. El malestar de unos como de otros ha obligado a los primeros a desmontar las formas de comprensión tradicional del hábitat moderno y a elaborar esquemas conceptuales que permitan un acercamiento más eficaz con el contemporáneo y, a los segundos, a tener relaciones estratégicas con la totalidad del hábitat urbano y construir mecanismos territoriales condensados. Así, el problema de la opacidad del hábitat y de la “imposibilidad” de efectuar una síntesis de la experiencia urbana ha sido definido básicamente bajo el concepto de “fragmentación urbana”. También lo contingente, lo relativo y lo temporal

devienen palabras clave para la comprensión de las nuevas composiciones urbanas.⁷¹ No obstante, desde la emergencia de la modernidad urbana la fragmentación espacial y simbólica ha sido parte constitutiva de la vida urbana. Para Walter Benjamin, por ejemplo, el escenario urbano decimonónico y el de principios del siglo XX se configura precisamente a través de las líneas de visión heterogéneas; de este modo, la mirada urbana fluctúa entre la orientación, a causa de los ordenamientos espaciales concebidos para la movilidad y circulación, y la dispersión que se origina por la cantidad de imágenes insertas en el espacio público. Así, la ciudad, por lo menos desde la modernidad, nunca ha podido suponer una coherencia espacial y, mucho menos, vivencial; lo que supone, por tanto, que las heterotopías espaciales imprimen diferencias en las formas de habitar y vivir la ciudad.

Ahora bien, cuando se considera de hecho cuáles son esos diferentes objetos que se definen como correspondientes a la práctica, la intervención y también a la reflexión sobre la gubernamentalidad contemporánea movilizadora por el consumo, se advierte que se trata en esencia de objetos presentes en el hábitat urbano. Pero, sobretodo, de objetos que se encuentran espacializados dentro de las disposiciones del poder inaugurado en la modernidad, el cual está caracterizado por el funcionamiento de los dispositivos disciplinares y de seguridad de forma “horizontal” y “generalizada”; es decir, en primer lugar, el poder se ejerce sobre todos los cuerpos y todos los sujetos y, en segundo lugar, gran parte de las formaciones espaciales y sociales de la modernidad corresponden a la incorporación de estos dispositivos. Y aunque, como ya había sido advertido, la modernidad se inaugura con la promesa de libertad y de progreso, la disposición de las estructuras sociales se anclan en el zócalo de la gubernamentalidad y, por tanto, la libertad está totalmente regulada y el progreso emerge con su revestimiento utópico. Así, las libertades y el poder en los dispositivos modernos y contemporáneos están espacializados.

71 “Características constantes de la experiencia urbana postmoderna son: indeterminación [...]; fragmentación [...]; decanonización [...]; crisis del yo y falta de profundidad [...]; hedonismo y búsqueda de la belleza [...]; valoración de lo impresentable y de lo no representable; ironía, hibridación; parodia, travestismo, pastiches [...]; carnavalización [...]; protagonismo y participación [...]; subjetivismo [...]; casualidad y estocástica.” (Amendola, 2000, pp. 71 – 72)

Tenemos entonces que la espacialización del poder, responde a los proyectos políticos en los que está inserto, es decir, se convierte en el objeto moldeable de la acción gubernamental. En relación a los usos modernos del espacio para el gobierno, Michel Foucault, en *Vigilar y Castigar* (2009), muestra cómo las disciplinas normativas producen especialmente espacios y arquitecturas. El poder normativo moderno conlleva el despliegue de arquitectos, muros y edificaciones. La importancia de las arquitecturas modernas consiste en que son ellas las que realmente suplantán al rey y al poder tal como fue concebido en el antiguo régimen. En el espacio normativo moderno la arquitectura no es simplemente un símbolo, un signo del poder o la expresión de su potencia sino que es el poder mismo. La arquitectura es el instrumento, la técnica, el dispositivo gracias al cual, en ausencia de un monarca soberano –eje de verticalidad arriba/abajo-, puede constituirse un mecanismo objetivo de vigilancia y de juicio de un individuo a otros –horizontalidad y transversalidad del poder-. La arquitectura moderna⁷² hace posible la construcción del espacio disciplinario o normativo el cual reemplaza el lugar del monarca soberano y produce una forma nueva de ejercicio del poder: la mirada invisible. El poder disciplinario se ejerce deviniendo invisible e impone a los que vigila un principio de visibilidad obligatoria. La espacialidad panoptical moderna en tanto dispositivo arquitectónico traductible que posibilita el ejercicio de la mirada invisible se disemina en todo el espacio urbano en fábricas, colegios, cuarteles, hospitales, cárceles, manicomios, espacios comerciales, plazas públicas, plazas de mercado y trazado vial provocando un devenir del espacio urbano moderno en tanto ciudad

72 Aunque las formas modernas de entender las intervenciones urbanas hayan querido ser reconducidas por determinada historiografía a un proceso de desarrollo lineal, distan mucho de ser uniformes. Es necesario entonces entender que el urbanismo moderno y el urbanismo racionalista de los arquitectos del Movimiento Moderno no son conceptos idénticos; ya que dentro del primero convergen diferentes orientaciones culturales y, por lo tanto, diversas nociones de ciudad, más allá de las voluntades de “cerrar filas” en torno a unos hipotéticos principios comunes. Las tendencias reconocibles dentro del Movimiento Moderno, al contrario, librarían una “batalla por la unidad” en función de un presupuesto común: “la renovación debía afectar a los fundamentos sociales y técnico-económicos”; se trataba entonces de la ruptura con las orientaciones urbanísticas que le antecedían y de hacer resurgir a la arquitectura de las cenizas en la que la había dejado los postulados ilustrados de la ciudad. Así, se consumará la discontinuidad del Movimiento Moderno con los principios del urbanismo del pasado: para ellos la única utilidad de la historia era la de reforzar las exigencias de su propio tiempo y, por ende, la de concluir con las formas de intervención arquitectónica ineficaces para las necesidades modernas e incapaces de resolver los nuevos desafíos urbanos. Se pretendía, de este modo, situar al urbanismo moderno ante un nuevo umbral, formulando una serie de propuestas que, de una u otra forma, se contraponían a las planteadas para la ciudad del siglo XIX.

disciplinaria. Este ejercicio del poder moderno con estos nuevos instrumentos espaciales no implica el surgimiento de un sistema efectivo de encierro y de sometimiento sino, más bien, la movilidad de los sujetos por todo ese conjunto de espacios distintos con un coeficiente de gobierno similar pero adecuado a cada situación espacial de manera singular. Estos diferentes espacios están articulados por un fin común: el gobierno de los individuos y la gestión positiva de la población. Gestión positiva a través de saberes positivos y tecnologías refinadas de espacialización y de vigilancia que atravesarán las prácticas de gobierno desde el biopoder estatal central y gubernamental hasta las biopolíticas descentralizadas y vinculadas con la gestión público/privada de la vida de los sujetos.

Lo que, al parecer, está cambiando en las formas de ejercicio del poder contemporáneo es justamente el funcionamiento del poder orientado hacia un fin común como lo fue el estado de bienestar durante el siglo XX. La fragmentación, la segregación, la segmentación y la desarticulación del hábitat urbano en *archiepiélagos carcelarios*⁷³ con condiciones de vida antípodas parece no ser una preocupación primordial y negativa de las formas nuevas de gobierno. Es más, pareciera como si gobernar en la actualidad conduciría a favorecer esas espacializaciones segmentadas sin fin común y sin estado de bienestar. La desagregación contemporánea del hábitat urbano en pedazos y retazos precisa unas formas de gobierno y un ejercicio del poder donde el referente invisible y central de lo disciplinario y lo biopolítico muta hacia un hábitat temático sectorizado de la vivienda, de lo comercial, del entretenimiento, del transporte, de los sitios para cada determinado estrato social, en síntesis, de lo heteróclito como componente general de producción espacial urbana y de su gobierno. Sin referentes comunes el hábitat total fenece y emergen las espacialidades urbanas flexibles con economías de gobierno propias cuyo ejemplo paradigmático es el centro comercial contemporáneo. Por consiguiente, el proyecto político de la contemporaneidad, supeditado a la racionalidad de gobierno neoliberal,

73 Término acuñado por Edward Soja en su texto, *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, al referirse al trabajo del sociólogo norteamericano Mike Davis; con el que indica la formación de un nuevo paisaje urbano en el que pululan los espacios protegidos y fortificados, las islas de confinamiento y protección preventiva.

no equivale nunca a un retorno a las lógicas sociales intervencionistas, ni, mucho menos, a las técnicas de ordenamiento “total” del territorio y los espacios⁷⁴. De este modo, la gubernamentalidad no sólo funciona a escala urbana sino que se hace cada vez más evidente que el hábitat, o los hábitat humanos, constituyen en la actualidad un objeto privilegiado de la acción gubernamental. Es claro entonces que aunque las orientaciones políticas del neoliberalismo tiene múltiples objetivos en lo que al gobierno del hábitat urbano respecta⁷⁵, pero que logra afectar todos sus niveles, estos se convierten en simples coberturas, justificaciones y pantallas detrás de lo cual sucede otra cosa; pero que valen como la evidencia de que las espacialidades humanas están siendo atravesadas por verdaderos programas de racionalización política, y de racionalización económica.

Vemos, entonces, cómo la racionalidad gubernamental se espacializa de forma segmentada y actúa de la misma forma: la gubernamentalidad funciona en los sujetos -como ya es claro, es su principal objeto y blanco de acción-, funciona en los espacios íntimos, funciona en el hábitat urbano; de hecho, la gubernamentalidad entre más espacios sociales, individuales y colectivos, logre abarcar, más eficaz será en su ejercicio. Igualmente, en el hábitat urbano contemporáneo, el mismo que está asociado a prácticas específicas de consumo, es posible reconocer unos procesos de cambio en los dispositivos espaciales y en las formas de ejercicio y representatividad del poder; pero es también innegable, que en la producción de espacios de consumo, se mantiene la vigencia, en ciertos aspectos, de técnicas disciplinares y de seguridad. En otras palabras,

74 Justamente en este punto es donde se equivocan muchos de los críticos de la sociedad contemporánea, al estimar que las lógicas políticas que la rigen siguen siendo promoviendo las acciones intervencionistas. Por ejemplo, para la filósofa francesa Françoise Choay la persistencia contemporánea de las utopías de ordenamiento totalizador de los territorios urbanos no sólo potencian la segmentación sino que “frenan los procesos innovadores y espontáneos”, que podrían tener lugar en espacios determinados, en lugar de dinamizarlos (Choay, 2009, pp. 183).

75 “En primer lugar, permitir a cada uno, en la medida de lo posible, el acceso a la propiedad privada; segundo, reducción de los gigantismos urbanos, sustitución de la política de los grandes suburbios por una política de ciudades medianas, remplazo de la política y la economía de los grandes complejos habitacionales por una economía y una política de viviendas individuales, aliento a las pequeñas unidades de explotación en el campo, desarrollo de [...] industrias no proletarias, es decir, los artesanos y el pequeño comercio; tercero, descentralización de los lugares de vivienda, de producción y de gestión, corrección de los efectos de especialización y división del trabajo, reconstrucción orgánica de la sociedad a partir de las comunidades naturales, las familias y los vecindarios; y para terminar, de una manera general, organización, ordenamiento y control de todos los efectos ambientales que puedan ser producto de la cohabitación del gente o del desarrollo de las empresas y los centros productivos”. (Foucault, 2007, pp. 184)

podemos afirmar que la incorporación de las disciplinas en el cuerpo de los sujetos a través de los espacios se mantiene⁷⁶ y de un gobierno con carácter biopolítico persiste. De esta forma, el hábitat humano, de la ciudad, y el hábitat social, de los espacios de consumo, pueden ser valorados, aún hoy, como los correlatos contemporáneos de los dispositivos que nacieron con la modernidad⁷⁷. Para Walter Benjamín, por ejemplo, los espacios de las mercancías desde el siglo XIX han sido creados como inmensos laberintos, donde el transeúnte puede perderse en medio de las seductoras imágenes que, a su vez, tienen el poder de disciplinar las masas. Los *pasajes* decimonónicos, los cuales se constituyen como el primer estilo arquitectónico internacional y, por tanto, un espacio vivido por toda una generación al rededor del mundo, se convirtieron en los escenarios de la "inconsciencia del sueño colectivo". La subjetividad producida y las dinámicas sociales constituidas a través de la espacialidad de los pasajes permitió a Benjamin hacer una crítica a la visión mítica de la historia y a las promesas modernas; donde la fe puesta en el destino absoluto, ya sea a manos de lo divino o del progreso, aislaban al hombre de cualquier posibilidad de intervención y de cambio. Para el filósofo estos espacios decimonónicos del consumo no solo son obra del hombre sino que se convirtieron en los productores espaciales de la vida humana moderna a través de la incorporación de ritmos y prácticas asociadas a la idea de progreso⁷⁸; la

76 Esta tesis no implica un planteamiento historicista, pues no supone unas soluciones de continuidad con nuestro pasado próximo, como ya se explicará en detalle más adelante.

77 Con esto no se está diciendo que las disciplinas, tal cual como funcionaron en el pasado, permanecen intactas; lo que se pretende es problematizar los dispositivos espaciales del consumo de nuestro presente, en tanto configuradores de cierto tipo de sujetos y de cierto tipo de prácticas.

78 Para Walter Benjamin, las "primeras" utopías del progreso tuvieron su nicho "natural" en los pasajes, los cuales, al igual que los grandes centros comerciales contemporáneos, desdibujaban lo privado en la imagen de lo público. Por otra parte, las grandes exposiciones universales aparecen como los inicios de la "industria del placer", el comienzo de una cultura hedonista amparada en las visibilidades y el espectáculo, que "preparó a las masas para la publicidad". La exhibición de mercancías y monumentos y los espectáculos tuvieron como principal función la ilusión y los efectos fantasmagóricos en la población, que podían propiciar procesos de regulación, normalización y control. En esta medida, y aunque Benjamin estaría lejos de nominarlo así, podrían pensarse estos dispositivos en una suerte de engranaje *biopolítico*, en el sentido foucaultino del término. "Al igual que la fantasmagoría de la mercancía también una fantasmagoría de la política tuvo su fuente en las exposiciones internacionales, donde industria y tecnología eran presentadas como poderes míticos capaces de producir por sí mismos un mundo futuro de paz, armonía de clases y abundancia. El mensaje de las exhibiciones internacionales era la promesa de progreso social para las masas, sin revolución" (Buck-Morss, 2001, pp. 103). De la misma forma, el urbanismo, personificado en la figura y las medidas implementadas en París por el barón de Haussmann, para Benjamín también hacía parte de esas fantasmagorías modernas, donde lo pretendido era dar la ilusión, no sólo de progreso sino de una ciudad que podía superar las diferencias sociales a través de la reorganización espacial: ampliación de calles y destrucción de barrios deprimidos fueron los principales blancos de acción. La ilusión de coherencia urbana, de progreso incesante y de igualdad social tenían de fondo una centralización imperial que permitiera, por

misma sobre la que se instauraba el zócalo de las disciplinas. Aunque, en función de las argumentaciones, sería contradictorio hablar de una simple actualidad de los espacios comerciales decimonónicos descritos por Benjamin, es innegable que estos espacios son las condiciones de posibilidad de una sociedad que comienza a estructurarse en relación al consumo; no obstante, para muchos, la producción de esos espacios contemporáneos, que para nosotros ya no pueden alejarse de la racionalización gubernamental neoliberal, sólo son la imagen perfeccionada de los pasajes parisinos. Por ejemplo, para Susan Buck-Morss, los pasajes “originales”,

al yustaponerlos con el deslumbrante despliegue de mercancías del presente, expresan la esencia de la historia moderna en la forma de enigma: si los pasajes y su contenido permanecen míticamente intocados, la historia se vuelve en ellos visible; si son históricamente desplazados por nuevas fantasmagorías mercantiles, su forma mítica sobrevive. Estas yuxtaposiciones de pasado y presente atraviesan la fantasmagoría contemporánea, trayendo a la conciencia la fugacidad del elemento utópico de las mercancías y la incesante repetición de su forma peculiar de traición: la misma promesa, la misma desilusión. (Buck-Morss, 2001, pp. 320 - 321)

Si problematizamos esta tesis en función de los planteamientos hasta ahora realizados sobre el consumo y la gubernamentalidad, nos percatamos que la ausencia de una conciencia histórica sobre la constitución política del presente limitan el entendimiento tanto de los espacios del consumo decimonónico como de los espacios del consumo neoliberal. Una conciencia histórica, es decir, un análisis no de las continuidades sino, por el contrario, de las discontinuidades, nos permitirá comprender las dimensiones sociales y políticas específicas de los espacios del consumo neoliberal; pero, claro está, también nos permitirá reconocer en ellos esas “ruinas”⁷⁹ que

una parte, tener un control sobre posibles levantamientos revolucionarios y, por otra, incrementar "las arcas de los capitalistas con fondos públicos". "El "embellecimiento estratégico" de Haussmann es la ur-forma de la cultura del estatismo moderno" (Buck-Morss, 2001, pp. 107). En síntesis, para Benjamín todos esos grandes escenarios y procesos modernos solo ayudaban a deificar eso que para él se había convertido en la religión moderna: el Progreso. El principal papel de las fantasmagorías de la moda, las mercancías, la política, la industria, las exposiciones y el urbanismo le daban fuerza a la fantasmagoría del progreso y, por tanto, al disciplinamiento de los sujetos. La "constelación semántica" del progreso solo podía construirse a partir de una metaforización creada con la velocidad "la abundancia, el exceso, el tamaño monumental y la expansión".

79 Aquí el concepto de “ruina” es tomado de Walter Benjamin, para el cual ésta es tanto la representación de “la transitoriedad histórica” como “el emblema de la naturaleza en decadencia” (Buck-Morss, 2001, pp. 183)

testifican la presencia de un pasado aún activo. Vemos, por ejemplo, que la modernidad teorizada por Benjamin, la de finales del siglo XIX, sería el blanco de grandes y rápidas transformaciones de las cuales él mismo sería testigo: proporciones cada vez más ambiciosas y, por tanto, espacialidades cada vez más monumentales terminarían por desdibujar los grados de efectividad de los pasajes, "estas "grutas encantadas" de antaño, que habían sembrado la fantasmagoría, se eclipsaron: su estrechez parecía sofocante; sus perspectivas, claustrofóbicas, su luz de gas demasiado oscura" (Buck-Morss, 2001, pp. 109). De esta forma, se hizo evidente que la modernidad de los pasajes comenzó a agotarse y la contemporaneidad de los *shopping mall* a emerger; y aunque, en un primer momento, la producción en masa que tanto fue denunciada terminó superando los bienes suntuosos de los primeros hubo algo que persistiría hasta nuestros días: las distribuciones espaciales que permiten una racionalización de los recorridos, las miradas, los comportamientos y los sujetos. Si bien las disciplinas modernas suponían, como finalidad, producir cuerpos útiles y dóciles para aumentar la fuerza económica de los sujetos, al mismo tiempo que reducía su fuerza política, a través de los espacios, de su distribución y de la regulación del tiempo; mientras que la finalidad del ordenamiento espacial contemporáneo ya no tiene como prioridad la formación de cuerpos fuertes para el trabajo, si sobrevive la voluntad de producir sujetos y prácticas a través de la distribución espacial y temporal. Voluntad que se expresa en los términos ya descritos del funcionamiento de la gubernamentalidad; es decir, lo que se mantiene vigente y activo en estas dos formas del consumo es que la producción y racionalización de sus espacios son, tanto para uno como para otro, una práctica política calculada y necesaria.

En este sentido, también la producción de subjetividades específicas a través de las formas actuales del consumo se articula con el paso de la ciudad industrial, en tanto hábitat urbano fundado en las lógicas de centralidad espacial, simbólica y cultural, a un mundo urbano fragmentado o collage. Para algunos este cambio denota la emergencia de un hábitat débil, para otros el surgimiento de un hábitat que impulsa las posibilidades y experiencias urbanas. No obstante, entre una y otra concepción lo que surge es un hábitat urbano cargado de diferencias

espaciales, políticas, económicas, culturales, sociales y simbólicas. “Fracturas y diferencias ya no constituyen una patología, una pausa o una excepción” (Amendola, 2000, 73). Sin embargo, la fragmentación urbana no implica una novedad de la contemporaneidad pero si una transformación de patrones y significados; es decir, la proliferación de los procesos de suburbanización actuales no se caracterizan ya por un acopio de fragmentos sino por el aislamiento de ellos, justamente lo que se ha denominado como “archipiélagos”. Estos son entornos urbanos que han constituido formas de funcionamiento social, político y económico propios y que tienen formas de existencia urbana autónoma. Podría decirse entonces que en el marco de la fragmentación urbana contemporánea cada trozo urbano tiene formas diferenciadas de disciplinamiento de los cuerpos y de gobierno de los sujetos y los espacios y respuestas socioespaciales a estos fenómenos. Nace entonces un hábitat urbano que rompe con la unidireccionalidad del poder y en donde se reconocen espacialidades por la disparidad de su ejercicio⁸⁰. Este desdibujamiento del poder pensado y ejercido en términos soberanos, es justamente lo que más favorece a la práctica gubernamental, a la gubernamentalidad, puesto que siempre alcanza su mayor grado de eficacia cuando actúa de forma simultánea e ininterrumpidamente en diversos frentes.

El hábitat urbano para Amendola se ha estratificado de forma vertiginosa en los últimas décadas; para él, la residencia en él pertenece a los vértices opuestos de la escala social: el “amortiguador” de la clase media ha ido desapareciendo y la nueva y exacerbada polarización social y espacial de la ciudad ha tornado cada vez más decisiva la problemática de las relaciones entre los fragmentos y sus gentes; el paisaje urbano mismo ha ido cambiando al dividirse entre zonas seguras e

80 Muchos estudiosos han propuesto que con la crisis económica y política mundial de la década de los 60's el neoliberalismo se instaló en las grandes ciudades norteamericanas y europeas y, con este, el dominio del gobierno de la vida urbana por parte del Estado comenzó a tambalear; lo que posteriormente se reproduciría en las ciudades a escala global. El auge de las nuevas “ciudades-estado” y de los nuevos procesos capitalistas daría un impulso inusitado de controles sociales y espaciales que implicarían nuevos desarrollos “de la privatización, el control policial, la vigilancia, el gobierno y el diseño del entorno urbano y la geografía política del espacio urbano” (Soja, 2008, 420). Tanto para Mike Davis como para Edward Soja y otros, el “viejo liberalismo” y sus formas de regulación y control ya no podían tener vigencia, ni en discursos ni en prácticas, en la ciudad contemporánea. En su lugar, la nueva cultura postliberal, postfordista o neoliberal, comienza a romper con el pacto social y a clausurar la idea progresista de la modernidad a través de lo que Davis entendió como el paso de las políticas de bienestar social a las “retóricas de la guerra social”.

inseguras, lugares con resguardo y lugares desprotegidos, y se ha plagado de dispositivos, guardias privados y carteles de sitio vigilado que recuerdan a quien los observa que en el entorno acecha una amenaza. Sin embargo, el mismo autor propone que la condición necesaria de existencia de la ciudad contemporánea la constituye el hecho de que promueve la desigualdad como la conciencia de ésta; no sólo para crear consumos diferenciados sino para configurar entornos urbanos restringidos e impenetrables para los otros. Así, quienes estén excluidos de las grandes fortalezas representan un peligro para la propia existencia de las fortalezas como para sus habitantes. De este modo, el miedo se convierte en la otra cara del hábitat urbano. “La ciudad es objeto y deseo de repulsión en tanto puede ser simultáneamente percibida como área segura o de riesgo” (Amendola, 2000, 313)⁸¹. De esta forma, el miedo y la seguridad están insertos en los funcionamientos de la gubernamentalidad de las sociedades contemporáneas. La producción de la subjetividad moderna se valía de la vigilancia jerarquizada a través de la distribución del espacio y del ver, la cual produce el efecto panoptical del “ver sin ser visto”; por su parte, la subjetividad contemporánea, que fabrican esos espacios propios del hábitat urbano neoliberal, muta en función de los sistemas de videovigilancia y se extiende a formas más presenciales de seguridad. Por tanto, la gubernamentalidad contemporánea reivindica y promueve una forma de ser sujetos y una forma de sociedad⁸². De la sanción normalizadora de las disciplinas modernas,

81 El miedo, más que la efectucción de algún crimen, impulsa a la fortificación física y electrónica de algunos territorios urbanos. Para la sociología urbana hay por lo menos tres factores dominantes que refuerzan los miedos urbanos: la multiplicación creciente de discursos entorno a la urgente necesidad de seguridad por parte los gobiernos locales; el detrimento de los criterios tradicionales de distribución espacial de la violencia; y la proliferación de imágenes de violencia en los media, lo que acentúa la indeterminación entre realidad y simulación. Aún con esta generalización sociológica es fácil notar que en casi todas las ciudades occidentales la creciente sensación de miedo y la obsesión por la seguridad se revisten de formas urbanas y arquitectónicas que demuestran el deliberado endurecimiento de la superficie urbana en contra de algunos sujetos. El “sadismo urbanístico” como lo llama Davis es precisamente la estrategia que se utiliza para hacer de algunos espacios lo más inhabitables posible para personas de las clases sociales más bajas; “los espacios pseudopúblicos de clase alta contemporáneos (centros comerciales suntuosos, oficinas, acrópolis culturales, etcétera) están llenos de señales invisibles que prohíben el paso al “otro” de la clase inferior” (Davis, citado por Edward Soja, 2008, pp. 422.). Así, las estéticas del miedo y la seguridad pululan tanto en espacios “potencialmente democráticos” como en las grandes fortalezas blindadas de las clases más altas a través de dispositivos de todo tipo: muros, vallas, alumbrado, puntas, controles de ingreso, vigilancia privada y nuevas tecnologías de control.

82 En este sentido, Jean Baudrillard, dirá que el sistema capitalista instaura y define una estructura social muy solida: “Consumo, información, comunicación, cultura, abundancia: hoy el sistema mismo instaura, descubre, organiza todo esto, presentándolo, para su mayor gloria, como las nuevas fuerzas productivas. También él se reconvierte (relativamente) de una estructura violenta a una estructura no violenta; sustituye la explotación y la guerra por la abundancia y el consumo. Pero nadie debería agradecersele pues esa reconversión no implica que el sistema cambie y si lo hace es sólo obedeciendo a sus propias leyes” (Baudrillard, 2009, pp.49 – 50).

que suponía el direccionamiento de los individuos a través de la corrección de las conductas de los individuos por medio de un tutor o del espacio mismo, a la subjetividad que se transforma en función de la televigilancia y los dispositivos de seguridad; en estos dos casos la finalidad es la misma: producción de sujetos dóciles, fácilmente gobernables y políticamente frágiles; es decir, no sólo dejar actuar sino posibilitar y fortalecer la gubernamentalidad.

CAPÍTULO TERCERO

SUBJETIVIDAD Y PRODUCCIÓN DE SUBJETIVIDADES CONTEMPORÁNEAS

Si nos atenemos a las concepciones “popularmente” atribuidas a las nociones de subjetividad, subjetivación y sujeto, corremos el peligro de destacarlas exclusivamente como propiedades de la percepción individual o como cualidades dependientes del punto de vista y de la identidad del individuo. Si nos limitamos a la nominación sin análisis, podemos incurrir en contraponerlas a las nociones de objetividad, objetivación y objeto. Y, si restringimos el horizonte de comprensión a las formas generales de la sociedad, corremos el riesgo de confundir los procesos de subjetivación con los procesos de individualización y al sujeto con el individuo. Mientras que si las problematizamos en su emergencia y funcionamiento histórico comprendemos que los esquemas perceptivos no son propios de los individuos sino que son productos de una cultura y, por tanto, hacen parte de la subjetividad instaurada en un contexto específico⁸³; que hablar de sujeto implica desligarnos, de hecho, de la idea de la identidad⁸⁴; que la subjetividad es el producto histórico del funcionamiento de los modos de objetivación; que el sujeto deviene objeto de múltiples operaciones⁸⁵; que individualización y subjetivación comportan procesos distintos, formaciones sociales diferentes e implican usos epistemológicos y políticos diferenciados⁸⁶. De modo que, para no restringir nuestro entendimiento a las mencionadas imprecisiones

83 El análisis de la subjetividad como un elemento de la historia, implica, necesariamente, la delimitación de los universales antropológicos; es decir, de los discursos que hacen valer al hombre como una naturaleza verdadera e intemporal. De modo que, la subjetividad es histórica en la medida en que funciona pluralmente y el sujeto es histórico en la medida en que tiene condiciones de posibilidad sociales, espaciales, políticas y económicas específicas que lo constituyen.

84 Aunque podría decirse que la formación de la subjetividad moderna tiene como correlato un reclamo incesante de identidad al sujeto, la idea de ésta -la subjetividad- como forma depende precisamente de la no identidad: la subjetividad nunca es idéntica a sí misma (Castro, 2011, pp. 376).

85 En la historia de la subjetividad realizada por Foucault, el sujeto aparece como objeto de poder, de saber, de dispositivos diversos -disciplinares, biopolíticos, sexuales-, de sujeción, de dominación, de explotación.

86 La diferencia más aceptada entre el sujeto y el individuo, es que el primero hace clara referencia a éste como un producto de una sociedad en la que saberes y poderes tienen una función decisiva; mientras que el segundo está relacionado con prácticas de aislamiento. Aunque subjetivación e individualización son procesos distintos, éstos se articulan en el ejercicio del poder, en tanto que la individualización es el instrumento del poder en la constitución de formas de subjetivación; por ejemplo, las técnicas de aislamiento espacial de los individuos en función de subjetividad disciplinaria.

conceptuales, abordaremos la subjetividad a partir del desarrollo teórico propuesto por Foucault para el entendimiento de la configuración de ésta en la modernidad; ya que la subjetividad constituye, como el mismo habrá de reconocerlo, la temática general de toda su empresa teórica⁸⁷.

Si bien la categoría de subjetividad, propiamente enunciada por Foucault, no aparece sino hasta su último texto dedicado al análisis de la modernidad⁸⁸, la problematización histórica del sujeto, la configuración de éste como objeto de saberes y poderes y el análisis del funcionamiento del gobierno de los sujetos y, por tanto, de los sujetos frente al gobierno, son el fundamento de todo su despliegue histórico-filosófico. A través de las implementaciones críticas tanto de carácter arqueológico⁸⁹ como genealógico⁹⁰ dilucida los elementos que constituyen la subjetividad moderna, elucida las formas de circulación de los dispositivos según los cuales se configura el sujeto de la modernidad y demuestra las transformaciones y discontinuidades que los van produciendo lenta y estratégicamente. Cabe aclarar entonces que la formación de la subjetividad en Foucault está asociada tanto a las determinaciones del poder y a las verdades instauradas del saber como a los acontecimientos, las contingencias y los devenires; es decir, la subjetividad es fundamentalmente una producción histórica. Puesto que la subjetividad no se remonta al tiempo para restablecer su “gran” continuidad sino que se localiza en los accidentes y las desviaciones, ésta no es un elemento fundador, ni, mucho menos, es una sustancia o una esencia; por tanto, el sujeto moderno no aparece en la historia como una instancia de fundación, sino como efecto de

87 En ese pequeño ensayo titulado “El sujeto y el poder”, escrito en 1982 y publicado en francés en *Dits et écrits* en 1994, Foucault afirmara que su “propósito no ha sido analizar el fenómeno del poder, ni tampoco elaborar los fundamentos de tal análisis, por el contrario (su) objetivo ha sido elaborar una historia de los diferentes modos por los cuales los seres humanos son constituidos en sujetos” (Foucault, 1994, pp. 223).

88 Esto es el primer tomo de la *Historia de la Sexualidad*, “la voluntad de saber”, en el cual desarrolla el análisis del modo en el que el ser humano se transforma en sujeto, en la medida en que se reconoce como sujeto de una sexualidad.

89 Las obras de carácter arqueológico son las que tiene como principal objetivo evidenciar las reglas históricas y epistemológicas de formación de un saber determinado -la psiquiatría, la medicina clínica, la economía política, la biología y la filología.

90 El momento dedicado a la problematización del poder en la modernidad es en el cual Foucault implementa el método genealógico en su análisis. La genealogía, como “método de interpretación”, se sitúa en el carácter emergente de los acontecimientos, en las condiciones de posibilidad de los fenómenos y en las discontinuidades constitutivas de una formación histórica; de esta forma, se opone de manera categórica a la pregunta por EL origen, que tanto se le atribuye a los estudios genealógicos.

una constitución.

Ahora bien, para aclarar la cuestión de la subjetividad es necesario ponernos de acuerdo en algo: primero, la subjetividad, en tanto histórica, es construida a partir de unos dispositivos que la hacen posible; segundo, la constitución del sujeto se efectúa a partir de unas prácticas, las cuales se establecen como modos de subjetivación; y, por último, dichos modos de subjetivación son, a sí mismo, modos de objetivación, es decir, las formas en las que el sujeto aparece como objeto de determinadas relaciones de saber y poder⁹¹. Desde esta perspectiva, es posible distinguir en la obra de Foucault, por lo menos, tres modos de objetivación que constituyen la subjetividad moderna: en primer lugar, los modos de objetivación que tienen como coeficiente de funcionamiento la figura del hombre manifestada en la positividad de los saberes modernos⁹². En segundo lugar, los modos de objetivación que se llevan a cabo a través de procesos individualizadores, los cuales instauran no sólo lo que Foucault denomina “prácticas divisorias” sino que establecen, por ende, una naturalización del sujeto⁹³. Y, en tercer lugar, los modos de objetivación que tienen como principio la exigencia de identidad y funcionan a través del reconocimiento de los individuos como sujetos⁹⁴.

La condición de posibilidad de los modos de objetivación/subjetivación es la construcción histórica, desde los siglos XVII y XVIII, de unos saberes cuyo espesor conceptual y teórico estuvo asociado al desarrollo de la sociedad moderna. Es decir, la constitución de la modernidad implicó desde estos siglos el avance histórico de saberes como la medicina, la economía política, la

91 En efecto, los modos de subjetivación y de objetivación no son independientes unos de otros; es decir, no funcionan de forma autónoma, sino que su desarrollo y funcionamiento es mutuo.

92 Se trata de los modos de objetivación analizados en *las palabras y las cosas*, según los cuales el hombre es en tanto ser viviente, inserto en las fuerzas productivas y productor de significación a través del lenguaje; de modo que, la constitución del saber de la biología, de la economía política y de la filología son los modos de objetivación que constituyen al hombre de las tres empiricidades: que vive, trabaja y habla.

93 Estos modos de objetivación pueden ubicarse en *Historia de la locura en la época clásica*, en *El nacimiento de la clínica* y en *Vigilar y castigar*; son los que establecen en la definición del hombre formas de separación, por ejemplo, entre el loco y el cuerdo, el enfermo y el sano, el delincuente y el bueno. En palabras de Canguilhem, la separación constitutiva de la vida humana, “entre lo normal y lo patológico” (Canguilhem, 1986).

94 Se hayan exclusivamente en *Historia de la sexualidad*, determinan la forma en que hay un reconocimiento del sujeto como perteneciente a un dispositivo, por ejemplo el dispositivo de sexualidad.

filología, la psicología, etc., cuyas prácticas discursivas implicaron la producción de procesos no solo de comprensión conceptual sino de fabricación social y, por lo tanto, su espesor teórico estuvo siempre asociado a la construcción de un campo social que esos saberes fueron definiendo en su coeficiente de realidad. Es decir, la realidad moderna será elaborada a partir de las definiciones de los discursos, de la economía o de la medicina por ejemplo, que fabricaran un entorno social y una función subjetiva de carácter histórico. De modo que, en la historia moderna emergen funciones subjetivas asociadas a los modos de objetivación anteriormente enunciados: por ejemplo, el desarrollo del sujeto productivo en la economía moderna, las separaciones producidas por la medicalización entre lo normal y lo patológico, y el despliegue del dispositivo de la sexualidad moderna en función de la definición de la identidad del sujeto. Así, la economía política, la medicalización y la sexualidad son algunos de los dispositivos que posibilitan la producción de unas tecnologías de gobierno que permiten el funcionamiento del poder moderno en términos de una gubernamentalidad⁹⁵ que gestiona la vida del sujeto productivo, las prácticas saludables del hombre sano y el deseo del sujeto sexual. Los contenidos específicos de las orientaciones económicas, las prácticas que tienen como referente la normalidad biológica del hombre sano y las formas atrayentes del deseo participan en el funcionamiento de la gubernamentalidad moderna la cual, a través de diferentes tecnologías políticas⁹⁶, producen esa subjetividad propiamente moderna⁹⁷.

Lo que pareciera indicar ese privilegio de la gubernamentalidad con relación a la producción de la subjetividad, es que ha habido, en el curso de la modernidad, todo un descubrimiento de los

95 El termino gubernamentalidad ha sido aclarado en el capítulo anterior y se profundizará mucho más en los siguientes apartados del presente capítulo.

96 Hace referencia precisamente a esa matriz común a las relaciones de poder y a las relaciones de saber que tienen por objeto el gobierno de los sujetos.

97 Cabe aclarar, que las afirmaciones hechas en torno a la relación inextricable entre producción de subjetividad y despliegue de la gubernamentalidad moderna, no implica un funcionamiento unilateral de los mecanismos poder involucrados en la gubernamentalidad; ya que para entender la subjetividad es necesario entender las relaciones de poder que la hacen posible, y dichas relaciones nunca son unilaterales, sino que en tanto relación implica resistencias; es decir, la emergencia del sujeto en su forma activa mediante prácticas que frente al discurso económico, a la medicalización subjetivante o a las capturas del deseo realiza formas de vida cuyo despliegue en tanto sujeto posibilita la fabricación de otras subjetividades que actuarían como formas de resistencia que reducen el alcance totalizador de la gubernamentalidad moderna. Sobre estas formas diferenciadas de subjetividad se vuelve al final del texto.

individuos como objetos y blancos de poder. Si bien no es la primera vez⁹⁸ que los individuos se constituyen como los objetos de intereses tan imperiosos y apremiantes -ya que en todas las sociedades los individuos quedan vinculados a una red de poderes y técnicas de gobierno muy ceñidas-, si es posible encontrarse novedades en el ejercicio del poder en la modernidad: novedades en relación a la escala, en tanto que el poder se ejerce de manera microfísica, es decir, la efectividad del poder es proporcional a la sutileza con la que es ejercido; a los objetos, en tanto fuerzas, movimientos, orientaciones que se convierten los blancos de control y vigilancia privilegiados; y en las modalidades, en tanto que el ejercicio del poder sobre los individuos es constante e ininterrumpido y en la medida que se multiplican los mecanismos y agentes de poder. De este modo, podemos decir entonces, que el análisis foucaultiano de la formación de la subjetividad moderna, en relación al poder, obedece a cuatro reglas generales: en primer lugar, no centra el estudio de los mecanismos de gobierno en sus efectos penales, jurídicos y coercitivos, sólo los incorpora a toda la serie de efectos positivos que pueden inducir; por tanto, considera el gobierno como una función social problemática. En segundo lugar, analiza las formas de sujeción, sus métodos y herramientas, no cómo simples consecuencias de reglas de derecho o como indicadores de estructuras sociales, sino como técnicas específicas del campo más general de los demás procedimientos de poder; así, adopta, en cuanto a los mecanismos, la perspectiva de la tecnología política. Tercero, la comprensión de la historia del gobierno moderno y de las ciencias humanas no como dos series separadas, sino como productos de una matriz común; en suma, situó el sujeto moderno en el principio tanto de la “humanización” del poder⁹⁹ como del conocimiento del hombre¹⁰⁰. Y, finalmente, examina la entrada de la subjetividad en la escena de la historia moderna, y con ella la emergencia de todos unos saberes “científicos”, como el efecto de una transformación en la manera en que el sujeto mismo está investido por las relaciones de

98 Cómo ya había sido aclarado cuando se planteó la relación que tuvo el poder pastoral cristiano con la gubernamentalidad moderna.

99 “Humanización del poder”, es el sentido irónico con el que se califica el paso que va de las técnicas de manifestación del poder soberano, expresadas en el suplicio, a las técnicas disciplinarias del castigo basado en el encierro y el aislamiento propias de los dispositivos de la disciplina.

100 Este conocimiento del hombre equivale tanto a la caracterización del hombre empírico, como al hombre en tanto individuo en la medida en que sobre éste actúa un poder individualizador a través de los dispositivos de la medicalización, la psicopatologización, la escuela, el ejército, etc... Dispositivos normativos de valoración, de diagnósticos, de pronóstico.

poder. En síntesis, Foucault dilucida la transformación de los mecanismos de poder a partir de las tecnologías políticas, a través de las cuales se visibiliza una historia de la configuración de la subjetividad moderna.

Así, el momento histórico de la subjetividad moderna es el momento en que nace todo un arte de gobernar a los individuos a través del conocimiento minucioso de todos los elementos que los constituyen; este arte no tiende únicamente a una vigilancia y un control constante, sino a la formación de un vínculo que, en la identificación de potencialidades físicas, económicas, políticas y sociales, lo hacen obediente y útil. Corresponde entonces, como ya lo hemos venido haciendo, calificar la subjetividad moderna de histórica, ésta es real -no es en absoluto sustancia- y se presenta en Foucault como el elemento en el que se articulan los efectos de determinado tipo de poder y la referencia de un saber. En tanto real, la subjetividad como efecto de poder y de saber, se manifiesta y materializa a través de la producción de otras formaciones históricas; es decir, la subjetividad entraña y se despliega en un sin fin de manifestaciones: por ejemplo, el alma, el cuerpo y la sexualidad, que al ser elementos producidos por esa relación saber-poder, son constitutivos de la subjetividad moderna, la fabrican y configuran¹⁰¹. De modo que, la esquematización clásica del poder, en la cual el poder sólo se expresaba y funcionaba en la soberanía, es inútil para la comprensión de la subjetividad moderna; pero si lo analizamos en función de su historicidad y de su determinada relación con el saber, vemos que el poder en la modernidad se manifiesta única y exclusivamente en el sujeto, a través de su configuración y su funcionamiento en la sociedad. El poder moderno está siempre presente, emerge en la cotidianidad de los individuos para así categorizarlos, marcarlos, unirlos a una identidad fija y, por ende, imponerles verdades que deben ser por ellos reconocidas; el poder moderno “es una forma de poder que construye sujetos individuales” (Foucault, 1994, pp. 225). Para Foucault, “hay dos

101 Tanto el alma moderna, como el cuerpo y la sexualidad, son invenciones que configuran la subjetividad moderna. El alma es considerada por Foucault como el punto de apoyo para el ejercicio de poder del castigo, en la medida en que ésta, entendida como principio de los buenos y malos comportamientos del individuo, se acompaña de una producción de individualidad por medio de procedimientos de jerarquización, de ordenamiento del tiempo y del espacio, de examen de los saberes y las conductas; en una palabra, por medio de una tecnología de poder. Igualmente, sucede con el cuerpo y la sexualidad, son producidos a través de tecnologías específicas de poder.

significados de la palabra sujeto; sujeto a otro por control y dependencia y sujeto como constreñido a su propia identidad, a la conciencia y a su propio autoconocimiento. Ambos significados sugieren una forma de poder que sojuzga y constituye al sujeto” (Foucault, 1994, pp. 225).

Esta revisión del campo conceptual de la subjetividad moderna obedece a eso que el mismo Foucault llamaría “necesidades conceptuales”, en la medida que ésta no está fundada en una teoría del objeto sino que implica una conciencia crítica de las condiciones históricas que motivan dicho despliegue conceptual. El hecho de constituirnos como sujetos modernos, y de ser parte activa en la formación y constatación de la subjetividad moderna, supone que somos, en primer lugar, organismos vivos capaces de normalidad productiva como susceptibles de anormalidad biológica y, en segundo lugar, productos de instituciones diversas, mecanismos múltiples y tecnologías políticas disímiles. Así, la subjetividad es un producto de los poderes y saberes modernos, los cuales tienen como horizonte político la normalización de los sujetos y la sociedad¹⁰². Esta normalización, que se efectúa a través de una gestión positiva de la vida¹⁰³ de los sujetos, está mediada por esa configuración antropológica del hombre a comienzos del siglo XIX que lo inscribieron en la historia orgánica a través de su vida biológica, en los procesos de producción a través de su trabajo y en el lenguaje a través del uso que éste hace de él. Con todo, la conciencia histórica de la constitución de la subjetividad no sólo permite un entendimiento crítico de la función política de esa normalización del hombre moderno -el hombre que vive, trabaja y habla¹⁰⁴-, sino que posibilita la problematización de todas esas naturalizaciones

102 Existe una amplia diferencia entre normalización y normalidad. Para Foucault, el poder, en su forma moderna, se ejerce más en el dominio de la norma que en el de la ley, por tanto, la nuestra no es una sociedad normalizada sino una sociedad de la normalización; ésta describe el funcionamiento y la finalidad del poder, en cuanto constituye a los individuos y en cuanto estos incorporan la norma en sus prácticas cotidianas.

103 El funcionamiento y la función del poder, en lugar de retener y de reprimir, como tradicionalmente se piensa, gestiona positivamente a los sujetos hacia la habilidad, la eficacia productiva, la rentabilidad económica. Las tecnologías propias del poder moderno fabrica sujetos obedientes a unas normas que al mismo tiempo que los limitan los potencian hacia el trabajo, la producción, el consumo, la política o la guerra.

104 En *Las palabras y las cosas*, Foucault realiza una arqueología de las Ciencias Humanas con el fin de mostrar las condiciones históricas de posibilidad del hombre moderno, en tanto hombre de las tres empiricidades: la vida, el trabajo y el lenguaje, las cuales constituyen la concepción antropológica del hombre a comienzos del siglo XIX, de la cual Foucault tomará distancia.

asociadas al funcionamiento del sujeto en la sociedad. De modo que, si admitimos que la subjetividad es histórica comprendemos que, en cuanto tal, está atravesada por transformaciones y discontinuidades que en condiciones específicas de posibilidad la hacen posible; es decir, la subjetividad no es un a priori histórico, ni, mucho menos, un referente universal.

La gubernamentalidad neoliberal

Al destacar la dimensión histórica de la subjetividad, lo que se pretende no es solamente plantear una crítica al estatuto del sujeto normalizado en la modernidad y, por tanto, lo único que se procura no es hacer visible que la configuración del sujeto moderno sólo depende, en primer lugar y en tanto hombre -que vive, trabaja y habla-, de discursos que lo hace posible en la medida en que no puede existir como sujeto sino dentro de un campo determinado de enunciación¹⁰⁵ y, en segundo lugar y en tanto objeto, de dispositivos de gobierno que lo fabrican a través de tecnologías políticas; sino, que la ambición reposa, principalmente, en que a través de la elaboración de esta perspectiva crítica sea posible la configuración de una actitud de los sujetos con su propia actualidad. En otras palabras, lo que se pretende a partir de la elucidación de la producción histórica de la subjetividad es posibilitar en los sujetos una actitud moderna¹⁰⁶, la cual permita el despliegue de ese pensamiento histórico-crítico que visibiliza las tecnologías que los anclan como sujetos a una subjetividad producida por los modos de objetivación ya descritos. Lo que nos conviene ahora, por tanto, es hacer efectiva dicha actitud en un análisis del presente que

105 En *La arqueología del saber* se hace posible vislumbrar la distancia que Foucault toma respecto a la configuración antropológica del hombre, en esta obra se propone el análisis del estatuto del discurso a partir de la exclusión del hombre de su constitución. Así, el discurso es estudiado como acontecimiento, como práctica y como positividad; es decir, el discurso es posible disociarlo de las categorías antropológicas, se configura a partir de un conjunto de reglas históricas y tiene sus propias formas de funcionamiento. Por tanto, a partir de esta comprensión del estatuto del discurso, el postulado antropológico es criticado en beneficio de la dispersión del hombre en el discurso.

106 Para Foucault, una actitud moderna implica la inscripción en el camino trazado por Kant cuando éste respondió a la pregunta que le hizo el *Berlinische Monatsschrift* en 1784: *Was ist Aufklärung?*. Kant, “al definir ésta como el paso de la humanidad a su estado de mayoría de edad, sitúa la actualidad con relación a ese movimiento de conjunto y sus direcciones fundamentales. Pero, al mismo tiempo, muestra cómo en el momento actual cada uno, en cierto modo, se siente responsable de este proceso de conjunto” (Foucault, 2007, pp. 80). De esta forma, Foucault resalta el hecho de que un filósofo pueda extraer su pensamiento de una situación histórica y busque comprenderla; por tanto, la historia en Foucault posibilita entonces la producción de un lenguaje crítico sobre el presente. La configuración de este lenguaje no corresponde con una visión ni negativa ni positiva de la modernidad, sino más bien con la voluntad de explicar históricamente los mecanismos que permiten la circulación de una multiplicidad de dispositivos según los cuales nos constituimos como sujetos modernos.

nos configura, que ya no es propiamente el de la modernidad problematizada por Foucault pero la cual es su condición de posibilidad, en la medida en que éste nos produce como sujetos a partir de tecnologías, mecanismos y estrategias políticas específicas; es decir, la existencia política del presente tiene como coeficiente de funcionamiento una racionalidad de gobierno específica que, por ende, produce subjetividades específicas. De modo que, habrá que anunciarlo de entrada: esta racionalidad de gobierno del presente corresponde a la de la forma contemporánea del neoliberalismo. Así, este análisis del funcionamiento político, económico y social de un presente “anclado” a modos de existencia definidos por la racionalidad de gobierno neoliberal, debe partir de la seguridad que el neoliberalismo más que constituirse como ideología o como política económica es, antes que nada, una gubernamentalidad. Implementar un análisis en el que se problematice la gubernamentalidad en el mundo contemporáneo, en términos de una ontología crítica, permite entender nuestra subjetividad como una producción, histórica y política, propia del neoliberalismo.

Cuando se hace la afirmación de que el neoliberalismo es la gubernamentalidad que rige el mundo contemporáneo, en lo primero que se debe insistir es que en tanto tal ésta tiende a estructurar, guiar y dirigir no sólo el ejercicio del poder por parte de los gobernantes sino, y sobretodo, la conducta de los propios sujetos. Llegados a este punto, se hace indispensable aclarar que la gubernamentalidad se diferencia considerablemente de la razón gubernamental¹⁰⁷, en la medida en que las cosas de las que se ocupa la primera son los individuos como primera instancia de acción, las que están directamente relacionadas con éstos y con su comportamiento, sea este económico, político, social o individual; mientras que la segunda, al estar enmarcada dentro del Estado, “se ocupa de esos fenómenos de la política -y que constituyen precisamente la política y sus objetivos- que son los intereses o aquello por lo cual el individuo, tal cosa, tal riqueza, etc., interesan a los individuos o a la colectividad”¹⁰⁸ (Foucault, 2007, pp. 65). Volvemos

107 Nótese que se ha utilizado, para designar la gubernamentalidad, la expresión racionalidad de gobierno, más no razón gubernamental; mientras que la primera hace clara referencia a una multiplicidad en el campo de las prácticas de gobierno, la segunda implica una unidireccionalidad en las mismas.

108 La razón gubernamental que se establece a comienzos del siglo XVIII funciona con el interés, o mejor aún, en función de un juego complejo de intereses individuales y colectivos; este constituye “un juego complejo entre

entonces a plantear que lo fundamental de la gubernamentalidad, que como herencia del pastorado cristiano, es que se asigna por objeto la conducta de los individuos, “por instrumento, los métodos que permiten conducirlos y por blanco, la manera como se conducen, como se comportan” (Foucault, 2006, pp. 225); lo que conlleva a que la gubernamentalidad no sea propia del Estado -por el contrario, es la estrategia donde se efectúa su propia retirada-, sino que está diseminada en todo el cuerpo social; no obstante, sería un error de diagnóstico afirmar que el Estado no tiene ningún margen de acción dentro del ejercicio de la gubernamentalidad, pues éste juega un papel decisivo en la implementación de la gubernamentalidad.

Ahora bien, antes de retomar la problematización del papel ejercido por el Estado dentro de la actividad de una determinada gubernamentalidad, lo que apremia es visibilizar en que consiste la vigencia de la gubernamentalidad en el mundo contemporáneo. Justamente, la eficacia de la gubernamentalidad -cualquiera que sea su realidad histórica, su horizonte político y su campo de acción- depende, en primer lugar, de tener como principal objetivo la conducta de los hombres, en tanto es lo que se gobierna como lo que se produce, y, en segundo lugar, de su constitución como una racionalidad envolvente, como una racionalidad que se intensifica y se extiende a la vez que se fortalece. Esto implica que su fundamento sea su desarrollo como elemento global, en la medida en que puede ser válida a escala mundial y, además, porque lejos de restringir su acción sea a la esfera política o económica, tiende a la totalización de todas las dimensiones de la existencia humana. De acuerdo con lo anterior, podemos admitir que el neoliberalismo en tanto gubernamentalidad tiene una existencia global. Aunque usar el término global para definir una de las características del neoliberalismo, puede prestarse para confusiones que lleven a pensar que el término neoliberalismo está siendo implementado como un universal y que, por ende, será utilizado para explicar en concreto una práctica gubernamental; por el contrario, y al definirlo como una gubernamentalidad, la comprensión de éste reposa en hacer evidente lo que éste tiene de específico a través de las prácticas, los dispositivos, los mecanismos y las estrategias. Igualmente, es necesaria una especificación del funcionamiento específico del neoliberalismo¹⁰⁹,

derechos fundamentales e independencia de los gobernados” (Foucault, 2007, pp. 64).
109 En el curso dictado en el Collège de France, entre 1978 y 1979, titulado *El nacimiento de la biopolítica*, Foucault

lo que permite emprender el análisis de la gubernamentalidad que le es propia.

Por paradójico que pueda parecer, y para retomar el problema del Estado dentro de la gubernamentalidad, es precisamente el lugar que éste ocupa y por tanto su acción, lo que permite que una determinada forma de gubernamentalidad funcione. Para ejemplificar esto, tenemos que el funcionamiento del Estado dentro de las directrices liberales es uno, mientras que en el neoliberalismo es otro; de forma que entre la gubernamentalidad de uno y otro reposa una diferencia sustancial¹¹⁰. Como es bien conocido, la genealogía del liberalismo en su forma económica¹¹¹ se remonta al siglo XVIII a través del cuestionamiento sobre cómo debía limitarse el gobierno mismo para así procurar la apertura de un espacio de libertades que sería el mercado; lo que implica que el funcionamiento de las políticas liberales actúen siempre bajo las formas de la naturalización. La mano invisible de Adam Smith, no es más que la definición de la ontología naturalista del liberalismo: el mercado deviene realidad natural en la medida en que dejarlo actuar por si solo bastará para que se establezca el equilibrio, la estabilidad y el crecimiento de las sociedades liberales; así mismo, devienen realidades naturales el intercambio, las relaciones

se ocupa de manera extendida de la emergencia del neoliberalismo argumentando que éste tiene dos formas preponderantes que se corresponden a dos potencias políticas y económicas: el neoliberalismo alemán -también llamado ordoliberalismo- y el neoliberalismo norteamericano. Mientras el neoliberalismo alemán nace como una fuerte respuesta a la Razón de Estado instaurada por el nacional-socialismo de los nazis, por lo que las nuevas directrices políticas y económicas debía ser las encargadas de dirigir el proceso de la reconstrucción del Estado alemán; el neoliberalismo americano en lugar de ser una reacción es el fundador del Estado Americano desde la época de la revolución, por tanto este estuvo siempre presente en el corazón del debate político. Si bien, entre estas dos formas de emergencia del neoliberalismo reposan diferencias significativas para resumir lo que tienen en común puede decirse que los dos equivalen a una inversión completa del problema del liberalismo; es decir, en el liberalismo existe un Estado que debe ser limitado en el ejercicio del gobierno a través de la economía, por el contrario con el neoliberalismo se trata de legitimar el Estado a partir de la economía.

110 Foucault dirá: “en lugar de aceptar una libertad de mercado definida por el mercado y mantenida de algún modo bajo vigilancia estatal -lo cual era, en cierta forma, la fórmula inicial del liberalismo: establezcamos un espacio de libertad económica, circunscribámoslo y dejémoslo circunscribir por un Estado que ha de vigilarlo- pues bien, dicen los ordoliberales, es necesario invertir por completo la fórmula y proponerse como principio organizador y regulador del Estado, desde el comienzo de su existencia y hasta la última forma de sus intervenciones. Para decirlo de otra manera, un Estado bajo la vigilancia del mercado más que un mercado bajo la vigilancia del Estado”. (Foucault, 2007, pp. 149)

111 El liberalismo se presenta bajo dos títulos: liberalismo económico y liberalismo político. Mientras el liberalismo económico define la limitación del Estado en las relaciones mercantiles, el liberalismo político supone la consolidación efectiva de todas las luchas hechas contra los poderes monárquicos, es decir, con la instalación del liberalismo político debían garantizarse no sólo el respeto a las libertades ciudadanas e individuales sino que debían crearse políticas sociales que sirvieran de contrapeso a los efectos del liberalismo económico.

económicas entre individuos, instituciones y Estados. El problema del neoliberalismo, por el contrario, no pasa por la definición de un límite del gobierno para dejar actuar al mercado, sino por la pretensión de ajustar los principios de la economía del mercado a las formas de gobernar. Por tanto, la diferencia entre uno y otro radica en una inversión de hecho: mientras el liberalismo debe liberar al mercado y, por tanto, plantearse los límites del gobierno, el neoliberalismo debe consolidar el gobierno a partir de las lógicas del mercado. Las argumentaciones de los teóricos del neoliberalismo evidencian de forma contundente la distancia que toman respecto a la acción gubernamental liberal; dice, por ejemplo, la tesis Ludwig Von Mises¹¹² sobre la libertad:

No hay mas libertad que la que engendra la economía de mercado. En una sociedad hegemónica y totalitaria, el individuo goza de una sola libertad que no le puede ser cercenada: la del suicidio.

El estado, es decir, el aparato social de coerción y compulsión, por fuerza ha de ser un vinculo hegemónico. Si los gobernantes estuvieran facultados para ampliar *ad libitum* su esfera de poder, podrían aniquilar el mercado, reemplazándolo por un socialismo totalitario. Para evitarlo, es preciso limitar el poder del estado. He aquí el principio que persiguen todas las constituciones, leyes y declaraciones de derechos. Conseguirlo fue la aspiración del hombre en todas las luchas que ha mantenido por la libertad. (Mises, 2007, pp. 344)

Podemos ver entonces, y tras hacer estas precisiones, que las políticas gubernamentales que se comienzan a conformar a partir del siglo XVIII, no constituyen nunca una línea continua de desarrollo evolutivo, no obedecen nunca a una idea de progreso y, mucho menos, hacen parte de procesos políticos, económicos y sociales teleológicos; es decir, nunca el neoliberalismo constituirá el estado más acabado y “desarrollado” del liberalismo que emergió hace aproximadamente tres siglos. Todo lo contrario, el neoliberalismo se instala frente al liberalismo como una discontinuidad con sus características diferenciadas; inclusive, pareciera que se formó como un antídoto contra las amenazas del liberalismo al orden social capitalista, las cuales que se habían comenzado a engendrar desde la primera década del siglo XX¹¹³. De hecho, un grupo de

112 Economista austriaco, quien formulará la teoría económica neoliberal según la cuál cualquier tipo de intervención estatal en la economía es absolutamente arbitraria y perjudicial.

113 Estas amenazas se conocen como las crisis del liberalismo y del capitalismo, en tanto suponen la instauración de mecanismos compensatorios de las libertades económicas, las cuales serán interpretadas como exceso de intervencionismo y una exceso de coacciones y coerción. Son justamente las intervenciones promovidas por Keynes las que promovieron esa crisis del liberalismo, en la medida que instauraron políticas como la del pleno

“liberales”¹¹⁴- que se describían como tal sólo debido a su compromiso con el ideal de la libertad individual- declararían, en su manifiesto fundacional, que el intervencionismo estatal propio del liberalismo político estaba desmantelando el fundamento del sistema capitalista, el cual se suponía protegido por los ideales del liberalismo en su forma económica; por tanto, para ellos el intervencionismo y el estado de bienestar estaban poniendo en peligro los valores centrales de la civilización:

Sobre grandes extensiones de la superficie del planeta las condiciones esenciales de la dignidad y de la libertad humana ya han desaparecido. En otras, están bajo constante amenaza ante el constante desarrollo de las políticas actuales. La posición de los individuos y de los grupos de adscripción voluntaria se ve progresivamente socavada por extensiones de poder arbitrario. Hasta la más preciada posesión del hombre occidental, su libertad de pensamiento y expresión, está amenazada por el despliegue de credos que, reclamando el privilegio de la tolerancia cuando están en situación de minoría, procuran solamente establecer una posición de poder desde la cual suprimir y obliterar todas las perspectivas que no sean la suya.

(De esta manera) el grupo sostiene que estos desarrollos se han nutrido de la propagación de una visión de la historia que rechaza toda pauta moral absoluta y por el crecimiento de teorías que cuestionan la deseabilidad del imperio de la ley. Sostiene adicionalmente que se han visto estimulados por la declinación de *la fe en la propiedad privada y en el mercado competitivo*; por cuanto sin el poder difuso y la iniciativa asociados a estas instituciones, es difícil imaginar una sociedad en la cual la libertad pueda ser efectivamente preservada. (citado por Harvey, 2007, pp. 26 - 27)

De forma que, con el neoliberalismo, la propiedad privada se constituye como la mejor expresión de las libertades individuales, mientras que el mercado competitivo se constituye como el “regulador económico y social general” (Foucault, 2007, pp. 172). Esto conlleva, principalmente, a que la gubernamentalidad producida en y por el neoliberalismo desdibuje el principio “natural” del intercambio del liberalismo, en beneficio de su sustitución por el principio “formal” de la competencia¹¹⁵. En otras palabras, la gubernamentalidad neoliberal se configura a través del

empleo, el consumo total y los volúmenes del ahorro y la inversión que debían ser asegurados por los poderes públicos.

114 Denominado la Mont Pelerin Society, este fue un grupo reducido pero conformado por destacados economistas, historiadores y filósofos del mundo académico, entre los más conocidos estuvieron Friedrich von Hayek (filósofo político), Ludwig Von Mises (economista), Milton Friedman (economista) y Karl Popper (filósofo).

115 Con el neoliberalismo se inaugura una disociación entre la economía de mercado, el principio económico del mercado, y el principio político del *laissez-faire*, la cual se definió a partir de la teoría de la competencia, pues esta no se ponía de relieve como un dato primitivo y natural, como si lo sería el *laissez-faire* del liberalismo; Así, “la

desplazamiento que va del intercambio a la competencia; es decir, de la equivalencia que suponía el intercambio entre “iguales” -por eso su naturalización- a la desigualdad que establece la competencia entre “adversarios” -por eso es un privilegio formal. Justamente, es aquí donde surge la ambigüedad de la presencia del Estado dentro del funcionamiento de la gubernamentalidad neoliberal, ya que está no va a situarse bajo el signo del gobierno estatal anoréxico¹¹⁶, propio del liberalismo, sino bajo el signo de una presunta “robustez” mediada por una vigilancia, una actividad y una intervención permanente. Sin embargo, dicha intervención está fundamentada en el objeto de salvaguardar el principio de la competencia¹¹⁷, pero nada tiene que ver con los fundamentos de intervención vinculados al servicio público que, de una u otra forma, le estuvieron asociados en el liberalismo. Así, el Estado contemporáneo, a través del funcionamiento político del neoliberalismo, trae consigo un “desmantelamiento de las ayudas sociales, de la progresividad del impuesto y otros útiles de redistribución de las riquezas, por una parte, y la estimulación de la actividad sin trabas del capital mediante la desregulación del sistema de salud, el trabajo y el medio ambiente, por otra parte” (Brown, citado por Laval y Dardot, 2013, pp. 12). En consecuencia, el neoliberalismo en términos de gubernamentalidad no es el heredero, ni equivale al resurgimiento, del liberalismo; dado que la pregunta movilizadora ya no es ¿cómo gobernar sin gobernar demasiado? Sino ¿cómo establecer la economía de mercado como principio, forma y modelo de gobierno?.

Es el principio de la competencia, que emerge con el neoliberalismo, el que se generaliza como norma de conducta. De manera que, la actividad de la gubernamentalidad neoliberal consiste en regir la conducta de los hombres en el marco del principio de la competencia. En esta medida,

competencia es una estructura, una estructura dotada de propiedades formales, [y] eran esas propiedades formales de la estructura competitiva las que garantizaban y podían garantizar la regulación económica por el mecanismo de los precios. Por consiguiente, si la competencia era en verdad una estructura formal, rigurosa en su estructura interna pero a la vez frágil en su existencia histórica y real, el problema de la política (neo)liberal consistía justamente en disponer de hecho el espacio concreto y real en el cual podía actuar la estructura formal de la competencia”. (Foucault, 2007, pp. 158)

116 La metáfora del Estado liberal anoréxico corresponde al principio de limitación del gobierno respecto al mercado.

117 El caso más ejemplificante es la configuración de todo un marco institucional que regule la formación de monopolios, pues éste si bien era aceptado como un fenómeno propio de los procesos económicos del liberalismo, no forma parte de la lógica económica e histórica de la competencia.

el neoliberalismo no es sólo destructor de reglas, de instituciones, de derechos, es también *productor* de cierto tipo de relaciones sociales, de ciertas maneras de vivir, de ciertas subjetividades. Dicho de otro modo, con el neoliberalismo lo que está en juego es, nada más y nada menos, la forma de nuestra existencia, o sea, el modo en que nos vemos llevados a comportarnos, a relacionarnos con los demás y con nosotros mismos. El neoliberalismo define cierta norma de vida en las sociedades occidentales y, más allá de ellas, en todas las sociedades que las siguen en el camino de la “modernidad”. Esta norma obliga a cada uno a vivir en un universo de competición generalizada, impone tanto a los asalariados como a las poblaciones que entren en una lucha económica unos con otros, sujeta las relaciones sociales al modelo del mercado, empuja a justificar desigualdades cada vez mayores, transforma también al individuo, que en adelante es llamado a concebirse y a conducirse como una empresa. (Laval y Dardot, 2013, pp. 13 – 14).

Aquí, por tanto, cuando el termino neoliberalismo sea utilizado, no podrá ser nunca interpretado como una ideología o como una simple política económica, sino como gubernamentalidad en tanto configura el conjunto de discursos, prácticas y dispositivos que determina el gobierno político de los hombres según el principio rector de la competencia. Esto modifica considerablemente las concepciones clásicas desde las que ha sido abordado: en primer lugar, y bajo las argumentos que ya han sido expuestos, permite rebatir la asociación directa con el liberalismo en términos de una potenciación del *laissez-faire*, o de la separación absoluta del Estado con el mercado; ya que es a través de los Estados que se introduce y se generaliza el principio de la competencia, y esto cuenta tanto para el funcionamiento económico como para el político y social de su población. En segundo lugar, permite rechazar las teorías que fragmentan su ejercicio y dividen su acción de forma diferenciada en distintos campos; ya que el neoliberalismo extiende una misma lógica de gobierno en dominios muy diferentes de la vida de una sociedad. “El análisis en términos de gubernamentalidad destaca el carácter transversal de los modos de poder ejercidos en una sociedad en una misma época” (Laval y Dardot, 2013, pp. 17). Con todo, seguir teorizando y creyendo que el neoliberalismo se reduce a una política económica no sólo es condenar a los sujetos a una ingenuidad que limita sus horizontes críticos y creativos en una sociedad, sino que implica la admisión de que la producción de una subjetividad contemporánea depende completamente de las determinaciones y orientaciones de los otros. Igualmente, desconocer que el neoliberalismo expande las lógicas del mercado más allá de las

estrictas fronteras propias de las dinámicas económicas, es fortalecer esa producción de “una subjetividad «contable» mediante el procedimiento de hacer competir sistemáticamente los individuos entre sí” (Laval y Dardot, 2013, pp. 21); lo que implica, sobretodo, efectuar aquello que decía Foucault era la principal voluntad del poder, y es lograr que sean los mismos sujetos, al incorporarlo en sus prácticas, pensamientos y cuerpo, los que lo administren en ellos y los que lo pongan a funcionar de una forma efectiva en la sociedad. Finalmente, lo que esto demuestra es que la eficacia de la gubernamentalidad en el neoliberalismo depende de la producción y gestión positiva¹¹⁸ de la subjetividad de los individuos, lo que hace que estos se inscriban a ésta aceptado sus orientaciones y respondiendo afirmativamente a sus objetivos.

Gubernamentalidad neoliberal y consumo

Una de las principales denuncias de los teóricos de la Escuela de Fráncfort¹¹⁹ era que la modernidad que se había gestado a partir del siglo XIX¹²⁰ estuvo acompañada de un paulatino

118 La gestión positiva hace clara alusión de lo que supuso las orientaciones biopolíticas del gobierno moderno. Foucault hace evidente que por biopolítica debe entenderse la forma como, a partir del siglo XVIII, se buscó racionalizar los problemas planteados a la práctica gubernamental por los fenómenos propios de la población y los individuos.

119 La denominación *Escuela de Fráncfort* es una etiqueta asignada desde fuera en la década de 1960, pero que finalmente se convirtió en una designación prestigiosa que llegaron a utilizar los que a esta están asociados; nombres como Adorno, Horkheimer, Marcuse y Habermas son los más representativos de esa conocida teoría crítica que veía en la sociedad un todo con elementos antagónicos en su interior y que se consideraba la heredera del pensamiento de Hegel y de Marx.

120 La modernidad del siglo XIX es la que corresponde a ese periodo que se conoce como el de “la modernidad propiamente moderna”, ya que, para muchos, la formación embrionaria de la modernidad se da a partir de las significativas rupturas del Renacimiento con la Edad Media; no obstante, esa “modernidad propiamente moderna” emerge a raíz de dos discontinuidades fundamentales en la historia de la cultura occidental: las revoluciones burguesas que prescriben un cambio en la comprensión del mundo social y político, y los procesos de industrialización que trajeron consigo una cantidad inusitada de transformaciones tangibles de la realidad. De esta forma, y aunque la modernidad ha sido tratada de forma dispar por distintas disciplinas y con distintas connotaciones espacio-temporales, tanto que ha sido preferiblemente pluralizada, la conjunción de los ritmos económicos y culturales de la modernización con los desarrollos simultáneos de la Revolución Industrial la han acercado de forma más explícita a unos procesos sociales concretos. La Revolución Industrial y, más aún, la industrialización urbana supuso más que el crecimiento de las ciudades una recomposición expansiva de la población urbana y de la urbanización. Esta urbanización y modernización social sin precedentes fue provocada, en parte, por el ingreso y la configuración de las dos nuevas clases que definieron al capitalismo industrial-urbano, el proletariado y la burguesía. De esta forma, la revolucionaria reorganización del espacio social urbano requería no sólo hacer sitio para los millones de nuevos emigrantes y para las estructuras de producción industrial, sino también para el desarrollo de nuevos modos de mantener unida esta economía espacial emergente de la ciudad, para administrar y reproducir las relaciones sociales y espaciales del capitalismo a diferentes escalas; el desarrollo de nuevas tecnologías de control social y espacial darían paso a discursos y procesos que se inscribían en la preocupación por el poder urbano: los intentos por racionalizar el espacio de la ciudad abre la puerta a los

desencantamiento por el mundo social, a través de lo que Max Weber había identificado como la “racionalidad irracional” de la sociedad capitalista. Para Weber, la modernidad que se configura a partir de las revoluciones burguesas europeas se caracterizó por una serie de cambios que modificaron radicalmente la vida social, en especial los que se enmarcaron tanto en la emergencia del sistema capitalista como en la dialectización filosófica ente lo racional y lo irracional¹²¹; así “la tesis de Weber se basaba en el triunfo de la razón abstracta, formal, de los siglos XVIII y XIX, como principio organizador de las estructuras de producción, del mercado, de la burocracia de Estado y de formas culturales como la música y el derecho” (Buck-Morss, 2001, pp. 280). Para muchos de los sociólogos críticos¹²² de la primera mitad del siglo XX, estas transformaciones también estarían acompañadas de una cantidad desproporcionada de “efectos distorsionadores” que recayeron sobre viejas y tradicionales producciones socio-culturales¹²³ a raíz del nacimiento de eso que se va a conocer como “cultura de masas”, la cual los volcaría hacia la mercantilización convirtiéndolos en productos a ser consumidos por esos sujetos pasivos que hacían parte de la masa. Era un hecho entonces, tanto los declives sociales y culturales de Occidente como el surgimiento de una alienación generalizada de los individuos, sólo podían ser resultado de la masificación; por tanto, el sistema capitalista era el responsable en la medida en que este era el principal productor de las masas. De esta forma, el problema de críticos como Sombart¹²⁴ recaía en qué sociedad y qué tipo de individuos estaba produciendo la economía y el

discursos sobre urbanismo y planeación mientras que la necesidad de mantener un control sobre el espacio, que encubre beneficios económicos, convierte a la ciudad misma en el resultado de procesos sociales públicos y privados.

121 En Max Weber, el problema de “la racionalidad irracional” de la sociedad capitalista se corresponde, un poco, con “la lógica contradictoria” del capital en Marx, en la medida en que las dos le atribuyen al sistema capitalista la característica de ambigua y arbitraria en relación al orden social que pretende instaurar con las prácticas económicas que posibilita.

122 Además de los ya mencionados miembros de la Escuela de Fráncfort, también podríamos referirnos también, además de Weber, a Georges Simmel, Thorstein Veblen y David Riesman.

123 Todos artes se vieron afectadas, de una u otra forma, por los cambios sociales y culturales que impuso la “cultura de masas”: desde las expresiones plásticas, pasando por las artes escénicas y musicales, hasta llegar a las todo tipo de producción narrativa y literaria, la inevitable transformación -que no siempre será provechosa para los devenires y procesos artísticos- provino de las tecnologías asociadas a la reproducción masiva; por ejemplo, para Walter Benjamin, “la invención de la fotografía, con su dar cuenta exacta del naturaleza, permitió que la tecnología superara a los artistas, erosionando su carácter único, el «aura» de la obra de arte, al permitir la reproducción masiva de imágenes” (Buck-Morss, 2001, pp. 151)

124 Es uno de los principales representantes, junto con Max Weber, de la última generación de la escuela histórica alemana; su obra se inscribe en la ruta especificada por Marx a través de la crítica al capitalismo y a la sociedad burguesa.

Estado burgués y capitalista. La respuesta: “una sociedad en la que los individuos son arrancados de su comunidad natural y se juntan en una forma, de alguna manera, chata y anónima que es la de la masa” (Foucault, 2007, pp. 144).

La crítica hecha al capitalismo y a la sociedad burguesa de finales del siglo XIX y principio del XX, se basaba en la consideración de que los individuos por estos gobernados fueron privados de una comunicación directa e inmediata entre ellos y, en cambio, fueron forzados a comunicarse a través de aparatos administrativos centralizados como únicos intermediarios; convirtiéndolos así en átomos sometidos a una autoridad abstracta en la que no se reconocían. De esta forma, la sociedad capitalista, y a través de esa “cultura de masas”, en primer lugar, impondría a los individuos un tipo de consumo masivo que tiene funciones de homogenización y, en segundo lugar, los condenaría, en el fondo, a no tener entre sí otra comunicación que la que se da a través del juego de los signos y los espectáculos. Sería el papel jugado por el consumo y los espectáculos masivos entre esos años, lo que permitirá a Walter Benjamin invertir el orden crítico de la teoría weberiana; así, como contraste con estas críticas lanzadas desde principios del siglo XX por sociólogos, filósofos y economistas, las cuales se fundamentaban en la idea de una decadencia de la sociedad, Benjamin construirá su propia teoría sobre la modernidad basada en las evidencias de que fueron justamente las condiciones del capitalismo las que permitieron un re-encanto de la sociedad¹²⁵. No obstante, podría decirse que los fundamentos de la tesis Benjaminiana son los mismos: una distancia crítica respecto a la cultura de masas, la alienación de los individuos, la sociedad del consumo y el espectáculo; en éste caso, todas estas son las condiciones propias de la modernidad capitalista que sumergen a todos los individuos en un “sueño colectivo” que no hace más que crear una “inconsciencia colectiva”. De este modo,

125 “Bajo la superficie de una racionalización sistémica creciente, en un nivel «onírico» inconsciente, el nuevo mundo urbano-industrial fue plenamente re-encantado. En la ciudad moderna, como en los ur-bosques de otra época, el «rostro amenazante y seductor» del mito está vivo en todas partes. Se asoma en los carteles publicitarios anuncian «pasta dental para gigantes», y se escucha en el murmullo de su presencia en los planes urbanos más racionalizados que, «con sus calles uniformes y sus hileras infinitas de edificios, han realizado el sueño arquitectónico de los antiguos: el laberinto»”. (Buck-Morss, 2001, pp. 281 - 282)

Este “colectivo que sueña” era reconocidamente “inconsciente” en un doble sentido: por un lado, por su distraído estado de ensoñación, y por el otro porque era inconsciente de sí mismo, compuesto por individuos atomizados, consumidores que imaginaban que su mundo soñado, mundo de mercancías era distintivamente personal (a pesar de toda la evidencia en contrario) y que vivían su pertenencia a la colectividad sólo en el aislado y alienante sentido de ser un componente anónimo de la multitud.

Aquí radicaba la contradicción fundamental de la cultura industrial capitalista. Un modo de producción que privilegiaba la vida privada y basaba su concepción del sujeto en el individuo aislado había creado formas completamente nuevas de existencia social -espacios urbanos, formas arquitectónicas, mercancías de producción masiva y experiencias “individuales” infinitamente reproducidas- que engendraban identidades y conformidades en la vida de la gente, pero no solidaridad social, ningún nivel novedoso de conciencia colectiva en torno a su comunalidad y, por tanto, ninguna forma de despertar del sueño en el que estaban envueltos. (Buck-Morss, 2001, pp. 287)

Podemos decir, entonces, que con Weber, Sombart, Benjamin, los teóricos de la Escuela de Frankfurt y otros críticos de tendencia marxista tenemos, desde las primeras décadas del siglo XX, esa problematización crítica tan conocida, y arraigada aún hoy, sobre la cultura de masas, la sociedad del consumo, el ocio y el espectáculo¹²⁶. La fuerza argumentativa con la que emergió dicha crítica, como su carácter impugnante con el que le hizo frente a unas formas aceptadas de vida que ya comenzaban a evidenciar luces de desmoronamiento y crisis social, posibilitaron que en la actualidad esa caracterización de la vida social siga teniendo vigencia en algunas teorías, convirtiéndose así -claro que con algunas variantes- en uno de los lugares comunes de pensamiento sobre la sociedad contemporánea.

Si bien es cierto que el mundo social contemporáneo ha llevado a una encrucijada a las ciencias sociales y humanas¹²⁷ en la comprensión del presente y, que ésto, ha posibilitado la reactivación

126 Las teorías que tienen por fundamento el rechazo al orden social “impuesto” por el Estado capitalista, paradójicamente habrán sido criticadas por teóricos liberales que afirmaban que todo lo que se opone al capitalismo no constituye más que una invariante de los ordenes a los cuales rechazan. Es el caso, por ejemplo, del nazismo alemán y del stalinismo soviético, ya que estos que se nombraban retractores de la sociedad capitalista -con principios ideológicos completamente distintos, claro está- no hicieron otra cosa que acentuar la cultura de masas, esa sociedad de consumo uniformadora y normalizadora, esa sociedad de signos y espectáculos.

127 En la medida en que la sociedad política ha cambiado, tanto con respecto a sus prácticas como con respecto a sus imaginarios, tal como aquí viene siendo descrito, también se impone un cambio epistémico para las ciencias sociales en el cual prevalezca el fortalecimiento de la crítica en el análisis de nuestros modos de ser contemporáneos. La constitución actual de una democracia antidemocrática en la cual el Estado es el principal garante de la competencia generalizada y de sus consecuencias en términos de exclusión social, exige una habilidad conceptual para generar una nueva analítica de los funcionamientos actuales del poder. En esa

de “viejos” problemas sobre la vida económica, política, familiar e individual a través de despliegues teóricos contra la sociedad mercantil, la alienación en la cultura de masas y la homogenización a través del consumo; no podemos reconocer que teorías como estas tengan una vigencia crítica en el análisis del funcionamiento del mundo contemporáneo; es decir, esa convergencia exacta entre las críticas que se hacían a la sociedad mercantil en las primeras décadas del siglo XX y las que se realizan en la actualidad es imprecisa, ya que las cosas que vinculaban un periodo y otro son cada vez más pocas: nada tienen de parecido las políticas gubernamentales del liberalismo con las del neoliberalismo. Por tanto, se incurre en un error cuando se cree que al denunciar una sociedad del consumo y del espectáculo se está lanzando una vehemente crítica a las lógicas del poder de la sociedad contemporánea; más bien, se corre el riesgo de estar problematizando las formas de la gubernamentalidad que se desarrollaron durante un poco más de la primera década del siglo XX. Pero habrá que reconocerlo, ya no estamos en esta etapa, ya la hemos superado, ya la gubernamentalidad no se fundamenta ni en el *laissez-faire* del liberalismo económico, ni en el intervencionismo social del liberalismo político; la gubernamentalidad ideada hacía la década de 1930, puesta en funcionamiento a partir de la década de 1970 y convertida hoy en en la “nueva razón del mundo” de la mayoría de los países capitalistas a nivel global no pretende, en lo absoluto, la constitución de ese tipo de sociedad ajustada a la mercancía y su uniformidad, sino a la configuración de una sociedad ajustada al mercado y la multiplicidad.

Al dejar de ser pertinente hablar de una sociedad de consumo para definir la estructura del mundo actual y al ésta ya no tener la capacidad de caracterizar las sociedades contemporáneas, no se está queriendo argumentar que el consumo ha perdido la fuerza política que lo caracterizó otrora; más bien, lo que se pretende hacer evidente es que ha intensificado su carácter de dispositivo de gobierno a través de las transformaciones sociales de las que ha hecho parte activa. Aunque el consumo ya no es el elemento más significativo en la definición del presente, ni

encrucigada estamos y ese es el principal desafío actual de las ciencias humanas, so pena de prolongar formas caducas y desuetas de referimos a una sociedad cuyo diagnóstico implica modificar nuestros conceptos y nuestras teorías.

sirve como el modelo con el cual calificar la sociedad, es necesario admitir que éste sí hace parte constitutiva del funcionamiento del mundo social contemporáneo y sí es indispensable para el desciframiento de las dinámicas sociales del presente; es decir, el consumo se transforma tanto en su movimiento interno como en su función dentro de la sociedad. Por tanto, no es que el consumo pierda vigencia, sólo que esta ya no es la misma. Pese a que nuestra sociedad ya no pueda ser definida dentro de los significantes del consumo, sí podemos decir que si algo puede ser destacado en relación al consumo y su función dentro de la sociedad contemporánea, es que éste responde a las discontinuidades que se instalan en el ámbito de la gubernamentalidad neoliberal. De hecho, podríamos afirmar que el consumo contemporáneo, con sus múltiples formas, espacialidades, mecanismos y usos, es un dispositivo decididamente neoliberal en la medida en que no sólo reproduce las maneras en que funciona la gubernamentalidad, sino que la refuerza en su función de productor de prácticas y sujetos. Así, los elementos principales para una análisis del consumo contemporáneo, entendido éste como uno de los principales motores de (re)producción de la gubernamentalidad neoliberal, serían el principio de la libertad individual y el principio de la competencia; estos dos elementos se corresponden eficazmente en el engranaje de las prácticas de consumo de forma que el dispositivo más que “someter” a la sociedad a los efectos homogeneizadores de la mercancía propia de la época de la producción masiva, lo que promueven es la competencia a través de la mediación de la libertad como idea reguladora de las prácticas de consumo. Todas estas transformaciones en el ámbito del consumo tienen como base general los cambios efectuados en el interior mismo de la práctica política y económica de la sociedad durante el transcurso de todo el siglo XX -en la transición que va del liberalismo al neoliberalismo-, pero como fundamento específico las modificaciones de las “políticas sociales” del gobierno instauradas por el neoliberalismo.

Las políticas sociales que se concibieron a partir de la economía de bienestar, que se instalaron dentro del funcionamiento político del liberalismo¹²⁸, no tardaron en ser puestas en dudas a través de los principios neoliberales que tenían como fundamento la idea de que una política

128 Las políticas sociales que hacen parte de una economía de bienestar, son políticas que se fijan como objetivo una distribución relativamente equitativa en el acceso a cada uno de los bienes consumibles.

social, al estar integrada a una política económica, no podía servirle de contrapeso ni, mucho menos, podía ser concebida como el elemento que compensaría los efectos negativos de los procesos económicos; por tanto, la idea de la igualdad económica, política y social, en relación al acceso de bienes y servicios, nunca podrá ser un objetivo de ninguna economía neoliberal, ya que la regulación económica solamente puede ser obtenida por el juego de diferenciaciones característico de cualquier dispositivo de competencia. En otras palabras, es preciso y necesario que existan la polarización económica y la fragmentación social a través de un índice siempre deseado de desempleo o, por lo menos, de un registro de salarios en extremo mínimos. Vemos pues que la política social neoliberal no puede fijarse nunca la igualdad como objetivo, por el contrario, siempre debe dejar actuar la desigualdad. Así, las desigualdades propias del juego económico no solo deben ser aceptadas sino que todos debemos prestarnos y plegarnos a ellas. El gobierno neoliberal no tiene que intervenir en la sociedad en función de la "corrección" de los efectos destructivos del mercado a ésta, sino, más bien, debe intervenir en esa sociedad -"en su trama y su espesor"(Foucault, 2007, pp. 179)- para que los mecanismos competitivos puedan cumplir el papel de reguladores. De este modo, el gobierno neoliberal no es el gobierno económico con el que soñaron los fisiócratas¹²⁹, es un gobierno de sociedad; y esto quiere decir que hace de la sociedad y los individuos los blancos y objetos de la práctica gubernamental.

Ahora bien, el hecho de que el neoliberalismo, desde su nacimiento, se haya fijado en la sociedad y en los individuos como sus principales objetos de poder y que su mayor propósito sea el de establecer el mercado como el regulador general, no supone la reconstrucción de una sociedad mercantil como aquella que tanto había sido criticada desde comienzos del siglo XX; es decir, no es la consolidación ni de esa sociedad de las mercancías, ni del consumo y el espectáculo donde, en primer lugar, el valor de cambio¹³⁰ constituía tanto "la medida y el criterio general de los

129 Un gobierno económico es un gobierno que sólo debe reconocer y observar las leyes económicas.

130 A diferencia de Marx, quien asociaba la "fantasmagoría" al engaño de la mercancía respecto a su producción, Benjamin la vinculaba a la pérdida práctica del valor de cambio y del valor de uso en detrimento de su exhibición y valor representacional; lo que paulatinamente se convirtiéndolo en objetos de deseo y objetos simbólicos, "todo lo deseable, desde sexo hasta estatus social podía transformarse en mercancía, como un fetiche-en-exhibición que mantenía subyugada a la multitud, aun cuando la posesión personal estuviera muy lejos de su alcance" (Buck-Morss, 2001, pp. 98). Así, para Benjamin, las mercancías como valores simbólicos suponen el entendimiento de

elementos, el principio de comunicación de los individuos entre sí (y) el principio de circulación de las cosas” (Foucault, 2007, pp. 180) y, en segundo lugar, el disciplinamiento, la normalización y la homogeneización eran los aspectos más comunes de su realización. La sociedad neoliberal, regulada según el mercado, no es la que se rige según los mecanismos del intercambio sino a partir de los mecanismos de la competencia; estos deben ser globales¹³¹ en tanto logren ocupar una superficie extensa, alcanzar un espesor social fuerte y cubrir un grupo amplio de población. En otras palabras, lo que se fabrica es una sociedad cada vez menos sometida a los efectos de la mercancía, en cuanto más a las dinámicas competitivas. Para Foucault, con el neoliberalismo se instala “no una sociedad de supermercado: una sociedad de empresa. El *homo œconomicus* que se intenta reconstruir no es el hombre del intercambio, no es el hombre consumidor, es el hombre de la empresa” (Foucault, 2007, pp. 182). De forma que, si asumimos que aquí la empresa no funciona como una simple institución sino como una manera de comportarse en el campo económico, donde prima la forma de la competencia sobre la base de planes, proyectos, con objetivos concretos y a través de tácticas, podemos comprender que todas las “unidades básicas” de las libertades individuales tengan precisamente esta forma; por ejemplo, consecución de la propiedad privada, la organización de la vivienda individual, la administración de la vida familiar e individual funcionan como empresas. Es justamente esta multiplicación de la forma “empresa” dentro de todo el cuerpo social constituye uno de las principales finalidades del neoliberalismo. “Se trata de hacer del mercado, de la competencia, y por consiguiente de la empresa, lo que podríamos llamar el poder informante de la sociedad” (Foucault, 2007, pp. 186). En este sentido, el ejercicio de la libertad individual en el mundo contemporáneo se expresa en la forma de la empresa en la medida en que funciona a través del principio de la competencia.

Precisamente, es en esta lógica de la empresa en que el consumo contemporáneo entra a ser parte constitutiva de los desarrollos de las sociedades neoliberales y, por tanto, se instala como un dispositivo que reproduce y fortalece la gubernamentalidad neoliberal a escala global. Lo primero que es posible hacer visible dentro de este “nuevo orden”, y como ya había sido expresado, es

estas como grandes ordenadoras de realidades sociales.

131 La caracterización de lo que supone hablar de globalidad neoliberal ya había sido expuesta en el apartado anterior.

que la idea de las libertades individuales se ha constituido como la idea reguladora del dispositivo de consumo; lo segundo, es que a partir del despliegue de dichas libertades se fortalecen los mecanismos competitivos dentro de todo lo que supone el amplio dispositivo de consumo; es decir, a través del dispositivo de consumo se promueve la formación de ese orden social y político en un tipo de relación neoliberal: la competencia entre grandes superficies, espacios menores, marcas, almacenes e individuos, y todo a partir del principio de la libertad. Por tanto, la efectucción del consumo tiene una relación directa con el principio de la competencia:

Ciertamente los individuos se relacionan entre ellos mediante acciones económicas en las que intervienen al mismo tiempo como productores y como consumidores. La diferencia estriba en que el individuo como productor busca satisfacer una demanda de la sociedad mientras que como consumidor está en posición de “mandar”. [...] Todos los consumidores tienen, como consumidores, un mismo interés por el proceso de la competencia y el respeto de sus reglas. (Laval y Dardot, 2013, pp. 115)

Vale aclarar entonces que, a nivel de los individuos, el funcionamiento de los mecanismos de la competencia dentro del consumo no se expresan en esa idea clásica del status social¹³², sino en la incorporación no sólo de una libertad de consumo sino de un derecho a tal; todos somos conscientes de que tenemos la libertad y el derecho a consumir, lo que no se hace tan visible es que estas posibilidades extendidas del consumo se presentan como la superficie ingenua de una forma rigurosa en el gobierno de los sujetos. Las herramientas, los mecanismos y las tácticas que se emplean para la difusión de dicha libertad y dicho derecho, hacen parte fundamental del ejercicio de la gubernamentalidad neoliberal; lo que significa que configuran las subjetividades que son propias de la contemporaneidad neoliberal.

Producción de subjetividades contemporáneas del hábitat y el consumo

Al privilegiar el carácter abarcador -y avasallador- de la gubernamentalidad, no implica que se entienda por esta una estructura continua, lineal y unidireccional, ni mucho menos se le atribuye

132 Esta perspectiva hace parte de una visión sociológica, según la cual la satisfacción obtenida con los bienes se relaciona con el acceso socialmente estructurado a ellos, en un juego en el que la satisfacción y el status dependen de la exhibición y el mantenimiento de las diferencias. La atención se centra en las variadas formas en que las personas emplean los bienes a fin de crear vínculos o distinciones sociales.

la producción de un tipo específico de subjetividad; por el contrario, debe comprenderse dentro de su capacidad de diseminación, de su fundamento discontinuo y de sus múltiples mecanismos de producción de subjetividades. Los conceptos gubernamentalidad y subjetividad suponen, de hecho, su pluralidad, y es en esta en lo que radica su alto grado de eficacia. Cómo ya se había hecho notar, una de las características más relevantes del poder que se configura con la modernidad es su funcionamiento microfísico, su configuración en términos de gubernamentalidad y, por ende, su despliegue global, heterogéneo y estratégico. En este sentido, sí en primer lugar es válido afirmar que la gubernamentalidad tiene condiciones políticas que la hacen posible en relación a unas técnicas de producción de subjetividad, pero que, por consiguiente, se expresa de forma específica en tiempos y espacios determinados; entonces, en segundo lugar sería válido afirmar que la gubernamentalidad neoliberal no sólo se manifiesta a través de la fabricación de subjetividades específicas sino que dicha gubernamentalidad necesita de dispositivos para poder extenderse en todo el cuerpo social. De modo que, tanto el hábitat urbano como el consumo actuales, en tanto dispositivos neoliberales articulados, funcionan como escenarios donde, por un lado, circula y se efectúa efectivamente la gubernamentalidad neoliberal y, por el otro, se producen las subjetividades contemporáneas. La incorporación de esta gubernamentalidad en ámbitos como los que nos ocupan, implican que tenga una presencia cotidiana y constante en la vida de los sujetos; siendo esto lo que conlleva, justamente, a que el neoliberalismo se instale en la sociedad no como una mera opción económica y política sino que se convierta en un modo de existencia; es decir, en toda una manera de ser y de pensar, la cual se reivindica de manera global, multiforme, ambigua y con anclaje a derecha e izquierda, reactivando siempre, de este modo, una especie de foco utópico¹³³.

La articulación existente entre las nuevas formas de funcionamiento del consumo y el hábitat urbano contemporáneo estriba, básicamente, en el lugar que ocupan las relaciones comerciales,

133 Aquí el término utopía hace referencia a la tesis de Hayek, según la cual el neoliberalismo debía constituir un pensamiento vivo, un estilo general de análisis e imaginación; por tanto, Hayek argumentará que la actividad utópica, siempre dejada a los socialistas, es justamente la que fabrica la fuerza política, el vigor y el dinamismo histórico de un pensamiento.

las prácticas, las estéticas y los espacios de consumo dentro de los procesos de producción del hábitat urbano en la actualidad: la manera en que estos elementos le imprimen fuerza política y social a las dinámicas que en él se manifiestan y se producen, y la configuración de características morfológicas. Pero, en mayor medida, y lo que en este punto nos interesa hacer relevante, es la sinergia constitutiva entre uno y otro dispositivo respecto a la subjetividades no sólo que producen sino que albergan; en otras palabras, las subjetividades propiamente neoliberales, con todo lo que esto implica, tienden a ser subjetividades urbanas y del consumo; de hecho, pareciera que tanto lo uno como lo otro suponen una relación inextricable. Ahora bien, para hacer visible las formas en que tanto el hábitat urbano como el consumo se incorporan dentro de las dinámicas de gobierno productoras de subjetividades del neoliberalismo, habrá que insistir de nuevo en esa diferencia fundamental entre el liberalismo y el neoliberalismo. Si es posible hablar de una mutación epistemológica en el neoliberalismo, se debe a que en el paso del uno al otro se constituyó de hecho un cambio en el objeto, en el dominio de los objetos y en el campo de referencia general del análisis económico. En palabras concretas diremos entonces que, en el liberalismo,

el análisis económico se atribuyó como objeto, en líneas generales, el estudio de los mecanismos de producción, los mecanismos de intercambio y los hechos de consumo dentro de una estructura social dada, con las interferencias de esos tres mecanismos. Ahora bien, para los neoliberales, el análisis económico no debe consistir en el estudio de esos mecanismos, sino en el de la naturaleza y las consecuencias de lo que ellos llaman *decisiones sustituibles*, es decir, el estudio y el análisis del modo de asignación de recursos escasos a fines que son antagónicos, o sea, fines alternativos, que no pueden superponerse unos a otros. (Foucault, 2007, pp. 260)

Es en esta mutación analítica en donde se vislumbra todo el fundamento de la gubernamentalidad neoliberal y es, precisa e inicialmente, en relación a los procesos comerciales y de consumo urbano; en tanto que, esas *decisiones sustituibles* suponen que los individuos cuentan con recursos escasos para cuya utilización se debe contar con una cantidad *X* de fines entre los cuales es necesario y preciso elegir. Por tanto, el punto de partida del análisis económico neoliberal es el estudio de los individuos en su función de consumidores. De esta

manera, la definición de los neoliberales de la economía, evocada por Foucault, es decisiva para la comprensión de como se construye todo ese engranaje neoliberal que produce la subjetividad contemporánea: esta definición formula que “la economía es la ciencia del comportamiento humano como una relación entre fines y medios escasos que tienen usos que se excluyen mutuamente” (citado por Foucault, 2007, pp. 260); así, la economía se asigna la tarea de analizar el comportamiento humano y su racionalidad interna, en la medida en que la pretensión es el desciframiento de las razones por las cuales los individuos deciden consumir tal o cual bien, tal o cual servicio. De esta forma, vuelve a escena el papel destacado del trabajo dentro del funcionamiento de la economía, pero esta vez no es situado en esa relación entre el capital y la producción, es decir, ya no interesa un análisis ni del valor de cambio, ni del valor de uso; sino que ya el calculo recae es en saber cómo se utilizan los recursos que un individuo obtiene de su trabajo; así, el trabajo será analizado como una conducta económica que se práctica en diversos campos. Si bien en la configuración antropológica del hombre moderno la economía siempre se ha situado en un lugar privilegiado, entre un primer momento, el del liberalismo, y un segundo, el del neoliberalismo, reposa una diferenciación decisiva: en el liberalismo, el hombre que trabaja es un ser que se integra a los procesos de producción, en cambio, a partir de las teorías neoliberales el hombre trabajador emerge como un sujeto económico activo; de esta forma, también se transforma la concepción del salario: con el liberalismo el salario constituía el precio de venta de la fuerza de trabajo, el cual siempre era el equivalente de una desproporción negativa; con el neoliberalismo el salario es un ingreso, es decir, la renta de un capital¹³⁴. De esta forma, el hombre económico -*homo æconomicus*- que vuelve a escena, el del neoliberalismo, no es el socio del intercambio sino que es el “empresario de si mismo, que es su propio capital, su propio productor, la fuente de sus ingresos¹³⁵” (Foucault, 2007, pp. 265). Aparece, por consiguiente, un

134 “Desde el punto del vista del trabajador, el salario no es el precio de venta de su fuerza de trabajo, es un ingreso. Y en este punto, entonces, los neoliberales norteamericanos se refieren a la vieja definición, de comienzos del siglo XX, de Irving Fisher, que decía: ¿qué es un ingreso? ¿Cómo se lo puede definir? Un ingreso es sencillamente el producto o rendimiento de un capital. Y a la inversa, se denominará «capital» a todo lo que pueda ser, de una manera u otra, fuente de ingresos futuros. Por consiguiente, sobre esa base, si se admite que el salario es un ingreso, el salario es por lo tanto la renta de un capital”. (Foucault, 2007, pp. 262)

135 La transición en la concepción del *homo æconomicus* como el hombre del intercambio al hombre “empresario de sí mismo” se basa en la teoría neoliberal del capital humano, en la medida en que este capital equivale al conjunto de los factores físicos y psicológicos que otorgan la capacidad a alguien de ganar tal o cual salario. El capital de

nuevo perfil del *homo œconomicus* en tanto sujeto urbano y consumidor desplegado en varios niveles, entre los cuales ese hombre del intercambio desaparece prácticamente por completo¹³⁶; dichos niveles pueden definirse como tecnologías políticas propias de ese modo de objetivación a través del cual se configura el *homo œconomicus* neoliberal y, por ende, cada nivel no sólo funciona con mecanismos específicos sino que implica formas específicas de sujeción de los individuos; así que, aunque los niveles comportan la producción de subjetividades propias, todo confluye en la formación del sujeto urbano neoliberal: el sujeto productor, el sujeto libre, el sujeto de la flexibilidad y el sujeto endeudado; son todas estas tanto formas específicas del *homo œconomicus* neoliberal, como configuraciones de la subjetividad neoliberal y como subjetividades producidas a través del consumo que tiene como soporte al hábitat urbano. Tenemos entonces, un modo de objetivación en relación al hombre económico, la configuración de la subjetividad neoliberal como modo de existencia y, a partir del despliegue de ésta, la configuración de subjetividades contemporáneas asociadas tanto al hábitat urbano como al consumo. No obstante, hay que aclarar que, en primer lugar, estas formas de ser sujetos neoliberales se corresponden entre sí y, en segundo lugar, funcionan en relación a ese principio regulador que es la competencia¹³⁷.

Ahora bien, el primer nivel enunciado no equivale al hombre productor que nace con los procesos de industrialización del liberalismo, es decir, este hombre productor no es el obrero “sometido” al dueño de los medios de producción; al contrario, este es el hombre del consumo,

un trabajador es, por tanto, una idoneidad, la cual “será remunerada durante un periodo mediante una serie de salarios que [...] comenzarán por ser relativamente bajos cuando la máquina (trabajador) comience a utilizarse, luego aumentaran y terminaran por bajar con la obsolescencia de la máquina misma o el envejecimiento del trabajador” (Foucault, 2007, pp 263); de esta forma, el propio trabajador aparece como si fuera una especie de empresa.

136 En este sentido, podríamos decir que la función del intercambio, como era establecida en las sociedades liberales, siguen teniendo una vigencia básicamente exclusiva tanto del mundo campesino y rural -en donde, incluso, otras relaciones comerciales son útiles, por ejemplo el trueque- como de sistemas comerciales más modestos que no pasan por transacciones de orden financiero-.

137 “La competencia cataláctica -nota característica de la economía de mercado- es un fenómeno social. No implica derecho alguno, garantizado por el estado y las leyes, que posibilite a cada individuo elegir ad libitum el puesto que más le agrada en la estructura de la división del trabajo. Corresponde exclusivamente a los consumidores determinar la misión de cada persona haya de desempeñar en la sociedad. Comprando o dejando de comprar, los consumidores señalan la respectiva posición social de la gente” (Mises, 2007, pp. 334)

pues en la medida que consume es un productor de su “propia satisfacción”. En este sentido, hay una diferencia considerable entre la comprensión del sujeto consumidor del liberalismo y del sujeto consumidor del neoliberalismo, en la medida en que en el primero este sujeto aparece dividido respecto a sí mismo, ya que el análisis clásico configura un sujeto que por un lado es consumidor y por el otro productor. En cambio, la actividad de producción en el análisis del consumo en términos neoliberales promueve el entendimiento de un hombre que es consumidor en la medida en que produce: “el consumidor no es solo un ser que consume; es un agente económico que produce satisfacciones cuyo consumidor es el mismo” (Lepage, citado nota al pie en Foucault, 2007, pp. 265). De esta forma, “el consumo debe considerarse como una actividad de empresa por la cual el individuo, precisamente sobre la base de un capital determinado del que dispone, producirá algo que va a ser su propia satisfacción” (Foucault, 2007, pp. 265). Con esto se vislumbra que el término productividad, la cual se procura intensificar por cada individuo en el mundo contemporáneo, conlleva de hecho prácticas de consumo.

El otro nivel, el que corresponde a la configuración de un sujeto que se pretende libre, se constituye en una relación eminentemente competitiva entre sujetos. Los comportamientos asociados a la “libertad de elección”, como ya se había hecho notar, es uno de los temas privilegiados para el análisis de la conducta de los sujetos, en la medida en que la expresión de dicha libertad supone que los mecanismos de presión que el consumidor logra imponer sobre otros sujetos, sean estos también consumidores o proveedores, posibilitan la manifestación fehaciente de la competencia entre sujetos. Así, pareciera que todos los individuos fabricados por el neoliberalismo sólo pueden ser concebidos como sujetos activos, calculadores y al acecho de las mejores oportunidades; de este modo, la configuración de nuevas constricciones sitúan a los individuos en situaciones en las que están obligados a elegir en función de los intereses individuales; es decir, esa libertad, que solo se presenta como un título ficticio, resume todas las cualidades que se pueden esperar de un sistema de competencias. Igualmente, como lo expresaran Laval y Dardot, existen técnicas diversas para reforzar esa creencia en la libertad de elección y en el derecho a una “sana” competencia; por ejemplo,

hay que recordar el modo en que cierto *ethos* de la elección supuestamente libre está en el corazón de los mensajes publicitarios y las estrategias de marketing, y el modo en que esta disposición, que poco a poco se ha ido fomentando, ha sido facilitada por los desarrollos tecnológicos que han ampliado la gama de productos y los canales de difusión de los *mass media*. El consumidor (también) debe volverse previsor. [...] debe proveerse individualmente de todas las garantías [...]. Debe elegir de forma racional en todos los dominios los mejores productos y cada vez los mejores prestatarios de servicios [...]. Y, como cada empresa amplía la gama de sus productos, el sujeto tiene que “elegir” cada vez más sutilmente la oferta comercial más ventajosa. (Laval y Dardot, 2013, pp. 225 – 226)

En el caso de los niveles que siguen, los del sujeto de la flexibilidad y del sujeto endeudado, podemos decir que implican estrategias y mecanismos de sujeción más rigurosos e implacables políticamente. Si bien los dos niveles anteriores suponían ya una actividad consistente en regir la conducta del sujetos, es posible afirmar que es justamente a través de la idea flexibilización y a partir del endeudamiento que nos constituimos como sujetos gobernables. Para la comprensión del problema de la flexibilización, los trabajos de Richard Sennett dedicados al funcionamiento de las sociedades actuales son cruciales¹³⁸. Para éste la flexibilidad se configura en todo un sistema de poder que actúa de manera extendida sobre las instituciones, en la medida en que estas “desjerarquizan” su estructura organizativa en beneficio de una dirección a partir de redes flexibles; sobre la producción, a partir del desmonte de la cadena fordista en remplazo de las maquilas desterritorializadas; y, sobre los sujetos, a través de la instauración de un control que ya no depende de la presencia ni, mucho menos, de las estrictas jornadas laborales; pues aunque éste promete mayor libertad, lo que se entreteje son unas nuevas tácticas de sujeción. En primer lugar, se establecen otros mecanismos de vigilancia, por ejemplo, la asignación de trabajo extra y la comunicación permanente a través de medios electrónicos. En segundo lugar, el control del tiempo se especializa a formas más severas, es decir, que la flexibilidad no es más que una palabra que designa la inflexibilidad del tiempo de los sujetos, en la medida en que los que se

138 En relación al funcionamiento de las sociedad contemporáneas y al papel que juegan los sujetos en ellas, Richard Sennett a realizado un amplio trabajo crítico materializado en sus obras, entre las cuales se destacan “El declive del hombre público” (2011), “El artesano” (2009), “La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo” (2000), “La cultura del nuevo capitalismo” (2007), “El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad” (2003) y “Juntos. Rituales, placeres y política de la cooperación” (2012).

creen libres por tener un empleo flexible pasan más tiempo en función de sus oficios que lo que ellos mismos se lo imaginan:

Actualmente, las organizaciones flexibles está experimentando una organización distinta de la jornada laboral, el llamado "horario flexible". En lugar de turnos fijos que no varían de un mes a otro, la jornada de trabajo es un mosaico de gente con horarios diferentes y más personalizados, como ocurre, por ejemplo, en el despacho de Jeannette. Este mosaico de horarios parece muy lejos de una monótona organización del trabajo en la fábrica de Smith; en realidad, parece ser una liberación de los horarios, una autentica victoria de la organización moderna sobre la rutina de toda la vida. Sin embargo, la realidad del horario flexible es bien distinta. (Sennett, 2000, pp. 58 - 59)

En relación a la producción del sujeto endeudado, Lazzarato (2013) atribuirá a este la condición del hombre "normal" del mundo contemporáneo al presentar al neoliberalismo como su fábrica. Para el filósofo, con el neoliberalismo el crédito pasó a ocupar el lugar que tenía el ahorro en el liberalismo; es decir, como el elemento imprescindible para la constitución de una directa vía de acceso al mundo del capital y como el instrumento más importante de promoción social y personal¹³⁹; de esta forma, el sistema crediticio, en cualquiera de sus expresiones, se convierten en un poderoso mecanismo de sujeción de los individuos, en una máquina de castigo que recae sobre la sociedad en su conjunto, como un instrumento de prescripción y gestión macroeconómica. Así, la deuda actúa y funciona como tecnología de gobierno de los sujetos, en la medida en que, según la teoría económica neoliberal, la deuda hace parte de un ciclo económico amplio, cuya fuerza "se aprecia en la capacidad de transformar el dinero en deuda y la deuda en propiedad y, de tal manera, influir directamente sobre las relaciones sociales que estructuran nuestras sociedades" (Anglietta y Orléan, citado por Lazzarato, 2013, pp. 35 - 36). Pero esto, más que suponer simplemente un ciclo económico, lo que devela es un mecanismo de poder microfísico, permanente y, por tanto, prácticamente inevitable. La deuda se convierte entonces en una necesidad y en una obligación de los sujetos contemporáneos. Vemos entonces que,

139 En el liberalismo, los valores de control de uno mismo, del comedimiento, de la restricción, de la laboriosidad, que eran apreciados por las empresas, se transmitían en gran medida mediante la inculcación de una moral del ahorro.

a través del consumo mantenemos, sin saberlo, una relación cotidiana con la economía de la deuda. Cargamos en nuestros bolsillos y en nuestras billeteras con la relación acreedor-deudor, inscrita en los circuitos del chip de la tarjeta de crédito. Este pequeño rectángulo de plástico esconde dos operaciones de apariencia inocua, pero de serias consecuencias: la apertura automática de la relación de crédito que instaura una deuda permanente. La tarjeta de crédito en el medio más simple de transformar a su portador en deudor permanente, "hombre endeudado" de por vida. (Lazzarato, 2013, pp. 23 - 24)

Vemos entonces que lo que hace la gubernamentalidad neoliberal en relación con su *homo œconomicus*, es ajustar el gobierno al funcionamiento y la racionalidad de los individuos. En otras palabras, la gubernamentalidad actúa en función, antes que nada, de un conocimiento riguroso de las prácticas de unos sujetos que buscan satisfacer sus intereses a través de cualquier medio y como quieren; en esta medida, prácticas, medios, decisiones, etc., sirven de principio de ajuste de un gobierno de los sujetos verdaderamente eficaz. Con todo, lo que se hace manifiesto con este panorama del neoliberalismo en tanto máquina de producción de la subjetividad contemporánea, es que este se constituye como todo un sistema normativo dotado de una gran eficacia para desarrollar y efectuar los propósitos con los que se configuró la gubernamentalidad moderna, es decir, poner todas sus fuerzas en el gobierno político de los hombres. De esta forma, con el neoliberalismo se especializa y refuerza la capacidad de orientar desde el interior la práctica efectiva no sólo de los gobiernos sino de la sociedad, de las empresas y, sobretodo, de millones de personas que no son conscientes de ello gracias a que pesa como título la idea de la libertad, pero la cual sólo se inserta en la vida social como un subproducto del mismo sistema económico. La libertad que ofrece en neoliberalismo es criticada "como un disfraz de la esclavitud" (Polanyi, citado por Harvey, 2007, pp. 44). Por tanto, si algo debe ser problematizado en estos términos, es la relación que los sujetos asumen con su existencia social; así que no nos engañemos, como sujetos urbanos que así mismo nos asumimos como sujetos productivos en la medida en que es el trabajo el que nos moldea un rostro social, nos suponemos libres en tanto consideramos las decisiones propias como manifestaciones autónomas, buscamos y anhelamos la flexibilidad porque no soportamos la rutina y nos endeudamos para poder tener acceso de forma inmediata a cosas que necesitamos o deseamos; son precisamente todas estas características las que nos

insertan dentro de esa figura del *homo œconomicus*, las que nos describen como sujetos sociales propios de un momento histórico y las que nos muestran como los objetos de la gubernamentalidad neoliberal. En otras palabras, como sujetos eminentemente gobernables.

SEGUNDA PARTE

ANALÍTICA DEL CONSUMO, LA SUBJETIVIDAD Y EL HÁBITAT LOCAL

CAPÍTULO CUARTO POR UNA GENEALOGÍA DEL CONSUMO

Plantear la realización de una genealogía del consumo en Medellín, algo que parece una ambición bastante inmodesta, implica, antes que nada, asumir tanto una actitud crítica frente al mundo en que vivimos como una conciencia histórica ante los acontecimientos que nos moldean como sujetos sociales. En otras palabras, la genealogía del consumo, más que enmarcarse en los ordenamientos discursivos de una posible historia explicativa, se vincula a la problematización de éste como acontecimiento¹⁴⁰ -y como productor de acontecimientos-, es decir, como fenómeno cuyas condiciones de posibilidad tienen un sustrato eminentemente social e histórico, pero también como elemento constitutivo en la producción de tipos específicos de sociedad, espacios y sujetos. Entender, entonces, el consumo contemporáneo como dispositivo de gobierno es precisamente develarlo en su carácter de acontecimiento en la medida en que nos permite hacer evidente, a través del diagnóstico de las luchas, de las prácticas, de las tácticas y de las estrategias¹⁴¹, la configuración de nuestra actualidad. Relacionar, por lo tanto, la problematización histórica del presente con una actitud crítica es fundamental para la producción de una genealogía del consumo en Medellín, en la cual lo primordial no será ni la descripción detallada de los acontecimientos, ni la demostración de estos a través de la “verdad develada” del archivo¹⁴² sino, por el contrario, la interpretación y el análisis del acontecimiento, en lo que tiene de singular, en la configuración de los discursos que lo hace posible y en su presencia histórica

140 Aunque el sentido del concepto de acontecimiento en Foucault es múltiple, pues es usado a largo de su obra de diversas formas, aquí funciona como esa “relación de fuerzas” que aparece en *Nietzsche, la genealogía y la historia* (1983); dicha definición es entrelazada con las nociones de diagnóstico y de actualidad y, por ende, la genealogía como una historia “efectiva”, pues esta “hace resurgir el acontecimiento en lo que puede tener de único y de agudo. [...] Nosotros creemos que nuestro presente se apoya en intensiones profundas, en necesidades estables; le pedimos a los historiadores que nos convenzan de ello. Pero el verdadero sentido histórico reconoce que vivimos sin puntos de referencia, ni coordenadas originales, en miríadas de acontecimientos perdidos” (Foucault, 1983, pp. 11).

141 Sobre los conceptos de táctica y estrategia se volverá más adelante.

142 La noción que aquí se utiliza de archivo se refiere, simplemente, a lo que clásicamente los historiadores han hecho de él, es decir, tanto al conjunto de documentos que una cultura conserva como memoria y testimonio de su pasado como a la institución encargada de hacerlo; no obstante, en Foucault, más propiamente en *La arqueología del saber* (2005), el archivo aparece como el sistema de las condiciones de posibilidad de los enunciados.

discontinua. No obstante, es necesario advertir que la ambición en este punto no es hacer esa genealogía sino de proyectarla, de ofrecer los elementos que nos posibilitan apenas un simple esbozo; aún así, esta “simpleza” no es una tarea corriente, implica un esfuerzo por transformar las concepciones borrosas y anquilosadas de lo que tradicionalmente hemos asumido tanto por genealogía como por consumo.

A través de Foucault, en la interpretación que hace del pensamiento Nietzscheano¹⁴³, la instauración de una postura que privilegie la comprensión genealógica de la historia actual implica, en primer lugar, el abandono de una búsqueda por el origen¹⁴⁴ y la verdad y, en segundo lugar, la incorporación de una sensibilidad por el devenir, la misma que posibilita el reconocimiento de “los acontecimientos de la historia, sus sacudidas, sus sorpresas, las inciertas victorias, las derrotas mal dirigidas que dan cuenta de los comienzos, de los atavismos y de las herencias” (Foucault, 1983, pp. 7). Así, el cometido de la genealogía es evidenciar la singularidad de los acontecimientos por fuera de todo propósito teleológico y de toda idea de finalidad; oponiéndose, de este modo, a los escudriñamientos por ese pasado empolvado que se espera sea el lugar de sedimentación del origen, la verdad y la identidad¹⁴⁵. Frente a la historia como búsqueda del origen, la genealogía muestra que las cosas no tienen esencia, que en su despegue histórico se localiza, más que un origen limpio y transparente, una emergencia turbia, ambigua y, tal vez, perversa; convirtiéndose así, la genealogía, en un trabajo crítico de desfundamentación

143 La relación que establece Foucault con la filosofía de Nietzsche no sólo se hizo efectiva en sus obras, sino que fue fundamental en su propio pensamiento de forma explícita y consciente; tanto que el mismo diría en una entrevista: “Con respecto a la influencia efectiva que Nietzsche ha tenido sobre mí, me sería muy difícil precisarla, porque me doy cuenta de cuán profunda ha sido. Yo les diría solamente que fui ideológicamente ‘historicista’ y hegeliano hasta que leí a Nietzsche” (Foucault, citado por Castro, 2011, pp. 278).

144 En *Nietzsche, la genealogía y la historia*, Foucault muestra como Nietzsche, al referirse a la genealogía, no sólo lanza una crítica sobre todos los estudios históricos sino que rechaza de manera enfática la búsqueda de *Ursprung* (origen) en dichos estudios; ya que en Nietzsche, la búsqueda de *Ursprung* implica “aceptar allí la esencia exacta de la cosa, su posibilidad más pura, su identidad cuidadosamente replegada sobre sí misma, su forma inmóvil y anterior a todo lo que es externo, accidental y sucesivo” (Foucault, 1983, pp. 6).

145 “La historia, genealógicamente dirigida, no tiene como fin volver a encontrar las raíces de nuestra identidad, sino, por el contrario, el de disiparla; ella no emprende la tarea de ubicar el hogar único de donde venimos, el de esa primera patria a donde los metafísicos nos prometen que regresemos; ella emprende la tarea de hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan. [...] Si la genealogía plantea a su vez la cuestión del suelo que nos vio nacer, de la lengua que hablamos y de las leyes que nos rigen, es para poner a la luz del día los sistemas heterogéneos que, bajo la máscara de nuestro yo, nos prohíben toda identidad” (Foucault, 1983, pp. 5).

de nuestras verdades aceptadas y admitidas al mostrar que su procedencia es eventual, pues viene de un pliegue, de una fisura; es decir, de un momento de la historia en el que en el juego múltiple de las circunstancias se posibilita su emergencia, pero que, al mismo tiempo, abre el horizonte infinito de la transformación. Sería, por tanto, un desacierto proponernos escribir y hacer la historia del consumo o, inclusive, la sociología o la antropología de tal, ya que la idea de que éste se inscribe en una génesis lineal de su evolución o en el ordenamiento totalizador del progreso del mundo occidental es pretender su universalización:

como si las palabras hubiesen conservado su sentido, los deseos su dirección, las ideas su lógica; como si ese mundo de cosas dichas y queridas no hubieran conocido invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, astucias. De ahí que para la genealogía sea necesario tener reserva: ubicar la singularidad de los acontecimientos, excluyéndolos de toda finalidad monótona; escudriñarlos allí donde menos se los espera y en lo que se cree que no tiene historia [...]; captar su regreso, no para trazarles la lenta curva de una evolución sino para volver a encontrar las diferentes escenas en donde han jugado papeles diferentes; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en que no ocurrieron (Foucault, 1983, pp. 5).

Tenemos entonces que lo que se posibilita a partir del pensamiento y de la labor genealógica es, en primer lugar, una posición crítica frente a cualquier intento de naturalización, esencialización o universalización de las cosas, es decir, de cualquier pretensión de ubicar determinado proceso u objeto social e histórico tanto en el sustrato de una verdad dada como en una línea infinita; lo que conlleva, en segundo lugar, al análisis de las condiciones históricas de posibilidad para que tal o cual acontecimiento se efectuó y no otro en su lugar; por ende y en tercer lugar, la implementación de esa capacidad que permite ubicar la singularidad de los acontecimientos y, por último, la problematización y análisis de lo que esa singularidad de los acontecimientos produce e implica socialmente.

Ahora bien, lo primero que habrá que aclarar es que al proponernos plantear un posible análisis genealógico del consumo local implica, ante todo, tomar una distancia crítica frente a los lugares comunes en los que se ha insertado el análisis del consumo en las sociedades contemporáneas¹⁴⁶.

¹⁴⁶ Como ya había sido planteado en el capítulo segundo, las teorías y análisis del consumo pendulan entre los que asumen el consumo contemporáneo como un escenario del exceso, de la individualidad, de la inclusión/exclusión

Es sólo a través de la pregunta genealógica por el consumo, es decir, a través de la pregunta por los efectos del consumo en la producción de la subjetividad humana, que se puede destituir tanto su naturaleza como su esencia. Si bien en muchas de las teorías contemporáneas sobre el consumo se reconoce una diferencia fundamental con respecto a las dinámicas de la sociedad de consumo de masas, lo que no emerge de manera explícita es la discontinuidad que se establece en relación al gobierno y a la orientación positiva de la vida de los individuos; por ejemplo, para Lipovetsky “las democracias han entrado en una nueva era de mercantilización de los modos de vida, y las prácticas de consumo expresan una relación nueva con las cosas, con los demás y con uno mismo” (Lipovetsky, 2007, pp. 20), no obstante, lo que no es claro es que esa “nueva era de mercantilización” se corresponde con un momento histórico específico, en donde las disposiciones económicas y políticas de la sociedad tiene como principal objetivo el gobierno de los sujetos a través de orientaciones que los hacen tanto más gobernables cuanto más libres se piensan. De esta manera, el neoliberalismo - esa “nueva razón del mundo”¹⁴⁷- en muchos de estos estudios aparece como un simple dato, o como una simple política económica, en la cual el

a los que lo entienden como una nueva religión o como la expresión exacerbada de la sociedad de consumo liberal; siendo, de este modo, la problematización por lo que en términos de formas de gobierno y de producción y reproducción de subjetividades que el consumo supone prácticamente nula; no podemos obviar que son todas estas teorías, como la gran mayoría de los estudios actuales acerca del consumo, de carácter eminentemente sociológico, precisamente el tipo de análisis al que se enfrenta la genealogía. No obstante, la interpretación que puede hacerse al hecho de que el funcionamiento del consumo en las sociedades actuales sea objeto de numerosos trabajos, es que da cuenta no sólo de un cambio en la configuración del consumo sino que expresa la fuerte incidencia de éste en el ámbito de la vida humana. En relación a estas teorías “clásicas” del consumo para Bauman, por ejemplo, “los lugares ganados o asignados sobre el eje de excelencia/aptitud de rendimiento consumista se convierten en el principal factor de estratificación y el criterio fundamental de inclusión y exclusión, a la vez que marcan la distribución de la estima o el estigma social, así como la cuota de atención pública” (Bauman, 2006, pp 77). Todas estas son teorías que tienen una gran validez académica y de análisis, sin embargo y a partir del planteamiento genealógico, la diferencia con respecto a ellas está asociada fundamentalmente a que, por una parte, en muchas de estas se expresa una reivindicación de los estudios de las estructuras del poder que se ejerce a través del consumo, por tanto es una estructura dibujada como coercitiva y de control; mientras que, por otra parte, otros se reducen a hacer análisis microsociológicos de las prácticas, lo que conlleva a que la explicación de un funcionamiento social, en el cual se insertan estas prácticas, quede prácticamente invisibilizado. Si bien tanto lo uno como lo otro son formas de entendimiento e interpretación del consumo en su forma contemporánea, la genealogía se mueve con un método que no privilegia ninguno de los extremos, sino que los pone a funcionar dentro de una comprensión mucho más amplia y crítica.

147 Así se titula el reciente libro de Christian Laval y Pierre Dardot, título con el que aluden a esa “razón-mundo” descrita por Max Weber con la cual definía la idea de una razón configuradora del mundo como ese “inmenso cosmos que impone al individuo atrapado en las redes del mercado las normas de su actividad económica” (Weber, citado por Laval y Dardot, 2013, pp. 14). Buena parte de la fundamentación teórica y conceptual, comprendida en la primera parte de la presente tesis, ha sido en base a este texto, el cual aparece referenciado de manera detallada.

consumo funciona como causa que, de forma diferenciada y específica, tiene consecuencias, de cualquier índole, en la sociedad. Por el contrario, el análisis genealógico posibilita, justamente, la comprensión del consumo como dispositivo en la medida en que no sólo lo sitúa históricamente sino que lo inscribe en una relación saber-poder en función de la producción de subjetividades; así, se inserta dentro de un tipo específico de gubernamentalidad y se constituye como reproductor y escenario privilegiado de esa gubernamentalidad, a saber, en el caso que aquí nos convoca, la neoliberal.

Ese análisis genealógico del consumo en Medellín parte, básicamente, de un desplazamiento en relación a muchos de los análisis clásicos del consumo, en la medida en que estos tienden a privilegiar la interioridad¹⁴⁸ de los dispositivos espaciales en donde se efectúan las prácticas de consumo contemporáneas, es decir, los grandes centros comerciales o *shopping mall*; lo que implica no sólo una mirada reduccionista del consumo sino del espacio mismo, en tanto que éstos emplazamientos¹⁴⁹ ni son el único escenario de funcionamiento del consumo, ni, mucho menos, su eficacia se reduce al adentro de sus muros¹⁵⁰. De manera que, el desplazamiento tiene como propósito la destitución del privilegio de la interioridad en beneficio de la exterioridad. Así, el desplazamiento implica, sobretodo, pasar al exterior del dispositivo espacial; en otras palabras,

148 En este punto, la *interioridad* que aquí se enuncia está asociada específicamente con el adentro de los espacios; mientras que la *interioridad* criticada por Pardo, y a la que se hacía referencia en el primer capítulo, estaba relacionada con esa concepción de la filosofía clásica del tiempo que, como la manifestación de la interioridad humana, funcionaba en oposición al espacio.

149 El uso que hace Foucault del concepto de emplazamiento implica una concepción amplia y actualizada del espacio: “En nuestros días, el emplazamiento sustituye a la extensión que a su vez reemplazaba a la localización. El emplazamiento es definido por las relaciones de vecindad entre puntos o elementos; formalmente se los puede describir como series, arboles, entramados” (Foucault, 2010, pp. 65).

150 Como ya se había hecho notar en el primer capítulo, las concepciones clásicas del espacio lo han significado como un mero complemento o resultado de procesos históricos y sociales, sin ser comprendidos estos como propiamente espaciales; en otras palabras, algunas teorías que, por lo menos, desplazan la significación del espacio como *a priori* histórico y social y vinculan estos dos elementos en la configuración del espacio -algo que es completamente cierta- no se plantean la ecuación inversa, la que define al espacio como un elemento decisivo en la configuración histórica del mundo social, por lo tanto se le ha otorgado a la espacialidad en sí un poder explicativo escaso y no configurador. Sin embargo, no se puede negar, que hacia finales de siglo a comenzado un proceso de transformación, el cuál muchos han dado a llamar como “el giro espacial”, dentro del que se han incluido múltiples acercamientos interdisciplinarios. Un cambio en la interpretación del espacio lo han acercado a las formas y a la importancia otorgada a la interpretación de la historia y la sociedad, como constitutivas en la formación de la vida humana. De hecho, una perspectiva crítica, asociada a una problemática inminentemente espacial, ha comenzado a imbuir el estudio de la historia y la sociedad con nuevas formas de interpretación.

descentrarse con respecto a la problemática de éste: claramente se puede partir de lo que es el centro comercial en su carácter dado, su estructura y su densidad arquitectónica y, por ende, evidenciar su organización interna, señalar la necesidad lógica de cada una de las piezas que lo constituyen, mostrar que tipo de disposiciones espaciales concentra, señalar que tipo de poder funciona en él y cómo se desarrolla un determinado saber sobre los sujetos. Sin embargo, proceder desde el exterior implica, por el contrario, mostrar que el centro comercial, como dispositivo espacial, sólo debería comprenderse a partir de algo exterior y general que es el consumo, en la medida en que este se articula con un proyecto global que apunta a la sociedad en su conjunto y que hemos llamado, en suma, gubernamentalidad neoliberal. De esta manera, puede demostrarse, entonces, que el centro comercial concreta, intensifica, densifica el consumo cuyo rizoma¹⁵¹ está en algo mucho más amplio y que excede, al mismo tiempo, la densidad espacial del centro comercial, esto es la gubernamentalidad contemporánea; igualmente, se puede evidenciar que a través del dispositivo de consumo se coordina todo un conjunto de técnicas diversas que conciernen de forma extendida a todo el conjunto de la población y la sociedad: se corresponde, por ejemplo, con el entretenimiento y ocio de las clases altas como con la orientación de las bajas, pero también con la educación y formación de los niños, los hábitos de los adultos y con el esparcimiento de los viejos. Por tanto, este tipo de análisis permite sustituir los análisis sociológicos, que inscriben el consumo sólo a su manifestación en los centros comerciales, por un análisis genealógico que reconstituye toda una red de alianzas, comunicaciones y puntos de apoyo; en esta medida, el consumo local también será abordado como dispositivo en tanto funciona en la sociedad de manera reticular.

Aparecen, de esta forma, esbozados los tres elementos principales en lo que a un análisis genealógico respecta: una actitud crítica con respecto al presente, la ubicación de la emergencia del acontecimiento y la puesta en marcha de un proceso de exteriorización; en pocas palabras, la

151 El término rizoma es implementado por Gilles Deleuze y Félix Guattari en su texto *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (1988), y el cual hace referencia a este como un modelo descriptivo o epistemológico en el que la organización de los elementos no sigue líneas de subordinación jerárquica, sino que cualquier elemento puede afectar o incidir en cualquier otro.

problematización genealógica conlleva, en primer lugar, una conciencia histórica del momento que nos constituye; en segundo lugar, el discernimiento sobre el carácter discontinuo de los acontecimientos y, en tercer lugar, el desciframiento del orden que los moldea, dicho orden puede ser caracterizado como tecnología política o gubernamentalidad. Con el análisis genealógico se procura restituir las condiciones de emergencia del consumo en su singularidad contemporánea, en su modo de existencia particular y en sus condiciones de posibilidad específicas. No se trata, entonces, de señalar culpabilidades, pero tampoco víctimas, sino de ponderar el consumo como dispositivo en tanto hace parte de una lógica más general, pero también en tanto funciona con herramientas que le son propias. Esta generalidad en la que se plantea la genealogía escapa a la descripción cronológica, con ella se trata de una figura histórica determinada que define objetos, reglas de acción y, sobretodo, modos de relación de los sujetos consigo mismos. Así, el análisis genealógico supone la incorporación de una ontología crítica del presente¹⁵² de nosotros mismos, lo que la relaciona, de manera inmediata, con esa actitud filosófica que posibilita el análisis histórico de los límites que nos son impuestos. De tal manera, y como diría Foucault en uno de sus textos dedicados a la modernidad crítica inaugurada por Kant,

dicha actitud filosófica se debe traducir en un trabajo de investigaciones diversas; tales investigaciones tienen su coherencia metodológica en el estudio a la par genealógico y arqueológico de prácticas consideradas simultáneamente como tipo tecnológico de racionalidad y juegos estratégicos de libertades; tienen, además, su coherencia teórica en la definición de las formas históricamente singulares en las que han sido problematizadas las generalidades de nuestra relación con las cosas, con los otros y con nosotros mismos. Y tienen su coherencia práctica en el cuidado puesto en someter la reflexión histórico-crítica a la prueba de las prácticas concretas (Foucault, 2007, p. 97).

Es por esto que nos inscribimos en la orientación genealógica, pues es pertinente plantear, por lo menos, un trabajo crítico en el que el análisis sobre el consumo lo muestre como uno de los dispositivos contemporáneos con más incidencia en relación al gobierno de los sujetos. Con todo,

152 Una ontología crítica del presente implica, para Foucault, la realización de una “ontología histórica de nosotros mismos”; él mismo se referirá a toda su trabajo filosófico como una, ya que dicha ontología tiene tres campos de pensamiento y de acción: en primer lugar, nuestras relaciones con la verdad, es decir de nosotros como sujetos y objetos de conocimiento; en segundo lugar, nuestras relaciones con respecto al poder, de nosotros como sujetos producto de poderes, pero también como sujetos capaces de ejercerlo sobre otros; y, tercero, nuestra relación con la moral, la forma en que nos constituimos como sujetos éticos.

si la genealogía es la “historia de los acontecimientos” que se escribe a partir de una discontinuidad, el propósito de esbozar una genealogía del consumo en Medellín parte justamente de lo que se ha considerado un discontinuidad constitutiva en la formación y funcionamiento de nuestro presente y, por tanto, se rechaza de manera reiterada la pretensión que se tenga de encontrar aquí una historia descriptiva del “progreso” de las prácticas de consumo locales. De forma que, ni naturalización del concepto de consumo, ni inscribirlo en una linealidad intemporal, ni implementar un análisis sociológico de los espacios concretos donde funciona, ni, mucho menos, estudiarlo como ese fenómenos que vemos pero que no nos toca; al contrario, de lo que se trata es de poner a funcionar esa actitud crítica a partir de la cual nos asumimos como sujetos históricos y sociales, es decir, como productos de una sociedad en la que el consumo nos atraviesa, inclusive, a nuestro propio pesar.

Discontinuidad y emergencia

El proponerse un tipo de interpretación y análisis genealógico del consumo contemporáneo local, implica, en primer lugar, proceder a través de una operación deliberada al identificar una periodización conveniente tanto para el planteamiento crítico como para la escritura de dicha genealogía y, en segundo lugar, se trata de distinguir a través de “los límites de un proceso, el punto de inflexión de una curva, la inversión de un movimiento regulador, los límites de una oscilación, el umbral de un funcionamiento, el instante de dislocación de una causalidad circular” (Foucault, 2005, pp. 13 – 14), lo que así mismo conlleva a rastrear la configuración del acontecimiento en su funcionamiento social; por tanto, es innegable que el primer desafío al que nos vemos enfrentados en este estudio genealógico es el de esbozar, aunque sea a título de hipótesis sistemática, esa discontinuidad constitutiva que permite ubicar la procedencia del acontecimiento, es decir, las condiciones anteriores y exteriores que lo hicieron posible, sea en relación a una ruptura o a una herencia,¹⁵³ y también la emergencia del acontecimiento, en este

153 En “Nietzsche, la genealogía y la historia” (1983) Foucault argumentará que la noción herencia en el trabajo genealógico no está asociado a un proceso acumulativo sino que, a partir del termino *Herkunft* (procedencia), funciona como una “herencia peligrosa” en la medida en que esta no es “adquisición, un haber que se acumula y se solidifica; es más bien un conjunto de fallas, de fisuras, de capas heterogéneas que lo vuelven inestable y desde el interior o desde abajo, amenazan al pobre heredero” y, por tanto, “la búsqueda de la procedencia no funda, por

caso el punto de surgimiento y el principio de aparición¹⁵⁴. Razones estas suficientes para que 1972 no constituya aquí un simple dato cronológico, sino que supone la expresión temporal de un proceso de transformación, de la gestación de un cambio en las formas no sólo de comprensión del mundo social sino de gestión de la vida humana. Así, la materialización del cambio supone la implantación de un nuevo espacio urbano que obedeció al despegue de nuevas formas de producción espacial pero, sobretodo, a través del cual se manifestaba el estado embrionario de un nuevo tipo de sociedad, la incorporación tímida de nuevos discursos, la asimilación silenciosa de nuevas estrategias; en otras palabras, ese espacio se configura en un primer momento como el engranaje que permite el despegue -tal vez, en tanto principio, algo etéreo- de la nueva gubernamentalidad neoliberal, la cual ya había comenzado a construir una reivindicación global.

Como ya había sido advertido, el hecho de que sea la discontinuidad ubicada en el momento mismo en el que se erige un espacio dentro del hábitat urbano no implica que sean las interioridades espaciales las que van a constituir el centro del análisis, por el contrario la problematización implicará abordarlas como modelo del ejercicio del poder neoliberal, como efecto y no como causa. De esta manera, tomar como punto de partida la aparición de San Diego



Figura 1.1. Primer Folleto promocional del Centro Comercial San Diego, 1972, Sala Patrimonial Universidad EAFIT.

el contrario: conmueve lo que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido” (Foucault, 1983, pp. 8).
154 En cuanto a la emergencia, Foucault dirá en el mismo texto arriba citado “*Enstehung* designa más bien la emergencia, el punto de surgimiento. Es el principio y la ley singular de una aparición. De la misma manera que uno se inclina muy a menudo a buscar la procedencia en una continuidad sin interrupción, nos equivocaríamos de dar cuenta de la emergencia por el termino final” (Foucault, 1983, pp. 8).

como el “primer Centro Comercial integrado de Colombia y único con especificaciones internacionales” (Folleto promocional Centro Comercial San Diego, 1971, portada), es hacer visible la naciente matriz de una nueva forma de gubernamentalidad en la cual los individuos comenzaron a aparecer como los principales blancos de acción; por tanto, si, como diría Foucault, “gobernar es estructurar el campo de acción posible de los demás” los espacios del consumo local, que emergen a partir de la década de 1970, serán redefinidos en relación a ese orden amplio que llamamos gubernamentalidad neoliberal, y que se insertan sólo como uno de los escenarios del dispositivo de consumo contemporáneo¹⁵⁵. Emergencia, entonces, del acontecimiento materializado en un espacio urbano. Así, tenemos que el primer folleto promocional de San Diego (fig. 1.1) describirá el nacimiento del centro comercial como un hecho fundacional en la historia urbana de Medellín, en donde la inserción en las dinámicas globalizadas del consumo era un requisito primordial para la producción no sólo de una nueva morfología del hábitat urbano sino de nuevas formas de habitar lo urbano:

ORIGEN

En Medellín, como en muchas otras grandes ciudades del mundo en donde el desarrollo urbanístico y una creciente actividad comercial e industrial, impuesta por la demanda de nuevas Sociedades de Consumo, este tipo de Centro Comercial se hace indispensable.

[...] Al fundar esta empresa que será abierta a la inversión pública, los organizadores se proponen dotar a Medellín del más atractivo y moderno Centro Comercial de tipo internacional.

LOCALIZACIÓN

Dada la magnífica localización del proyecto [...], al Sur de la Glorieta formada por la Avenida San Diego, la 33, donde arranca la futura avenida Oriental (hoy El Palo) y la Variante de las Palmas, estamos seguros que el Centro Comercial San Diego tendrá una gran afluencia de público, toda vez que allí converge el tráfico de vehículos de los más importantes sectores residenciales de la ciudad.

Además se podrá llegar muy cómodamente, utilizando las líneas de buses urbanos, ya que allí se establecerá un paradero local.

El Centro tendrá varios accesos por la Avenida San Diego, la Glorieta y las Variante de las Palmas.

OTRAS VENTAJAS

Las conveniencias para el comercio que se establecerá en el Centro Comercial San Diego, son múltiples, pues no sólo se beneficiará de un surtido público, sino que gozará además de

155 Todo el análisis del funcionamiento del consumo local como dispositivo aparece en el próximo apartado, “el dispositivo de consumo local: entre espacio, estrategias y discursos”.

locales convenientemente diseñados y decorados a su gusto, facilidad de cargue y descargue, promociones publicitarias que podrán disfrutar todos los establecimientos allí concentrados y un sin número de ventajas más.

Este moderno sistema de Centro Comercial integrado no es un experimento, ya que su éxito ha sido comprobado en todas las ciudades del mundo donde de han construido.

CARACTERÍSTICAS

En este moderno Centro Comercial que se construirá sobre un área de 55. 000 Mts², el público encontrará entre muchas ventajas las siguientes:

El poder de efectuar todas las compras en un solo sitio, pues se han planteado unos 88 locales comerciales con destinación específica para cada uno, dentro de los cuales se incluye un gran Almacén de Departamentos, Supermercado, Cafetería, Discoteca, Auditorio, Restaurante, Servicios Bancarios, Correo Aéreo, Telecom, etc. etc.

Sin peligro de tráfico automotor y sin congestión de peatones, el público podrá hacer sus compras confortablemente, transitando por amplias aceras cubiertas que lo protegerán del sol y de la lluvia. (Folleto promocional Centro Comercial San Diego, 1971, pp. 1 – 5).



Figura 1.2. Gabriel Carvajal, Centro Comercial San Diego, 1972, Archivo fotográfico BBP.

Vemos que, según esto, la construcción de San Diego tenía como objetivo, más que la incorporación de los espacios de consumo vigentes ya en “las grandes ciudades del mundo”, la transformación tanto del hábitat urbano en lo que este tiene de forma como lo en lo que tiene de proceso; es decir, “el primer centro comercial de Colombia” debía implicar, algo que cumplió a

cabalidad, no sólo un cambio en las cualidades físicas y estructurales del entorno construido de Medellín sino en los hábitos urbanos de los individuos, en las formas de estos relacionarse y representarse el espacio habitado (fig. 1.2). Así, como se hace bastante manifiesto, la implantación del proyecto suponía una ubicación urbana estratégica, la cual era indispensable para darle la fuerza y el impulso necesario a un sector que comenzaba a adquirir un mayor protagonismo dentro de las dinámicas de Medellín: el pronosticado declive del Centro de la ciudad debía suponer el surgimiento urbanístico del sector El Poblado en la zona sur de la ciudad. Igualmente, en el folleto se alude a “sociedades de consumo”, que si bien nos remite a la denominación de una sociedad ya criticada, podemos precisar dos elementos: en primer lugar, la denominación Sociedad de Consumo sigue funcionando y teniendo una amplia significación en la década de 1970, aunque ya para entonces los debates neoliberales comenzaban a traspasar las fronteras europeas y norteamericanas y con ello esta caracterización de la sociedad a desdibujarse; y, en segundo lugar, dicha sociedad es pluralizada -Sociedades de Consumo-, lo que implica que ya se tenía una visión de que el consumo debía responder a más exigencias tanto como acomodarse a diferentes formas de sociedad. De manera que, aunque la discontinuidad no aparece de manera explícita, si se hace evidente un cambio en las formas en que se piensa el espacio y en función de lo se pretende ofrecer. Aquí, la diversidad no sólo de almacenes comerciales sino de servicios obedece a esa lógica según la cual el gobierno de los hombres debe procurar abarcar un sector cada más amplio de la población como cubrir cada vez más aspectos de la vida de los individuos: la posibilidad tanto de “efectuar todas las compras en un solo sitio” como de realizar muchas de las actividades más cotidianas en mismo lugar demuestra ese indicio tímido de una gubernamentalidad neoliberal espacializada.

Mientras que los llamados ya “centros comerciales” inaugurados a principios de la década de 1960 en Medellín, como lo serán el Junin-Maracaibo en 1961 y el Astoria en 1962 (zona centro de la ciudad), tienen una presencia urbana manifiestamente diferenciada de muchos de los espacios de consumo construidos a partir de la década 1970 -en relación a una espacialidad, a un funcionamiento específico de la interioridad y a unos mecanismos y estrategias-, en la medida

que expresaban una geografía que tenía las huellas evidentes de la sociedad liberal e industrial;



Figura 1.3. Horacio Gil Ochoa, Centro Comercial El Paso, 1977, Archivo fotográfico BPP.

tanto atravesaban por el interior manzanas enteras conectando así las calles circundantes (fig. 1.3)¹⁵⁶; en comparación, los segundos obedecieron al modelo norteamericano, el cual implica un gran espacio cerrado que se levanta de forma sorprendente en un espacio reservado para su

los centros comerciales edificados a partir de la inauguración de San Diego, comenzaron a bosquejar una geografía urbana y social neoliberal: en primer lugar, esos primeros "centros comerciales" correspondían a una tipología arquitectónica que ya había sido implementada en Medellín desde las primeras décadas del siglo XX y que sólo era comparable con los *pasajes* parisinos descritos por Baudelaire e interpretados por Walter Benjamin, esos senderos incorporados en el entramado urbano en

156 "Un panorama así idealizado de una ur-época apenas pasada se abre ante nosotros cuando miramos dentro de los pasajes que aparecieron en casi todas las ciudades. Aquí se aloja el último dinosaurio de Europa: el consumidor" (Benjamin, citado por Buck-Morss, 2001, pp. 82). Asociar los pasajes con fósiles y llamar a los consumidores "los últimos dinosaurios de Europa" no supone una extinción de los unos ni de los otros; todo lo contrario, supone el entendimiento de estos como las condiciones de posibilidad, en tanto espacios y en tanto subjetividades, de la modernidad industrial. Si bien los pasajes se debilitaron con la entrada de los grandes almacenes, con su surtido producido en masa, estos tuvieron una vigencia testimonial en la época de Benjamin. Podría decirse con esto, que el testimonio que fue dado al filósofo lo llevó a comprender y, por ende, a teorizar -con ayuda de las lecturas de Baudelaire- sobre lo furtivo de la vida urbana moderna que vivía al amparo de la moda. Así, la mercancía olvidada en estos ur-espacios del consumo son para Benjamin "huellas de una vida anterior, son pistas históricas, con un significado objetivo" (Buck-Morss, 2001, pp. 83). La subjetividad producida y las dinámicas sociales constituidas a través de la espacialidad de los pasajes permitió a Benjamin hacer una crítica a la visión mítica de la historia, y de la realidad en general; donde la fe puesta en el destino absoluto, ya sea a manos de lo divino o del progreso, aislaban al hombre de cualquier posibilidad de intervención y de cambio. Estos espacios decimonónicos del consumo no solo son obra del hombre sino que se convirtieron en los productores espaciales de la vida humana moderna. "El *Passagen-Werk* intenta fundamentalmente desentronizar las teorías míticas de la historia". El mito moderno del progreso sería su principal blanco de ataque, es por esto que la fundamentación entorno a la vida furtiva y fugaz de la modernidad sería tan reiterada en tanto producida por los escenarios urbanos, los dispositivos mediales, las imágenes de la moda, el cine y la publicidad; todos estos fenómenos propiamente modernos que (re)configurarían la densidad de la historia como novedad y cotidianidad.

presencia monumental. En segundo lugar, los primeros respondían a una organización en la cual se privilegiaba tanto la exhibición como la disponibilidad de mercancías en ellos presente ¹⁵⁷; por su parte, el énfasis de las “grandes superficies” está puesto en la oferta de actividades, es decir, en la disposición no sólo de ocupar a los individuos sino instalarse en la mayor cantidad de escenarios de la vida humana, erigiendo así su lugar en la vida cotidiana de los sujetos ¹⁵⁸. De manera que, el hecho de que en 1961 y 1962, años de construcción de los espacios comerciales Junín-Maracaibo y Astoria respectivamente, se publicitara explícitamente el funcionamiento de “Centros Comerciales” en la ciudad ha llevado a que se piense que la creación de San Diego como el primer Centro Comercial sólo obedece a un mito ¹⁵⁹; sin embargo, el asiento puesto en la discontinuidad y en las diferencias específicas entre dos formas espaciales y sociales del consumo local demuestra que el acontecimiento que queremos resaltar -las formas del consumo contemporáneo- efectivamente emerge en la década de 1970, es decir, no se trata de un mito urbano sino de un hito sociespacial; sin embargo, es necesario admitir que la formación de una

157 Un artículo de julio de 1961, aparecido en El Colombiano, dirá con motivo de la inauguración del “edificio comercial Maracaibo-Junín” y en relación a su disposición que “en el pasillo que mide 185 varas, se encuentran diversos establecimientos comerciales, en los cuales se exhibe toda clase de mercancía. Desde una flor, hasta la joya más preciada. Desde un sencillo vestido para niño, hasta un elegante traje de etiqueta” (El Colombiano, 12 de Julio de 1961, pp. 23).

158 Los estudios de Walter Benjamin en la década de 1930 ya anticipaban la relación que construiría la modernidad con la vida cotidiana; para él, los dispositivos mediales propios de la modernidad -como el cine, la prensa, la publicidad, la fotografía, el radio y las nuevas manifestaciones artísticas y literarias- serán los que permitirán que esa relación sea cada vez más activa y que, por tanto, el estatuto que la historia había tenido hasta entonces se viera completamente alterado. De esta forma, la subjetividad producida y las dinámicas sociales constituidas a través de la espacialidad de los pasajes permitió a Benjamin hacer una crítica a la visión mítica de la historia, y de la realidad en general; donde la fe puesta en el destino absoluto, ya sea a manos de lo divino o del progreso, aislaban al hombre de cualquier posibilidad de intervención y de cambio. Estos espacios decimonónicos del consumo no sólo serían obra del hombre sino que se convertirían en los productores espaciales de la vida humana moderna. “El *Passagen-Werk* intenta fundamentalmente desentronizar las teorías míticas de la historia, cualquiera sea la forma que asuman sus escenarios -la catástrofe inevitable no menos que el mejoramiento continuo-” (Buck-Morss, 2001, pp. 95). De este modo, el mito moderno del progreso sería su principal blanco de ataque, es por esto que la fundamentación entorno a la vida furtiva y fugaz de la modernidad sería tan reiterada en tanto producida por los escenarios urbanos, los dispositivos mediales, las imágenes de la moda, el cine y la publicidad; todos estos fenómenos propiamente modernos que (re)configurarían la densidad de la historia como novedad y cotidianidad.

159 Es claro entonces que la discontinuidad explorada se levanta contra esa manía historicista de dar solución de continuidad a todo proceso donde se pueda establecer cualquier similitud, a aquello donde las palabras conservan su forma. Así que, en lugar de establecer una línea recta, la genealogía tiene necesidad de mostrarse como una espiral asimétrica, pues nunca no supondrá una ruptura, sino un proceso con intervalos disímiles, de inflexiones y de reveses; por tanto, es posible dismantelar esa idea de que “la discontinuidad era ese estigma del desparramamiento temporal que el historiador tenía la misión de suprimir de la historia” (Foucault, 2005, pp. 13), ya que ésta se ha convertido en uno de los elementos más fundamentales del análisis histórico.

nueva gubernamentalidad, es decir, la incorporación de nuevos dispositivos, los cambios introducidos en las dinámicas sociales y las transformaciones que comienzan a perfilarse en relación a las subjetividades, obedece a una lenta maduración que se prolonga hasta dos décadas para encontrar su forma más concreta, su estado más sólido y su racionalidad más explícita. De esta forma, constatamos que San Diego y, por ende, los centros comerciales construidos de ahí en adelante, deben ser pasados al exterior en una doble vía: una, en tanto que materialidades espaciales construidas, que atañe la exteriorización en relación al afuera de sus muros, es decir, a su incorporación en un espacio urbano y a su producción de un hábitat urbano, y otra, en tanto que elementos constitutivos del dispositivo de consumo, que implica una exteriorización en relación al funcionamiento de una gubernamentalidad a la que responden.

Si implementamos tanto la concepción benjaminiana del archivo, como si incorporamos las ideas básicas de su metodología¹⁶⁰, San Diego no será caracterizado aquí como la huella mnémica de las formas arquitectónicas de una época, sino como memoria espacial de una sociedad, como el documento que permite leer la gestación de un presente con características que le son propias y como el testimonio de un cambio en las formas de pensar y utilizar el espacio en función del gobierno de los hombres. De esta manera, el "nacimiento" de nuevas formas de concebir y construir los nuevos espacios del consumo implican un cambio mucho más importante que una simple evolución arquitectónica o que una simple modificación en las dimensiones y envergadura, suponen cambios sociales, políticos y económicos; lo mismo que estos no implican una restauración simple y progresista del capitalismo de principios del siglo XX, ni una renovación

160 El entendimiento del París del siglo XIX, o de la modernidad decimonónica, por parte de Benjamín como fenómenos no sólo que precedieron sino que configuraron la historia de su presente, fue crucial a la hora de implementar su metodología; pues, tanto "edificios, tecnologías y mercancías del siglo XIX" se convirtieron en el material necesario para la interpretación de su época. Por ejemplo, "los *passages* de París construidos a comienzos del siglo XIX fueron el origen de la moderna galería comercial" (Buck-Morss, 2001, pp. 19); igualmente las viejas mercancías, sinónimos de la fuerza industrial de una época, se convirtieron en los más importantes y concretos referentes históricos con los cuales dilucidar un tiempo pasado, que aunque como tal Benjamin advertía su "verdadero" grado de proximidad a su contemporaneidad. La historia social y cultural de París de finales del siglo XIX es la "historia de los orígenes", o la *ur-historia*, de los procesos de transformación social que atravesaban todo el mundo occidental en la época de Benjamín. En otras palabras, la modernidad, tal cual la entendía Benjamin, nacía en los pasajes del París finisecular y los sujetos modernos eran producidos por estos. De esta forma, el proyecto de los pasajes "trata de los *orígenes* históricos del presente".

política del liberalismo. Tanto espacios como pensamientos políticos hacen parte no sólo como productos sino como productores de una modificación decisiva en los modos de ejercicio del poder, en el contexto de un cambio en las reglas de funcionamiento de la gubernamentalidad. En pocas palabras, si realmente hay un cambio en las formas de proyectar un espacio es porque se instaura, en todo el espesor social, nuevas lógicas normativas capaces de integrar y de reorientar de forma duradera políticas y comportamientos en otra dirección. Ese conocido paso, dado a la ligera por muchos, de una Medellín con una vocación eminentemente industrial a la ciudad cuna de la mayor cantidad de espacios de consumo del país, aunque simplista en su función analítica, tiene el mérito de destacar un cambio constitutivo de la sociedad contemporánea. Para la década de 1980, la tesis de que Medellín era la ciudad del país con más Centros Comerciales y con el dinamismo comercial más activo estaba bastante difundida; por ejemplo, en 1986, en un libro patrocinado por la Alcaldía de Medellín se anunciaba que en la ciudad “el comercio es una actividad representativa. Medellín es la ciudad colombiana con el mayor número de centros comerciales. Aquí el turista encuentra de todo. Por eso la capital antioqueña es el centro de compras más importante del país” (Medellín y su área metropolitana, 1986). A partir de la década de 1990 comienzan a proliferar guías de ciudad dedicadas exclusivamente a catalogar el universo del consumo urbano; así, en la revista mensual que circulaba con el periódico La Hoja de Medellín, y que justamente se constituía como una guía urbana, justificaba su dedicación aludiendo a un pasado industrial y a un presente ligado al “vigor de su comercio”: “la historia de la ciudad ha estado ligada a la industria, es cierto. Pero desde cuando Medellín despertó a la economía, el comercio ha sido vital. Su vigor ha hecho florecer desde aquí cadenas de almacenes que comenzaron con simples ventas de mostrador” (La Hoja-Guía de Medellín, 1995, pp. 43). Por tanto, las críticas a una sociedad profundamente industrial estaban relacionadas, de forma evidente, con los cuestionamientos a las dinámicas propias del liberalismo, lo que implicó a su vez una proliferación de eslogans¹⁶¹ por parte de los partidarios de las nuevas políticas neoliberales;

161 Estos eslogans, por lo general bastante simplistas, suelen no variar mucho por latitudes: el control por parte del Estado a la sociedad civil es exagerado, por tanto están sumamente reglamentadas y centralizadas, se restringen las libertades políticas y económicas, etc... No obstante, entre las décadas de 1960 y 1980 se multiplican el número de replicas al modelo liberal en Colombia; por ejemplo, a finales de la década de 1960 se abogaba por una “absoluta y necesaria descentralización efectiva en el país” con el argumento de que la excesiva centralización

así, el carácter de urgencia puesto al tema de la descentralización fiscal y económica, como de necesidad a una participación del sector privado en todos los niveles de la sociedad se convirtieron en una respuesta política a las expresiones inherentes de una sociedad industrial: las presiones sindicales eran asociadas al posesión pública de las empresas y las reglamentaciones estrictas en favor de restricciones al sector privado eran asociadas a una regulación estatal excesiva. Es innegable, entonces, que entre las décadas de 1970 y 1990 se movilizó todo un abanico de medios para alcanzar objetivos políticos bastante determinados¹⁶²; pudiendo, de esta manera, atribuirse tanto a los discursos, que propendían por un fortalecimiento del comercio en virtud de una invisibilización de la industria, como a los espacios, que se erigían sobre las ruinas de esos grandes emblemas de la industria antioqueña¹⁶³, su condición de elementos inscritos dentro de una racionalidad política nueva; es decir, hicieron parte de una estrategia que los vinculó, junto con otros discursos, prácticas y dispositivos, en función de “instaurar nuevas condiciones políticas, modificar las reglas de funcionamiento económico, transformar las relaciones sociales” (Laval y Dardot, 2013, pp. 191).

Tenemos entonces que durante dos décadas se fue moldeando, paulatinamente, la forma del neoliberalismo local. No obstante, habrá que admitir que durante dichas décadas, es decir, los años que van entre principios de 1970 y finales de 1980, se manifiesta un proceso bastante irregular en la avanzada de esa “estrategia neoliberal”: la apertura de nuevos espacios con vocación minorista o mayorista evidenciaban las persistencias de la tradición comercial

fiscal, administrativa, política y económica es bastante nociva para el desarrollo nacional (Revista Progreso, N° 50, 1968, pp. 12).

162 En el artículo “Colombia y el modelo neoliberal” (2004), Ricardo Castaño expone que con el declive de los últimos bastiones del socialismo occidental, se instaló en Colombia la idea de un retorno a los postulados liberales de la regulación y el sostenimiento centralizado del crecimiento económico de tipo keinesiano; sin embargo, lo que se iría formando desde aproximadamente la década de 1970 sería un modelo profundamente neoliberal, haciéndose evidente desde los últimos años de la década siguiente: “durante el gobierno de Cesar Gaviria (1990-1994) se abrieron todas las posibilidades para la realización de las grandes reformas políticas, sociales pero fundamentalmente económicas; pues el texto de la nueva Carta Política tiene un alto contenido economicista, y en el se circunscribe todo el funcionamiento del Estado hacia la consolidación de la economía con miras a una mejor productividad para la competitividad de nuestros productos a nivel internacional.” (Castaño, 2004, pp. 63).

163 Como es bien sabido, algunos de los Centros Comerciales de Medellín están ubicados donde antes se levantaban edificaciones de grandes industrias; por ejemplo, donde hoy se asienta el Centro Comercial Los Molinos se encontraba antes la textilera Paños de Vicuña. Sobre las nuevas geografías a través del consumo en la ciudad se volverá en el sexto capítulo.

antioqueña, igualmente algunos desniveles desfavorables para el desarrollo de la economía local, especialmente en la década de 1980¹⁶⁴, dilataron el proceso de ingreso a las lógicas neoliberales. Sin embargo, la década de 1990 se inaugura con la entrada impetuosa de gran parte de los discursos propios del neoliberalismo, su materialización en los ámbitos económico y político, pero, sobretodo, su inserción dentro de los funcionamientos sociales; de hecho, los discursos más manifiestos a partir de este periodo serían justamente los discursos que abanderaron el surgimiento del neoliberalismo tanto europeo como norteamericano, a saber, el de la competencia, la empresa y el capital humano. Igualmente, otros discursos serían introducidos a medida no sólo que avanzaba un nuevo siglo sino que el neoliberalismo como gubernamentalidad y, por ende, como modo de existencia social se afinaba. La publicación periódica de Fenalco sería uno de los soportes en que dichos discursos se presentaban con más frecuencia y rigurosidad; por ejemplo, en octubre de 1991 aparecería un artículo titulado “La gerencia del servicio. El reto de los 90” (Revista Fenalco, N° 8, octubre de 1991, pp. 42 - 47), en cual se describe minuciosamente las características de la “nueva empresa moderna” en relación con los cambios que involucran, en primer lugar, una aceleración “de los procesos productivos y las relaciones entre los hombres”; en segundo lugar, mercados “cada vez más distintos y competitivos”, y, finalmente, “nuevos papeles para los ejecutivos” y “un nuevo concepto de cliente”. El merito del artículo es que evidencia la inserción de la economía local en las dinámicas globales y, al poner el acento en la fuerza del cambio con una argumentación que se hace solida a través del entretejimiento de elementos sacados del discurso neoliberal, presenta la necesidad de asumir los desafíos a la que esta nueva racionalidad política enfrenta a esa sociedad a la que interpela, desafíos que no sólo habría que admitir sino con los cuales habría que comprometerse a cualquier coste:

Estamos, pues, ante un reto extraordinario: hacer del servicio la estrategia competitiva. El

164 “La década de los ochenta pareció dejar cierta sensación de frustración en el comercio. Los resultados en materia de ventas, desde un angulo retrospectivo, no fueron satisfactorios. Las causas económicas de esta difícil realidad pueden situarse, de un lado, en el débil crecimiento de la demanda ante un desempleo estructural alto y una inflación cada vez más cercana al 30% y, de otro lado, en un sector de comercio exterior -exportaciones e importaciones- todavía cerrado y maniatado” (Revista Fenalco, N° 4, marzo de 1990, pp. 5).

desarrollo de los mercados, el aumento de la competencia y la competitividad, la apertura de las economías nos colocan ante el desafío de centrar nuestra acción gerencial en el cliente. No en el cliente quien SIEMPRE tiene la razón. Este ya no existe. El cliente que hoy tenemos es aquel que SIEMPRE TIENE LA RAZÓN CUANDO EXIGE QUE LE CUMPLAMOS LO QUE LE PROMETEMOS. Una buena estrategia del servicio solo ofrece lo se puede cumplir. El cliente exige que le cumplamos lo que le prometemos. Que derecho tan simple pero tan olvidado! Volcar la organización (no sólo los productos) para que responda a las necesidades y expectativas del cliente es uno de los desafíos que nos impone la gerencia del servicio. (Revista Fenalco Antioquia, Nº 8, octubre de 1991, pp. 47)

Precisamente, lo que en este artículo se vislumbra es ese dominio donde la competencia se aprueba constantemente como el mejor medio para acrecentar la satisfacción del cliente gracias al estímulo ejercido sobre los productores, constituyendo así los modelos de conducta que, por una parte, debe regir al cliente y que, por otra, debe dirigir al proveedor; pareciera entonces que esa búsqueda de beneficios por parte de los individuos que llevan a cabo un proceso de intercambio comienza a pasar a un segundo plano, gracias a que se va instaurando una lógica donde el cliente es capaz de aplicar una gran presión sobre el proveedor en la medida en que tiene la posibilidad de elegir entre dos o más ofertas alternativas, por tanto, se trata de construir una dinámica competitiva extensa e intensa, pues “no sólo consiste en reforzar la competencia en los mercados existentes, sino de crear la competencia allí donde todavía no existen” (Laval y Dardot, 2013, pp. 225). Esto nos exige, nuevamente, hacer evidente la discontinuidad, pues si bien el discurso de la competencia nació con la modernidad capitalista¹⁶⁵, la idea de ésta, tanto dentro de un orden liberal como del neoliberal, se expresa de formas completamente distintas: mientras que en el liberalismo el intercambio y la competencia entre sujetos, entre empresas y entre economías capitalistas debían funcionar a partir de reglas fijas y comunes en materia de cambio, políticas comerciales y reparto de beneficios¹⁶⁶, la nueva norma neoliberal erige la

165 Foucault va a situar el problema de la competencia en la configuración política de la Europa moderna a partir de lo que él identifica como la Razón de Estado, según la cual los Estados -en este caso los europeos de los siglos XVI y XVII- deben activar una racionalidad que les permita conservarse y mantenerse “desde el momento de su fundación, en su funcionamiento cotidiano” (Foucault, 2006, pp. 277); existe así un principio de competencia, concebido como suficiente y necesario, que debe actuar entre los Estados para así posibilitar la autolimitación de los Estados mismos: “la competencia entre Estados es la bisagra entre esos objetivos limitados e ilimitados, pues justamente para poder entrar en competencia con los otros Estados, es decir, para mantenerse en una situación de equilibrio siempre desequilibrada, en un equilibrio competitivo con los demás Estados” (Foucault, 2007, pp. 23).

166 En el liberalismo, “el juego legítimo de la competencia natural, esto es, de la competencia en estado libre, no puede sino redundar en un doble beneficio. La oscilación del precio en torno del valor, esa oscilación [...] que

competencia en regla suprema y universal de gobierno¹⁶⁷; en otras palabras, mientras en el liberalismo la competencia estaba enmarcada en el intercambio, es decir, en la equivalencia, con el neoliberalismo la competencia se convierte en “un juego formal entre desigualdades” (Foucault, 2007, pp. 153). Así, la competencia por la que se aboga en esos discursos que comienzan a tener cabida y resonancia local, estuvo circunscrita a una cantidad de condiciones que fueron “cuidadosa y artificialmente” establecidas para que se produjeran unos determinados efectos que sobrepasaran los ámbitos económico y político con miras a instalarse en todos los escenarios de la sociedad y la subjetividad.

Incuestionablemente la década de 1990, fue un periodo donde los discursos neoliberales se instalaron con una fuerza inusitada. Sin embargo, no habrá que olvidar que no es sólo el ímpetu de las formas y los espacios del consumo neoliberales lo que ha asegurado su vigencia local, sino que estos se han ido imponiendo, también, a partir tanto del agotamiento de ideologías con sesgo expresamente izquierdista como de la fragilidad política de toda respuesta alternativa al capitalismo. Por tanto, el triunfo del neoliberalismo fue posibilitado, en parte, por una incredulidad cada vez mayor a otras opciones políticas, pero también por la fuerza que comienzan a adquirir los sectores privados en cada vez más escenarios de la vida social y por los ánimos de renovación que invadían al cuerpo social en casi toda su totalidad; a todo en lo cual, particularmente en lo local, el consumo, con sus dinámicas y prácticas, juega un rol fundamental, y no sólo porque las espacialidades dispuestas para su desarrollo conciernen totalmente a intereses privados sino porque la sociedad local se había volcado hacia él y sus espacios¹⁶⁸. Ahora

estaba garantizada por la libertad de mercado, pues bien, pone en funcionamiento un mecanismo de enriquecimiento mutuo. Máxima ganancia para el vendedor, mínimo gasto para los compradores” (Foucault, 2007, pp. 72).

167 ¿Que es la competencia, entonces, para el neoliberalismo? Foucault responderá lo siguiente: “No es de ningún modo un dato de la naturaleza. La competencia, en su juego, sus mecanismos y sus efectos positivos que podemos notar y valorar, no es en absoluto un fenómeno natural, no es el resultado del juego natural de los apetitos, los instintos, los comportamientos, etc. En realidad la competencia sólo debe sus efectos a la esencia que posee, que la caracteriza y que la constituye. [...] Los debe a un privilegio formal. [...] es un principio de formalización. Tiene una lógica interna; posee una estructura propia” (Foucault, 2007, pp. 153).

168 Como es bien conocido, entre las décadas de 1980 y 1990 los dineros del narcotráfico en Medellín fueron en gran parte destinados a crear una “cultura del consumo” con cualidades específicas: las estéticas grotescas y extravagantes como las prácticas desmesuradas de despilfarro son sus más comunes características. No obstante, según Luis Fernando González (2010), “el deterioro urbano, la inseguridad, el clima de violencia, el abandono del

bien, respecto a las razones que favorecieron a la instalación de una gubernamentalidad neoliberal en el ámbito local, podemos decir que, con este advenimiento, tanto el consumo, como empresas y sociedad comenzaron a organizarse sobre nuevas bases, cuya estrategia es la instauración de una competencia generalizada a partir de un cierto tipo de mercadeo¹⁶⁹, es decir, a partir de un mecanismo que oriente los comportamientos del dispositivo, las empresas y la sociedad utilizando un sin fin de estrategias para lograrlo. En lo local, y desde la última década del siglo XX, esa transformación en la concepción no sólo de toda la sociedad, en relación a las nuevas formas de concebir el consumo y las empresas, sería asumida con gran expectativa; de hecho, podría decirse que existió un gran compromiso tanto con la promoción del cambio como con su efectucción. Un indicio de esta afirmación puede encontrarse en el discurso pronunciado en la apertura de la ceremonia “Estrellas del Megamarketing”, llevada a cabo en Medellín en el segundo semestre de 1990, en ella el señor Rafael Villa argüirá:

Nos acercamos velozmente al maravilloso espectáculo de un nuevo siglo con todas sus incógnitas y todas sus certidumbres. Ante el hecho, los hombres de mercadeo, debemos identificarnos como los más dinámicos administradores del fenómeno del cambio. Ese resultado de las diferencias dinámicas que alteran todo: las personas, las cosas, los procesos, los productos y la realidad misma.

[...] Enfrentar el reto del cambio, es el llamado a quienes tienen la responsabilidad de dirigentes. Se debe empezar por conocerlo, enfrentarlo y actuar. El cambio es la gran oportunidad de mi generación, de mi país. Bendigo hoy la convulsión de los hechos, la velocidad con la ocurren las cosas, porque en medio de ellos el cambio es la luz que nos muestra la salida de ese túnel sin fin.

[...] Es la hora de entender que los mercados no se guían por fuerzas estables, las diferencias no son estáticas, que dinámica es perenne, que las condiciones no permanecen consistentes y por lo tanto, no se pueden aislar las causas y determinar los efectos. Los megacambios que vamos a presenciar en lo que queda del siglo (o sea el cambio en los valores sociales) van a convertir nuestros conceptos sobre mercadeo en meras anécdotas académicas. El cambio limitará en forma drástica las relaciones causa y efecto que hoy son las guías de nuestros mal

espacio público, fueron, entre otros, factores que contribuyeron a la incorporación de los centros comerciales en la ciudad y a su aceptación paulatina por parte de los habitantes” (González, 2010, pp. 124).

169 Precisamente, una sociedad regulada según el mercado es una sociedad que tiene como principio regulador los mecanismos de la competencia; es, por tanto, una “sociedad de empresa”. De este modo, los discursos locales propenden por un cambio que suponga, antes que nada, la organización de la sociedad en función de fortalecer “los frágiles mecanismos del mercado y la competencia” que habían caracterizado casi todo el siglo XX a las políticas económicas en nuestro país: “la sociedad y las empresas tienen que prepararse para un nuevo desempeño. Este nuevo contexto les obligará a volcarse hacia el mercado, al cliente. El él «El Servicio» será la única estrategia competitiva” (Revista Fenalco Antioquia, N° 8, octubre de 1991, pp. 42).

llamados expertos en mercadeo (Revista Fenalco Antioquia, Nº 6, octubre de 1990, pp. 34 – 35).

De acuerdo con el discurso, el cambio en los mercados, en las formas en que los individuos deben ser inducidos al consumo y en la manera en que las empresas deben comenzar a gerenciarse, tiene que abarcar la sociedad en general. En relación a esta ejemplificación, podemos notar que si hay elementos que emerjan constantemente en prácticamente todos los discursos producidos en la ya mencionada década esos serán los de la competencia, la empresa y el mercadeo. Las condiciones para la existencia de un común denominador encontrado en los discursos no se deben tanto a que estos elementos constituyen los objetivos a los que la nueva racionalidad debe dirigirse, sino que estos aparecen sólo en la medida en que son los resultados producidos por una gubernamentalidad activa. De manera que la instalación del neoliberalismo trajo consigo la configuración, más que de una nueva concepción de la competencia, la empresa y el mercadeo, de un funcionamiento social inédito de estos y de otros elementos asociados; se pasa entonces de la competencia como principio natural a la competencia como principio de formalización propio del mercado, de la empresa no como “una simple institución sino como una manera de comportarse en el campo económico” (Foucault, 2007, pp. 211)¹⁷⁰ y del mercadeo como una simple logística institucional a un proceso según el cual se busca encausar las conductas y los comportamientos -sea estos de empresas, sociedades o sujetos- sobre la base de planes y proyectos a través de tácticas y estrategias. Tenemos entonces que estos elementos, que a su vez se constituyen en principios fundamentales de la gubernamentalidad neoliberal, funcionan de manera articulada en la configuración minuciosa de la sociedad que los incorpora, primero en sus discursos y posteriormente en su funcionamiento. Esto implica que tanto el análisis de dichos discursos como su agrupamiento para una interpretación política de lo que supusieron en lo local sean las piezas claves para comprender lo que hoy somos como sociedad. Siendo ésta justamente una sociedad en la que las resonancias no se limitaron al papel sino que incluso traspasaron los

¹⁷⁰ “Las organizaciones centralizadas no son buenas ni aptas para reorientarse hacia la sociedad. Las organizaciones centralizadas son rígidas, lentas, inflexibles. [...] Hay que abandonar el temor a la descentralización y remplazarlo por un muy eficiente sistema de control y coordinación de gestión” (Revista Fenalco Antioquia, Nº 8, octubre de 1991, pp. 42).

límites del ámbito económico; la producción inusitada de discursos que buscaban implementar las lógicas neoliberales en lo local, la difusión de “cápsulas para el éxito” comercial, la promoción de “ideas prácticas” para la adhesión a las dinámicas económicas internacionales y la insistencia en que es necesario que toda empresa de el salto a nuevas formas de proximidad con los clientes y a nuevas estrategias de fidelización, es el zócalo discursivo que, aunque en un principio pareció dirigido exclusivamente a comerciantes y empresarios, fue modelando un comportamiento social extendido. Es habitual, por ende, encontrar en las publicaciones locales de toda la década de 1990, artículos donde se dan las claves necesarias para que las empresas hagan parte de la vanguardia comercial y económica global¹⁷¹. Así, tenemos que durante toda esta década lo que se destaca es la insistencia en el cambio, el acento en la necesidad de transformación y la promoción de nuevas formas de “administrar y gerenciar” a través de un sin fin de directrices, instrucciones, claves e ideas difundidas en una cantidad de publicaciones locales; muchas de estas presentaban como decisivo el hecho de que el siglo XX estaba por terminar y que el comienzo de uno nuevo exigía que el cambio ya estuviera efectuado. Por tanto, los discursos que inauguran el siglo XXI ya no implican tanto claves para “lograr el cambio” sino que obedecen más a la divulgación de nuevos discursos y saberes para hacer más eficaz el funcionamiento de una sociedad que ya se supone inscrita en las lógicas del neoliberalismo. Pasamos entonces de un periodo en el cual los discursos neoliberales estaban dirigidos casi exclusivamente al ámbito económico a uno en el cual el neoliberalismo ya hace parte de todo el cuerpo social, es decir, la función de la competencia, la gestión de la empresa y las orientaciones del marketing funciona activamente en todos los ámbitos de la vida humana:

171 Por ejemplo, en un artículo titulado “36 ideas prácticas para el mercadeo comercial”, que aparece en 1996, en el Boletín del Centro Comercial Obelisco, presentará las siguientes claves: “1. Muévase: No se quede estancado a esperar que sucede. Busque mercados, proponga negocios./ 2. Cásese con su cliente: Cambie la estrategia de precios y productos y maneje el servicio al cliente. / 4. Defina su negocio: Esto quiere decir que el empresario debe vender significados y soluciones./ 6. Trabaje con la empresa en función del marketing, pues cada empleado es un hombre de marketing./ 10. Los regalos. Son aquellos pequeños detalles que se obsequian al cliente./ 13. Haga rifas y premie la fidelidad del cliente./ 16. Participe y patrocine competencias./ 23. Invente inauguraciones: dele dinamismo y un nuevo “rostro” a su negocio, invéntese remates, inauguraciones y nuevas administraciones. Celebre aniversarios./ 35. Capacite y motive a su gente todo el tiempo: Con capacitación y motivación se potencian las actividades de los empleados” (Boletín La Orbits. Centro Comercial y Empresarial Obelisco, 4 ed., agosto del 1996, sin paginación el original). Habrá que advertir que las “ideas” aquí citadas hacen parte de una selección deliberada y en relación a los puntos que se consideraron más significativos.

El contexto del marketing, desde el relacionado con mercancías hasta el dedicado a la política, pasando por servicios médicos y marketing para fines sociales, se ha vuelto incierto y ambiguo, y cada vez más estresado. La presión competitiva es asfixiante. Por esta razón el marketing, como el encargado de promover y gestionar intercambios, está tomando un protagonismo cada vez mayor. Pero al mismo tiempo se ha transformado en un arte (¿o ciencia?) mucho más difícil de aplicar con eficacia.

[...] Para avanzar más que los demás en la escala jerárquica es necesario desarrollar las habilidades de la inteligencia emocional, en marketing hay que encontrar los mecanismos para diferenciarse y ser preferido.

Durante las últimas décadas del siglo XX nuestro concepto posicionamiento ha sido la estrategia competitiva más eficaz para lograr esa diferenciación y preferencia. Pero ya hay tantas ofertas, hay tantas formas de resolver problemas parecidos que se hace muy difícil encontrar una idea o un concepto relacionado con el producto o el servicio para diferenciarlo de los que compiten con él. Hace falta algo más; una herramienta nueva, el Marketing Emocional Competitivo (Revista Tiempo de Mercadeo, Nº 4, enero – marzo de 2005, pp. 16 – 19).

Competencia generalizada en la sociedad, en el comportamiento y ambición de los individuos, por una parte, y una inmiscusión y, por ende, un desarrollo del modelo del marketing en los aspectos más íntimos y personales de la vida humana, por otra; así, el marketing que nace junto con el siglo está orientado a un saber sobre los individuos a través de “un complejo manejo de juegos emocionales, valores, actitudes y creencias” (Revista Tiempo de Mercadeo, Nº 4, enero – marzo de 2005, pp. 19). Vemos así modelarse de forma escalonada y estratégica la gubernamentalidad neoliberal en el escenario local y advertimos que los discursos que emergieron junto con la discontinuidad que cada vez nos separaba más de las lógicas económicas, políticas y sociales del liberalismo no se detuvieron en un modo específico de orientar las conductas mediante reglas inmutables de un plan económico que se espera que los agentes racionales integren en su propio cálculo; y que tampoco se redujo a la instauración de situaciones de competencia exclusivas para las empresas. La extensión y la intensificación de las lógicas neoliberales han tenido desde las últimas tres décadas del siglo XX en Medellín -obviamente que de forma diferenciada y ajena a una línea progresista- efectos muy sensibles en toda la organización de la sociedad, sus manifestaciones, instituciones y sujetos. Así, la racionalidad neoliberal aplicada a todas las esferas de acción social ha permitido que las líneas de separación

entre el horizonte de la política, el campo de la economía y los funcionamientos plurales de la sociedad se hayan venido desdibujando desde entonces. Su carácter de global, como ya se había hecho notar con anterioridad, implica que se manifieste como el fundamento económico y político del mundo contemporáneo, pero sobretodo que se encuentre en el cimiento de prácticamente todas las decisiones individuales y que se constituya como el principio de inteligibilidad de todos los procesos sociales y de todos los comportamiento humanos¹⁷².

Ahora bien, en lo que concierne propiamente a la esfera del consumo, la discontinuidad entre un tipo de gubernamentalidad y otro es igualmente recalcada. El privilegio que se había concedido tanto a la industria como a la producción masiva en ese liberalismo que tenía como directrices las normas fordistas y los principios del taylorismo¹⁷³, con los cuales era



Figura 1.4. Francisco Mejía, Almacenes Ley, 1937, Archivo fotográfico BPP.

necesario establecer algunas reglas de reparto de las ganancias de la productividad, entraría en crisis durante las últimas décadas del siglo XX¹⁷⁴. Es decir, la sociedad industrial “paisa”, en la cual

172 Principalmente son los teóricos adeptos al neoliberalismo en su forma norteamericana los que proponen un abandono de los dominios tradicionales del análisis económico para darle cabida a la generalización del análisis costos-beneficios, propio de la lógica empresarial, al conjunto de “la acción humana”. De este modo, la función de la utilidad, de los recursos empleados para obtener tal o cual resultado y la rentabilidad obtenida a partir de tal acción se convierten en los principios para medir cualquier manifestación social y humana: “La familia, el matrimonio, la delincuencia, la educación, el paro, pero también la acción colectiva, la decisión política, la legislación, se convierten en objetos del razonamiento económico. Es así como Gary Becker formula una nueva teoría de la familia, considerándola como una empresa cierto volumen de recursos en moneda y en tiempo para producir «bienes» de diferentes clases: competencias, salud, autoestima y otras «mercancías» como los niños, el prestigio, el placer de los sentidos, etcétera” (Laval y Dardot, 2013, pp. 216).

173 Si bien el taylorismo y el fordismo connotan procesos industriales específicos, se puede admitir que, de una u otra forma, entre ellos hubo una conjugación efectiva en el funcionamiento de la industria, en tanto en ella existía efectivamente un organización del trabajo dentro de las fábricas, pero también la producción en masa implicaba, supuestamente, el reparto del valor añadido favorables a un alza regular de los salarios de los obreros.

174 Con respecto a este punto es necesario aclarar que cuando se habla de una crisis, asociada a la discontinuidad en cuestión, no se pretende dar a entender que se hace referencia a una ruptura social significativa; es decir, no nos referimos al “nacimiento” de la sociedad neoliberal en relación directa con el declive absoluto de una industria

podía decirse que existía cierta eficacia en la articulación de la producción con el consumo de masas (fig. 1.4), se había comenzado a desdibujar con el debilitamiento progresivo de las grandes industrias antioqueñas, que no sólo sus edificaciones estaban siendo remplazadas por los grandes centros comerciales sino que estaban siendo expulsadas a sectores alejados de la ciudad. Vemos entonces que en la sociedad de casi todo el siglo XX, y aunque haya sido catalogada con esa denominación un poco simplista de sociedad de consumo, se tenía como principal fuerza motora toda una organización industrial, según la cual el hábitat y los modos de ser urbanos debían obedecer a su estructura; tenemos igualmente que eso que se criticaba como una imposición a los individuos de un tipo de consumo masivo se correspondía, así mismo, con la producción masiva de mercancías¹⁷⁵. No obstante, esa “sociedad de consumo” fue lo suficientemente

que se llegó a caracterizar como el principal motor social de la ciudad; de hecho, la ciudad cuenta no sólo con los vestigios de la industria sino con un sector industrial que en la medida en que permanece activo mantiene un valor urbano significativo.

175 Pues, como diría Water Benjamin, “la emergencia de la masa es simultanea a la producción masiva”. En otras palabras, muchas de las críticas simplistas de la sociedad de consumo de masas se desmoronan cuando no se parte de una consistencia sobre las condiciones industriales y su funcionamiento en lo que a la producción de mercancías en masa respecta; por tanto, esa idea de que las sociedades occidentales han atravesado primero por una etapa industrial, para posteriormente entrar a una de consumo no tiene argumentos sólidos. De hecho, esa idea a predominado en el ámbito local, hasta el punto de ubicarnos en el presente en esa “sociedad de consumo”; sin embargo, puede decirse que dicha sociedad se instaló desde la última década del siglo XIX y las dos primeras del XX, en las cuales, a partir del proceso de modernización técnica como en la relaciones exteriores que se estaban comenzando a establecer, la sociedad medellinense se vería considerablemente afectada en su vida cotidiana. El fenómeno moderno, en cuanto a movilidad y comunicación, traería consigo un dinamismo inédito para la ciudad. Flujo económico, transporte y comunicación sentaron a su vez los cimientos para un intercambio comercial más amplio, que no se restringía a los límites regionales y nacionales sino que se extendieron con miras al capital y la inversión extranjera. Si bien a los desarrollos industriales se les prestaba particular atención, en las configuraciones de la ciudad estaban igualmente incluidos los ya activos almacenes de comercio. Cuando Medellín ingresó a una lógica industrial intensa el comercio y las mercancías ya ocupaban un lugar significativo en el espacio urbano; esto generaría un clima de efervescencia productiva y consumista. Como ya se ha mencionado, tanto la fuerza de la economía finisecular en Medellín como los principios de un liberalismo económico ya vigente en nuestro país permitirían que mercancías extranjeras entraran a la ciudad y circularan constantemente y, por ende, que la energía urbana fuera creciendo en la medida en que tanto el uno como el otro aumentarían su presencia. Los rústicos pero dinámicos almacenes frente a una también precaria industria pone entredicho la tesis de que la modernidad en Medellín comenzó exclusivamente con los procesos de industrialización. Las numerosas fotografías de Benjamín de la Calle de la ciudad decimonónica evidencian esta tesis: una sociedad de servicios instalada en el declive de una urbe colonial. La introducción de recursos del exterior aunada con la bonanza que estaban dejando los productos nacionales propiciarían un clima de vitalismo urbano; el fortalecimiento comercial urbano y las pretensiones de transformar a la ciudad en un enclave moderno acelerarían las dinámicas urbanas en Medellín. Durante las tres primeras décadas del siglo XX las casas comerciales se multiplicaron considerablemente, proliferando así los pequeños establecimientos familiares como las tiendas que eran identificadas casi siempre con el nombre o apellidos de su propietario. Las formas urbanas fueron adquiriendo un aire de prosperidad: el tranvía, tiendas, hoteles, bancos, clubes, salones de té, confiterías, droguerías y almacenes de moda vestimentaria y para el hogar, perfilaban un ambiente sobrio pero distinguido. Según evidencias del *Primer Directorio General de la ciudad de Medellín para el año de 1906* de Isodoro Silva

exaltada en el ámbito local que podría decirse que funcionó eficazmente en relación a esas dos características que si bien son fundamentales para comprender el funcionamiento de ésta sociedad no puede negarse, a su vez, su carácter un tanto paradójico: en primer lugar, la destacada por Walter Benjamin al hacer evidente que lo más importante del consumo de masas no es tanto el acto de consumir sino el fenómeno de la exhibición de las mercancías¹⁷⁶, algo que había sido olvidado por Marx en su teoría sobre la “fantasmagoría de la mercancía”¹⁷⁷; y en segundo lugar, la que suponía que la demanda de bienes de consumo se centraba especialmente en una satisfacción progresiva de las necesidades de los hogares¹⁷⁸. En otras palabras, y por eso

los almacenes de comercio y las tiendas de mercancías eran las principales fuentes del capital de la ciudad. Tenemos entonces que Medellín no es una ciudad netamente industrial a principios del siglo XX sino que creció aparejada con esa “sociedad de consumo” liberal.

176 En Medellín, durante las décadas de 1940 y 1950, las discusiones en torno a temas que han sido inherentes a esa sociedad burguesa de consumo, como lo serán las mercancías, los espectáculos, las exhibiciones, el lujo ostentoso, etc.; inclusive, dichas discusiones estuvieron sustentadas en los argumentos de muchos de los grandes representantes de la Escuela Clásica de economistas, de los teóricos del liberalismo y del capitalismo burgués de principios del siglo XX, como Adam Smith, Stewart (Stuart Mill), J. B. Say, Charles Gide, Sombart, entre otros: por ejemplo, en un artículo de 1940 se argumentará que Werner Sombart, en su libro “Lujo y Capitalismo”, estima “que el lujo es el factor más importante en el desarrollo de las naciones y el que más vasto y mejor ha jugado en cuanto se refiere a la prosperidad de las industrias: mejor dicho, lo considera como el factor más visible y preponderante en el progreso general de la humanidad” (Progreso, N° 18, diciembre de 1940, pp. 550). Ahora bien, lo anterior en lo que respecta a las discusiones de orden académica, mientras que en lo referente a la vida urbana los casos también sobran: en 1947 del periódico en *El Correo* apareció un anuncio que publicitaba la exhibición de un Diamante sólo con el fin de que la “muchedumbre” anhelara su posesión o que, simplemente, se limitara a observarlo por algunos minutos: “¡Este DIAMANTE es suyo GRATIS! Visite el barrio Comercial Coltejer y búsquelo en las vitrinas. Todos los días se exhibe, a la vista del público, en una de ellas, durante UN CUARTO DE HORA. Nadie sabe la hora ni el momento en que esa valiosa joya es expuesta. Si usted tiene buena suerte, con localizarla le basta para que sea suyo” (*El Correo*, abril 17 de 1947, pp. 1).

177 La Revolución Industrial fue la que abrió los horizontes de existencia del sueño burgués de la Ilustración del siglo XVIII: la ciudad como un “paraíso terrenal cuya construcción requería de la felicidad material como componente básico. [...] la revolución industrial pareció volver posible esta realización práctica del paraíso” (Buck-Morss, 2001, pp. 97). De esta forma, las ciudades europeas del siglo XIX, en un primer momento, y, posteriormente, las de todo el mundo se transformaron categóricamente en los grandes escenarios del lujo y el resplandor industrial pero ninguna ciudad pudo por lo menos asimilarse a París. “el brillo urbano, el lujo no eran nuevos en la historia, pero si lo eran el acceso secular, público” (Buck-Morss, 2001, pp. 98). De esta espectacularización de la ciudad es que emerge el término “fantasmagoría”, en tanto para Benjamin los espacios iluminados y sacados de la oscuridad evidenciaban más al sujeto consumidor, él que por el esplendor queda deslumbrado y transforma su comportamiento, que al sujeto productor, él que despliega su fuerza en los oscuros espacios de la fábrica. A diferencia de Marx, quien asociaba la “fantasmagoría” al engaño de la mercancía respecto a su producción, Benjamin la vinculaba a la pérdida práctica del valor de cambio y del valor de uso en función de una fuerza otorgada a la exhibición y valor representacional; lo que paulatinamente se convirtiendo en objetos de deseo y objetos simbólicos, “todo lo deseable, desde sexo hasta estatus social podía transformarse en mercancía, como un fetiche-en-exhibición que mantenía subyugada a la multitud, aun cuando la posesión personal estuviera muy lejos de su alcance” (Buck-Morss, 2001, pp. 98). Las mercancías como valores simbólicos suponen el entendimiento de estas como grandes ordenadoras de realidades sociales.

178 A finales de la década de 1960, la ANDI (Asociación Nacional de Industriales) publicó un “Estudio General de la ciudad y su área circundante”, en donde se le dedicaba al comercio y, en especial, al crecimiento, “de forma

evocamos su paradoja, la sociedad de consumo funcionaba como espectáculo en relación a la fuerza desplegada en dirigir la atención de los individuos a la “mercancía-en-exhibición” (Buck-Morss, 2001, pp. 98) y como orden económico en relación a que la producción masiva estaba dirigida esencialmente a los mercados domésticos. Pese a que esto fue lo que caracterizó la sociedad local durante casi todo el siglo XX, a finales de este mismo siglo, más propiamente en la década tan ampliamente mencionada de 1990, un cambio se empieza a enunciar:

Hacia finales de los 70, se fue haciendo cada vez más clara la certidumbre de lo que el mismo Club de Roma había caracterizado como “los límites del crecimiento”¹⁷⁹. Paralelamente - ¿causa o efecto?- se comienza a observar diferentes conductas consumidoras. Se desaceleraron las apetencias materiales de la gente, comenzó a desarrollarse la necesidad de prestaciones que hacen a la comodidad, el ocio y el placer. En palabras de operadores comerciales, el mercado se va autoagrupando en segmentos más chicos, abandonando progresivamente la masividad [...].

Contemporáneamente, en un trabajo realizado por Robert Dewar y Don Schultz, se cuestionaba la función que había nacido y constituía (en apariencia) la esencia del marketing, la administración por marcas, con argumentos que comenzaban por la concentración de los negocios minoristas, seguía con la evidencia de la disminución de la lealtad a la marca por parte del consumidor, continuaba con la fragmentación de los medios y el crecimiento del marketing directo y terminaba con el cambio de los hábitos de compra por parte del consumidor.

[...] Lo cierto es que un largo ciclo de los negocios se está terminando y lo hace sin que muchas veces los propios protagonistas lo noten. (Revista Fenalco Antioquia, Nº 4, marzo de 1990, pp. 35 – 36).

Con esto se hace evidente que la discontinuidad también funciona en lo que respecta al consumo, y que la emergencia del acontecimiento se perfila asociada a las transformaciones que operan en relación a la gubernamentalidad. Pasamos entonces de una caracterización de la sociedad a partir del consumo, la sociedad de consumo liberal, a un sociedad donde el consumo es un engranaje de algo mucho más amplio y el cual le es exterior, y donde hace parte de un

vertiginosa”, del consumo domestico, esto obedece “al rápido aumento de la población, de los progresos de su estructura social y de la elevación de la capacidad de compra de la gente, determinada por mayores sueldos y salarios pagados por la industria” (ANDI, 1969, pp. 32).

179 “Los límites del crecimiento” es un informe encargado al MIT por el Club de Roma; dicho informe concluía que si los índices de crecimiento dados para 1972 -año de la publicación del informe- tanto de la población mundial como de la industrialización, la contaminación, la producción de alimentos y la explotación de los recursos naturales se mantenía sin variación, durante los cien años próximos a la fecha las tasas de crecimiento rebasarían todos los límites posibles de sostenibilidad en la tierra, por tanto, esta se tornaría inhabitable.

proyecto de envergadura global, que apunta a la sociedad en general y penetra en todas las esferas de la vida humana. Vemos, entonces, que desde la década de 1970 se comienza a modelar, ciertamente que de manera lenta y temerosa, un cambio no sólo en la comprensión del consumo sino de su concepción como dispositivo de gobierno con existencia histórica; es decir, la emergencia de otro consumo distinto al de masas y al del intercambio supuso cierta conciencia de la génesis de un cambio que se estaba gestando a escala global, la cual estaba acarreado mecanismos de toda índole para un mejor y más eficaz gobierno de los individuos. Todo esto implicó la implementación de nuevos saberes, la producción de nuevos espacios y el uso de nuevas estrategias y mecanismos, dentro de los cuales el consumo ha jugado, desde entonces, un papel privilegiado. Entonces, si bien en la década de 1970 la discontinuidad comienza a emerger, en la década de 1990 el cambio ya es completamente evidente y necesario de incorporar, no es hasta este nuevo siglo que nuestra sociedad se compromete de forma absoluta¹⁸⁰ con la racionalidad neoliberal. Todos los elementos del neoliberalismo antes trabajados – tales como competencia, empresa y mercadeo- son incorporados al problema del consumo contemporáneo; un artículo publicado en el 2004, en la revista local Tiempo de Mercadeo, y titulado “Comprología. La Psicología del consumo” así lo demuestra:

La competencia de antes no es la misma. Hoy es feroz y esto hace el Mercado cada vez más competido. Ya no basta que el producto sea excelente; que el precio sea favorable, que se conozca la competencia o que los puntos de compra sean atractivos...

Según la **COMPROLOGÍA**, las empresas deben trabajar las siguientes preguntas:

Y, ¿Cómo es el consumidor?

¿Qué necesidades no le han sido resueltas?

¿Qué inconformidades tiene con los productos?

¿Qué problemas tiene con el servicio?

¿Qué rol juega nuestro producto o el servicio en su consumo?

Muy probablemente existan muchas más preguntas pero, hoy día, no se trata de lanzar al mercado nuevos productos por lanzarlos, sino, de lanzar productos competitivos ya que resuelven las necesidades de experiencia del Consumidor.

[...] Desde que el ser humano es concebido, empieza a demandar una gran cantidad de servicios y productos dirigidos a satisfacer necesidades. Por ejemplo: el atraso menstrual de una esposa genera un laboratorio de análisis; un parto genera profesiones y clínicas; un

¹⁸⁰ Obviamente una afirmación tan categórica suscita una gran cantidad de posiciones y críticas; sin embargo, una respuesta concreta a todas las que puedan emerger sólo se dará en el último capítulo de la presente tesis.

primer año de vida genera una fiesta; ambos padres trabajando genera una guardería; el ingreso al colegio, genera determinada inversión; cada años de estudio requiere nuevos libros; un grado de bachiller, genera un viaje; el ingreso a una Universidad, requiere concentración de capital; un título universitario, requiere una especialización; un casamiento, genera compra de muchas cosas; cualquier enfermedad, requiere medicamentos; el deseo de un hijo no posible, genera implantes y hasta la muerte genera empresas...

¿Se da cuenta, amable lector, de que el ser humano en cualquier estadio es una posibilidad de crear satisfactores de necesidades de materia o de espíritu?

Tener en cuenta las fases del consumidor a través de su vida, es lo que posibilita originar oportunidades de “montaje de Empresa”. Entonces, así se cumple la frase famosa del Economista inglés Alfred Marshall: **“La Ciencia Económica, es Psicología Aplicada”**.

Si usted ve una oportunidad de Empresa estudiando qué necesidad humana desea satisfacer, sólo le hago una sugerencia: escoja una línea de Producto o Servicio que **eleve el estatus del Ser Humano**, ya que la ÉTICA trae abundancia y prosperidad. (Revista Tiempo de Mercadeo, Nº 1, abril – junio de 2004, pp. 22 – 24).

Lo que esta cita puede demostrar es que esa idea neoliberal de que el hombre del consumo contemporáneo no es el hombre del intercambio, sino que deviene productor en la medida en que es quien produce simplemente su propia satisfacción¹⁸¹, ya se encuentra para los primeros años del siglo XXI ampliamente difundida en el ámbito local. Idea que plantea, en primer lugar, que el elemento de base del análisis económico son los individuos entendidos como empresas y, en segundo lugar y por ende, que todos los aspectos de la vida humana entran en un cálculo económico y pueden conducir a decisiones económicas. Por tanto, y como lo habría descrito Foucault, la gubernamentalidad neoliberal, a través de la implementación en todas las esferas sociales y humanas del análisis económico del comportamiento, es más eficaz en la medida en que busca siempre ajustarse a la racionalidad de los gobernados; de manera que, esa actitud “ética”, como la anuncia el citado artículo, al hacer la sugerencia de “elevar el estatus del ser humano”, no sólo tiene implícito que el análisis económico puede perfectamente encontrar puntos de anclaje en el comportamiento de los individuos al rededor del consumo, sino que, al referirse a todo el ciclo vital de un individuo, está describiendo al *homo œconomicus* del neoliberalismo, es decir, justamente a ese hombre “eminente gobernable”¹⁸². Es esto,

181 Dicha idea ya fue ampliamente trabajada en el apartado “producción de subjetividades contemporáneas del hábitat y el consumo” del capítulo tercero.

182 La noción o término *homo œconomicus*, utilizado especialmente por los neoliberales norteamericanos, está enmarcado en la intención de prolongar e identificar el objeto de análisis económico con cualquier conducta y manifestación humana.

precisamente, lo que se logra apreciar a partir de los discursos que situamos en el pliegue de la discontinuidad y aunque la emergencia constituye un principio bastante etéreo es con ellos que se le comienza a dar consistencia a una nueva forma de pensar el papel del consumo en la sociedad y, a través de él, implementar los mecanismos para un eficaz gobierno de los sujetos. Con todo, podría decirse que son estos discursos, desde los que evidencian las nuevas modalidades espaciales de los “nuevos” lugares para el consumo, pasando por los que promueven y difunden claves para el cambio hasta los que manifiestan un compromiso real con el proyecto neoliberal, piezas fundamentales para constituir esa genealogía del consumo local contemporáneo; la misma que nos permite que en lugar de ver en este consumo los restos reactivados de la cultura de masas de principios del siglo XX, reconozcamos en él sobretodo el correlato actual de la gubernamentalidad neoliberal actuando sobre todo el cuerpo social.

El dispositivo de consumo local: entre espacios, estrategias y discursos

Cuando en el capítulo segundo se abrió la ruta de entendimiento al *consumo como dispositivo* y, seguidamente, al consumo como un dispositivo propio de la gubernamentalidad neoliberal, lo que se pretendía, antes que nada, era la problematización de éste en la producción y reproducción de las subjetividades contemporáneas; sin embargo, al trazar esta ruta estábamos contribuyendo anticipadamente, y al darle espesor teórico, a configurar esa genealogía del consumo: el despliegue conceptual permitió no sólo realizar una apropiación crítica de la noción de consumo sino situarlo históricamente en su funcionamiento contemporáneo, los cuales constituyen, igualmente, piezas claves de su genealogía. Si los usos teóricos y las aclaraciones conceptuales son las bases para darle forma a la genealogía, la comprensión del consumo local en su carácter de dispositivo y, por ende, su análisis, serían en definitiva los elementos principales para emprender esa apuesta genealógica con carácter local.

Ahora bien, si se hace necesario hacer aunque sea una somera recapitulación de lo que es un dispositivo, para así lanzarnos al análisis local, vale recordar que habíamos planteado que la característica común de los dispositivos propios de la modernidad es esa disposición

fundamentada en la relación saber-poder, y que esta relación constituye justamente una tecnología política, es decir, moviliza una gubernamentalidad. Igualmente, y como ya había sido advertido, la existencia y el funcionamiento de los dispositivos, al tener condiciones de posibilidad históricas, no remiten a una linealidad, ni a una naturalización, ni, mucho menos son plausibles de ser universalizables. Por tanto, ni historia ni teoría general del consumo, pues analizarlo en su condición de dispositivo propio de una gubernamentalidad específica implica, en primer lugar, entenderlo como un conjunto de mecanismos y procedimientos cuya eficacia consiste en poner en funcionamiento esa gubernamentalidad a través de la relación saber-poder; en segundo lugar, comprender que dichos mecanismos y procedimientos son constitutivos del dispositivo, de la sociedad y de los sujetos que hacen parte de su engranaje político; y, finalmente, constatar en su funcionamiento estrategias, discursos, efectos y técnicas que permitan recorrer este conjunto de mecanismos y procedimientos y aprehenderlos en lo que puedan tener de específico en un periodo y en un territorio dado. Habrá que aclarar, no obstante, que al problematizar el consumo local contemporáneo en relación a la gubernamentalidad neoliberal, se está poniendo en marcha algo que podríamos denominar un análisis global de la sociedad, en la medida en que dicha gubernamentalidad, como había sido expuesto anteriormente, no sólo tiene un alcance mundial sino que, al no limitarse a la esfera económica, tiene un efecto totalizador mediante su capacidad de incorporación de y en todas las dimensiones de la existencia humana.

Vemos entonces que las razones de esta apuesta genealógica equivalen a un análisis del consumo en función de la comprensión crítica del ejercicio de una racionalidad política en el gobierno de los sujetos; de esta manera, la problematización de las condiciones sociales y espaciales del consumo local son fundamentales para dicha comprensión, en la medida en que son las manifestaciones más evidentes del dispositivo. En otras palabras, privilegiar tanto los espacios diferenciales producidos por y para el consumo como los funcionamientos sociales que de estos se derivan son los que permitirán constatar de una u otra forma la composición formal del dispositivo. Así, cuando admitimos que el dispositivo es una red en la cual circulan saberes y

poderes y que, por ende, no constituye nunca un elemento lineal ni continuo, es posible reconocer que el consumo, local o no, deviene dispositivo en tanto está conformado por una cantidad inusitada de elementos heterogéneos: por ejemplo, espacios que van desde los modélicos centros comerciales, con sus grandes y prestigiosos almacenes, hasta los lugares donde imperan las mercancías del contrabando, las “made in china” y las baratijas; a cada uno de los cuales corresponden prácticas, discursos y estéticas específicas. Son estas diferencias radicales, esta multiplicidad inclusive contradictoria la que le da sentido político al dispositivo, siendo este, no obstante, el garante de un tipo determinado de gubernamentalidad, en este caso la neoliberal; lo cual implica que, por una parte, sea precisamente a partir de la diversidad y de la amplitud de los campos de acción en lo que radica la eficacia del dispositivo de consumo y de la gubernamentalidad y, por otra, que haya sido necesario, para ello, que tomara cuerpo a través de la instauración de estrategias múltiples, diversificadas, simultaneas o sucesivas, las cuales han ido modelado un *ethos*¹⁸³ social e individual en nuestro contexto.



Figura 1.5. Centro Comercial San Diego, Gabriel Carvajal, sin fecha, Archivo fotográfico BPP.

Si tenemos que la gubernamentalidad neoliberal a través del dispositivo de consumo establece

183 La palabra *ethos* fue utilizada por los griegos para caracterizar un modo de ser del sujeto que se refleja en sus hábitos, su aspecto y su relación con la vida común y con su propia vida; por tanto, en la actualidad *ethos* puede ser traducido como actitud.

como modelo espacial el *shopping mall*, como modelo social la competencia y como modelo de comportamiento individual la empresa, es posible admitir que la heterogeneidad en los elementos del dispositivo se corresponde con esta lógica. Por tanto, de lo que se trata aquí es de considerar que el dispositivo de consumo instauro una cierta “lógica de las prácticas”, es decir, que a partir de la disparidad de las prácticas¹⁸⁴, que a su vez suponen una disparidad de las espacialidades en términos tanto de interioridad como de exterioridad urbana, se establecen técnicas, estrategias y discursos que imprimen una dirección global en el funcionamiento de la gubernamentalidad. De manera que la emergencia del dispositivo va acompañada de una producción “estratégica” de los espacios y de las prácticas (fig. 1.5); de hecho, para que el consumo local contemporáneo funcione como dispositivo es completamente necesario que se proponga la transformación urbana, la cual conduciría a una instauración paulatina de prácticas que no sólo van a involucrar a la sociedad y, por ende, a los individuos sino que son las que van a sostener su propia existencia. No obstante, y aunque la construcción de los espacios de consumo obviamente si se llevó a efecto y con ello la forma urbana se modificaría notablemente, los cambios en las dinámicas sociales y en los hábitos de los individuos y, por ende, la producción de las nuevas prácticas de consumo local no serían fácil de lograr:

Por qué no crear un Centro Comercial para Medellín?... Era una idea novedosa, distinta, especial. La ciudad lo necesitaba, estaba creciendo y había que «sacar los almacenes del centro». Era preciso diversificar.

[...] Pero una idea de estas, que más bien parecía un sueño no era muy fácil de que la gente la entendiera. En un comienzo hubo dificultades, los compradores no se acercaban allí ni por curiosidad. Se tenía la creencia que por ser un comercio unificado era más costoso. La ciudadanía de Medellín aún no entendía como en un sólo sitio se podía comprar desde una aguja hasta un carro. Esta concepción no había pasado por la mente de nadie. «Junín era Junín y hasta esa época era el único sitio donde se compraba en esta ciudad».

[...] Pero la tenacidad y empeño de quienes pusieron sus negocios allí, la lucha de sus dueños por salir adelante, las innumerables campañas de publicidad, lograron vencer el temor y después de esa guerra casi a muerte el Centro triunfó y ahora Sandiego es de Medellín. «El primer esfuerzo fue atraer ese público, luego enseñarle a comprar y a utilizar sus servicios»

[...] Nacen las noches de Luna Loca, en donde se promocionan todo tipo de artículos y la gente comienza a visitar el Centro. Siguen luego con campañas ecológicas, de promoción, de

184 En términos foucaultianos, podemos entender por práctica un sistema de acción construido social, política e históricamente.

civismo, y con varias dedicadas a los niños (Periódico El Mundo, Medellín, noviembre 3 de 1982, pp. 5).

Lo que aquí se hace visible es la manera en que la construcción de San Diego involucró todo un despliegue de estrategias y procedimientos que poco a poco se fueron concretando en una transformación urbana con alcances sobre la sociedad y las subjetividades. En otras palabras, con San Diego se impuso una dinámica derivada del “nuevo” lugar que éste ocupó en la conformación del espacio urbano, a través de lo cual, y gracias no sólo a una concentración de los servicios sino a su ubicación geográfica, se favorecería el debilitamiento gradual del centro de la ciudad, precisamente el lugar que históricamente se había configurado como “el único sitio donde se compraba en esta ciudad”. Con San Diego, una edificación que no parecería más que un espacio urbano inserto en el espacio urbano, se impulsa toda una contextualización y una espacialización de la vida social local, planeada e imbuida de intencionalidades políticas: pauperización progresiva del centro de la ciudad en contraste con la valorización del sur y la voluntad de que la concentración del capital por parte de privados sea cada vez mayor. Aun así, se hace evidente que las prácticas que suponen los espacios de consumo más contemporáneos, en tanto los contienen y en tanto los producen, se fueron construyendo lentamente en una sociedad que mantenía una relación activa con los lugares de cohesión social más tradicionales; entre la construcción de San Diego y su consolidación como un espacio de consumo activo pasarían algunos años en los que no serían suficientes las primeras estrategias de mercadeo, las promociones y las múltiples actividades realizadas para la captación de un público consumista. No obstante, el cambio se iría instalando, tomaría cuerpo y, finalmente, terminaría por esculpir de forma duradera un tipo de sociedad y unas nuevas formas de los sujetos relacionarse consigo mismos, con la sociedad y sus espacios; “incluso, ya en los años ochenta se les señaló como una oportunidad de ser «verdaderos reordenadores urbanos y servidores de la comunidad»; por lo tanto, fueron catalogados como bienes urbanos que debían ser aprovechados y cuidadosamente diseñados para tal fin” (González, 2010, pp. 124) ¿Podríamos, de esta forma, prever que técnicas, estrategias y mecanismos fueron utilizados para que esos nuevos espacios de consumo se fueran imponiendo paulatinamente, hasta finalmente lograr constituirse como los lugares de referencia

social y urbana más importantes? Al parecer no están muy alejados de los métodos convencionales, los mismos que serían implementados desde su inauguración, es decir, campañas publicitarias y estrategias de mercadeo serían las formas más comunes de proceder. Sin embargo, desde el comienzo de la década de 1980, con la entrada en funcionamiento del nuevo Centro Comercial Oviedo (fig. 1.6)¹⁸⁵, la dinámica competitiva sería la encargada de instaurar la novedad en los mecanismos; por tanto, la publicidad como el mercadeo cambian de modalidad al expandir su horizonte de acción, asumiendo la amplitud de la sociedad a la que deberían dirigirse: la publicidad de espacios comerciales anterior a la década de 1970, además de no ser más que simples anuncios en una de las páginas de algún importante diario local, se dirigía básicamente a ofrecer los locales disponibles a los comerciantes, por el contrario, las campañas publicitarias de mediados de la mencionada década irrumpen cuando se interpela a los individuos de manera directa, haciendo explícito que para cada individuo hay opciones diversas, que la amplitud de la oferta supone la amplitud de los consumidores que es posible complacer (la publicidad se diversifica en función de la segmentación de las edades, de los sexos, los gustos, las condiciones económicas y las ocupaciones), para las cuales los medios también se diversifican (además de seguir anunciando en la prensa local, los propios periódicos comienzan a sacar suplementos dedicados a los espacios de consumo y los centros comerciales elaboran sus propias publicaciones periódicas)¹⁸⁶. De este modo, la sociedad y los individuos entran directamente con el consumo en un campo político, donde esa cantidad de estrategias y discursos los convierten en los principales blancos de poder; pero de ese poder sutil que pone en funcionamiento un conjunto de procedimientos y mecanismos enfocados, básicamente, en las ideas de libertad y felicidad modernas, lo que hace de este poder un ejercicio calculado, organizado y reflexivo. Vemos entonces que la emergencia del consumo contemporáneo en Medellín es la emergencia

185 El Centro Comercial Oviedo fue inaugurado en 1979; y aunque otros espacios de consumo serían construidos por esa misma época –por ejemplo, El Diamante entraría en funcionamiento un año antes (1978), mientras que Camino Real, Almacentro y Villanueva un par de años después- sería predominantemente Oviedo quien tendría un valor determinantemente competitivo para San Diego; pues aunque para la época la distancia entre uno y otro era bastante considerable, debido las condiciones de movilidad e infraestructura vial, Oviedo se impondría con una oferta más extensa de servicios, por ejemplo y en especial, las salas de cine, las cuales serían sumamente llamativas.

186 También recurren a las famosas temporadas de descuentos y de eventos especiales, a las actividades de integración y a las rifas y concursos.

de un dispositivo en la medida en que se configura toda una tecnología política a través de la cual se procuró producir espacios, prácticas y sujetos.



Figura 1.6. Centro Comercial Oviedo, Gabriel Carvajal, sin fecha, Archivo fotográfico BPP.



Figura 1.7. Mundo Compras de Periódico El Mundo, 14 de diciembre 1981.

La inscripción de una fotografía que aparece en el folleto Mundo Compras del periódico El Mundo (fig. 1.7), en la cual se observan dos mujeres mientras decoran un puesto comercial, enuncia “la foto lo dice todo: la alegría de quienes están arreglando el mostrador, la frescura de quien está al lado de allá, la tranquilidad de la está sentada. Una imagen de San Diego, una actitud de navidad, una frescura total” (Mundo Compras, Periódico El Mundo, 14 de diciembre de 1981, pp. 10). Es esto ciertamente lo que se le empieza a ofertar a los sujetos, no sólo mercancías, se trata de ofrecer sensaciones, de garantizar la libertad, la felicidad y la seguridad a través de la cada vez mayor concentración de todos los servicios posibles en un mismo espacio; la estrategia: acaparar y concentrar todos los escenarios en los que habitan cotidianamente los sujetos urbanos; el propósito: el gobierno de los sujetos, es decir,

regir de manera calculada la conducta de los hombres¹⁸⁷. Indudablemente, el poder ejercido a través de los espacios, las estrategias y los discursos del consumo es un poder que gestiona positivamente la sociedad que pretende configurar y los sujetos que procura producir, es un poder que en lugar de arrinconar, seduce; y es justamente aquí en donde reposa la eficacia de este poder: la seducción, la incitación no sólo hacia la tranquilidad y la libertad sino hacia la novedad y diversidad, despierta, activa y moviliza el deseo humano¹⁸⁸. Aquí, en este tipo de poder donde el motor de acción es la seducción, el deseo se constituye como una invariante que funciona en el conjunto de la sociedad; después de todo era necesaria una conciencia, que había construido sus fundamentos a partir de estudios de estadísticos y de análisis de los hábitos de una población, de que la sociedad, en la cual funcionarían unos mecanismos ideados para acaparar cada vez más consumidores, estaba compuesta de individuos perfectamente diferentes unos de otros. En esta medida, la noción de deseo, la relación que tiene con la búsqueda del interés individual, será fundamental en la incorporación del poder y del gobierno a través del consumo; en estos, el deseo constituye el elemento que va a impulsar la acción de todos los individuos. Todo esto demuestra que, paulatinamente se fueron instalando, desde entonces, unos saberes de la sociedad y de los individuos, que no son exactamente las ciencias de su funcionamiento interno, y unos dominios de sus prácticas que son más que la capacidad de comprenderlas: a partir de mediados de la década de 1970, con la emergencia de estos saberes y estos dominios se ha ido constituyendo el dispositivo de consumo local, pero es sobretudo desde los últimos años del siglo XX que el dispositivo adquiere su forma contemporánea.

187 Con esto, no se trata de argumentar que el dispositivo de consumo hace parte de ese engranaje en el cual el poder funciona como ese gran Leviatan a través de un instigador, a través del control absoluto y soberano; por el contrario, la noción de estrategia hace referencia a esa “estrategia sin sujeto” elaborada por Foucault, según la cual el poder funciona a través de unas implementaciones “inconscientes” de mecanismo y tecnologías políticas que tienen condiciones de posibilidad históricas y, por tanto, condiciones de existencia sociales, es decir, que existen de manera implícita, aunque activa, en todo el espesor social.

188 En el curso *Seguridad, territorio y población* (2006), Foucault expondrá que la noción de *Deseo* será implementada desde el siglo XVIII para la elaboración de técnicas de poder y de gobierno: “A través del pensamiento económico político de los fisiócratas vemos formarse una idea muy distinta: el problema de quienes gobiernan no debe ser en modo alguno saber cómo pueden decir no, hasta donde pueden decirlo y con qué legitimidad. El problema es saber cómo decir sí, cómo decir sí a ese deseo. [...] Tenemos aquí, por tanto, la matriz de toda una filosofía utilitarista, por decirlo de algún modo” (Foucault, 2006, pp. 97).



Figura 1.8. Construcción Parque comercial El Tesoro, Publicación institucional, 1999.

Con la construcción de Unicentro en 1991 y de El Tesoro en 1999 (fig. 1.8), se da un gran impulso a la instalación de los grandes Centros Comerciales como los modelos del funcionamiento espacial de la sociedad. De esta manera, habrá que reconocer que la afirmación de Beatriz Sarlo, de que este tipo de espacialidad “ha impuesto su tipología a todas las formas de consumo” (Sarlo, 2010, pp. 9), tiene mucho de certera¹⁸⁹; sin embargo, es necesaria una

aclaración de las razones por las cuales este modelo tiende a generalizarse desde entonces, razones que no se agotan en la “fusión” de la oposición clásica entre público y privado¹⁹⁰. En

189 En su texto *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana* (2010), Beatriz Sarlo dirá: “El *shopping* es ordenado porque expulsa la idea misma del desorden y se opone así a la ciudad, cuyo espacio público, incluso en sus momentos y lugares de mayor ordenamiento, no puede condenar de manera instantánea el uso no previsto. En oposición a la casualidad que rige lo urbano, incluso lo urbano más planificado, el *shopping* expulsa la casualidad y junto con ella cualquier intervención fuera de ese programa. Este ordenamiento es lo que lo diferencia, para sus usuarios de manera positiva, de la posible irrupción de los avatares ineliminables de lo urbano. Modelo de un mercado ordenado, el *shopping* ofrece un modelo de sociabilidad ordenada entre iguales” (Sarlo, 2010, pp. 24).

190 A partir del análisis de Walter Benjamin sobre los pasajes parisinos del siglo XIX, la crítica realizada a los espacios de consumo se centraría, la mayoría de las veces, en esa tesis que se impuso, y que por lo tanto sería bastante común en los trabajos sobre estos espacios, sobre estos como los simulacros de un espacio público que la modernidad capitalista estaba acabando poco a poco. Mientras Benjamin argumentaría que los pasajes serían el nicho “natural” de las fantasmagorías del progreso moderno y que por ello mismo estos espacios se encargaban de desdibujar lo privado en la imagen de lo público; el razonamiento de muchas de las tesis contemporáneas es que la recreación del espacio público a través de los *shopping* es la razón principal del porqué el “verdadero” espacio público está desapareciendo: “el *shopping mall* es central por su tendencia a destruir la ciudad central -la calle simulada con aire acondicionado sustituye a la real- y por proponerse como modelo ideal de cualquier espacio público de la ciudad. Si el *shopping mall* nace como una imitación, domesticada y protegida, de las calles de la ciudad real, hoy en la ciudad nueva de la hiper-realidad, el simulacro con aire acondicionado de la calle representa a la ciudad ideal” (Amendola, 2000, pp. 257).

primer lugar, el hecho de que estos espacios no se fundan en sí mismos, ni se configuran ni funcionan a partir de sí mismos, es decir, no se establecen en una sociedad como espacios autocontenidos que sólo se deben a su funcionamiento interno, sino que hacen parte activa de todo un engranaje político en la medida en que son productos de una gubernamentalidad, pero así mismo movilizan y ponen a funcionar dicha gubernamentalidad, implica que exista una relación dinámica entre el interior y el exterior, lo que constituye, por ende, a los Centros Comerciales en un lugar privilegiado para hacer posible la experimentación sobre los hombres, y para analizar las transformaciones y los comportamientos que se pueden obtener de ellos. Esto obedece a que tanto las planeadas distribuciones espaciales como el juego de una vigilancia “absoluta” sobre los individuos, responden a esa idea de sociedad perfecta¹⁹¹; de esta forma, podemos afirmar que los Centros Comerciales funcionan como una especie de laboratorio de poder. Aun así, y en segundo lugar, el Centro Comercial no debe ser comprendido como un edificio onírico, debe ser comprendido sólo como un modelo generalizable de funcionamiento; una estrategia que define las relaciones de poder con la vida cotidiana de los individuos que en él circulan. En este mismo sentido podemos afirmar que en Medellín, desde por lo menos finales de la década de 1990, el modelo abstracto del “Gran Centro Comercial” comienza a funcionar como el diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal; pues sería precisamente en esta década en la que se construirían esos dos espacios de consumo que ya fueron referenciados: Unicentro en 1991, el cual sería el primer gran espacio de consumo construido en el occidente de la ciudad, pero será El Tesoro, construido entre 1996 y 1999, uno de los grandes referentes espaciales del consumo local; pues aunque en esta misma década también se construirían otras de éstas espacialidades, entre ellas algunos conocidos centros comerciales como Obelisco (1990)

191 El modelo del *shopping mall* parece ser la figura arquitectónica en la que se consagra el ideal de las occidentales de la modernidad. Si bien este ideal se conjugó a principios del siglo XIX en el panóptico ideado por el reformador Jeremias Bentham, en la contemporaneidad sería el *shopping mall*. La eficacia de estos dos dispositivos arquitectónicos reposa, sobretodo, en el poder que se ejerce a través de la vigilancia; el efecto de dos formas de vigilancia distantes tiende a ser el mismo: inducir en los sujetos que se encuentran dentro un estado consiente y permanente de visibilidad, la cual garantiza el funcionamiento automático del poder. Aunque en el panóptico el lugar de la vigilancia era la torre central, y en los *shopping mall* está diseminado por todo un sistema heterogéneo de cámaras y agentes, el uno como el otro sumergen a los individuos en todo un campo de visibilidad y, como diría Foucault, “el que está sometido a un campo de visibilidad, y que sabe que lo está, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las pone en juego espontáneamente en si mismo” (Foucault, 2009, pp. 235).

y Viscaya (1994 aprox.), es innegable que El Tesoro se constituyó, desde entonces, como el Centro Comercial más característico de Medellín, tanto por su tipología arquitectónica como la amplia oferta de almacenes y servicios.



Figura 1.9. Guayaquil, calle La Alambra, Gabriel Carvajal, sin fecha, Archivo fotográfico BPP.

Ahora bien, la eficacia de dicho modelo es tal que por esta misma época en Guayaquil, el sector donde había funcionado tradicionalmente el comercio de la ciudad (fig. 1.9) y el mismo que se tenía la intención de echar al olvido desde 1970 con la llegada de San Diego¹⁹² como ya se había hecho notar, se emprende una iniciativa de organizar todo el comercio en función de hacer del sector “un gran centro comercial”¹⁹³: “Con líderes naturales de amplia trayectoria y generaciones nuevas de administradores y comerciantes del sector de Guayaquil, el sector se proyecta a futuro como un gran centro comercial para la ciudad de Medellín” (fig. 1.10) (Guayaquil, Periódico El Mundo, Medellín, diciembre 14 de 2001, pp. 3). Así, y por paradójico que pueda parecer, los espacios en donde se ha concentrando el comercio



Figura 1.10. Centro Comercial Pichincha Maturin El Hueco n°1, Revista Guayaquil, 2001.

informal, el contrabando y la venta de toda clase de mercancías, comenzaron a valorar el prototipo y, por ende, responder a este modelo; lo cual quiere decir que más que impulsar nuevos criterios sobre los elementos, las dinámicas, las estéticas y las mercancías allí presentes, o que se pretendieran nuevas disposiciones espaciales que fueran equiparables con un modelo arquitectónico; de lo que se trataba era de procurar algunas adaptaciones a los procedimientos

192 En una entrevista hecha al gerente de la sociedad Centro Comercial Sandiego en 1982, diría, en respuesta de una pregunta, que para él “el principal aporte fue hacerle entender a todos, que Medellín no puede continuar viviendo su centro tradicional. De tal manera, el Centro Comercial Sandiego ha mostrado el camino para que la gente se adecue a las nuevas orientaciones de una ciudad en pleno desarrollo que requiere de servicios comerciales por fuera del centro de la ciudad. Este tipo de desarrollos que promueven los centros comerciales hacen que las congestiones y los problemas de crecimiento de las ciudades no se agraven y evitan así un más severo deterioro” (El Mundo, noviembre 3 de 1982, pp. 5).

193 En 1993 se crea la Asociación de Comerciantes de Guayaquil -Asoguayaquil-, la cual tenía como objetivo “agrupar los Centros Comerciales y demás negocios, para lograr desarrollar el comercio de Guayaquil, acorde con las exigencias legales y de la ciudadanía en general” (Guayaquil, Periódico El Mundo, Medellín, diciembre 14 de 2001, pp. 3).

propios de esos grandes referentes, como concentración y articulación entre almacenes, servicios y actividades; de hecho, es posible afirmar que el sólo título de “gran centro comercial” puede aportar un halo de importancia urbana y algo de prestigio social. No obstante, no podemos obviar que esta repercusión de los espacios del consumo contemporáneo marcarían, a partir sobretudo de finales de la década de 1980 y principios de la siguiente, huellas indelebles en la morfología urbana, por una parte, y en el funcionamiento de la sociedad, por otra. En relación a la forma del hábitat urbano debemos admitir que no sólo tuvieron su impacto en el sitio específico de su implantación y en sus alrededores cercanos sino que alteraron la configuración urbana de toda la ciudad; pues no sólo se comenzaron a construir grandes centros comerciales en otros puntos diferentes del sur de la ciudad sino que posibilitó la reorganización espacial de esos sectores que parecían olvidados para el consumo global: por ejemplo, en centro de la ciudad sobretudo, en Junín se adaptarían nuevos espacios de consumo y revivirían los antiguos -El Boulevard de Junín sería uno de ellos-, y en Guayaquil, los espacios comerciales integrados en lo que se ha conocido localmente como El Hueco se verían obligados a organizarse. Vemos entonces que a partir sobretudo de 1990, con el despegue esplendoroso de un consumo local efectuado en los Centros Comerciales, estos empiezan a aparecer cada vez más como la “utopía” de un consumo insuperable; de manera que, frente a los lugares ruinosos, bulliciosos, mugrientos y atiborrados de gente y de mercancías, el Centro Comercial se considera un artificio limpio y embellecido.

A partir de la difusión exacerbada de los discursos neoliberales en los últimos años del siglo XX y de su definitiva instalación en los primeros del XXI, los Centros Comerciales en lo local siguen multiplicándose y, por tanto, la intensificación del dispositivo de consumo a amplificarse; se propaga el Centro Comercial arquetípico, pero también sus variaciones más rudimentarias, pintorescas y populares: desde Los Molinos (2006), Unión Plaza (2006), Premium Plaza (2007), Santa Fe (2010), Viva Laureles (2012), Florida Nueva (2013), como aquellos que respondían eficazmente con el modelo, también tenemos aquellos otros que, de una u otra forma, lo haría a su manera y con su impronta local propia como, por ejemplo, El Punto del Hueco (2005), el

Hollywood (2006), El Punto de la Oriental (2010) y el Gran Plaza (2011), todos estos ubicados en el centro de la ciudad. De modo que, si con la noción de Centro Comercial se pretende proyectar un espacio contemporáneo perfecto, lo que se demuestra es que el dispositivo de consumo en tanto tal puede “descentrarse” y funcionar de manera difusa, múltiple y polivalente en el cuerpo social entero. La disposición espacial del Centro Comercial es sólo una fórmula de la generalización amplia de la gubernamentalidad que la comanda: la idea del Centro Comercial como la síntesis espacial de la gubernamentalidad contemporánea es la manifestación, en el nivel de mecanismos elementales y transferibles, de los funcionamientos de base de una sociedad enteramente atravesada y penetrada por estrategias, discursos y prácticas neoliberales. Así, a través de la concreción espacial de las lógicas neoliberales, tenemos con el consumo un dispositivo funcional que debe posibilitar e incrementar el ejercicio del poder neoliberal volviéndolo más rápido, ligero y eficaz, un diseño de las directrices sutiles para una sociedad futura:

Los comerciantes han venido entendiendo que si queremos sacar adelante nuestro sector comercialmente, es necesario organizarnos, la globalización de la economía a nivel mundial nos ha venido enseñando como los grupos económicos se han agrupado para enfrentar los grandes retos del futuro.

[...] Hagamos la fuerza conjunta para que todos los proyectos que hemos venido realizando los podamos mejorar todos los días, tales como ampliar el horario de vigilancia, editar mayor número de revistas y poder llevar nuestros almacenes y mensajes a todos los rincones de la Ciudad, ampliar el número de boletines y mejorar las relaciones sociales que se realizan en el sector (Ciudad Comercial, Revista comercial y de negocios, N° 3, diciembre de 2007, pp. 4).

Con esto, reiteramos entonces que el dispositivo de consumo tiene la capacidad de amplificarse y, en este sentido, es polivalente en sus aplicaciones y en sus disposiciones; funciona como productor de espacios, prácticas y sujetos ideales, pero también expande sus límites y logra integrar otros tipos de espacialidades, prácticas y sujetos¹⁹⁴. De ahí que este dispositivo sea uno

194 Si bien no podemos negar que el Centro Comercial en su forma “pura” e ideal, a través de los mecanismos de seguridad, reivindica de cierto modo el programa del panóptico, es decir, “la preocupación análoga de la observación individualizadora, de la caracterización y de la clasificación, de la disposición analítica del espacio” (Foucault, 2009, pp. 235); si habrá que reconocer que la pureza de este espacio pierde su sentido cuando el dispositivo en su totalidad se expresa: mientras que a través de los mecanismos propios de los ejemplares Centros Comerciales -todo el sistema de seguridad, como lo medido y controlado de la disposición espacial- las diferencias están constantemente establecidas, con el dispositivo en su infinita amplitud, por el contrario, las

de los más significativos movilizados de la gubernamentalidad neoliberal desde finales del siglo XX; pues a través de él se trata de multiplicar el número de espacios que la activan y de capturar los espacios existentes para así acrecentar su capacidad de producir prácticas y gobernar sujetos. Es esta amplitud la que permite que la relación local con el consumo sea activa en todas las escalas del orden social, así no necesariamente sea efectuada en los espacios arquetípicos; lo prueba la proliferación de nodos de consumo en todos los rincones del espacio urbano, la implantación de centralidades barriales que funcionan expresamente alrededor del consumo, pero también lo demuestra la expansión de las grandes superficies¹⁹⁵ a través de formatos más pequeños y que funcionan de forma específica de acuerdo al sector donde sean instalados. El movimiento que va del Centro Comercial a los lugares populares del consumo, de un esquema de espacio ideal de excepción al de la generalización del dispositivo, reposa en el funcionamiento histórico y social del neoliberalismo como opción política y como modo de existencia. En otras palabras, el tránsito que va desde la inauguración de San Diego hasta nuestros días, equivale no sólo a una proliferación vertiginosa de Centros Comerciales en todo el área urbana sino a una expansión de la “nueva” racionalidad de gobierno; y aunque las espacialidades del consumo popular han estado habitualmente en el lado oculto, pues son las que enturbian la imagen globalizada y contemporánea de Medellín¹⁹⁶, con su inserción en la red del dispositivo han comenzado a ocupar un lugar cada vez menos marginal en las prácticas de consumo de los ciudadanos. Esta inserción de prácticas de consumo populares dentro del dispositivo no ha sido tan banalizada por los “expertos” como se piensa; por ejemplo, en un artículo titulado “Mercadeo a la colombiana” se exponen la importancia de implementar estrategias de marketing “en todos

diferencias son reunidas y volcadas a su funcionamiento. En otras palabras, el Centro Comercial referido a su forma ideal excluye, el dispositivo de consumo incluye. Es por esto que se rechaza el hecho de que los estudios del consumo estén casi siempre reducidos al análisis del funcionamiento de espacios de consumo que efectivamente funcionan como burbujas, y es por esta misma razón que se propone que el consumo debe comprenderse en su carácter de dispositivo.

195 El Exito, el que podría llamarse el sistema de almacenes más popular de Medellín, emprendió, especialmente a partir de la segunda década del presente siglo, una gran expansión en toda la ciudad, llegando así a través de una gran variedad de formatos y de ofertas a todos los sectores, incluyendo estos a los más populares.

196 “Recuerde: Si usted desea divertirse en familia, compartir con amigos y disfrutar del mejor tour de compras, no deje de visitar las opciones de comercio organizado, que le ofrecen comodidad, diversión, tranquilidad, una variada programación y alternativas de entretenimiento sin igual. Compre seguro, productos de calidad y aproveche innumerables servicios bajo un mismo techo, con respaldo, garantía, confiabilidad, eficiencia y agilidad” (Guía de Centros Comerciales, 2009, pp. 5).

los ordenes de la vida nacional” en la medida en que este deviene “proceso social y en el marco de determinada realidad”:

Es la realidad asociada a nuestro pasado la que explica la existencia de una serie de comportamientos y prácticas comerciales que vistas desde países y economías desarrolladas, podrían ser consideradas como atrasadas y en vías de extinción. [...] Apoyados en esta histórica diferenciación de las distintas manifestaciones culturales que en Colombia se sienten por doquier, es que académicos y gerentes debemos potenciar nuestra energía vital para que desde el mercadeo podamos definir adecuados métodos y estrategias que permitan comprender consumidores, conquistar compradores, pero sobre todo, conservar clientes, en el marco de cada realidad regional, de cada segmento de mercado.

Solamente así podemos contemplar en su real extensión las infinitas expresiones comerciales que en la cotidianidad de los mercados en Colombia siguen manteniéndose vivas, muy a pesar de los enormes embates que desde la contemporaneidad se les ha hecho tratando de imponerse a nuestras tradiciones, a nuestra propia historia.

He aquí algunas de ellas: la ñapa transformada en una de las más tradicionales formas de hacer promoción de ventas con producto adicional, el regateo donde “el estire y el afloje” entre compradores y vendedores se impone, las zorras trasportando todo tipo de productos, los culebreros “persuadiendo” a punta de impulsivos argumentos, los payasos en eventos promocionales de cierto tipo de productos, el papel de las casi 450 mil tiendas tradicionales en la venta al detal superando a las llamadas “grandes superficies”, la miniaturización de las presentaciones opuesta a las tendencias mundiales de agrandar el tamaño de los productos, la costumbre de ser “atendido por su propietario”, las ventas callejeras hechas empujando carretas cargadas de productos para el hogar, las fiestas populares donde se aprovecha la religiosidad o la parranda, el consumo de productos regionales como la comida, la bebida, los juegos de azar y el deporte. [...]

Ante esta compleja realidad que nos ha hecho diferentes, Colombia tendrá un sensible cambio el día en que seamos capaces de mirarnos a nosotros mismos desde nuestra propia realidad y en el marco de nuestras propias circunstancias para que desde allí podamos podamos concebir e implementar un mercadeo que se corresponda con estos patrones culturales que nos diferencian y a la vez que nos acercan como nación y como identidad. Ese día aprenderemos muy seguramente que por ser Colombia un país de regiones, necesitamos recurrir a la antropología y a la sociología para comprender consumidores, conquistar compradores pero sobre todo para conservar clientes, apoyados siempre en una visión cultural del marketing que ha sido sintetizada en una propuesta que desde tiempo atrás venimos impulsando y que algunas empresas han aplicado con éxito organizacional: el *etnomarketing*, entendido como la dimensión cultural del marketing (Revista Tiempo de mercadeo, N° 2, julio – septiembre de 2004, pp. 54 – 56).

Lo que se hace visible en este artículo es que el dispositivo de consumo funciona a través de una concepción amplia de su capacidad de abarcar un conjunto demasiado amplio de la población,

pero también que éste tiene necesidad de que todo registro por local, popular o impugnador que pueda ser entre dentro de su funcionamiento para reforzar así la tecnología política de la que depende. Así, vemos que el dispositivo de consumo funciona a través de un poder que no sanciona, no condena y no inhabilita las prácticas que se estiman salidas del orden deseado, y de saberes que expanden los horizontes de comprensión de las “realidades” para así integrar las diferencias en el ejercicio de ese poder múltiple. Esta dinámica que articula el poder y los saberes dentro del mismo dispositivo se inscribe, por tanto, dentro de la lógica consistente en gobernar y dirigir los comportamientos humanos que, a través de un “control” minucioso sobre las prácticas y los espacios, promueve como estrategia la idea de libertad; esa idea de libertad ya expuesta¹⁹⁷ y que funciona según el modelo de la variedad y de la multiplicidad de opciones, de objetos, de marcas y de todo aquello que sea posible mercantilar. No obstante, y como lo sugerirán Laval y Dardot “la «libertad de elegir» se identifica de hecho con la obligación de obedecer a una conducta maximizadora en un marco legal, institucional, reglamentario, arquitectónico, relacional, que debe estar construido, precisamente, para que el individuo elija «con toda libertad» lo que necesita elegir obligatoriamente en su propio interés” (Laval y Dardot, 2013, pp. 218).

Podemos decir con esto que, en relación a las prácticas de consumo, las dinámicas sociales de un espacio tan “prestigioso” como El Tesoro o Santa Fe puede ser comparables a las de un espacio urbano “popular” como El Hueco y, en relación a la eficacia del poder del consumo, la diferencia entre comprar un par de artículos deportivos “adidas” en El Tesoro o adquirirlos bajo el nombre “adadis” en cualquier almacén o carpa ambulante de Guayaquil no es considerable. Es decir, que entre las grandes marcas, el contrabando y la piratería hay un despliegue extendido del dispositivo de consumo, el cual funciona a través de las diferencias y las especificidades y a partir de lo cual se debe toda su fuerza política. Habrá que admitir, entonces, que la estrategia neoliberal, movilizadora y efectuada por dicho dispositivo, consistirá en crear e instaurar el mayor número de situaciones de consumo posibles; por tanto, implica que nuestra vida cotidiana esté

197 En el segundo capítulo se problematiza la relación entre libertad y consumo en el apartado “La gubernamentalidad y la “efectuación” de las libertades contemporáneas a través del consumo”.

completamente atravesada por el consumo, que cualquier acto de consumo, en el espacio que sea y con la mercancía que sea, signifique ingresar de hecho dentro del dispositivo y que toda practica asociada obedezca a las lógicas impuestas por la gubernamentalidad neoliberal; en otras palabras, los espacios, estrategias y discursos organizan el dispositivo “con el fin de que los individuos acepten la situación de mercado tal como se les impone a modo de «realidad», o sea, como la única «regla del juego»” (Laval y Dardot, 2013, pp. 219). Tenemos así dos variaciones con respecto a las formas clásicas de comprender y analizar el consumo tanto en su estructura global como en sus usos específicos: entenderlo en su carácter de dispositivo conlleva, en primer lugar, a un rechazo por la concepción del consumo como un mecanismo de exclusión, la cual está enmarcada en la idea del “purismo” de las marcas y del funcionamiento interno de los “grandes Centros Comerciales”¹⁹⁸, en favor de un análisis amplio del consumo que lo integra a las diferentes dinámicas sociales, es decir, el consumo deviene en este sentido un dispositivo que cobija todas las expresiones y manifestaciones que lo involucran; lo que implica que, igualmente y en segundo lugar, se tome una distancia crítica respecto a esa tendencia a suponer que todas las manifestaciones que se salen de esos márgenes “puros” del consumo obedecen o a resistencias o a prácticas que escapan a las redes de una gubernamentalidad, tanto por su especificidad social como por su “naturaleza” cotidiana¹⁹⁹. Con todo, el entendimiento del consumo local como un

198 Otra de las hipótesis más comunes en los trabajos contemporáneos sobre el consumo, es la que plantea que el consumo tiende, por una parte, a una homogenización de la sociedad y los individuos a partir del imaginario de las marcas y los espacios y, por otra, a la exclusión de los individuos que finalmente no pueden entrar en este circuito; los argumentos que se utilizan con más frecuencia, casi siempre sociológicos, es que en la actualidad no se necesita tener los ingresos más altos para poder adquirir los zapatos más caros, de la marca más reconocida y la cual tiene almacenes en los Centros Comerciales más exclusivos de la ciudad; aunque hay que admitir que esta tesis tiene su parte de certeza, lo que es pertinente criticar es que esto no necesariamente constituye un medio ni de homegenización ni mucho menos de exclusión, en la medida en que la oferta de productos tan excesivamente amplia -incluye muchas variedades según precios y las marcas- que no da pie ni a una ni a otra; por el contrario, a lo que se tiende cada vez más es a promover unas formas de vida asociadas al consumo, en la que cualquier individuo, sin importa el nivel socio-económico, participe de manera activa, de esta forma, a través del consumo se deben incorporar las diferencias. Vale decir, finalmente, que esta tesis tiene sus raíces en las críticas realizadas al modelo de la sociedad de consumo liberal.

199 En este punto, la teoría de Michel de Certeau sobre los procedimientos de la creatividad cotidiana es fundamental. Para Certeau, las determinaciones del poder no deben ser generalizables; pues según Michel De Certeau, resulta mucho más importante señalar cómo una sociedad entera no se reduce a él. De este modo, si bien es cierto que por todas partes se extienden y precisan las retóricas y acciones del poder a través de técnicas disciplinares, son innumerables los procedimientos populares que juegan con los mecanismos del control social de manera habitual; algunas veces bajo las formas de la resistencia pero casi siempre sobre lo corriente; configurando así reorganizaciones del espacio sociopolítico. Formas de habitar espacialidades controladas, de crear territorios sociales y de intercambio, de transformar itinerarios constituyen unas de las mil prácticas a través de las cuales los

dispositivo propio de una gubernamentalidad neoliberal que se ha ido instalando paulatinamente desde las últimas décadas del siglo XX hasta llegar a su forma contemporánea pone en cuestión, no sólo las teorías clásicas que lo ponen en el centro de la sociedad o a la sociedad que lo pone a funcionar sino, sobretudo, a los mismos individuos, a la relación que construyen con él y a las formas como ingresan en sus mecanismos. En relación a las orientaciones del consumo contemporáneo se estima que “hoy en día, en un entorno competitivo en el que la oferta de productos es abundante, favorecida por la aparición de internet y del comercio electrónico, los consumidores se han vuelto más exigentes” (Fenalco, Revista Centros Comerciales, Nº 9, mayo de 2013, pp. 40); por tanto, reconocerse como un consumidor exigente -lo cual, probablemente, la mayoría lo somos- debe implicar medir si nuestras formas de relacionarnos y comportarnos con los otros funciona, o no, a través de una lógica competitiva y con nosotros mismos a partir de la gestión empresarial.

sujetos se reapropian del espacio organizado. Las alteraciones espaciales desde lo cotidiano debilitan los controles sociales pero le brindan diversidad política a la vida social. No obstante, en uno de los últimos artículos de Foucault, *El sujeto y el poder*, el filósofo francés precisa lo que él ha entendido por Poder, la forma de abordarlo en sus trabajos y la relación del Poder moderno con el sujeto moderno. Por tanto, Poder, para Foucault a diferencia de De Certeau, no es sinónimo de dominación, al contrario, es un conjunto de modalidades de acción que incitan, inducen, seducen y orientan; implica siempre un juego con la libertad y se ejerce sobre sujetos libres. Así, como lo sugiere el mismo filósofo, el Poder está enraizado en el nexo social, es constitutivo de la vida social y no reconstituido sobre la sociedad. Con esto podemos afirmar que no hay enclave de poder más implacable -por sus sistemas de vigilancia, de seguridad y de exclusión- y al mismo tiempo escenario más seductor y atrayente que el consumo contemporáneo. Entre más libertad se ofrece en sus espacios, más vigilancia se ejerce; y, aún así, los *shopping mall* se han convertido en los mayores espacios de efectucción de la vida social contemporánea.

CÁPITULO QUINTO

SUBJETIVIDADES LOCALES CONTEMPORÁNEAS

Si aceptamos que el neoliberalismo ha hecho atravesar al mundo social por un turbulento proceso de transformaciones, y que éstas han llegado a alcanzar todas las dimensiones de la vida humana, habrá que reconocer igualmente que en el ámbito de las subjetividades también se ha hecho evidente la discontinuidad tanto referida; en otras palabras, la asimilación del cambio y las transformaciones conllevan, inevitablemente, al establecimiento de una discontinuidad que supone una novedad tanto en los horizontes de acción política y económica de las sociedades como en la formación de conductas y comportamientos de los individuos. No se trata, entonces, ni de las modulaciones impuestas por un hábitat urbano industrial ni, mucho menos, de las estructuras sociales formadas a partir de un consumo de masas; de lo que se trata es de esa “nueva razón del mundo” que despliega sus lógicas de gobierno de manera generalizada, es decir, de la misma forma en que preside los funcionamientos políticos, dirige y orienta las relaciones económicas mundiales, prescribe las dinámicas sociales y modela la subjetividad. Es preciso entonces la problematización crítica del presente que nos constituye en relación a la producción de subjetividades contemporáneas, por lo que se hace necesario una conciencia de las diferencias con el tiempo que nos precede, y no solamente porque pareciera obvio que son innumerables las manifestaciones de que el neoliberalismo ha producido una época limítrofe, sino porque dar solución de continuidad a las formas sociales impuestas por el liberalismo industrial y de consumo de masas sería más que un error de diagnóstico, implicaría correr el riesgo de reducir la gubernamentalidad neoliberal, con todo lo que ella supone²⁰⁰, a su mera representación

200 El problema de lo que constituye la gubernamentalidad en la modernidad ya ha sido suficientemente abordado en los capítulos anteriores; no obstante, podemos reiterar la argumentación que aparece en la cita de Foucault anteriormente referenciada: “por «gubernamentalidad» entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esta forma bien específica, aunque compleja, de poder [...]. Entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar «gobierno» sobre todos los demás: soberanía y disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, [y por otro] el desarrollo de toda una serie de saberes” (Foucault, 2006, pp. 136); según la cual, ésta está atravesada históricamente por elementos que imprimen una especificidad en determinado momento, lo cual conlleva a que esta no sea concebida como una propiedad, sino como el engranaje de estrategias y

ideológica o a su simple registro de política económica, lo que conllevaría, a su vez, a asumirnos como sujetos ajenos a esta lógica que creemos sólo se ocupa de mercados, empresas y competencias. Es justamente este descuido el que ha posibilitado al neoliberalismo “prevaler más que nunca como sistema normativo dotado de cierta eficiencia, o sea, capaz de orientar desde el interior la práctica efectiva de los gobiernos, de las empresas y, más allá de esto, de millones de personas que no son necesariamente conscientes de ello” (Laval y Dardot, 2013, pp. 13).

Tenemos entonces que los desplazamientos y las transformaciones obedecen a un movimiento histórico que va de una estructura social anclada a las diferentes formas que adquirió el liberalismo desde finales del siglo XVIII, hacia un tipo de concepción y organización de la sociedad que comenzó a perfilarse hace unas cuantas décadas²⁰¹; en este movimiento se inscriben también las transformaciones de las prácticas, los comportamientos y los cuerpos de los individuos, es decir, este “nuevo” contexto imprime su fuerza política e histórica en la producción de la subjetividad. De manera que, a la luz del cambio introducido por una nueva racionalidad política, nos constituimos como sujetos históricos y sociales en tanto productos de esa actividad consistente en gobernar y regir la conducta de los hombres propia del neoliberalismo; lo que implica, por ende, que las especificidades de cada sujeto en particular no correspondan ni a determinaciones naturales ni a esencialismos ahistóricos y metafísicos, sino que constituyen simplemente una forma histórica y social. En síntesis: cada uno de nosotros, en tanto sujeto, es

mecanismos a través de los cuales se pretende el gobierno efectivo de los hombres, por tanto, sus efectos sobre los individuos no deben atribuirse a una apropiación, sino a disposiciones, a maniobras, a tácticas, a técnicas y a funcionamientos. Se descifra en ella una red de relaciones siempre en movimiento, por lo que se hace imposible detentar la gubernamentalidad, pues ella funciona de manera intensiva y extensiva en todo el cuerpo social.

201 Para Laval y Dardot, la modernidad se había constituido, por mucho tiempo, a partir de una cantidad innumerable de elementos de carácter normativo, político, social, económico e incluso religioso; es decir, la modernidad tal cual como se había edificado hasta mediados del siglo XX era fundamentalmente heterogénea: “El sujeto occidental vivía así en tres espacios diferentes: el de las prestaciones y creencias de una sociedad todavía ritualizada y cristianizada; el de los Estados Nación y de la comunidad política; el del mercado monetario del trabajo y la producción. Esta partición fue móvil desde el inicio, y lo que estaba en juego en las relaciones de fuerza y las estrategias políticas consistía, precisamente, en fijar y modificar sus fronteras” (Laval y Dardot, 2013, pp. 331). Sin embargo, los autores señalan que esta pluralidad que se pensaba propia de la modernidad ha sido completamente desdibujada por el momento neoliberal, en el cual los discursos por diversos que puedan parecer tienen una dirección común, y es la de una generalización sin precedentes en todos los ámbitos, campos y rincones del mundo social de la figura de la empresa.

un inevitable representante del tiempo en que le tocó vivir, del cual hacemos parte como productos y como productores aunque nos constituyamos como individuos con características que nos son propias; por lo tanto, nuestra subjetividad, nuestra forma de ser y estar en el mundo es, querámoslo o no, el resultado de procesos que configuran el modo de ser neoliberal contemporáneo: procesos que imponen el mercado como el lugar de veridicción de la gubernamentalidad²⁰², la competencia como norma de conducta social e individual y la gestión de empresa como lógica de comportamiento y producción del propio sujeto.

La subjetividad orientada al universo de la producción fue la gran obra de la sociedad liberal e industrial; en ella, el disciplinamiento de los cuerpos estaba regulado por la heterogeneidad de los dispositivos que producían su docilidad, la misma que se inscribía en la fabricación de sujetos más útiles en tanto más obedientes. Por su parte, la sociedad neoliberal está inserta dentro de mecanismos que modelan de forma más restringida y específica la subjetividad contemporánea; la figura de la empresa y los cálculos económicos de los que ella depende, se constituyen como las matrices de un funcionamiento social e individual generalizado. Por tanto, dos formas de ejercicio del poder, dos tecnologías políticas orientadas a producir dos tipos distintos de sujeto:

En la actualidad, diversas técnicas contribuyen a fabricar este nuevo sujeto unitario [...]. Ya no nos encontramos frente a las viejas disciplinas que se dedicaban, mediante la coacción, a amaestrar los cuerpos y doblegar los espíritus para hacerlos más dóciles, metodología

202 En Nacimiento de la biopolítica, Foucault expone como el mercado se convirtió a partir del siglo XVIII en un lugar de veridicción de la práctica gubernamental; siendo hasta la época clásica no más que un lugar de jurisdicción en la medida en que existían numerosas reglamentaciones acerca de cuales los productos debían o no llevarse al mercado, del como debía ser su fabricación, cual su origen e, incluso, como debía ser el proceso de negociación y los precios fijados. Con las teorías mercantilistas primero y luego con las fisiócratas, a mediados del siglo XVIII el mercado ya no constituía, ni debía hacerlo, un lugar de justicia sino, por el contrario, debía imponerse como un lugar que debía revelar una verdad con respecto al gobierno: las doctrinas económicas del liberalismo asumían que el mercado debía funcionar como un mecanismo natural y que, por tanto, el gobierno no podía entrometerse; es en este sentido, en el que el mercado deviene lugar de veridicción, en la medida en que es este quien no solo pone los límites al gobierno sino que, es a través de su funcionamiento, que puede evidenciarse si el comportamiento de un gobierno es correcto o erróneo, por tanto, el mercado expresa una verdad con respecto al gobierno a partir del siglo XVIII: “El mercado, en la medida en que funciona a través del intercambio permite vincular la producción, la necesidad, la oferta, la demanda, el valor, el precio, etc., constituye un lugar de veridicción, y con ello quiero decir un lugar de verificación y falseamiento de la práctica gubernamental” (Foucault, 2007, pp. 49). En el neoliberalismo, la expresión de la verdad con respecto a la gubernamentalidad, se manifiesta, sobretudo, en la promoción y el fortalecimiento de ese principio formal que es la competencia.

institucional que desde hace mucho tiempo se encuentra en crisis. Se trata de gobernar a un ser cuya subjetividad debe estar implicada en la actividad que se requiere que lleve a cabo. Con tal fin, hay reconocer en él la parte irreductible del deseo que lo constituye (Laval y Dardot, 2013, pp. 331).

Confirmamos así que el funcionamiento de la subjetividad neoliberal se encuentra en un nivel muy distinto del poder del que se encontraba la subjetividad producida por los dispositivos de la disciplina. El ejercicio del poder en el neoliberalismo más que manifestarse como el efecto de conjunto de unas posiciones estratégicas que producen los cuerpos de aquellos a quienes va dirigido, como es el caso de los dispositivos de gobierno promovidos por el liberalismo industrial, se instala en los sujetos mismos, los invade, pasa por ellos y a través de ellos; se apoya sobre ellos, del mismo modo en que son ellos quien lo ponen a funcionar en ellos mismos de la manera más eficaz. De esta forma, la gubernamentalidad neoliberal posibilita que se construya un pensamiento que asume la contemporaneidad como un periodo en donde el sujeto tiene no sólo la capacidad sino la potestad de hacerse a sí mismo; siendo esa abundante proliferación de discursos en torno al capital humano, al emprendimiento, la gerencia individual y la inversión en la felicidad personal los que más sostiene y reifican esta idea. Vemos entonces que ya no se trata de reconocer en nosotros a un ser dócil entregado a las dinámicas impuestas por el trabajo, a la ética social del ahorro y a la satisfacción de las necesidades producida a través del consumo; sino, por el contrario, lo que se procura que identifiquemos y asumamos en nosotros mismos es a ese sujeto activo que participa totalmente en las decisiones que lo involucran, que se compromete plenamente con su propia gestión y, por ende, se entrega por entero a la ascensión en su vida profesional. El sujeto neoliberal es, por lo tanto, “el sujeto de la implicación total de sí” (Laval y Dardot, 2013, pp. 331).

Es precisamente en este punto en donde radica toda la fuerza política de la gubernamentalidad neoliberal: en el enmascaramiento de su poder a través de la idea de que los sujetos se gobiernan a sí mismos; pero es a partir de las estrategias neoliberales que se configura esa voluntad de “realización de uno mismo” y también lo que se constituye como el principal blanco del poder contemporáneo. En otras palabras, el “gobierno de sí” contemporáneo está contenido en el

ejercicio de la gubernamentalidad neoliberal. Y es por eso que los registros de la resistencia son cada vez más escasos o, por lo menos, poco visibles, pues los efectos del poder de las disciplinas dejaban marcas evidentes sobre los cuerpos y los comportamientos²⁰³, por lo tanto las luchas por la “libertad” y en contra de la alienación tenían una cierta validez; mientras que la casi imposibilidad de localizar las huellas dejadas por el poder contemporáneo y, por tanto, de encontrar una fisura en el funcionamiento del gobierno favorece a que las resistencias sean cada vez menos posibles: un poder que funciona en los sujetos es un poder que se “horizontaliza”, que reduce a su mínima expresión una sensación de verticalidad con respecto a sus objetos, ya que es necesario que se suprima todo sentimiento de alienación, todo efecto de disciplinamiento y cualquier marca de soberanía. Sin embargo, “las nuevas técnicas de «la empresa de sí» alcanzan, sin duda, el colmo de la alienación al pretender suprimir todo sentimiento de alienación” (Laval y Dardot, 2013, pp. 332). Así que nuestro presente se edifica sobre un sentimiento de libertad y de poder individual, según el cual cuanto menos gobernados nos pensemos más sumidos en las redes del poder nos encontramos. Comienzan así a esbozarse las modulaciones propias del funcionamiento de la gubernamentalidad neoliberal: modulaciones que implican una aplicación extendida del ordenamiento de los análisis económicos en todos los aspectos de la existencia humana, como el matrimonio, la educación, las relaciones con los otros y hasta la propia vida. De este modo, el sujeto neoliberal está atravesado por un poder que no sólo lo define en términos económicos sino que posibilita que él mismo se piense en dichos términos; de hecho, lo más importante para la práctica del gobierno neoliberal es la cuestión del cómo procurar que todo sujeto se reconozca como un ser económico, inclusive que no sólo mida sus comportamientos

203 A través de los dispositivos disciplinares el cuerpo no se identifica por el funcionamiento de la representación sino por el de la individualización, por el de la acción sobre cada uno de los cuerpos para asegurar su pedagogización; se constituye aquí la necesidad de una “ortopedia moral” basada en la institucionalización del poder; es el tiempo de las disciplinas, de los sistemas disciplinarios. Se establece entonces una *economía política del cuerpo* con lineamientos espaciales que fueron fundamentales para llevar a cabo su misión: producir *cuerpos dóciles* -eficacia de la pedagogización sobre el cuerpo; un cuerpo dócil es un cuerpo analizable y por consiguiente manipulable-: “Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (Foucault, 2009, pp. 158 – 59). El encierro, la distribución exhaustiva de los tiempos y los espacios, la reglamentación, el examen y el ejercicio son los principios fundamentales de esta economía del poder y de los cuerpos; y son, precisamente, estos principios los que determinan las condiciones de existencia dominantes en todo el siglo XIX y la primera mitad del XX, y son alrededor de estos donde se construyen los *habitus* impuestos por las disciplinas.

“racionales” a través de los análisis económicos sino que simplemente se comporte, en su “irracionalidad”²⁰⁴, como dicho sujeto. En este sentido, y al tener una definición totalizadora del hombre en términos de un “nuevo” *homo œconomicus*²⁰⁵, las conductas de los sujetos son sistemáticas, es decir, nunca serán aleatorias en la medida en que siempre pasan por el tamiz del análisis económico.

Se esboza, de este modo, un poder que desciende hondamente en el espesor de la sociedad, pero, sobretudo, en la densidad de los comportamientos humanos. Una subjetividad medida y producida en términos económicos, es una subjetividad completamente gobernada. Ese sujeto contemporáneo, entendido como el *homo œconomicus* del neoliberalismo, se le figura a la gubernamentalidad como un elemento enteramente manejable en tanto predecible, en tanto sus comportamientos, su conducta, sus respuestas y sus reacciones ante la “realidad” pasarán siempre por la lógica de los análisis económicos. Es, en esta medida, en que el hombre del neoliberalismo es eminentemente gobernable. Y es justamente aquí donde emerge la novedad en la subjetividad neoliberal con respecto a la configuración y al funcionamiento de la subjetividad del liberalismo económico: mientras que el sujeto de éste liberalismo es el sujeto de *laissez-faire*, es decir, un sujeto que sólo debe obedecer a su interés y, por tanto, es un sujeto que no debe ser tocado por el gobierno²⁰⁶, con el neoliberalismo, por el contrario, el sujeto debe ser

204 Esta es la tesis defendida por el ya mencionado Gary Becker, considerado uno de los neoliberales norteamericanos más radicales; para él no basta con medir las decisiones racionales de los individuos con la regla del análisis económico, ya que, a fin de cuentas y según él, toda acción humana implicará una decisión, es decir una “asignación óptima de recursos escasos a fines alternativos”, por lo de manera obvia se hace necesario aplicar el cálculo económico; por tanto, el objeto del análisis económico debe extenderse más allá de esas conductas racionales, pues, a su juicio, las leyes económicas y el análisis económico puede y debe aplicarse a conductas no racionales, es decir, conductas que no pasan por el proceso de un elección o que, simplemente, no buscan “optimizar la asignación de recursos aun fin determinado.

205 El *homo œconomicus* había sido considerado como un ser racional, el cual hacía uso de su capacidad de decidir de forma analítica en el acto del intercambio; esta concepción tiene su mayor vigencia durante el liberalismo. No obstante, lo que cambia con las teorías neoliberales es esa idea del hombre que en liberalismo era un ser que en relación con la esfera económica siempre respondía de manera racional, pasa a convertirse en un ser que todas las esferas de la vida responde a través del cálculo económico y que, por tanto, deviene un empresario comprometido con su propia empresa, que no es más que su propia existencia.

206 En este punto es necesario aclarar que establecer como objeto de comparación a este sujeto del *laissez-faire* no supone una contradicción con respecto al sujeto que habíamos venido utilizando para establecer todas las comparaciones anteriores, es decir, con el sujeto producido por las disciplinas; pues éstas dos formas de producir la subjetividad fueron concomitantes y se desarrollaron articuladas durante el momento histórico del liberalismo. Como ya había sido manifestado, el sujeto de la modernidad liberal se movía a través de diferentes escenarios y,

completamente gobernado; en otras palabras, de mero interlocutor del *laissez-faire*, pasa a mostrarse como el principal correlato de la gubernamentalidad y, dicha gubernamentalidad, no puede ejercerse y, mucho menos manifestarse, sin que pase por el elemento de la subjetividad. Así que, va a ser la forma de la subjetividad la condición de existencia y funcionamiento de la gubernamentalidad contemporánea. Vemos aparecer entonces un modo de objetivación²⁰⁷ según el cual el sujeto emerge como el principal objeto del gobierno.

Este entendimiento de cómo se configura la subjetividad neoliberal y de cómo ésta funciona con respecto a la gubernamentalidad que la contiene, permite señalar una cierta paradoja ya enunciada, y es que el zócalo de la constitución de nosotros mismos como sujetos que creemos producirnos en un acto deliberado de libertad, siempre va a ser el de un gobierno minucioso que actúa sobre toda la sociedad y sobre todos los individuos; y son los discursos que describen al hombre contemporáneo en términos de rendimiento, eficacia y eficiencia los que refuerzan dicha

por lo tanto, era producido por todos de manera heterogénea. Los espacios de la disciplina, por ejemplo, estaban dispuestos para producir tipos específicos de cuerpos que debían responder a las necesidades del periodo industrial; en cambio, las concepciones del sujeto dentro de las teorías, sean políticas o económicas, del liberalismo estaban regidas por la idea de libertad individual. En función de dicha heterogeneidad en el funcionamiento del poder y, por tanto, de la configuración de la subjetividad moderna, Foucault, a través del concepto de biopolítica, establece un eje de explicación histórica el cual le permite entender la relación entre los discursos, las instituciones y los sujetos a través de una biopolítica comprendida como tecnologías políticas de la vida dirigidas al control de la población. La biopolítica en nuestras sociedades se ejerce según dos modalidades: la primera modalidad es la disciplinaria que individualiza e incita a la formación de fuerzas útiles a una actividad de producción, y que se corresponde con la serie cuerpo, organismo, disciplina, institución. La segunda modalidad biopolítica consiste en el poder regulador que tiene que ver con la sociedad, con la población, la cual corresponde a la serie población, procesos biológicos, mecanismos reguladores y Estado. En otras palabras, el poder en la modernidad liberal está organizado por un conjunto orgánico institucional centrado en la disciplina del cuerpo y por un conjunto biológico y estatal regido por la biorregulación del Estado. Estos dos conjuntos no se separan de manera absoluta, ya que hay aparatos estatales globales cuya función institucional es disciplinaria como la policía. Además, muchas regulaciones estatales globales solamente funcionan con respecto al cuerpo social a través de instituciones subestatales como las compañías de seguros, las instituciones biomédicas, etc. De otra parte, esos dos conjuntos de mecanismos, el uno disciplinario y el otro regulador, no operan en el mismo nivel. Es por esto que no se excluyen sino que, por el contrario, pueden articular su funcionamiento. Podemos decir, por tanto, que el mecanismo disciplinario sobre el cuerpo y el mecanismo regulador dirigido a la población funcionan articulados. Es así como Foucault buscó relacionar la estatalización de la vida biológica de los sujetos con su inserción controlada en el aparato productivo que tiene como finalidad ajustar los fenómenos de la población a los procesos económicos.

207 En el capítulo tercero se expuso como la subjetividad desde la modernidad se producida a través de distintos modos de objetivación que funcionaban de manera específica; igualmente se aclaró a que se hace referencia con el termino, el cual supone los modos en que el sujeto aparece como objeto de una determinada relación entre poderes y saberes.

paradoja. Discursos que tienen vigencia desde hace más de dos décadas en el contexto local, los cuales permiten captar la configuración global de una subjetividad local. De este modo, podemos afirmar que, en primer lugar, la racionalidad del gobierno local también ha pretendido una reorganización a fondo de la sociedad, las empresas y las instituciones; que, segundo, también se han intensificado los mecanismos, las relaciones y los comportamientos de mercado; que, tercero, la manifestación del poder también obedece a esa generalización de los discursos de la competencia; que, cuarto, desde las últimas décadas del siglo XX también se comenzó a engendrar la figura del sujeto como empresa y que, por último, la producción de la subjetividad local también está atravesada por los cálculos económicos. Todo esto conlleva a que las subjetividades que creemos específicamente locales, es decir, a los comportamientos y a las prácticas que asumimos e identificamos como propios, no se escapan a esta gubernamentalidad; incluso aquellas que se creían resistentes o que se pensaba funcionaban por fuera de la ley. Con todo, y a la luz de las argumentaciones precedentes, es posible reconocer que la subjetividad local contemporánea, en toda su amplitud, está sumergida en la lógica de la competencia, y que por ende los individuos gestionan, en su diversidad y a diferentes escalas, su vida como si se tratara de una empresa; no obstante, lo que nos permitirá corroborar dichas afirmaciones son discursos en los que se hace evidente la gestación, la incitación, la existencia y el funcionamiento de las múltiples formas en las que se expresa(n) la(s) subjetividad(es) neoliberal(es), pero también de los múltiples mecanismos y estrategias para producirla.

De neoliberales y consumistas: discursos globales en la formación de las subjetividades locales contemporáneas

Si aceptamos que la subjetividad no es un elemento natural y originario de los individuos y en los individuos y que, por tanto, no aparece ni histórica ni socialmente como una instancia de fundación, sino que emerge como el efecto de una constitución; es necesario que reconozcamos, entonces, que la formación de las subjetividades locales contemporáneas depende, en gran parte, de las formas a través de las cuales el sujeto comienza a aparecer como el objeto de determinados saberes y de determinados poderes. Saberes y poderes que, no podemos negar, se

encuentran completamente articulados con todas las disposiciones promovidas, y ya tanto reiteradas, por la gubernamentalidad neoliberal, las mismas que no pueden llevarse a cabo sin una transformación de los sujetos: reestructuración minuciosa y completa de la sociedad, reorganización política de las instituciones y el Estado, replanteamiento de la gestión y administración de las empresas, todo esto en relación con el funcionamiento del mercado. La promoción de los cambios y las transformaciones sociales tienen sus propios registros, los cuales constituyen la huella y memoria de esa discontinuidad histórica según la cual nuestra sociedad ingresó de lleno a las lógicas del neoliberalismo, es decir, según la cual ya hace parte de todo ese engranaje político que no sólo compromete a las empresas y organizaciones sino que acapara y modifica de manera determinante el comportamiento de los individuos. En otras palabras, los registros de la discontinuidad, y por tanto de la emergencia, permiten reconocer tanto esos nuevos ordenamientos de la sociedad y las empresas como esas nuevas subjetividades que se ha hecho necesario producir; pues para que el gobierno estatal funcione bajo esas nuevas directrices impuestas por la gubernamentalidad neoliberal, para que los procesos, las manifestaciones y las expresiones de una sociedad sean “gestionados” como si de una empresa se tratara y para que las empresas locales puedan competir en el mercado mundial y obtener el máximo de rentabilidad en todas sus apuestas de negocios, es menester que los sujetos respondan efectivamente al cambio, participen del cambio y efectúen en sí mismos el cambio. Es por esto que las estrategias neoliberales gravitan en todos los ámbitos del cuerpo social; las tecnologías son múltiples, los discursos, las técnicas y los mecanismos utilizados para producir esos nuevos sujetos requeridos para que en nuestro medio se instale y funcione eficazmente esa “nueva” racionalidad neoliberal, están presentes en una cantidad inusitada de escenarios: por obvias razones se nos produce como sujetos neoliberales cuando somos empleados y clientes, pero también la subjetividad está gestionada en otros espacios habitados que igualmente están siendo caracterizados bajo el signo de la empresa²⁰⁸. Así, la gubernamentalidad neoliberal produce los sujetos que necesita disponiendo de la manera más idónea los medios para gobernarlo, para que

208 Como ya ha sido bastante reiterado, una de las más fuertes teorías neoliberales, estiman que todo lo que se produce en el universo de lo doméstico también debe ser catalogado como una empresa: el matrimonio, la familia, la relación con los hijos, los padres y los hermanos debe pasar siempre por el tamiz del análisis económico.

se comporte como una entidad que compite con otros, a favor de su empresa y bajo su propia responsabilidad. De esta manera, partimos entonces de la convicción de que los discursos locales se nos manifiestan como los acontecimientos que enuncian y constituyen las subjetividades contemporáneas y en donde ésta aparece en ellos dispersa²⁰⁹.



Figura 2.1. Título de un artículo aparecido en 1990 en la revista de Fenalco, n° 5.

Ahora bien, como ya había sido sugerido en el capítulo anterior, en nuestro contexto la década de 1990 se convirtió en el tiempo de detonación y de mayor proliferación de discursos neoliberales. A comienzos de la década en mención, la teoría del capital humano empieza a ganar un lugar preponderante en el pensamiento empresarial y comercial de la ciudad (fig. 2.1); ésta, como es sabido, más que constituirse como la teoría de más envergadura de todo el neoliberalismo norteamericano -teoría que se establece, así mismo, como un método de análisis de las empresas y sus trabajadores y un tipo de programación de los mismos- es la que posibilita, justamente, la reinterpretación en términos económicos de todos

209 En el capítulo tercero se expuso de manera breve el papel que cumple el concepto de discurso en la crítica realizada por Foucault a la concepción antropológica del hombre en la modernidad; es así como el análisis del estatuto del discurso en la *Arqueología del saber* posibilita una crítica de la antropología kantiana cuando excluye al hombre de la constitución del discurso como práctica y propone, no una analítica de la finitud del hombre que vive, trabaja y habla sino una analítica del discurso que define un método de análisis histórico que se libera del tema antropológico. La figura del hombre kantiano es sustituida por tres conceptos: El discurso como acontecimiento, como práctica y como positividad. Para Foucault el discurso es un acontecimiento anónimo separable de las categorías antropológicas. El discurso es una práctica definida por un conjunto de reglas anónimas e históricas. El discurso es una positividad que tiene su propia unidad y sus propias formas de funcionamiento. La función unificadora del hombre, el postulado antropológico de la identidad y de la continuidad del hombre, es criticado en beneficio de la dispersión del individuo en el discurso, según la cual el hombre no existe como sujeto exterior al discurso ya que no pueden existir posiciones de sujeto y sujetos sino dentro de un campo de enunciación.

esos dominios de la vida humana que hasta entonces no se habían considerado pertenecientes al ámbito económico; siendo este nuevo alcance el que le ha otorgado la consistencia teórica a la antropología del hombre neoliberal, es decir, a la concepción del hombre como capital. Podemos decir, de esta forma, que la intromisión del universo económico en todos los ámbitos de la vida humana es lo que ha facilitado y proporcionado los apoyos discursivos más indispensables al gobierno neoliberal de nuestra sociedad. Por ejemplo, en un artículo publicado a mediados de 1990 en la revista de Fenalco, titulado “La competencia a través del Capital Humano”, se hace evidente que esta denominación de “Capital Humano”, a la cual se le atribuye una importancia decisiva para el “desarrollo de la empresa”, está atravesada completamente por el surgimiento local de esa concepción antropológica neoliberal, donde el hombre deviene un capital:

En el medio organizacional se había planteado la relación entre el empleado y la empresa como un hecho regido por las leyes de la oferta y la demanda [...]. Hoy, afortunadamente está surgiendo una tendencia renovadora en la cual los directivos de las empresas van paulatinamente asumiendo el papel de administradores de “los talentos de las personas”. Las empresas que han comprendido el concepto de “desarrollo humano” y han asumido que toda persona tiene un cúmulo de talentos que se deben ejercitar, desarrollar y canalizar están forjando el Éxito en el mediano y largo plazo.

El término recurso humano puede generar conflictos puesto que el trabajador espera que sea considerado en un plano diferente a los recursos materiales o técnicos, es por esto que hoy se habla es de Capital Humano.

[...] Es una realidad absoluta el hecho de que una empresa se diferencia de otra gracias a su capital humano y a la aplicación de sus recursos o talentos.

[...] Las limitaciones que proporciona actualmente el mercado, la forma de crecer y permanecer no es enfrascando el sector en una guerra suicida de precios, la única forma posible es desarrollando, capacitando y valorando el Capital Humano. Por último no olvidemos que esto es un proceso que se logra a través del tiempo, es una actitud mental que debe llegar a todos los niveles de la organización y la sociedad como única forma de permanecer y crecer (Revista Fenalco, Nº 5, julio de 1990, pp. 17 – 18).

Lo que entre líneas se destaca es que lo se empieza a promover en nuestro medio es la tesis de que el trabajo y, por tanto, el trabajador deben ingresar dentro del campo del análisis económico²¹⁰ y de los objetos de esa economía que definíamos en los capítulos anteriores como

210 Si bien el problema del trabajo siempre estuvo en el tintero de todos los teóricos del capitalismo e, incluso, de sus críticos, nunca este había estado introducido, tan de lleno, dentro del campo del análisis económico. Por ejemplo, la economía política clásica, que se había inaugurado con Smith toda una problematización acerca del trabajo, “lo neutralizó mediante su reducción exclusiva al factor tiempo” (Foucault, 2007, pp. 256), es decir, el trabajo fue

“la ciencia del comportamiento humano”. De modo que, el capital humano es correlato de la reformulación de la economía y de la aplicación del análisis económico del comportamiento de los individuos y de su racionalidad interna. Igualmente, como ya había sido manifestado anteriormente, lo que aparece de manera soterrada en estos discursos sobre el capital humano y su necesidad es toda esa idea de que el trabajo debe ser analizado en términos económicos para así tener un dominio con mayor vigencia y grado de efectividad del comportamiento de los trabajadores, en la medida en que no sólo se estudia el trabajo como una conducta sino al trabajador como sujeto económico activo²¹¹. Todo esto conlleva a que el salario del trabajador, que a partir de la teoría del capital humano es concebido como la renta de un capital²¹², sea otorgado a un sujeto que cuenta con un conjunto de factores físicos, psicológicos y creativos; es decir, a un sujeto que comporta un capital en tanto supone aptitudes e idoneidades para ganar tal o cual salario, capital que le es propio al sujeto que lo ha gestionado personalmente. A lo que todo esto conduce es, precisamente, a que los individuos sean considerados como empresas para el análisis económico y sean gestionados como empresas por ellos mismos; en otros términos, la teoría del capital humano obedece a un principio de desciframiento ligado, en primer lugar, a una racionalización extendida de la sociedad en función de la idea de empresa y, en segundo lugar, a un retorno del *homo œconomicus* que se concibe a sí mismo como un empresario de sí, que debe administrar y gestionar su propio capital en la medida en que es su propio productor y la fuente de sus ingresos.

reducido a la variable de las horas trabajadas y el tiempo de trabajo; por su parte y aunque Marx sí convierte el trabajo en objeto principal de sus análisis, en sus tesis este está reducido a la fuerza de trabajo que es vendida por el obrero. Con todo y por todo “el trabajo es «abstracto», es decir que el trabajo concreto transformado en fuerza de trabajo, medido por el tiempo, colocado en el mercado y retribuido como salario, no es el trabajo concreto” (Foucault, 2007, pp. 258).

211 En el último apartado del capítulo tercero se exponía, precisamente, que uno de los problemas fundamentales de las teorías neoliberales de una economía cuando se entiende como “la ciencias de los comportamientos humanos”, es que al de considerar el trabajo en términos económicos se hace indispensable saber como utiliza el trabajador los recursos de que dispone. Por tanto, se concibe el trabajo como una “conducta económica practicada, puesta en acción, racionalizada, calculada por la persona misma que trabaja” (Foucault, 2007, pp. 261).

212 Sobre la teoría neoliberal que concibe el salario como la renta de un capital, también nos ocupamos en el capítulo tercero: “El salario es simplemente un ingreso. [...] y, un ingreso, es sencillamente el producto o rendimiento de un capital. Y a la inversa, se denominará “capital” a todo lo que pueda ser, de una manera u otra, fuente de ingresos futuros” (Foucault, 2007, pp. 262).

Para 1990, en nuestro medio el capital humano no constituía más que esa “actitud mental” que era pertinente que se fuera construyendo paulatinamente, en la actualidad dicha actitud ya fue incorporada y, por ende, ya hace parte obvia de las empresas y la sociedad. Es innegable que un porcentaje considerable de las empresas locales hoy día cuentan con dependencias, departamentos, áreas u oficinas que se proyectan como los “administradores de «los talentos de las personas»”, es decir, en los cuales se administra y gestiona todo el capital humano con el que se cuenta²¹³; en dichas dependencias se plantea la relación con los empleados en términos de unos “sujetos emprendedores” que luchan por maximizar su propio “capital interno”, por potenciar sus aptitudes y por incrementar sus ingresos; es de esta forma en que las empresas, con sus estrategias de gestión, reproducen, amplían y refuerzan las relaciones de competencia entre los mismos empleados. Es a partir, entonces, de esa incorporación gradual de los discursos neoliberales en nuestro contexto que comienzan a asumirse los mecanismos de gobierno a través de los cuales las empresas se convierten en un espacio amplio de competencia; las cuales deben ser concebidas como lugares de innovación, de cambio y de adaptación a todas las variaciones del mercado y en donde los trabajadores deben adaptarse a esta condición. Las empresas requieren de sujetos que reproduzcan en sí mismos todas las disposiciones necesarias para su “éxito”. Y así, de manera ciertamente inconsciente, nos encontramos velando constantemente por mejorar nuestra productividad, nos entregamos de lleno a nuestros trabajos, asumimos nuestra profesionalización con entereza y aprobamos con flexibilidad los cambios que los mercados a los cuales pertenecemos o queremos pertenecer nos imponen; en otras palabras, en la contemporaneidad se nos constituye como sujetos, somos el efecto de una constitución según la cual “empresa” es el término que también se debe utilizar para nombrar nuestra propia vida. “Experto en sí mismo, su propio empleador, también su inventor y empresario: la racionalidad neoliberal empuja al yo a actuar sobre sí mismo para reforzarse y así sobrevivir en la competición” (Laval y Dardot, 2013, pp. 335).

213 “Área de Talento Humano”, “Oficina de Recursos Humanos” o, simplemente, “Departamento de Capital Humano” son unos de los nombres más utilizados para catalogar las dependencias que, en las empresas, organizaciones e, incluso, instituciones públicas locales, son las que gestionan el “capital” con el que cada individuo cuenta.

Vemos entonces como a partir del acondicionamiento “real” de las empresas en la teoría del capital humano, no sólo en el sentido de organización y logística empresarial sino de las relaciones establecidas con los trabajadores, impuestas por las dinámicas neoliberales y, por tanto, de las estrategias por esta instauradas, comienza también una enérgica promoción de un sujeto que debe comprenderse así mismo como una empresa, de modo que es necesario que establezca una gerencia de su propia vida; no obstante, la propagación de una conciencia de sí en términos empresariales poco a poco deja de estar subsumida al ámbito de las organizaciones para abrir sus horizontes a todo el cuerpo social. De manera que, el siglo XXI se inaugura en nuestro contexto con un fomento generalizado de la “gerencia de sí mismo”, la cual se entiende como ese elemento de vital importancia para el “desarrollo del individuo en el presente siglo” en tanto es el que abre la “llave que posibilita encausar a los seres humanos hacia mejores escenarios” (Revista Tiempo de Mercadeo, Nº 13, mayo - julio de 2007, pp. 53); así, la generalización de los discursos del hombre como capital y del individuo como un “empresario de sí mismo” implica que no sólo sean emitidos por los medios locales especializados ni por las empresas mismas sino que graviten dentro de las instituciones educativas, atraviesen a las instituciones públicas e, inclusive, envuelven la vida cotidiana de los sujetos. Es precisamente desde este punto de vista que emerge una cierta certidumbre social respecto a que vivimos en un tiempo en el que las libertades individuales no sólo son respetadas sino que son promovidas y que, por tanto, poco importa las formas en las que funciona el gobierno de las sociedades ya que todo depende del modo que los individuos se gobiernen a sí mismos; siendo esta la principal estrategia de la gubernamentalidad contemporánea: “vincular directamente la manera en que un hombre «es gobernado» con la manera en que «se gobierna» a sí mismo” (Laval y Dardot, 2013, pp. 337). Es bajo todas estas premisas que emerge también esa necesidad de que todo sujeto, antes que nada, haga un trabajo de racionalización de su propia vida, es decir, que establezca las estrategias para conducirla, gestionarla y dominarla en función de, primero, sus deseos y necesidades y, segundo, de su papel en la sociedad y de relación con los otros; así esa premisa que sentencia que “es necesario que el hombre se GERENCIE A SÍ MISMO para gerenciar a los

demás” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 13, mayo - julio de 2007, pp. 53) hace parte de esa racionalización que nos lleva a pensarnos como sujetos autónomos y que, sin embargo, se encuentra en el corazón de la norma neoliberal de la empresa de sí (fig. 2.2).



Figura 2.2. Es el título de una serie de artículos escritos por Sergio Arcila -un psicólogo empresarial y especialista en Desarrollo humano- y que fueron publicados en la revista Tiempo de Mercadeo en entre el año 2007 y 2008, a partir del n° 13 y durante cinco números continuos; estos artículos eran recetarios en los que se hacían una serie de recomendaciones que debía llevar a cumplir el propósito que lo titula: la "gerencia de si mismo"

“Como tenemos el tiempo tan medido, se requiere que establezcamos los pilares para un Proyecto de Vida, a saber: Misión, Cultura de Valores y Visión” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 13, mayo - julio de 2007, pp. 54). Lo que esta sugerencia hace evidente es que en lo local se ha promovido – y se sigue promoviendo- ese individuo competente y competitivo que debe establecer a través de los lineamientos propios de una empresa, es decir, a través de un esclarecimiento de la misión, visión y valores, el modo de maximizar su capital humano; la incitación al “establecimiento de un proyecto de vida” no se corresponde tanto con calcular ganancias y costes sino con perseguir una transformación permanente que lo ponga al ritmo de los mercados y que, por ende, le permitan volverse tanto más eficaz cuanto más logra perfeccionar sus resultados y sus rendimientos. Así, las estrategias que el sujeto utiliza para

dichos fines no sólo deben estar presentes sino que deben ser ofrecidas de manera idónea e impulsadas como una oferta regular de la sociedad, estas, que también son concebidas en torno a la noción misma de empresa, suponen una “formación a lo largo de toda la vida” y una “empleabilidad” a través de las cuales es posible desarrollar todas esas aptitudes que hacen de cada individuo un ser que cuenta con un capital humano que le es propio. Todo esto denota principalmente dos cosas, a las cuales ya se ha hecho mención pero que se hace preciso reiterar con una mayor claridad: en primer lugar, que la generalización de la forma “empresa” dentro del cuerpo social implica su multiplicación extendida, en la cual la vida de los individuos se inscriba justamente en el marco de esta multiplicidad²¹⁴; y, en segundo lugar, que la vida misma de los individuos los conviertan en empresas permanentes y múltiples. De manera que, al tratarse de una cierta reproducción del modelo económico para hacer de él un modelo social extendido, es decir, un modelo de la relación de los individuos consigo mismos, con los otros, con su familia, con su hábitat, etc; conlleva no sólo a que dicho modelo devenga un principio de inteligibilidad y de desciframiento de las relaciones sociales y de los comportamientos de los individuos sino que comienza a caracterizarse en una ética²¹⁵, según la cual todos debemos convertirnos en una pequeña empresa.

Si entendemos entonces que con la incorporación local del neoliberalismo nuestra sociedad comienza ha ser concebida en su totalidad y que, por tanto, empieza ha ser gobernada y proyectada no como una “gran empresa” sino como el conjunto de una multiplicidad de empresas diversas, el dispositivo de consumo figura y funciona como una de ellas; de hecho, él

214 Al respecto Foucault argumentará que para un eficaz desarrollo del modelo de la empresa en una sociedad determinada, “es preciso que la vida del individuo no se inscriba como individual dentro de un marco de gran empresa que sería la compañía o, en última instancia, el Estado, sino que pueda inscribirse en el marco de una multiplicidad de empresas diversas encajadas unas con otras y entrelazadas. Empresas que, de alguna manera, están al alcance de la mano del individuo, sus decisiones, sus elecciones, puedan tener en ellas efectos significativos y perceptibles, y también son bastante numerosas como para que él no dependa de una sola” (Foucault, 2007, pp. 277).

215 “La ética empresarial [...] es la ética de nuestro tiempo. Pero no hay que confundirla con un existencialismo débil o con un hedonismo fácil. La ética empresarial encierra, sin duda, estas formas éticas, ya que elogia al «hombre hecho a sí mismo» y «la realización integral», pero lo que la singulariza es otra cosa. El talante de la ética empresarial es más guerrero, exalta el combate, la fuerza, el vigor, el éxito. Hace del trabajo el vehículo privilegiado de la realización de sí”: mediante «logros» en el trabajo es como se consigue tener una vida «lograda»” (Laval y Dardot, 2013, pp. 338).

mismo también puede comprenderse como la conjunción de una pluralidad de empresas²¹⁶. De manera que, el dispositivo de consumo local en tanto empresa se constituye como uno de esos mecanismos -al cual podríamos tildar de ser el mecanismo más efectivo- en el cual no sólo circulan esos individuos empresarios de sí mismos sino que procura producirlos y efectivamente los fabrica. En la medida en que gran parte de las estrategias del consumo contemporáneo están enmarcadas principalmente en establecer técnicas de ventas y de optimización de los negocios que se ajusten a la racionalidad de los individuos, es decir, que todo el despliegue estratégico está orientado a los individuos como consumidores, el dispositivo, de esta manera, se configura como una tecnología de poder que dispone de su racionalidad política tanto a favor de su propio desarrollo como, y sobretodo, para incidir en la producción de las subjetividades. Por ejemplo, las estrategias de marketing están orientadas básicamente a construir un poder sobre los sujetos a través de todo un uso exhaustivo de esos saberes que permiten tener un conocimiento del comportamiento de los individuos²¹⁷; dichas estrategias hacen parte integrante de eso que es conocido como el nuevo

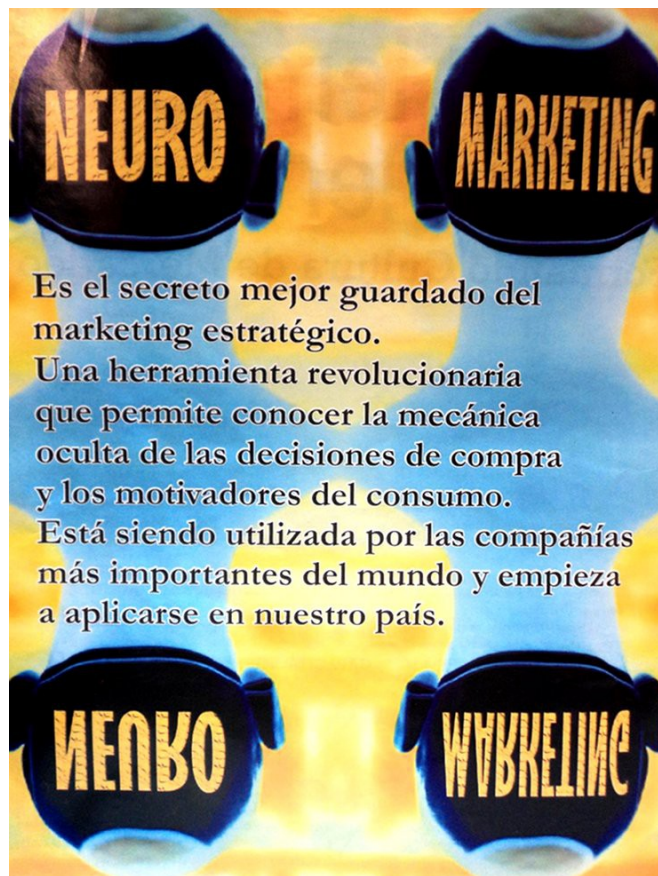


Figura 2.3. Epígrafe de un artículo de la Revista Tiempo de Mercadeo, n° 12, 2007.

216 En el capítulo segundo, cuando se definía el dispositivo de consumo como una tecnología política que se constituía, así mismo, como una res de elementos heterogéneos; advertíamos, igualmente, que dichos elementos también se configuraban como dispositivos independientes, en la medida en que en cada uno de ellos se constituye como una tecnología política donde se teje esa relación fundamental entre saber y poder. De acuerdo con ésto último y con la definición del consumo como empresa, es posible afirmar que cada uno de estos dispositivos que componen el dispositivo de consumo, también funcionan como una empresa independiente. Para decirlo con otras palabras, el dispositivo de consumo en tanto empresa se compone y funciona a partir de la acción de determinadas empresas, pero también de una articulación eficaz y estratégica entre éstas.

217 No es un secreto que las grandes empresas cuentan con grupos denominados “interdisciplinarios” como un apoyo

management del consumo²¹⁸ y son bastante populares y utilizadas como tácticas de mercadeo suficientemente exitosas en nuestro medio como para que desde que comenzaron a desarrollarse, especialmente desde la última década del siglo XX, hayan logrado un grado de meticulosidad y perfeccionamiento tal que pueden ser perfectamente comparables con las más elaboradas²¹⁹; por ejemplo, saberes como el de la neurología comenzaron a ser aplicados para conocer “a la perfección” el comportamiento del consumidor y, por tanto, para utilizar dicho conocimiento en el diseño de estrategias publicitarias: “El neuromarketing en el secreto mejor guardado del marketing estratégico. Una herramienta revolucionaria que permite conocer la mecánica de oculta de las decisiones de compra y las motivaciones del consumo. Está siendo utilizada por las compañías más importantes del mundo y empieza a aplicarse en nuestro país” (Revista Tiempo de Mercadeo, Nº 12, febrero - abril de 2007, pp. 26) (fig. 2.3).

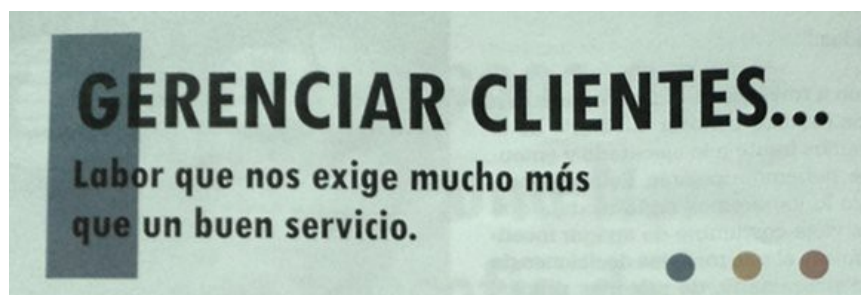


Figura 2.4. Título de artículo aparecido en el séptimo número de la revista *Tiempo de Mercadeo*, 2006.

acción y concreta su funcionamiento en la ideas de gestión y gerenciamiento de negocios, empleados y clientes: “La gestión del mercadeo procede de una serie de ejercicios tendientes a la

fundamental para elaboración de estrategias de marketing; en estos grupos se destacan miembros que pertenecen a disciplinas como la sociología, la antropología y la psicología fundamentalmente. A través de esto se pretende generar el conocimiento necesario sobre la cultura y los hombres como “críticos para la toma de decisiones estratégicas tanto en la perspectiva de la comunicación como del marketing de hoy” (Revista Tiempo de Mercadeo, Nº 14, agosto - octubre de 2007, pp. 34). Por otra parte,

218 Es una metodología corporativa y disciplina de gestión utilizada por las empresas que producen bienes de consumo, y cuyo objetivo es mejorar el desempeño en términos de eficiencia y eficacia y la optimización de los procesos de negocio a través de la gestión de los procesos que se deben diseñar, modelar, organizar, documentar y optimizar de forma continua.

219 No sólo porque el mercadeo local está a la vanguardia de todas las estrategias utilizadas por las más grandes compañías a escala mundial, en especial las proyectadas en Estados Unidos, sino porque muchas instituciones educativas ya cuentan con formaciones a niveles de pregrado y posgrado en Marketing, incluso en estudios especializados en el comportamiento del consumidor.

creación y explotación de un entorno adecuado para la apropiación de las marcas en la cotidianidad de los clientes, una gestión que manifiesta sus más visibles resultados en el movimiento de la caja registradora dentro de unas condiciones fundamentales de rentabilidad y agilidad comercial para la empresa” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 6, agosto – octubre de 2005, pp. 40). De acuerdo con esto, el entendimiento del consumo primero como dispositivo y luego como empresa, en tanto hace parte del funcionamiento de la sociedad neoliberal, a conllevado a que a través de las estrategias de *marketing* no sólo se difunda una terminología empresarial para caracterizar su funcionamiento sino que esta difusión es sinónimo de que este modelo, el de la empresa, también se ha instalado como un modo de producir y conducir los comportamientos de los consumidores; por tanto, el dispositivo de consumo se piensa como una empresa que, así mismo, “gerencia y gestiona” empresas, es decir, individuos en tanto empleados, proveedores, clientes y consumidores²²⁰ (fig. 2.4). De modo que, es con el nuevo *management* del consumo que, desde principios de siglo se instala en el campo del marketing local, se empieza a considerar la necesidad de producir e incorporar nuevas estrategias empresariales dirigidas a unos sujetos que también se han transformados:

El consumidor ya no es el oscuro miembro de una masa inerme y homogénea a la que se entregan bienes y servicios para que sean “devorados”. Se trata de individuos informados, conscientes de sus derechos, reticentes a ser tratados con los métodos antiguos de la masificación. Poseedores de un alto concepto de individualidad, con férreos sistemas de creencias que los insertan en micro-culturas propias y excluyentes, pero sobre todo, consumidores exigentes y con una total conciencia de su poder real en la economía de mercados (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 14, agosto – octubre de 2007, pp. 52).

Con esto vemos que tanto las evidentes estrategias publicitarias como el funcionamiento “interno” de los discursos y mecanismos neoliberales del consumo, conducen a esa comprensión del sujeto consumidor en términos de un empresario que tiene la “libertad” de elegir entre opciones múltiples que le presenta ese mercado sobre el cual él tiene un dominio amplio y que,

220 “La alta competencia y el grado de exigencia del consumidor de hoy en día, ha llevado a las empresas a replantear su estrategia de servicio” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 7, noviembre de 2005 – enero de 2006, pp. 24). Todo conlleva a que, de esta forma, predomine un uso generalizado del léxico empresarial; tenemos, por ejemplo, “El **gerenciamiento de clientes** es entonces, labor de atraer y mantener” y “Un buen **gerenciamiento de los clientes**, debe llevar a una fidelización” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 7, noviembre de 2005 – enero de 2006, pp. 24).

por ende, en tanto este sujeto consume lo hace en la medida en que está igualmente produciendo su propia satisfacción: “El cliente tiene hoy la discreción de escoger; ya no guarda fidelidad con una marca o con un proveedor, y decide comprar frente a lo que considera la mejor opción.” (Revista Tiempo de Mercadeo, Nº 14, agosto – octubre de 2007, pp. 40). Por tanto, el consumo en tanto acción debe considerarse como una actividad de empresa y en tanto dispositivo se constituye como una empresa; de esta forma y en primer lugar, entender la acción de consumir como una actividad de empresa implica que se estime al individuo sobre la base de que es alguien que dispone de un capital determinado y, en segundo lugar, la configuración del dispositivo como empresa conlleva a que se establezcan su campo de validez en un conocimiento “microfísico” de esos individuos que van a consumir y que, por ende, cuentan con un capital determinado. De modo que, a través del nuevo *management* del consumo, lo fundamental está en entender, antes que nada, la pluralidad de los consumidores para, posteriormente, analizar las conductas de estos frente al consumo que llevará a esbozar una suerte de caracterización de las formas en las que los individuos utilizan los recursos de que dispone; lo que implica que, para introducir la acción del consumo en el análisis del campo económico empresarial, sea indispensable situarse en la perspectiva de quien consume. Así que, este nuevo *management* privilegia el entendimiento del consumo como una conducta económica practicada, puesta en acción, racionalizada y calculada por los individuos que consumen:

No puede usted decir que se relaciona con sus clientes si antes no los ha individualizado. La comunicación con grupos, por más finamente segmentados que estén, es una característica del marketing masivo, y no precisamente un atributo. Hasta que no entienda el carácter de sus clientes como personas, no habrá logrado el verdadero avance conceptual necesario para inaugurar un nuevo y complejo sistema de relaciones productivas. No es un simple reconocimiento social, es considerarlos desde la única perspectiva que permite una relación efectiva, permanente e interactiva, con cada uno de ellos.

Como cada destinatario es diferente, la oferta tiene que ser diferenciada. Para saber en que consisten las diferencias, debe usted conocer a cada cliente desde el enfoque de persona. Y luego elaborar los contenidos con las variaciones que esa diferenciación exige. Parece abrumador comparado con una estrategia de comunicación masiva, donde le decimos lo mismo a todo el mundo, pero los resultados son extremadamente más ricos en fidelización y frecuencia de compra, medios desde la perspectiva del valor vitalicio del cliente (Revista Tiempo de Mercadeo, Nº 10, agosto – octubre de 2006, pp. 20 – 21).

De lo que se trata, a fin de cuentas, es de reproducir esa subjetividad propiamente neoliberal, según la cual la norma general de la eficacia, que se aplica a las empresas en su conjunto, sea incorporada en los individuos. Estrategias como la de la fidelización, por ejemplo, hacen evidente que el modelo de la empresa supone la implementación, en el campo del consumo, de esa racionalidad neoliberal en tanto articula todo su despliegue argumentativo en la trama de un mismo discurso: “hablar de fidelización en el marketing del siglo XXI se ha vuelto una obligación si se pretende entender el funcionamiento del mundo de hoy, un mundo fundamentalmente competitivo. La fidelización en el marketing es **convertir relaciones humanas en negocios**; es conectar primero con el ser humano. La fidelización es un encuentro de almas, luego de recursos”. (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 8, febrero - abril de 2006, pp. 24). Así que el léxico de la empresa entraña un potencial de unificación y, al mismo tiempo, de generalización en todos los ámbitos de la vida humana; relaciones humanas como negocios, acuerdos entre padres e hijos como negociaciones, decisiones de pareja como transacciones, etc. demuestran que en lo contemporáneo todo supone una actividad empresarial en la medida en que nada se da por sentado y que, por ende, todo hay que conquistarlo y defenderlo constantemente: habrá lucha por “comprender consumidores, conquistar compradores y conservar clientes”²²¹.

Vemos entonces que el dispositivo de consumo contemporáneo, en tanto empresa neoliberal, ajusta todas sus estrategias a la racionalidad misma de los consumidores y, en esta medida, se constituye como una tecnología política fundamental en la producción de las subjetividades contemporáneas neoliberales. Como ya había sido expuesto en el capítulo anterior, uno de los principales procedimientos contemporáneos del dispositivo es crear toda una escenografía en donde las estrategias funcionen de forma específica y especializada de acuerdo con los individuos, lo que implica que los niños sean un público objetivo no solamente bastante atractivo,

221 “Para comprender consumidores, el etnomarketing propone: consultar, conocer, categorizar, cuantificar, y caracterizar a los potenciales consumidores, buscando tener una dimensión clara de los deseos y la forma de satisfacerlos. Para conquistar compradores se propone: concordar, coordinar, competir, comunicar y colocar los satisfactores que se están ofreciendo en el mercado. Y para conservar clientes, se sugiere: consultarlos, clasificarlos, complacerlos, cultivarlos y consolidar una relación con ellos.” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 15, noviembre de 2007 – enero de 2008, pp. 37).

por lo que en términos de consumo ellos demandan, sino fundamental y privilegiado en la medida en que son los sujetos más “aptos” para una formación de empresa y los que posibilitaran y (re)producirán, a futuro, las condiciones de existencia de la racionalidad empresarial. Con el consumo y a través del consumo, y de acuerdo a lo expuesto, se implementaran mecanismos especializados en formar la subjetividad empresarial de los niños²²²; lo que en nuestro contexto se encuentra condensado en eso que se cree el “sitio perfecto” de diversión de los niños, Divercity. Esta “ciudad a escala”, como es definido este espacio, que abrió



Figura 2.5. Planta 1 de Divercity, en la cual se encuentran, comenzando el recorrido hacia la izquierda, "la universidad del futuro, estación espacial, casa de la pasta, supermercado, central de investigación y estadística, registraduría, fab. de papel, hospital, restaurantes, periódico, granja, enfermería, bomberos, centro de diseño experimental, estudio de televisión, peluquería, joyería, fab. de lácteos, zoológico, fab. de lubricantes, estación de servicio, concesionario de vehículos y estación de radio"; en el centro, "central de comunicaciones, academia de detectives, banco, teatro, zona de conciertos y reserva natural". Página de Divercity.

sus puertas a Medellín el 8 de mayo del 2010 junto con las del Centro Comercial SantaFe, y que fue puesto en funcionamiento por primera vez en el país en Bogotá a mediados del 2006, "nació como respuesta a la necesidad de crear una nueva alternativa de diversión para los niños y las familias colombianas, abrió sus puertas para

222 El psicólogo Marlon Cortez, en su proyecto para ingresar en el Doctorado de Ciencias Sociales (Facultad de Ciencias Humanas y económicas de la Universidad Nacional de Colombia) sobre las socio-espacialidades contemporáneas que producen la subjetividad infantil, propone que los niños contemporáneos, en tanto sujetos, están siendo producidos a partir, principalmente, de los dispositivos dispuestos por el dispositivo de consumo neoliberal: "de todo ese medio neoliberal, lo particular de esta investigación será identificar los saberes que circulan en el modo de disponer los espacios de ciudad para producir una subjetividad particular en el niño, concretamente, en el ámbito del consumo. Así es: cuando se le pregunta a un niño "¿qué quiere?" fácilmente responde: "una Barbie", "un álbum del mundial", "una tablet", etc. A la pregunta "¿a dónde quiere ir?", dirá: "a comprar un juguete al Éxito", "a un centro comercial a comer helado", "a un parque de diversiones". A la pregunta "¿qué quiere comer?" dirá: "unas salchipapas de la calle", "un menú infantil del Corral", "una hamburguesa de Mc. Donald's". Los niños dicen querer algo, pero en ese querer, de manera clara, está la huella de la oferta consumista del momento. Por eso es que no se puede decir inocentemente: "eso es lo que el niño quiere en su autonomía". ¿A qué se le podría llamar autonomía cuando (la mayoría de las veces) lo que hacen los niños es repetir unos ciertos parámetros que los adultos les ofrecemos?" (Marlon Cortez, 2013, pp.4).

ofrecer un mundo de entretenimiento divertido, educativo y seguro en donde los niños se convierten en adultos para vivir y descubrir roles, oficios y profesiones de la ciudad” (Página oficial de Divercity: <http://divercity.com.co>). Así, las especificidades espaciales y arquitectónicas (fig. 2.5) de este lugar lo convierten en el arquetipo más acabado del consumo neoliberal en la medida en que, además de estar localizado en un centro comercial, produce a la perfección la subjetividad neoliberal y consumista. Éste espacio consta de dos niveles en los que se concentran todos esos establecimientos urbanos que moldean la vida cotidiana de un ciudadano inserto activamente dentro de las dinámicas propias del neoliberalismo: desde la Registraduría, en la cual el niño adquiere a través de la cédula, y por tanto de una supuesta mayoría de edad, el derecho a producir su propia vida a partir de sus propios intereses; pasando por lugares más anodinos pero igualmente constitutivos de una subjetividad consumista, como lo serán la peluquería, la joyería, los restaurantes, las tiendas de moda, el supermercado, el hospital, la estación de bomberos y la universidad; hasta llegar a un amplio sistema bancario de sucursales y cajeros automáticos, a un sistema de telecomunicaciones compuesto por un estudio de televisión y un periódico. Así, tenemos que todos estos lugares se constituyen como empresas en las cuales los niños no sólo hacen uso de sus servicios o acceden a ellas para consumir sino que son en las cuales desarrollaran sus oficios con la máxima eficacia. Por tanto, el niño comienza a ser configurado como un empresario de sí mismo a través de una ciudad en la que serán la sucursal del Banco de Bogotá²²³, los restaurantes Frisby y Achie’s, las fábricas de papeles Familia, de pastas Doria, de lácteos Alpina y de chocolates Jet, el canal Caracol, el periódico El Tiempo, la concesionaria Chevrolet, seguros Bolivar, etc.; sus principales referentes sociales y urbanos (fig. 2.6). De acuerdo con esto, Divercity es oficialmente es concebido como “una ciudad a escala -la cual cuenta con una superficie de 7200 m²- donde los niños y las niñas entre los 3 y los 13 años pueden asumir más de 45 roles entre oficios y profesiones mientras aprenden cómo funciona el mundo real. Los niños pueden hacer realidad su sueño de ser médico, bombero, piloto, operario de fábrica y muchos roles más. Pueden tomar decisiones y asumir retos mientras aprenden de forma divertida en una ciudad hecha a su medida” (Página oficial de Divercity:

²²³ “Con el propósito de familiarizar a los niños con el sistema financiero, el Banco de Bogotá abrió una ‘sucursal’ en Divercity del centro comercial Santafé, ubicado en Medellín” (Periódico El Tiempo, 11 de mayo de 2011)

<http://divercity.com.co>), no es otra cosa diferente a un espacio del neoliberalismo en todo el sentido de la palabra, es decir, en tanto es producido por una racionalidad neoliberal y en tanto se encarga de reproducir dicha racionalidad, la empresarial, en los individuos. Por tanto, en Divercity los niños que “aprenden cómo funciona el mundo real”, que “toman decisiones y asumen retos” se constituyen así como empresarios de sí mismos. La empresa se convierte así, a través de este dispositivo²²⁴, tanto en un modelo que los niños también deben imitar como en una actitud que al ser valorada en el niño debe ser buscada y celebrada por los padres. Tenemos entonces, con Divercity, el dispositivo neoliberal perfecto, ya que pone a funcionar el



Figura 2.6. Interior de Divercity; dos de las "empresas" que lo integran.

poder de forma microfísica en ese espacio que ha devenido en nuestro medio un sitio anhelado no sólo por los niños sino por los padres; la subjetividad empresarial se configura en los niños no como una imposición de un poder al que se encuentran sometidos sino como la manifestación de sus propios deseos, como una ambición que los conduce a ello:

Estos son los principios Divercity. Son principios pedagógicos que explican a que jugamos: En Divercity los niños juegan y se divierten./En Divercity los niños sueñan e imaginan./Los niños buscan superarse y cumplir retos./Los niños son protagonistas de su desarrollo./Los niños

²²⁴ Divercity funciona como un dispositivo -en la medida que también desarrolla una tecnología política que produce un determinado tipo de sujeto- propiamente neoliberal, pero que está inserto dentro de un espacio propio del dispositivo de consumo.

hacen el presente hombro a hombro con los adultos./Los niños juegan a la cooperación./La autonomía se desarrolla desde la acción./Los niños también son ciudadanos./Los niños pueden aprender a ser críticos y activos en las transacciones./Los niños tienen sus propios medios para aprender./Los niños reflexionan sobre el sentido de la vida (Página oficial de Divercity: <http://divercity.com.co>).

Son todos estos principios que rigen la conducta de los niños en Divercity equivalentes a los que se imponen en las empresas para asegurar así el óptimo rendimiento de los empleados, en donde se trata de que los individuos gestionen a lo máximo el capital humano que les es propio. Las referencias a la superación y al cumplimiento de retos, al protagonismo de su propio desarrollo, a la fabricación del presente, a la cooperación, a la autonomía de la acción, al papel de ciudadanos, al discernimiento en materia de negocios y transacciones, a un capital para el aprendizaje y a la reflexión individual sobre la vida, son las bases necesarias no sólo para que un individuo se constituya como empresario de sí mismo sino para que la gubernamentalidad neoliberal funcione de forma generalizada en todo el cuerpo social. Es posible, entonces, ser empresario de sí mismo desde los tres años, pues en la medida en que se ingresa a Divercity los niños se ven enfrentados a tomar decisiones, a considerar posibilidades y oportunidades; de modo que el dominio que los niños deben tener de ellos mismos no consiste en estabilizar la vida, sino en mostrarse capaces de flexibilizar la ruta, gestionar su propio desarrollo, es decir, de producirse como emprendedores. Para los niños en Divercity y, en general, para los individuos en la sociedad su valor como sujetos depende de la conquista de ese mundo móvil y múltiple, la cual sólo puede llevarse a cabo mediante la “gestión de la propia empresa”. Lo que este espacio específico demuestra es que, como ya había sido argumentado con antelación, el consumo en tanto dispositivo y en tanto empresa neoliberal no se funda como una tecnología política autónoma, es decir, que ejerce el poder por el mismo y que establece sus propios mecanismos y estrategias; sino que está inserto dentro de un orden mucho más amplio y que obedece a una gubernamentalidad que él mismo reproduce. De modo que, ni Divercity gestiona en el niño la formación de un sujeto propiamente consumidor ni el dispositivo de consumo produce sujetos específicamente consumidores, sino que, ambos, plantean acciones de consumo en la medida en que fabrican empresarios de sí mismos.

Se advierte, con todo, que las subjetividades locales contemporáneas también obedecen a una configuración global, pues también se adscriben a esos principios neoliberales básicos e infalibles de la competitividad y el emprendimiento, y en la medida en que discursos, mecanismos y procedimientos, dispositivos y prácticas también se corresponden con las lógicas instauradas por la gubernamentalidad neoliberal. Igualmente, en lo local el neoliberalismo ha posibilitado la existencia de sujetos que buscan “realizarse a sí mismos”, que tienen la capacidad racional de elegir los medios adecuados para hacerlo; sujetos capaces de gestionar sus propios riesgos, de calcular las consecuencias futuras de sus acciones y de forjar el destino personal con sus propias manos. De modo que, nuestra subjetividad aparece como el efecto de esa constitución según la cual el individuo se convierte en el blanco de todo los poderes y saberes que gravitan en la escena neoliberal. De lo que se trata, finalmente, es de comprender que la racionalidad neoliberal funciona en cada uno y cada quien la ejerce y la produce en sí mismo; en otras palabras, el neoliberalismo es un modo de existencia que no sólo nos atraviesa sino que nos supera. Lo cual quiere decir que éste descende en lo profundo de la sociedad y del individuo y que, para estimar su grado de eficacia, no conviene intentar localizarlo en las prácticas estatales -aunque obviamente es posible hallarlo en ellas- sino que requiere un análisis del cómo cada uno de nosotros se configura como un sujeto neoliberal en tanto somos, inevitablemente, sujetos históricos y sociales.

Modulaciones y especificidades locales de la gestión empresarial de los individuos y la sociedad

Es innegable que todas éstas lógicas normativas implantadas en la configuración de las subjetividades neoliberales, que tienen como principio de funcionamiento la figura de la empresa, que son atribuidas a una gubernamentalidad de alcance global y que fueron anteriormente enunciadas, están produciendo en nuestra sociedad sus propios infortunios. El hecho de que los individuos se piensen, administren y gestionen su vida a partir de la idea que son sus propios empresarios no implica que la empresa de todos triunfe, que aunque gran parte

de las estrategias de marketing estén dirigidas a una escenificación constante del éxito no supone que todos los individuos se consagren a éste y que aunque todos supongamos ser propietarios de un determinado “capital humano” no conlleva a que la totalidad de los individuos logren acumularlo y, por ende, ponerlo a circular. No obstante, estas “irregularidades”, que parecieran ser más la norma que la excepción, no suponen ser la conjunción entre un grupo de individuos y prácticas olvidadas, ni estrategias de resistencia meditadas y conscientes, ni, mucho menos, un mecanismo de exclusión; todas hacen parte integrante de ese modelo amplio de sociedad neoliberal. De acuerdo con esto podemos afirmar que el neoliberalismo, si bien impone la lógica de la competencia y el modelo de la empresa en la economía, la sociedad y la subjetividad depende, en parte, de modulaciones y procesos plurales, entre los cuales no existe analogía ni homología, sino que definen puntos de inestabilidad y especificidades de funcionamiento. Modulaciones y procesos que pueden ser identificados con algo que podríamos llamar “diferencias estratégicas” de la racionalidad neoliberal, es decir, el uso de instrumentos que posibilitan el desarrollo de la gubernamentalidad a costa de sociedades completas -aunque no sea nuestro caso- y de sujetos que fracasan en su intento de darle impulso a su empresa. Las especificidades, por su parte, entrañan las formas particulares en que tanto una sociedad como sus individuos se constituyen como empresas, las cuales pueden distar mucho de los prototipos impuestos. Todo esto obedece a que a través de las diferencias y las especificidades también se fabrican las subjetividades neoliberales, y que si bien los principios rectores se formulan bajo su univocidad de sentido, no podemos negar que éstos tienen sus derivas dispares; se configura, a partir de esto, un reconocimiento de que la gestión de los sujetos neoliberales depende de la formación y, sobretudo, de una buena administración del “capital humano” que le es propio. La urgencia por incluir a un sector amplio de la población dentro de las lógicas y las dinámicas neoliberales, por conducirlos en el camino de la competencia y por vincularlos con el pensamiento empresarial, supone que se admita que en materia de emprendimiento también emerjan las deficiencias y que, por ende, el neoliberalismo también tenga sus “anomalías”:

En nuestro país, como en muchos otros países Latinoamericanos, los “entusiastas del

emprendimiento” se están haciendo porque no han tenido otra opción y mucho más en este de dificultades económicas, lo que se hace que se llegue con vacíos o falta de preparación a enfrentarse a ello. También es cierto, que en el pasado, algunos grandes constructores de empresa se hicieron en la práctica y quizás algunas de las personas que se proyectan como emprendedores tienen desarrollado ese espíritu que nos caracteriza a todos los seres humanos. Sin embargo, hoy día las cosas son muy diferentes y por la prisa de conseguir ingresos, se deja por fuera ingredientes fundamentales de la fórmula empresarial que llevan al éxito, entre ellas la innovación y la creatividad.

[...] Colombia es un país con un potencial creativo inmenso, lo cual se ha ido desarrollando al tener que enfrentar todas las dificultades propias de un país con matices tan particulares como el nuestro y de buscar solución a los problemas que traen consigo, dando como resultado la creación de emprendedores de alto impacto o productivos que crean riqueza y contribuyen al bienestar general y a los emprendedores destructivos, que se enriquecen y tienen un efecto negativo; estos últimos, ojalá con todo este fomento y apoyo al emprendimiento, les pase como a los dinosaurios, terminen desapareciendo y nuestro país se caracterice por crear emprendedores de alto impacto. (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 22, agosto - octubre de 2009, pp. 22)

Esos otros emprendedores, que no se corresponden con el modelo deseado, suponen existencias que, antes de ser exterminadas “como los dinosaurios”, no sólo deben ser gestionadas positivamente sino que deben ser analizadas en sus comportamientos²²⁵. Habrá que admitir, por tanto, que las diferencias también logran ser administradas y gerenciadas a través de mecanismos y procedimientos neoliberales que logran incorporarlas dentro de su propia racionalidad.

En cuanto a las modulaciones, tomemos como ejemplos dos de sus expresiones más evidentes: las políticas crediticias y las políticas laborales; estas no sólo funcionan como instrumentos con los cuales se interviene “neoliberalmente” las sociedades sino que, paradójicamente, son característicos del funcionamiento neoliberal de nuestra sociedad. De esta manera, las políticas crediticias, que se expresan básicamente en el endeudamiento “de por vida” de los individuos y las políticas laborales, que abarcan desde el desempleo, la tercerización y la flexibilidad laboral, también se convierten en fábricas neoliberales de producción de sujetos y subjetividades contemporáneas en la medida en que, de una u otra forma, también se corresponden con los

225 Por ejemplo, en un artículo titulado “psicología del empobrecimiento frente a la compra”, estará dedicado exclusivamente “al tema específico de cómo compran los empobrecidos, o más exactamente cómo compra aquel gran segmento de personas y familias que tenían unas «entradas» económicas generosas y hoy, sin casi darse cuenta, han entrado a engrosar el grupo de los «pobres»” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 7, noviembre de 2005 - enero de 2006, pp. 42).

principios neoliberales ya tanto enunciados, los de la competencia y la empresa. En el caso de la políticas crediticias, es bastante evidente que éstas son uno de los motores más potentes de la economía neoliberal; no obstante, lo que no es tan evidente es que el proceso de endeudamiento constituye una relación de poder específica que implica modalidades de producción de las subjetividades contemporáneas. El proceso de endeudamiento funciona a través de enmascaramiento del poder en la medida en que los individuos no sólo asumen sus deudas con el



Figura 2.7. Edificio Mariscal Sucre, ubicado en el parque Bolívar en la zona centro de la ciudad, y el cual se encontraba Almacenes Flamingo. Gabriel Carvajal, 1966, Archivo fotográfico BPP.

convencimiento de que estas van a poder ser simplemente saldadas sino que lo hacen con la convicción, creada y reforzada por los acreedores cuando aducen a su capacidad de pago, de que la deuda, adquirida por individuos autónomos, les permitirá manifestar su libertad; pero es a partir del momento mismo en el que se contrae la deuda que todo un conjunto de mecanismos de presión y coacción ordena el despliegue de los comportamientos de los individuos dentro de los marcos definidos e impuestos por los acreedores. Tenemos, por tanto, que los deudores son “libres” en cuanto son

asumidas las conductas compatibles con el reembolso. Para no mencionar más que un ejemplo, en nuestro medio emerge el nombre de Flamingo, sin ningún titubeo, éste como es más que sabido funciona íntegramente con mecanismos de crédito²²⁶(fig. 2.7); su estrategia atañe, básicamente, a la distribución de mercancías de todo tipo como a su sistema especializado en el

226 Almacenes Flamingo nace en Medellín a mediados del siglo XX (1950) y desde entonces su “éxito ha radicado en su modelo de financiamiento para los estratos de menor capacidad adquisitiva, que pueden adquirir productos con el pago de cuotas semanales bajas”

crédito al consumo, completamente indispensable para que los consumidores adquieran sus productos²²⁷. Es de esta forma en que una amplia parte de la población local, especialmente la de más bajos ingresos, en primer lugar, mantiene a través del consumo una relación cotidiana con las deudas, y en segundo lugar, y a partir de ese endeudamiento permanentemente y de por vida, que hace posible que la gubernamentalidad funcione con respecto a la producción de subjetividades contemporáneas y a su actividad consistente en regir la conducta de los hombres.

Con el desempleo tenemos una política de gobierno, mientras que con la tercerización y la flexibilidad laboral tenemos políticas de empresa, y aunque las tres se configuran como políticas neoliberales cada una produce y concibe de forma específica sus propios sujetos: en el primer caso -el desempleo como una política de gobierno-, es bastante obvio que el pleno empleo no es uno de los ideales políticos de los Estados neoliberales y que, de hecho, una masa flotante de desempleados no supone nunca una masa de “discapacitados” económicos sino que se constituye toda una necesidad económica; por tanto, un individuo nunca se considerará una víctima social, será percibido como un trabajador en tránsito²²⁸. Por su parte, las políticas laborales de las empresas, cuentan con sus propias estrategias, destinadas básicamente en producir nuevas formas de sujeción laboral más eficaces que las presentes en la fábrica industrial. Respecto a las nuevas políticas laborales, Richard Sennett dirá que “sólo un determinado tipo de seres humanos es capaz de prosperar en condiciones sociales de inestabilidad” y que para poderlo lograr es indispensable enfrentar, principalmente, un desafío que “consiste en la manera de manejar las relaciones a corto plazo, y de manejarse así mismo, mientras se pasa de una tarea a otra, de un empleo a otro” (Sennett, 2006, pp. 11); de manera que, los individuos, considerados

227 En un artículo aparecido en 1992, en la Revista La Hoja de Medellín, titulado “La economía aquí se mueve en cómodas cuotas mensuales. En vos confío”, es un estudio sobre el valor del crédito en la ciudad: “A través de ese mecanismo, los comerciantes lograron ampliar a la ené el número de sus deudores. Para un experto, el crédito demora la recuperación del capital pero lo hace más productivo y aumenta la demanda. Para el consumidor, encarece los precios desde un 10 hasta un 30 por ciento pero le da acceso a cosas que de otra manera no puede comprar. Si bien satisface necesidades, también le hace gastar lo que tiene en aparentar lo que no tiene. [...] En este estrato se ubica cerca del 70 por ciento de la población de Medellín. Se estima, en cifras ciertas, que más de 250 mil hogares no alcanzan a satisfacer sus necesidades al contado y por tanto recurren al fiado” (Revista La Hoja de Medellín, septiembre de 1992, pp. 18).

228 “Un trabajador en tránsito entre una actividad no rentable y una actividad más rentable” (Foucault, 2007, pp. 171).

como portantes de un “capital” que los caracteriza por parte de sus empleadores y como empresarios de sí mismos por parte de ellos mismos, paradójicamente se ven obligados a improvisar constantemente sus vidas, de manera que se hace imposible llevar a cabo ese “proyecto de vida” que se supone tan fundamental para el óptimo desarrollo del individuo-empresa. No obstante, y aunque para Sennett en la inestabilidad sólo sobreviven un tipo determinado de seres humanos, vale aclarar que en nuestra sociedad es “tipo determinado” de sujeto equivale a una inmensa mayoría de la población local empleada. La tercerización, que supone una inestabilidad en relación tanto con el lugar de trabajo como con los que coordinadores de su labor²²⁹, y la flexibilidad, que implica inestabilidad sobretodo con los tiempo de trabajo²³⁰, se han instalado de forma definitiva en nuestro medio, formando ya parte constitutiva de las políticas laborales locales. Aunque parezca contradictorio con respecto a la teoría ya expuesta del “capital humano”, los derechos laborales son cada vez más pocos; sin embargo, esto no semeja una contradicción constitutiva, supone una dimensión compartida. Entre más “valorado” sea el sujeto por el “capital” con el que éste cuenta, más se erosiona su condición como trabajador: esas nuevas formas de empleo, “precarias, provisionales y temporales”, parece que han instalado paulatinamente una sensación de inseguridad permanente en los asalariados; vivir la vida laboral con la posibilidad latente y constante del despido y con la oscilación semanal de los horarios laborales está produciendo, no sólo un incremento de ciertos tipos de “servidumbres voluntarias”²³¹, sino fuertes presiones hacia la

229 Por tercerización se entiende, básicamente, la contratación de empresas para que desarrollen actividades especializadas u obras, siempre y cuando asuman los servicios prestados por su cuenta y riesgo, cuenten con sus propios recursos financieros, técnicos o materiales, sean responsables por los resultados de sus actividades y sus trabajadores estén bajo su exclusiva subordinación.

230 En la teoría, la flexibilidad laboral supone un aumento considerable en la creación de empleo a través de la reducción del costo de la mano de obra o del tiempo de jornada o de contratación. En nuestro caso específico podemos decir que el objetivo primordial de la reforma laboral realizada por la Ley 50 de 1990 era el de flexibilizar la contratación laboral, eliminando la retroactividad de las cesantías y facilitar el proceso de contratación y despido de los trabajadores

231 La “servidumbre voluntaria” fue el título de un texto elaborado por el Francés Étienne de la Boétie aproximadamente a mediados del siglo XVI, el mismo que sería confiado a Montaigne para su conservación y que implicó una dura crítica al gobierno republicano francés de su época a través de la tesis de que el objetivo de dicho gobierno, que se suponía antimonárquico y, por ende, democrático, eran una nueva forma tiránica del poder, enmascarada y que convertía a sus “ciudadanos” en siervos voluntarios. Sin embargo, la locución a resurgido con fuerza en los últimas décadas para mostrar como los individuos contemporáneos se encuentran insertos unas redes de poder implacables son ni siquiera ser conscientes de ello. Esta, la servidumbre voluntaria, “puede ser causada por el miedo, que es, sin duda alguna, uno de sus elementos más poderosos: pensamos en la descripción de

competencia entre los empleados. Es precisamente en este contexto de inestabilidad e inseguridad que se hace posible no sólo la instauración de los principios neoliberales en las empresas sino la fecundación de los sujetos neoliberales en las mismas, y todo a través de la instrumentalización oportuna de las inseguridades e inestabilidades experimentadas permanentemente por los individuos a causa de su incierta condición laboral; provocación y “naturalización” de la sensación de riesgo, exposición a las fluctuaciones del mercado laboral y disminución progresiva de las protecciones y las solidaridades colectivas, son los requisitos necesarios, gestionados y administrados por las empresas, para que los individuos asuman “libremente” más compromisos con éstas, para que manifiesten una mayor disponibilidad a participar en los procesos y para que demuestren más desarrollo personal. De lo que se trata, en resumidas cuentas, es de crear todas las condiciones indispensables para producir sujetos capaces de soportar estas mismas condiciones, de tal forma que ellos participaran de manera activa en modelar el comportamiento necesario para implementar un refuerzo de las relaciones de competencia dentro de las empresas. Finalmente, aparece de nuevo en escena ese sujeto que se corresponde con *homo œconomicus* neoliberal de Gary Becker, es decir, ese sujeto que responde de manera sistemática a todas las modificaciones y condiciones fabricadas, de forma que no sólo las soporta sino que acepta la realidad que se le impone; sujeto que, en esta medida, figura para la racionalidad neoliberal como un elemento fácilmente manejable. Vemos entonces que lo que emerge como modulación, diferencia o rechazo en el campo de la subjetividad deriva en el ámbito de la acción y gestión de la gubernamentalidad neoliberal.

Ahora bien, si lo que se ha intentado hasta el momento es presentar, más o menos, un mapa de las formas en cómo se han ido configurado las subjetividades locales en relación tanto a una gubernamentalidad que las produce y que se comenzó a bosquejar desde las últimas décadas del siglo XX, como a un dispositivo de consumo que se desarrolla de manera plural y en función de

Hobbes del terror y el temor religioso inspirados por el poder desproporcionado del soberano. Pero entonces corre siempre el riesgo de convertirse en revuelta. La servidumbre puede tener por causa la ideología, desde la influencia de la educación hasta la de los aparatos de propaganda y de los medios masivos que condicionan la opinión pública. Por último, puede resultar de la libertad misma o, más bien, de ciertos usos de la libertad que separan al individuo de las condiciones de su propia acción” (Balibar, 2019, pp. 212).

dicha gubernamentalidad; se hace indispensable abordar una problemática que justamente se comenzó a gestar en la misma época que la de la gubernamentalidad, que ha atravesado hasta lo más profundo de nuestra sociedad, que la ha delineado desde entonces con sus matices y que, por tanto, también a moldeado los comportamientos de los individuos: dicha problemática no es otra que la mafia, que más que manifestarse como una especificidad local de las subjetividades se ha convertido en una característica

constitutiva de las mismas. Si bien aquí no se procura reconstruir el perfil psicológico de los sujetos que hacen parte de ella ni se pretende otorgarles a estos el “atributo” de neoliberales -en todo el estricto sentido de la palabra- ni, mucho menos, haremos una homologación natural entre el comportamiento de estos y el de los individuos que no participan de ella directamente; no podemos negar que de la mafia heredamos como sociedad un tipo de racionalidad, que comporta unas ciertas conductas, actitudes y discernimientos, que se corresponde, a su manera, con muchas de las directrices de funcionamiento de la gubernamentalidad neoliberal; igualmente, esta racionalidad, que



Figura 2.8. Estos son lo maniqués utilizados en muchos de los almacenes de ubicados en el centro de la ciudad; en ellos se puede observar la estética que rige socialmente los hábitos de consumo en este sector. Las mujeres exuberantes son una de sus más elocuentes manifestaciones.

podrá ser denominada racionalidad “mafiosa”, y que se manifiesta a través de unas prácticas y unas estéticas de consumo muy precisas, ingresa de esta manera dentro de las disposiciones

extendidas del dispositivo de consumo (fig. 2.8). Hablar, por tanto, de que el sujeto del neoliberalismo es el que se concibe como un empresario de sí mismo y que, del mismo modo, es el hombre de la competición y el rendimiento, nos da una primera silueta para reconocer el sujeto que ahora nos ocupa; en otras palabras, en el orden de características mencionadas también es posible reconocer ese sujeto que tiene incorporada esa racionalidad “mafiosa” -que, por ende, se corresponde una subjetividad “mafiosa”-, en la medida en que éste también es un ser hecho para “triunfar”. No es un secreto que en nuestra sociedad el comportamiento autoritario, dominante y mesiánico, más que las figuras idealizadas de los grandes empresarios antioqueños, es el gran teatro popular que exhibe a “nuestros” dioses, semidioses y héroes urbanos²³². Este culto, aunque vernáculo, ha sido comparado en diversas ocasiones con las expresiones populares producidas por los totalitarismos del siglo XX, pero ha experimentado una desviación penetrando en prácticas sociales diversas que tienen como principal norma la de la competencia. De modo que, este “gran” referente, probablemente más que el discurso económico y empresarial de la competitividad, es el que ha permitido en nuestra sociedad, en nuestra especificidad local, “naturalizar” el deber de rendimiento de tipo empresarial y el que, por ende, ha difundido entre un sector inmenso de la población una cierta lógica social centrada en la competencia. A la luz de estas evidencias, podríamos decir que la especificidad local en la “gestión” de la sociedad y los individuos se produce en esa conjunción problemática entre unos discursos, mecanismos y estrategias globales propios del neoliberalismo y unos procedimientos que tienen características que les son propias. Por tanto:

La distancia entre empresa y narcotráfico tiende a reducirse si lanzamos una mirada a la cultura típica de los negocios empresariales, estableciendo algunos parámetros de identidad entre empresa y narcotráfico para comprender el surgimiento y la consolidación de una

232 Patricia Cardona, en su artículo “Los héroes urbanos: imaginarios culturales y consumo en Medellín” analiza la figura de los narcotraficantes como héroes en la medida en que algunas de sus figuras más “emblemáticas” son objeto de una evocación permanente por parte de un grupo social significativo; llevándolas a insertarse en la memoria colectiva de toda una población: “este héroe que se mueve en los márgenes entre el bien y el mal, es reconocido por los suyos como bienhechor magnífico, en vista de que fisura y trasciende un suprapoder hostil que lo amenaza” (Cardona, Revista Coherencia, N° 1, 2004, pp. 91). De esta forma, la actitud violenta del héroe se va minimizada por un mesianismo sin fundamentos: “El patrón, como también se le llamaba al “mágico”, era un personaje bondadoso y altruista que construía urbanizaciones, escuelas, placas polideportivas y canchas de fútbol y le regalaba dinero a los más necesitado” (Valencia Agudelo, Agenda Cultural Alma Mater, N° 162, 2010, pp. 4).

cultura mafiosa con una clara tendencia al *empresarismo*, ese riesgoso negocio de obtener ganancia *per se*, con ilegalidad y sin ella, siguiendo en la vida práctica las consignas de las llamadas leyes del mercado.

En esa medida, los negocios más rentables son aquellos que entran y salen de la legalidad (o tuercen esa legalidad a su favor) porque tales giros reportan ganancia. Es decir, el negocio se rige por sus propias leyes, las del mercado, y menos por las leyes del Estado: la idea es ganar y hacerlo a toda costa. (Restrepo Parra, Agenda Cultural Alma Mater, N° 162, 2010, pp. 7)

De acuerdo con esto, es posible afirmar que en nuestra sociedad los sujetos a los que atribuimos esa racionalidad “mafiosa” son la perfecta encarnación de los emprendedores de sí, ya que no tienen ningún inconveniente con realizar toda suerte de negocios y asumir todo tipo de riesgos. De la misma forma, el moldeamiento de los cuerpos femeninos, la singularidad en la indumentaria, la exhibición permanente de los cuerpos, la ostentación de todo tipo de conquistas (sexuales, económicas, afectivas, etc.), una actitud constantemente festiva, el franqueamiento de los límites, la búsqueda de sensaciones fuertes, el gusto por lo extravagante y “el intento por generar una imagen de riqueza excesiva y derroche excéntrico que diferencien del común” (Valencia Agudelo, Agenda Cultural Alma Mater, N° 162, 2010, pp. 2), indican que la racionalidad “mafiosa” no se reduce a los espectáculos sangrientos y a los comportamientos violentos, sino que suponen una cantidad inusitada de prácticas y de estéticas que no sólo la configuran sino que implica que ingresen directamente en el dispositivo del consumo. Incluso podría confirmarse la tesis planteada por Germán Valencia en su artículo “La cultura mafiosa del consumo en Colombia” (2010), de que el gran cambio introducido y el gran “patrimonio” dejado por la mafia en nuestra sociedad no estuvieron asociados de manera tan radical a una “cultura de ilegalidad” como sí a la “cultura del consumo”: “Los dineros provenientes de este negocio ilícito han permeado y cambiado los hábitos de consumo de todas las capas sociales” (Valencia Agudelo, Agenda Cultural Alma Mater, N° 162, 2010, pp. 2). Todo esto conlleva a que tanto prácticas como estéticas “mafiosas” no sólo abarquen todo el cuerpo social sino que pongan a funcionar el dispositivo de consumo en toda su dimensión: en cuanto a las prácticas podríamos decir que el impulso dado al contrabando y, con ello, la circulación y el incremento excesivo de mercancías “made in china”²³³ son un huella dejada y, pareciera, indeleble del funcionamiento local del

233 Desde los últimos años del siglo XX, con el incremento desproporcionado del contrabando y las relaciones ilícitas

dispositivo de consumo; y, en cuanto a las estéticas, ¿Acaso el hecho de que una mujer se haga un aumento de senos con silicona -cirugía que puede oscilar entre 5 y 7 millones de pesos-, mientras otra lo hace con aceite de motor -intervención de aproximadamente trescientos mil pesos-, no supone que tanto la una como la otra participan del dispositivo? ¿no realizan las dos una acción de consumo?



Figura 2.9. Interior de uno de los tantos laberínticos pasajes ubicados en el sector El Hueco en el centro de Medellín.

De acuerdo con este último punto, es pertinente afirmar que estas estéticas y prácticas también se encuentran completamente especializadas; es decir, se desarrollan, pero también se producen, en espacios muy concretos del hábitat urbano local. Son esos espacios que aunque hacen parte evidente del dispositivo de consumo local, no son reductibles a la monumentalidad cerrada y aséptica del centro comercial arquetípico, sino que se corresponden con sus variaciones más “folclóricas”, pero también a unas formas que por autóctonas obedecen a un

con el mercado chino, tanto la piratería como la invasión de productos chinos en los establecimientos comerciales locales se convirtieron en unas de las mayores problemáticas que han debido enfrentar los comerciantes; sin embargo, si en un principio se trató sólo de contrabando y, por ende, muchas de las mercancías provenientes de los países del oriente serían artículos de grandes marcas fabricados allá, en los últimos años se trata de la penetración desmedida de productos de baja calidad gracias a los TLC con muchos de estos países. En un artículo titulado “Productos Chinos”, aparecido en el número 11 de la Revista Tiempo de Mercadeo, se expresa con gran preocupación la participación y vigencia de estos productos en las dinámicas de consumo local: “se deben fijar muy claramente las normas para que los productos provenientes de ese gran país, no acaben con el empleo de nuestra gente. Según fuentes fidedignas los chinos le han hecho perder a los mejicanos unos 500.000 puestos de trabajo que habían ganado después del tratado de libre comercio. Está bien que entren productos chinos pero con tres condiciones especiales: la primera que sean de buena calidad, que no sean “basura” como la que están vendiendo muchos almacenes de nuestro país. La segunda que sean a precios que compitan con los nuestros, es decir que no sean sub-facturaciones y le hagan competencia desleal a los nuestros. La tercera es que el comercio sea de doble vía, es decir que nuestros productos puedan entrar al mercado chino” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 11, noviembre de 2006 – enero de 2007, pp. 38)

funcionamiento social producido en una exterioridad múltiple e “infinita” tanto de manifestaciones y expresiones comerciales como de mercancías; estas espacialidades específicas no podrían más que concretarse en el sector de El Hueco -referido en el capítulo anterior- y en esos otros sectores barriales que hacen parte de su zona simbólica extendida en la medida en que parecieran ser pequeñas reproducciones a escala de un “El Hueco” desterritorializado. El funcionamiento del dispositivo de consumo funciona aquí a través de una oferta amplia de productos “made in china” que no se encuentran legitimados por prestigiosas marcas y, en el caso que lo fueran, serían asociados con el contrabando y la piratería. Y aunque, probablemente, éste funcionamiento esté más relacionado con el imaginario local que se tiene de este sector, es posible constatar que tanto esas prácticas y esas estéticas de la “racionalidad mafiosa”, que se expresan en la exuberancia, en lo extravagante y en las cantidades desproporcionadas, tienen lugar y pueden ser llevadas a efecto con total soltura y comodidad en las múltiples formas de comercio como en los diversos y variados sitios y espacios comerciales. En otras palabras, El Hueco, con sus espacialidades múltiples (fig. 2.9) -que van desde manzanas enteras atravesadas por laberínticos corredores atestados de pequeños y variopintos locales, hasta un sin fin de toldos, chazas y carpas que invaden el “espacio público”- es el “verdadero” espacio urbano por medio del cual las prácticas de consumo y las manifestaciones estéticas que poseen un carácter decididamente local y específico entran a forma parte integrante del dispositivo de consumo contemporáneo; de manera que, El Hueco y sus “copias” barriales son los nichos de consumo en los que se produce y reproduce las subjetividad consumistas en su forma específicamente local.

En función de todo lo anterior, vemos que abordar la cuestión de la gestión empresarial de la sociedad y los individuos por la vía de una reflexión que incluya las manifestaciones “otras” del neoliberalismo implica, inevitablemente, que su comprensión se amplíe. Permite rechazar, en primer lugar, el reduccionismo que lo vincula exclusivamente con una política económica que tiene su campo de validez en la gestión empresarial y que, por ende, sus únicos resultados sólo pueden exitosos y los individuos que participan activamente de él sólo pueden ser grandes emprendedores; y, en segundo lugar, los análisis simplistas en términos de sujetos y prácticas

excluidas del funcionamiento del mismo. Por el contrario, lo que se hace evidente en nuestra sociedad es que ni los “emprendedores” siempre triunfan ni que los “excluidos” siempre están por fuera; tanto los unos como los otros, son productos de una gubernamentalidad que los rige. En cuanto a las modalidades, tanto la relación acreedor-deudor como la relación empleador-empleado expresan un poder que tiene como figura de ejercicio la racionalidad neoliberal; mientras que en relación a las especificidades, tenemos que la racionalidad “mafiosa” se presenta, primero, como manera alternativa de reproducir en lo local el modelo del hombre emprendedor y competitivo y, segundo, con las prácticas y las estéticas que la caracterizan como un elemento totalmente implicado en el dispositivo de consumo. Con todo, lo que esto nos permite comprender es que la gubernamentalidad neoliberal contemporánea conlleva una lógica normativa ciertamente homogénea, pero que rige las relaciones de poder y las formas de gobernar en niveles y en dominios muy diferentes y a través de manifestaciones y procedimientos con especificidades territoriales. Así que, proyectar un análisis de la sociedad en términos de gubernamentalidad y privilegiando el elemento de la subjetividad destaca el carácter transversal de los mecanismos y las estrategias de poder presentes en una misma época.

CÁPITULO SEXTO

PROBLEMATIZACIÓN CRÍTICA DEL HÁBITAT URBANO LOCAL

Las razones por las cuales el hábitat urbano aparece pocas veces mencionado²³⁴ no se debe a un olvido categórico, pero mucho menos al hecho de que concebimos éste como un elemento aislado de los procesos hasta ahora problematizados; por el contrario, emerge esbozado permanentemente, caracterizado constantemente e insinuado continuamente en el análisis de la sociedad contemporánea, pues partimos de la convicción de que dichos procesos son precisamente los que le dan forma al hábitat urbano del cual dependemos, pero que también dichos procesos sólo han podido ser posibles en la medida en que logran efectuarse en el mencionado hábitat. De manera que, si hacemos un paneo por todo lo hasta ahora sustentado, no tardaremos en proyectar la forma en que se configura en la contemporaneidad el hábitat urbano que nos es propio: la inserción en las lógicas del emprendimiento y la competitividad impuestas por el neoliberalismo en tanto política económica y en tanto gubernamentalidad, el funcionamiento extendido del dispositivo de consumo en todas las capas sociales, la formación de subjetividades definidas según el modelo del análisis económico y la producción de sujetos orientados a concebir su propia existencia en términos de empresa, son las piezas que constituyen todo el engranaje político y social de nuestra contemporaneidad urbana. Pero, de igual forma, es el hábitat urbano la condición de existencia y de posibilidad indispensable para que dichos componentes logren efectuarse en una sociedad. En otras palabras, y como ya había sido mencionado, el hábitat urbano no sólo es un producto de procesos económicos, políticos y sociales del mundo contemporáneo sino que deviene productor de los mismos²³⁵; por tanto,

234 Esta aseveración sólo abarca la segunda parte del presente texto.

235 En el primer capítulo ya había sido aclarado que la definición de Hábitat implica, para nosotros, no una unidireccionalidad de sentido que lo supone un elemento social producido, sino que se enmarca en una vía doble, el Hábitat en tanto producido y en tanto productor. Esta concepción obedece a un cambio en la interpretación del espacio lo acerca a las formas y a la importancia otorgada a la interpretación de la historia y la sociedad, como constitutivas en la formación de la vida humana. De hecho, una perspectiva crítica, asociada a una problemática inminentemente espacial, ha comenzado a imbuir el estudio de la historia y la sociedad con nuevas formas de interpretación. De este modo, nuestro pensamiento sobre el hábitat urbano se incluye dentro de estas nuevas formas de interpretación, con la que se enuncia la conciencia acerca de la simultaneidad y de la compleja interrelación de las dimensiones social, histórica y espacial de la existencia humana y, evidenciado así, que su

referirnos a Medellín como hábitat urbano y no como ciudad implica una problematización de éste como un espacio construido histórica y socialmente, más que como una simple expresión de estructuras físicas²³⁶. igualmente, la consideración crítica del hábitat urbano local como un espacio modelado según las disposiciones del neoliberalismo, es decir, según la premisa del crecimiento económico en función de la aplicación extendida del modelo de la empresa; conlleva a la comprensión histórica tanto de las configuraciones sociales como de las miserias urbanas que hoy nos son específicas²³⁷.

Ahora bien, lo que permite el entendimiento actual del neoliberalismo como modo de existencia global es la posibilidad de plantear una interpretación crítica de los fenómenos sociales y urbanos locales, los cuales al ser analizados a partir de sus efectos específicos conllevan a reduccionismos explicativos; así, asociarlos a “simples” procesos de exclusión o de desigualdad, es obviar, en primer lugar, que dichos procesos también son los resultados de algo mucho más amplio, por

inseparabilidad e interdependencia son, con frecuencia, problemáticas.

236 Contextualizar esta investigación en un escenario urbano, y más precisamente en la ciudad de Medellín, no se debe a la obligación de tener un referente espacial como indicador de donde tuvieron lugar ciertos acontecimientos o de donde se efectuaron cierto tipo de prácticas sino que responde a la convicción de que han sido las ciudades a lo largo de toda la historia las que han configurado y de las que ha dependido el funcionamiento de todos los elementos que constituyen la vida humana. Han sido desde las ciudades que se han establecido las formas de dirigir la vida de los hombres; los espacios de poder han tenido como centro de funcionamiento las ciudades; las economías, los mercados y las relaciones de intercambio son prácticas propiamente urbanas; las técnicas y las tecnologías tienen como escenario de efectucción las ciudades y sus espacios. Podría decirse que el mundo rural, el que se ha considerado el “antípoda” del urbano, funciona gracias y a favor de las ciudades: la mayor parte de los recursos producidos por las comunidades rurales están destinados para el abastecimiento de las ciudades, pero la creación, distribución y amoblamiento de los espacios rurales depende de insumos netamente urbanos; las conexiones viales, económicas y políticas más importantes para las pueblos son con las ciudades; las migraciones a la ciudad ha venido aumentando desde los dos últimos siglos de forma vertiginosa. Por lo tanto, la ciudad entendida como prácticas sociales y el espacio urbano como lugar de relaciones e intercambios no deberían ser analizados dentro de sus límites territoriales; en efecto, están en relación con otras espacialidades y se presentan más como la “sede de un control territorial” que como un enclave nominal. Así pues, parecería apenas obvio advertir que tanto espacialidades como prácticas sociales que funcionen de forma absoluta por fuera de lo urbano no tienen las condiciones para mantenerse.

237 Esas realidades sociales que consideramos no sólo desafortunadas sino producto de un “mal” gobierno, no demuestran más que una política absolutamente neoliberal en el gobierno local; pues como ya había sido anunciado en el capítulo tercero, las políticas económicas neoliberales actúan a través del mecanismo de los precios que se obtiene por un juego de diferenciaciones que le es característico a un gobierno urbano basado en el mecanismo de la competencia; es decir, son precisas las desigualdades sociales para que el gobierno neoliberal sea eficaz y productivo en términos económicos. Es precisamente un escenario de privatización generalizado (salud, educación, vivienda, servicios públicos, etc.), el que mejor puede dinamizar una sociedad que tiene como mecanismo de regulación social y política el principio de la competencia.

ende, y en segundo lugar, que éstos se corresponden con el funcionamiento “ordinario” de la gubernamentalidad neoliberal contemporánea. De manera que, las desigualdades sociales y económicas, los desplazamientos urbanos, el incremento de la indigencia, la fragmentación socio-espacial, la degradación de los espacios urbanos, la escasez de suelo, etc., son en parte unas de las manifestaciones de una crisis mundial de ese neoliberalismo entendido como “modo de existencia”; es decir, de una forma de gobernar la sociedad en toda su extensión basada en la generalización del mercado y la competencia. Pretender, por tanto, analizar el hábitat en cualquiera de sus escalas implica, antes que nada, implementar ese mismo desplazamiento antes evocado²³⁸, según el cual los fenómenos concretos sólo pueden comprenderse a partir de algo exterior y general que, en este caso, pertenece al orden del gobierno de una sociedad determinada, y en la medida misma en que éste se articula con un proyecto absolutamente global que apunta a la sociedad en su conjunto, en suma, la gubernamentalidad neoliberal. Puede demostrarse, por ejemplo, que el hábitat urbano local responde a la competitividad y al emprendimiento como principios generales de gobierno de muchas maneras, unas bastante evidentes (privatización de gran parte de las instituciones y sectores públicos) otras no lo son tanto (configuraciones espaciales de la vivienda, proyección del territorio urbano, producción de centralidades públicas artificiales, etc); son estos principios, precisamente, los que representan la extensión de la norma neoliberal a todas las zonas urbanas, a todos los sectores de la acción pública, a todos los dominios de la vida social. Seguir creyendo entonces que el neoliberalismo no es más que una “ideología política” o una política económica, utilizando el término como un eslogan contra el cual se supone debe lucharse, conlleva a extraviarse en una lucha sin futuro; pero, eludir, su incidencia y sus efectos en las formas de producción local del hábitat, y de los hábitats, comporta no sólo una importante restricción en la comprensión de éste, sino una reducción explicativa y problemática del análisis de sus funcionamientos.

Como hemos visto, al ser la gubernamentalidad neoliberal un sistema de normas ya

238 Hace referencia al desplazamiento que tiene como propósito la destitución del privilegio de la interioridad en beneficio de la exterioridad, el cual es implementado en relación a la “genealogía del consumo” en el capítulo cuarto.

profundamente inscritas en todo el cuerpo social, todos los fenómenos de decadencia, miseria y fragmentación urbana, pero, obviamente, también los de éxito, reconocimiento y desarrollo urbano, pueden ser efectivamente relacionados con la instauración y funcionamiento del neoliberalismo en nuestra sociedad. Sin embargo, hay manifestaciones que evidencian al límite cómo el neoliberalismo funciona en el hábitat urbano local, dándole forma en la medida misma en que lo instrumentaliza. En otras palabras, éste -el hábitat urbano- en tanto forma espacial es moldeado por los procesos que lo integran dentro de las lógicas neoliberales, pero, también, es empleado como algo que puede ser útil para el eficaz desarrollo de esos procesos:

Los proyectos de ciudad, posee como empresas del colectivo social, una propuesta de mercado que las hacen interesantes, competitivas y hasta ganadoras en su esencia, cuando las condiciones y el producto social así lo respaldan. Por tanto, para el tema del marketing de ciudad, es riguroso determinar, como en cualquier empresa, cuál es la vocación o el elemento generador de la verdadera pasión colectiva, una pasión que lleve a este colectivo a desarrollar, mejorar y diferenciar la identidad de la marca del mismo, que en última instancia es la marca de ciudad (Revista Tiempo de Mercadeo, julio – septiembre de 2004 , pp. 38).

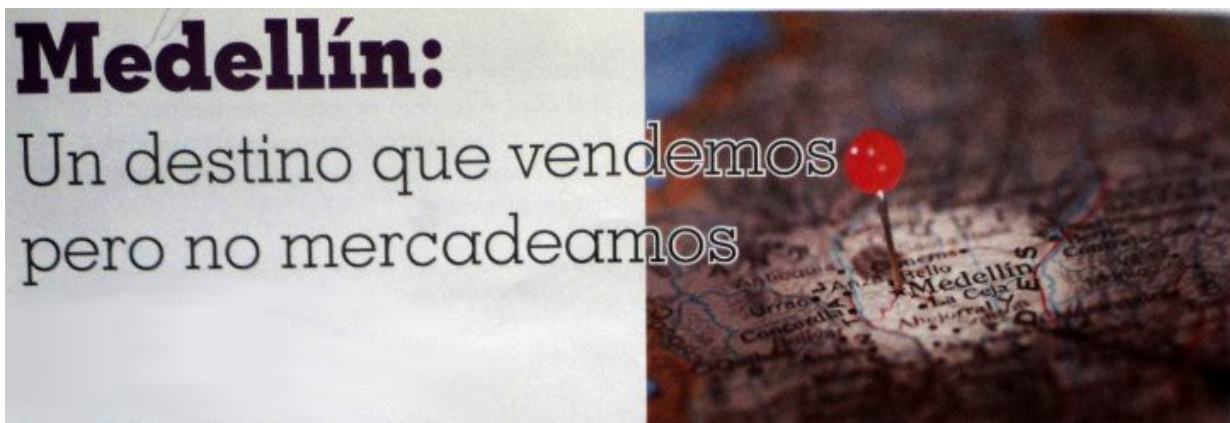


Figura 3.1. Revista Tiempo de Mercadeo, N° 4, pp. 42, 2007.

Vemos, con esto, que esa instrumentalización neoliberal del hábitat urbano conlleva a que éste también se convierta en una de las tantas empresa propias del neoliberalismo y que, por ende, esté gestionado en función del modelo de la empresa. De igual forma, el diseño de políticas de marketing y promoción urbana, orientadas a la competencia entre las ciudades en un mercado

global de inversiones(fig. 3.1)²³⁹; el auge de la planeación estratégica como la articulación de agentes tanto públicos como privados en el diseño urbano; la multiplicación de los principios de la competitividad y emprendimiento como herramientas de gestión urbana, en los que la relación público-privado es entendida como un medio para agilizar y flexibilizar los procesos de “neoliberalización” de la sociedad; y la privatización de infraestructuras y servicios urbanos, son las principales condiciones de existencia de una gubernamentalidad neoliberal funcionando dentro del hábitat urbano. Por tanto, dichas condiciones nos permiten corroborar que el hábitat urbano local no sólo ha ingresado de cabeza y cuerpo entero en una dinámica de gobierno expresamente neoliberal sino que ha posibilitado una propagación intensiva y extensiva de la racionalidad que les es propia. Así, es posible estimar que desde 1972, Medellín inauguró un proceso de reproducción de las espacialidades urbanas internacionales y, con ello, la producción de unas nuevas cartografías sociales y urbanas como la incorporación de nuevos hábitos urbanos y, por tanto, la configuración de subjetividades que pudieran responder a todos estos cambios: de modo que, y como ya ha sido aclarado, con el primer centro comercial del país, San Diego, el hábitat urbano más que retratar los ideales consumistas norteamericanos a través esa figura del *shopping mall*, lo que promovía era la incorporación de un dispositivo de consumo amplio, que abarcara todo las capas sociales y que modificara no sólo la geografía local²⁴⁰ sino las formas en

239 Para este caso en específico, por ejemplo, un artículo titulado “Medellín: un destino que vendemos pero no mercadeamos”, argumenta: “Siempre se habla de la diferencia entre el marketing y las ventas y es importante aclarar que cuando hablamos de ventas nos referimos a un producto que ya tenemos, al cual le damos la mejor presentación con el fin de hacerlo atractivo para el cliente y quien toma la decisión de compra. Cuando hablamos de marketing nos referimos a la investigación del cliente objetivo para descubrir sus intereses, deseos y necesidades para luego diseñar un producto que lo satisfaga./ [...] Medellín es entonces un destino que hemos vendido como la tacita de plata, la bella villa, la eterna primavera y muchos otros atributos que no dudo correspondan a la realidad; sin embargo, cuando indagamos en el exterior por nuestra ciudad, la gente nos relaciona con narcotráfico y muy puntualmente con Pablo Escobar; a lo cual siempre bajamos la cabeza y respondemos con evasivas diciendo que aquí tenemos en mejor café, el banano, las flores y que somos muy amables y “echados para adelante”. Pero si el interés de nuestro cliente es Medellín asociado con Pablo Escobar y el cliente está dispuesto a pagar por ese destino, tenemos un producto estrella que podemos convertir fácilmente en vaca./ [...] En consecuencia y buscando ese gancho comercial, Medellín podría recuperar la llamada cárcel La Catedral, o la casa donde murió Pablo Escobar, o hacer un museo de la violencia en Medellín (como funcionan la tumba del soldado desconocido, el parque de los caídos en Vietnam o como acaban de abrir, con gran éxito el Museo del Holocausto, en Washington). Podríamos, como ellos, cobrar 20 dólares por la entrada y nadie los protestaría./ El Metrocable ha sido un éxito turístico, ya que le da la posibilidad a la gente de acercarse a una realidad que era casi un mito y que genera curiosidad en el visitante, teniendo como resultado el ser más utilizado por los turistas que por los habitantes del barrio” (Revista Tiempo de Mercadeo, N° 14, agosto – octubre de 2007, pp 42 – 43).

240 Después de la década del setenta del siglo XX se comienza a hablar de un declive del proyecto moderno, y de la

las que los individuos se relacionaban con el hábitat urbano²⁴¹. sabemos que a partir de esto, en el sector sur de la ciudad se impulsó de forma inusitada un crecimiento de infraestructura habitacional, turística, bancaria, financiera y comercial de grandes proporciones (González Escobar, 2010, pp. 181), crecimiento que se extiende hasta nuestros días, pero que de igual forma a empezado un proceso de propagación hacia otros sectores; Pero, igualmente, comenzaron a proliferar esos mecanismos de gestión de la vida urbana, social e individual que tienen por norma fundamental el principio de la competencia en función de la reproducción del modelo de la empresa. Aun así, sigue siendo lugar común en Medellín referirse al Centro comercial, o *mall*, como el espacio que sintetiza la cultura urbana del mundo contemporáneo, y asociarlo de forma inmediata con la globalización, la banalización de las formas urbanas y el fin del espacio público como el lugar por excelencia de las prácticas comerciales y sociales. Mientras otras prácticas de consumo, a veces más discretas, a veces más ocultas, al no jugar un papel preponderante, son introducidas en otros discursos: los de la ilegalidad, la informalidad, la pobreza, la decadencia, el rebusque. No obstante, lejos de identificar estos escenarios según esas formas comunes, insistimos que la discontinuidad histórica que significó la introducción de los grandes espacios

emergencia de unas nuevas condiciones urbanas que suponen otras consideraciones espaciales de la ciudad: la primacía del ornato y el esteticismo urbano desplazan, en parte, las preocupaciones por la funcionalidad, el orden y la racionalización del espacio social. En la contemporaneidad la estetización de los espacios urbanos, privados y públicos, busca estimular la experiencia cotidiana de la vida metropolitana dando una impresión de ciudad democrática y civilizada. El lugar urbano contemporáneo que intensifica esos procesos de estetización en la ciudad de Medellín es el centro comercial o el *mall*, que procede del inusitado crecimiento urbano que se produce después de finales de los años 60, debido al aumento de la emigración de la población rural hacia la ciudad, al incremento de la actividad laboral de las mujeres en las empresas, al crecimiento de los ingresos familiares, a la adquisición de vehículos automotores y de electrodomésticos, todo lo cual está favoreciendo el desarrollo y el surgimiento de espacios urbanos hiperestetizados de consumo frenético y masivo. Estas nuevas modalidades de comercialización de productos que se concretan en estos nuevos espacios de consumo han venido transformando no sólo la actitud frente al consumo sino todo el imaginario urbano en Medellín ya que devienen hitos urbanos que producen espacialidades que, hoy en día, se configuran como intensas en producción de dinámicas sociales. Nuevas catedrales urbanas, inmensos polos de atracción simbólica donde se sintetizan los fenómenos más contemporáneos y también los más históricos de la vida citadina. Las vitrinas de los almacenes, las exhibiciones de obras de arte, de carros antiguos, de bonsais, de animales raros, curiosos o prehistóricos; la misa dominical, los aérobicos, los espectáculos de payasos, los shows musicales, las fuentes con torres de agua, las burbujas intermedias, los inmensos parqueaderos, los sitios de encuentro, las zonas de comidas, los restaurantes de manteles, las salas de cine, los happy city y divercity, las peluquerías, las perfumerías, las zonas de venta de vehículos, de pólizas de seguros, los bancos, las agencias de viaje, las librerías, las escuelas de música, es decir, la diversidad urbana agrupada en un efecto de síntesis cargado con una fuerza simbólica nueva y avasalladora.

241 En el cuarto capítulo, se mostraba cómo en Medellín la entrada en funcionamiento de San Diego, en un primer momento, y, posteriormente, la construcción del más centros comerciales, tenían como uno de sus más fehacientes propósitos la desvalorización del centro histórico.

comerciales en Medellín constituye el despegue de una transformación generalizada, tanto en producción del espacio urbano, como en las prácticas sociales y de consumo, en las subjetividades y, por tanto, en los modos en que la hábitat concebido, vivido y proyectado. Así, el consumo, en tanto fenómeno históricos, introducen espacializaciones, prácticas de espacios y subjetividades diferenciadas que dan forma a múltiples rostros urbanos e inducen múltiples formas de habitar el espacio urbano. En este sentido, ni la construcción y entrada en funcionamiento, en 1972, de San Diego -el primer centro comercial de Colombia- supuso sólo la incorporación de una nueva tipología arquitectónica, que tomaba como modelo el *shopping center* norteamericano, ni la presencia de otros escenarios de consumo implican sólo informalidad y contrabando, sino que suscitan modos de existencia social, espacial y política de l hábitat urbano local.

No obstante, y aunque 1972 constituya un momento histórico discontinuo en el cual se comienza a fabricar otro tipo de sociedad, a configurar subjetividades inéditas y, por ende, nuevas formas de concebir, producir y practicar el hábitat urbano



Figura 3.2. Edificio de Ruta N en el sector norte de Medellín.

local son posibles; se hace necesario reiterar que serán los últimos años del siglo XX los que condensan la expresión temporal de la inserción “real” y explícitamente contundente de la gubernamentalidad neoliberal en nuestro contexto²⁴², pero será el siglo XXI, es decir, el presente

242 Después de un largo periodo de debates y reformulaciones durante la década del ochenta, en el que estuvieron involucrados el gobierno, los sectores privados y, de forma predominante, las compañías constructoras, fue aprobada la Ley de Reforma Urbana en 1989. Con ella se precisaban las normas concernientes a la elaboración de planes integrales de desarrollo, los cuales debían incluir: plan y reglamento de los usos del suelo con normas urbanísticas precisas; plan vial, de servicios y obras públicas; plan de inversiones y plan de reserva de tierras urbanizables. Con esto, quedaría explícito tanto las responsabilidades de los alcaldes de formular los Planes de Desarrollo como la cada vez mayor descentralización y el reconocimiento a la participación ciudadana. No

que ahora habitamos y que por ende nos fabrica, el tiempo en el cual el neoliberalismo se ha proyectado en el hábitat urbano en su carácter tanto de forma como de proceso. Así, Con Ruta N, por ejemplo, se demuestra que los últimos proyectos urbanos han puesto de manifiesto como las tan requeridas mejoras en cuanto a eficacia y agilidad en la elaboración y gestión de programas urbanos van acompañadas cada vez más del creciente poder de decisión de la iniciativa privada, la cuál, y en este caso específico, es representada en gran parte por capitales internacionales; capitales de los cuales, podríamos decir, ya se depende para controlar el proceso de crecimiento y transformación del hábitat (fig. 3.2). El hábitat, los hábitats, en Medellín se han ido convirtiendo paulatinamente en algo negociado y negociable entre los sectores públicos y privados, entre las demandas de la economía global y las exigencias, no siempre consideradas en estas decisiones, de las poblaciones locales²⁴³. Con esta “nuevas” orientaciones, la simplificación de las

obstante, la Constitución Política de 1991, definiría nuevos parámetros para la planeación: la elaboración de planes estratégicos sería su principal demanda. Por tanto, en 1993, el Concejo Municipal aprobaría la parte estratégica de un plan general que condensara los planes sectoriales, zonales, estatutos temáticos y planes de gobierno previstos en su formulación. Lo que se pretendía con este era “ordenar, orientar, priorizar y regular las acciones de los diversos agentes del desarrollo a escala humana en el ámbito del municipio de Medellín y de las relaciones con su área de influencia y con el país en general” (Plan General para el Desarrollo de Medellín. Parte Estratégica, 1993, pp. 2). Esta nueva perspectiva demostraba una verdadera transformación de los principios de la planeación y evidenciaba esas nociones de ciudad que comenzaron a hacerse visibles a partir de un entendimiento de la diversidad urbana. En este contexto en la Constitución de 1991 se formula nuevos derechos urbanísticos sobre el suelo, en un marco de acuerdos y consensos sociales. “Dos leyes reglamentarias de la constitución concretaron estos principios en un esquema de planificación urbana”: la Ley Orgánica del Plan de Desarrollo (Ley 152 de 1994) y la Ley de Desarrollo Territorial (Ley 388 de 1997). La primera está básicamente dirigida sobre la gestión del “gasto público”, dentro de un plan que formulan los alcaldes al inicio de periodo; la segunda, por su parte, “propone orientar la inversión pública (proyectos, programas) y regular la inversión privada (normas) en el desarrollo territorial para construir un modelo de ciudad socialmente acordado en el plan”. Aunque cada Ley es autónoma y fueron concebida de forma independiente, respecto a la otra, desde los últimos años del siglo XX se han ido articulando, algunas veces de forma eficiente y otras de forma bastante problemática, y formando un sistema de planificación urbana.

243 Cuando comparamos las políticas urbanas del *liberalismo*, donde los problemas de la descentralización y de la participación ciudadana eran el centro de interés, no es difícil concluir que se ha producido un proceso de simplificación progresiva de la planeación del hábitat urbano: por ejemplo, el entendimiento de la ciudad como un conjunto de espacialidades disímiles, que era necesario considerar en su globalidad para enmarcar cada problemática en un contexto general, suscitó las formulaciones de los planes sectoriales en un esfuerzo de reconocimiento de las especificidades de cada fragmento urbano. Esta comparación con el periodo que nos precede evidencia un cambio fundamental: la necesidad de los planes sectoriales concebidos como un instrumento de análisis y reconocimiento de la ciudad para futuras intervenciones fue orientándose paulatinamente hacia la participación especializada de la ciudad en los mercados globales de producción y consumo. De hecho, las políticas urbanas han contribuido en buena medida a este proceso de participación de la ciudad en los mercados globales pues, como es bien sabido, han asumido como principal cometido la transformación espacial y económica de algunos fragmentos específicos de la ciudad, lo que en muchos casos facilita y demanda la inserción del capital privado.

coordinadas de intervención y planeación territorial han ido configurando procesos de fracturación espacial y social del hábitat. Así, la fragmentación metropolitana cobra un sentido completamente distinto al de la modernidad; en este caso la fragmentación no es sinónimo de dinamismo y diversidad productora de vitales espacialidades urbanas sino, por el contrario, está vinculada a los fenómenos de segregación urbana y de desigualdad social, lo que ha ido poco a poco condenando al hábitat urbano a un proceso de “archipiélagización”²⁴⁴ del territorio. De este modo, el hábitat urbano local se divide en lugares que cumplen un papel determinante dentro de estas nuevas dinámicas de consumo urbano y los lugares aislados del dinamismo contemporáneo, estos últimos se vuelven muchas veces virtualmente demonizados al ser “insertados en otros discursos”; a algunos se les adjudica la figura del enemigo, constituyendo de este modo “poblaciones flotantes de nómadas urbanos que ocupan “bolsas locales de extrema dureza”, portadoras de pobreza, decadencia, enfermedad, drogas, crimen y violencia”²⁴⁵.

Tenemos, con todo, que la consolidación de las variaciones materiales del espacio urbano, de la transformación política del mundo social y del cambio en las formas en que los individuos conciben y producen su propia vida, más que manifestaciones del neoliberalismo en su forma local son los elementos que han ido produciendo desde entonces el hábitat contemporáneo. De la misma forma, el hábitat constituye el registro de los cambios, de las transformaciones, de las prácticas sociales e individuales, de las dinámicas políticas y económicas y de las formas de pensar y concebir los espacios humanos; en otras palabras, el hábitat contemporáneo, en tanto forma y en tanto proceso evidentemente neoliberales, funciona a nivel del espacio, la sociedad y la subjetividad; pero, igual que cualquier otra empresa neoliberal, el hábitat urbano es producido, administrado, gestionado y orientado hacia formas medibles, contables y enteramente

244 La noción de archipiélago urbano es usado por Mike Davis y Edward Soja para explicar la “proliferación de nuevas represiones en el espacio y la movilidad” que está conduciendo a la separación excluyente de los espacios urbanos.

245 Estas consideraciones sólo pueden dejar entre dicho la eficacia social de los nuevos procesos de urbanización y, con ello, la desregulación pública de las políticas urbanas. Por tanto, es pertinente abordar el papel de la planeación como un soporte de la regulación del espacio urbano que, necesaria o no, hoy en día es cada vez más difícil de mantener. Queda entonces abierta la pregunta por la eficacia de la planeación y por sus consecuencias sobre las realidades urbanas.

gobernables. Por tanto, y al ser la gubernamentalidad neoliberal ese sistema de normas ya profundamente inscritas en todo los ámbitos de la vida urbana, social, humana y que no sólo atañe a las prácticas gubernamentales, a las políticas institucionales y a las dinámicas empresariales, sino que lleva a cabo una prolongación de la lógica del mercado mucho más allá de la esfera económica; el hábitat urbano obedece a esta disposición global en la medida en que es un elemento producido en función de esta lógica, pero, especialmente es en donde y a través del cual se ha gestado dicha gubernamentalidad. Así que, en el hábitat urbano la competencia como norma de conducta y la empresa como modo de subjetivación no simplemente tienen lugar, sino que se constituyen como las formas en que se expresa la carencia de éste hábitat como un espacio común.

De geografías y cartografías del consumo local

Al intentar darle coherencia geográfica y cartografía al hábitat urbano local a través del dispositivo de consumo se amplía el propósito de comprensión, tanto en términos prácticos como teóricos, de las nuevas formas y los nuevos procesos de producción del espacio urbano habitado



que han reestructurado este hábitat contemporáneo durante las últimas cuatro décadas. Precisamente, al incorporar el dispositivo de consumo, y no sólo sus especializaciones específicas, dicha ampliación tiene lugar a partir de la representación del hábitat urbano local no sólo como modelo arquetípico de un desarrollo social y económico institucionalizado para el país, el continente y el mundo -como muchos han querido presentar a Medellín a raíz de las últimas

Figura 3.3. Listado de los reconocimientos otorgados a Medellín entre el 2013 y el 2014. Suplemento dominical "Antioquia, gente 1A" de la Revista Semana, abril de 2014, pp. 114.

menciones y galardones obtenidos- (fig. 3.3), sino también como una realidad histórica, espacial y simbólica en la cual lo social se construye al margen de dicha institucionalidad, en tanto obedece no sólo a las disposiciones generadas por la gubernamentalidad neoliberal sino a unas transformaciones y apropiaciones producidas por sujetos locales. No obstante, y aunque las transformaciones del hábitat urbano local a través de las apropiaciones de los grupos sociales y los individuos le imprimen a éste un carácter local, debemos admitir que en lo contemporáneo, la importancia otorgada a la inserción del mundo urbano en un extenso sistema global, estos procesos se vuelven cada vez menos representativos en el funcionamiento y la construcción urbana, simplemente estos, al no jugar ningún papel, son introducidos en discursos menores.

Ahora bien, aunque podemos afirmar que con los cambios urbanos locales generados en las últimas cuatro décadas, la esperanza de cartografiar la totalidad nuestro hábitat urbano se hace vez más evanescente, en la medida en que ya no podemos presumir que conocemos sus extremos, sus fronteras y sus límites; existe la posibilidad que, al reconocer esta condición porosa e ilimitada del hábitat urbano actual, podamos esbozar una suerte de geografía del consumo en Medellín, la cual hace parte fundamental de la nueva morfología urbana del hábitat. Si bien durante casi todo el siglo XX, la industria y sus espacios constituyeron en Medellín una unidad geográfica, económica, política y social relativamente discreta y fácilmente identificable en sus separaciones radicales entre zonas, espacios y servicios -zonas industriales y zonas residenciales, espacios del proletariado y espacios de la burguesía-, el hábitat urbano contemporáneo se configura en función de una superposición extensiva e intensiva con respecto a esa primera geografía; con lo que obtenemos un palimpsesto en el cual el estrato de la industria es menos visible, mientras que las capas superiores son las de las espacializaciones propias del consumo contemporáneo, esos “grandes centros comerciales” que se vienen reproduciendo desde la década de los setenta en lo local y que no sólo han producido un geografía materializada en el espacio urbano construido sino que ha configurado unas cartografías sociales y simbólicas que distan mucho de poder ser representadas a cabalidad. De este modo, el levantamiento monumental de muchos de los grandes espacios del consumo local contemporáneo sobre las

ruinas ya fenecientes de la “gran industria antioqueña”, más que funcionar aquí como esa simple metáfora que indica la transición de una sociedad a otra, son los procesos reales y concretos que no sólo alteraron la geografía del hábitat urbano local en tanto forma sino que son los que han transformado las dinámicas, los modos de ser social y las subjetividades, es decir transformaron el hábitat urbano en su carácter de proceso. Los sitios en donde anteriormente funcionaban muchas de las fabricas de la industria ladrillera, textil y de pinturas local fueron volcados hacia la implantación de espacios específicamente destinados para el consumo: por ejemplo, San Diego se levanta hoy sobre los que anteriormente sería una ladrillera; Los Molinos, Viva Laureles y Florida Nueva (fig. 3.4) están localizadas hoy donde anteriormente funcionaban tres de las grandes industrias textiles de la ciudad -Paños Vicuña, Telsa y Everfit (fig. 3.5), respectivamente-; y Premium Plaza, se encuentra ubicado en los antiguos terrenos de Pintuco. No se trata entonces de una simple renovación del espacio urbano construido sino de toda su reestructuración, con un impacto más profundo sobre todos los ámbitos de la vida humana y social que en cualquier otro periodo de la historia urbana de Medellín. En otras palabras, lo que ha sucedido durante las últimas cuatro décadas en Medellín puede ser descrito e interpretado como una deconstrucción selectiva y, más aun, como una constante reconfiguración del hábitat urbano local.



Figura 3.4. Proceso de construcción del Parque comercial Florida Nueva, ubicado en el noroccidente de Medellín, 2012.



Figura 3.5. Everfit, Gabriel Carvajal, 1975, Archivo fotográfico BPP.

Trazar entonces líneas claras entre lo que puede ser atribuido a la ciudad y lo que puede ser ampliado como hábitat urbano en relación al dispositivo de consumo requiere considerar como el hábitat, a diferencia de la ciudad, no posee límites fijos, ellos dependen de los flujos, de las articulaciones espaciales y territoriales y de los procesos urbanos que la sociedad y los sujetos posibilitan. De esta forma, el hábitat urbano local en tanto forma no está contenido y en tanto proceso recrea un zona simbólica ampliada. Medellín, entonces, como ciudad tiene límites precisos, pero como hábitat se figura con una forma urbana cada vez más compleja. De acuerdo con esto, podemos afirmar que en Medellín, en tanto hábitat, se produce un cambio fundamental a partir del funcionamiento del dispositivo de consumo y, por tanto, de la incorporación de los espacios de consumo en la medida en que las formas de producción de la subjetividad, los principios de realidad social, los referentes espaciales decididamente fijos y las epistemologías urbanas tradicionales que imponía una sociedad industrial -instituciones estatales, sociales y familiares, las delimitaciones de los lugares de la ciudad, los sitios orientados a actividades específicas- se encuentran cada vez más evaporadas.



Figura 3.6. Avenida El Poblado, zona sur de Medellín, agosto de 2013.

Vemos entonces cómo a partir de la década de 1970 la forma urbana contemporánea de Medellín mantiene en su espacialidad referentes históricos que configuran la geografía urbana del centro de la ciudad y otro tipo de referentes nuevos, que desde entonces, comienzan a producir una geografía social, cuyo referente principal son los centros comerciales. La ubicación del “primer centro comercial”, San Diego, y posteriormente de Oviedo (1979), Almacentro (1982), Premium Plaza (2007), San Fernando Plaza (2007) y Santa Fe (2010), al rededor de la avenida El Poblado le fue otorgando, a esta ruta, un significado urbano según el cual el dinamismo económico preponderante de toda la ciudad se configuraba en este sector (fig 3.6). Esto fue produciendo poco a poco, y desde entonces, un proceso de densificación que podría caracterizarse de abrumador en la medida en que la ladera oriental de la Avenida El Poblado se fue constituyendo en un laberinto de edificaciones y de unidades residenciales, siendo allí también donde se fueron instalando los más importantes polos financieros de la sociedad antioqueña. Es decir, la configuración urbana de toda esta zona es tributaria de la ubicación estratégica de los centros comerciales diseminados y articulados con el fin de producir una forma urbana específica. Aún así, la forma urbana del hábitat es discontinua, y el cambio que conduce a la sociedad contemporánea se gesta desde esos años en los cuales el dispositivo de consumo espacializado, a través de los “grandes centros comerciales”, no se limitaba al área en la que ellos fueron diseñados y construidos sino que extendían su influencia urbana en beneficio de la constitución de toda la zona del sur del espacio urbano y que hoy en día también incluye el municipio de Envigado y el de Sabaneta. De esta forma, también se ha ido gestando un proceso de expansión acelerada por la doble calzada de Las Palmas hacia el Oriente Antioqueño, donde nuevos espacios comerciales reproducen en gran medida las condiciones de vida que en otrora funcionaron en El Poblado. De manera que, el éxito del dispositivo de consumo, como configurador urbano y como productor de una geografía social, se hace visible en las dinámicas sociales de todo este sector, ya que ellas funcionan en y a través de los centros comerciales; podemos afirmar, de acuerdo con esto, que El Poblado se ha constituido como el laboratorio urbano que ha ido funcionando de manera positiva en la zona sur de la ciudad, en tanto hoy en día posibilita territorializaciones urbanas que utilizan enclaves de consumo como focos de

atracción para generar procesos urbanos de alto rendimiento constructivo y económico en base sea a procesos de conurbación, densificación o gentrificación. Así, la masa urbana de este sector está actualmente articulada a través de ejes de movilidad y puntos de intersección que comunican los espacios de consumo, en los cuales en su “entre” se construye los hábitats que quedan abrazados por dichos espacios.

Tenemos entonces que esta cartografía del hábitat urbano local nos hace evidente que el espacio material y socialmente construido se ha ido paulatinamente descentrando y, por ende, recentrando: una amplia “periferia” urbana compuesta por un sin fin de residencias y de espacios de consumo (que van desde los grandes centros comerciales, hasta los multiplicados *mall* y manzanas enteras destinadas a albergar un tipo amplio de almacenes que parecieran recrear las avenidas comerciales de las grandes ciudades del mundo) desdibuja los alcances externos de la ciudad, mientras que el centro, histórico y geográfico, está siendo abandonado y redefinido como una zona peligrosa y deprimida. Es decir, entre los emplazamientos reconstituidos como espacios urbanos estetizados a fin de suplir las demandas globales del neoliberalismo y los sitios que se han ido demonizando al adjudicarles la presencia de los enemigos, tenemos un hábitat urbano cada vez más segmentado. Es en este sentido, en que es importante comprender no tanto el funcionamiento del dispositivo de consumo en el mismo, sino las geografías subjetivas, sociales y urbanas que genera; pues otros sectores de la ciudad, que parecieran no jugar ningún papel en los procesos urbanos contemporáneos, también están expresamente insertos dentro del funcionamiento de una gubernamentalidad neoliberal y, por ende, del dispositivo de consumo. Es el caso del centro extenso de Medellín, que así mismo se ha formado como un enorme palimpsesto y un paisaje amalgamado conformado por diversas formas edificadas que con el paso del tiempo se han superpuesto unas sobre otras; desde lugares con una marca histórica, como el pasaje Junín y el sector de Guayaquil, hasta lo que hoy significan espacios enteros atravesados por procesos de renovación urbana, en los cuales los espacios de consumo han sido privilegiados. Es aquí, en este sector de la ciudad, donde funciona el dispositivo de consumo a través de ese

gran imán urbano, social y comercial denominado El Hueco²⁴⁶. La significación de este sector se ha transformado desde los “San Andresitos” de la década de los sesenta hasta fuerte impacto de grandes espacialidades para el consumo -El punto del Hueco, Hollywood, El punto de la Oriental y Gran Plaza-, lo cual ha implicado que un comercio con otras connotaciones esté transformando las dinámicas socioespaciales que ha llegado ha convertirlo en un polo de atracción urbano para todos los estratos socio-económicos de la ciudad²⁴⁷. Los ritmos urbanos de este sector son frenéticos e implican un movimiento social y de consumo múltiple que va desde grandes almacenes históricos -el Almacén Caravana, por ejemplo (fig. 3.7)- pasando por almacenes de grandes marcas internacionales, hasta burbujas comerciales, pequeñas miseláneas, espacios patrimoniales transformados en espacios de consumo -Palacio Nacional-, ventas ambulantes y toda una diversidad imaginable que funciona dándole a este espacio urbano la característica de ser el espacio con más densidad comercial de la ciudad, en donde las estéticas, las prácticas y las mercancías son realmente polimorfas. Es decir, si bien en los grandes centros comerciales que han sido evocado en un primer momento existe un efecto de síntesis urbana, en la medida que en ellos se agrupa una multiplicidad considerable de almacenes y servicios, podemos decir que dicha multiplicidad responden a unas estéticas y unas prácticas globales relativamente estables; por el contrario, es el centro abierto y diseminado de la ciudad el espacio que contiene la más intensa diversidad comercial en lo que ha estéticas y prácticas respecta.

246 Quizá el mito urbano según el cual la denominación la metáfora corresponda al paso denominado con este nombre a través del cual transitaban mercancías y personas entre México y Estados Unidos, y por extensión entre México y América Latina.

247 En este punto es necesario reconocer que El Hueco no supone un espacio reservado para las prácticas de consumo de los sectores más populares de la ciudad; pues como es bien sabido, personas de los estratos más altos no sólo son dueños de muchos de los almacenes sino que realizan todas sus compras en este sector. Igualmente, los espacios arquetípicos del consumo no se encuentran completamente blindados contra los “lolos” y visitantes de los estratos más bajos; a modo de anécdota, cabe recordar que recién construido El Tesoro, el centro comercial que aspiraba albergar únicamente a las “élites” del sector y que las elites esperaban que las albergara sólo a ellas, obtuvo oleadas de visitantes que distaban mucho de ser los esperados, los cuales llegaban en buses y busetas contratadas para el largo desplazamiento entre sus barrios y el centro comercial que esperaban conocer.



Figura 3.7. Sector El Hueco de Medellín, al fondo se puede observar el almacén Caravana, el cual fue fundado desde 1947.

Así, una interacción simultánea en el hábitat urbano local entre procesos de desterritorialización y de reterritorialización han tenido lugar a través de las transformaciones gestadas a partir de la décadas de los setenta. El primer proceso hace referencia a la creciente banalización del espacio urbano producida a través de las incorporaciones de espacialidades con impronta internacional, lo que ha llevado a una progresiva debilidad de los vínculos sociales con el lugar, con el universo local construido socialmente. Aún así, habrá que admitir que procesos de reterritorialización también han cobrado una amplia significación en lo que se refiere a las formas adquiridas por el hábitat urbano local en las últimas décadas; no sólo con la creación de nuevas formas y combinaciones de identificaciones territoriales y espacialidades sociales, sino con la reinvención de las ya existentes. Es precisamente, en estas últimos procesos es en los que estimamos se inscriben muchas de las espacialidades del consumo presentes en el centro de Medellín, que

aunque, cómo ya ha sido explícito, también están insertas dentro del funcionamiento amplio del dispositivo de consumo, moldean un hábitat urbano con características propias. Por tanto, las implicaciones de la densidad comercial del sector descrito, hacen que aquí se genere un alta y abigarrada concentración humana, que se mueve y circula otorgándole a todo el centro urbano una forma espacial y social que no se repite en ningún otro lugar de la ciudad. Si bien aquí también han sido implantados algunos centros comerciales, los cuales funcionan diferencialmente bajo el mismo modelo - ya que ninguno es exactamente igual al otro- del “gran centro comercial” presente en esos otros sectores, la especificidad del centro que funciona por fuera de los muros de estos “monumentos” del consumo contemporáneo, es decir, a campo abierto, tiene un referente único de funcionamiento y es por esto que se configura como un fuerte polo de atracción urbana.

Las transiciones del hábitat urbano local, según esto, también pueden ser evocadas en relación a una reproducción generalizada de esos dos tipos de geografías evocadas. Cada una de estas geografías responde a un proceso urbano específico, en primer lugar, la producción de espacios estetizados y concentrados al rededor del dispositivo de consumo, los mismos que han llevado a Medellín demostrar espacialmente que es parte integrante del mundo globalizado, se han ido desarrollando, con coordenadas similares, en otros sectores de la ciudad; por ejemplo, muchos de los sectores de la zona occidental de la ciudad también están sufriendo una resignificación urbana explícita en relación al funcionamiento del dispositivo de consumo que, a través de sus espacializaciones -Los Molinos (200) que abarca el sector amplio de Belén y la Villa del Aburra, Viva Laureles (2012) el sector que su nombre indica y Florida Nueva (2013) Pilarica, San German y Robledo- están siendo asociadas a procesos de densificación habitacional del sector que los circunda. Por el contrario, y en segundo lugar, tenemos esa “otra” geografía que tiene inscrita especificidades propiamente locales; en esta, las dinámicas de consumo en los espacios que no se enmarcan dentro del modelo arquetípico de los “grandes centros comerciales” son absolutamente polimorfos, y su diferencia produce un mestizaje urbano en las edificaciones, en el trazado de las calles, en las personas y en los grupos sociales que recorren cotidianamente esta

geografía urbana. Aquí podríamos decir que el efecto de síntesis urbana no es reductivo como en el centro comercial, sino expansivo y que la territorialización de El Hueco se ha ido extendiendo a muchos espacios del centro de la ciudad, y hoy en día se extiende a configuraciones barriales en los sectores periféricos de ella, donde sub-especies de “Huecos” se han ido produciendo como geografías urbanas específicas. A pesar de la existencia de, por lo menos, dos formas de cartografiar el hábitat urbano local en relación al dispositivo de consumo contemporáneo, debemos admitir que estas dos lógicas referenciales del hábitat pueden ser representadas como productos de los procesos de intensificación de la globalización de la gubernamentalidad neoliberal y del dispositivo evocado, en la medida en que lo global se está volcando hacia las formas más menores de lo local y lo local ha comenzado a dirigir su atención hacia los fenómenos globales.

Con todo, la mutación que hemos descrito no se basa ya en la concentración de industrias sino en la diseminación de diferentes espacios de consumo. Otra forma urbana emerge, una nueva geografía espacial, subjetiva y social configura hoy el hábitat urbano local. El sujeto da hoy en día el tono a dicha geografía, recomponiendo sus paisajes urbanos y construyendo una nueva territorialidad dominante que ya no está fundada en las separaciones urbanas entre barrios obreros y barrios burgueses, sino que la pobreza y la riqueza son organizadas en función de los múltiples espacios de consumo. Los millones de habitantes que somos hoy sujetos urbanos en Medellín comprendemos fragmentariamente su espacio urbano y, por ende, construimos un mapa referencial y simbólico del hábitat urbano que nos es absolutamente propio, ubicándonos en él con base en esos referentes espaciales que hemos evocado y que de acuerdo a nuestras prácticas nos competen. Esta geografía corresponde a una forma de territorialización del espacio en la que los factores locales de intervención están atravesados por formas globales de diseño arquitectónico que transforman la forma urbana del hábitat urbano en un sentido al mismo tiempo más internacional, pero cuyas apropiaciones también lo hacen específico. En esta medida, es evidente que no sólo la forma urbana a cambiado, que no sólo las geografías y los recorridos ya son otros, sino que todo el hábitat urbano se ha transformado y sigue mutando a una

velocidad vertiginosa, motivado en gran parte por el funcionamiento exitoso del dispositivo de consumo que extiende su influencia y, de esta forma, termina comunicando a todos los sectores de la ciudad. Dominar el espacio urbano de la Medellín contemporánea es construir un diagrama en el cual la articulación entre los múltiples sitios de consumo del hábitat terminen dibujando y produciendo el saber urbano que describe el hábitat urbano real. Es esta la paradoja; la constitución de un hábitat urbano real es producida a partir del funcionamiento de dispositivos que atraen utilizando estrategias, técnicas, mecanismos, artimañas, señuelos y seducciones que capturan la subjetividad en beneficio de un tipo de riqueza, que como la generada por el consumo, es una forma también de producir “poblaciones flotantes que ocupan bolsas locales de extrema dureza” (Soja, 2008, pp. 223); es esto lo que estos dispositivos de consumo han tenido la capacidad de reinventar, no solamente un espacio urbano habitable para los sujetos urbanos neoliberales y consumidores, sino un hábitat imposible de habitar para los parias urbanos. Pues como diría Celeste Olalquiaga,

El valor de las personas ha descendido por debajo del de los objetos: el creciente número de gente sin hogar, desplazada para dar lugar a la especulación de bienes raíces, es prueba de esto. La sustitución del valor de uso por el valor de cambio rara vez se hace tan evidente: gran número de familias vive en los parques y en las calles mientras cientos de edificios con viviendas habitables esperan una mejor oportunidad de mercado para ser ocupados. Este desplazamiento corporal es incluso más violento que una guerra, porque la falta de hogar es una condición de lento deterioro humano y de un heroísmo pocas veces apreciado. Es como si la cultura contemporánea hubiera desarrollado una especie de miopía psicasténica²⁴⁸ en virtud de la cual la gente que vive en las calles parece una extensión natural del escenario urbano (Olalquiaga, 2014, pp. 59.)

De esta forma, se modela un hábitat menor, portador de pobreza y de generación de formas de existencia humana inaceptables, producidas por esta forma urbana; es esta la simple caracterización del hábitat urbano local que puede esbozarse a través de las geograffias y las cartograffias del consumo contemporáneo. “Poblaciones flotantes de nómadas urbanos”, que en lo coloquial no son más que esas tribus de habitantes de la calle, este eufemismo con el cual la municipalidad actual clasifica a aquellos que ya no pueden habitar una forma urbana con las exigencias que crea la gubernamentalidad neoliberal que hemos venido estudiando, han sido en

248 Según Edwar Soja, “la psicastenia es uno de los síndromes psicológicos asociados a la vida en la postmetrópolis” (Soja, 2008, pp. 222) los cuales suponen problemas de identidad y trastornos esquizoides de la personalidad.

parte demonizados pero, sobretodo, son virtualmente invisibilizados en la medida en que tienen cada más presencia urbana. Así, y aunque muchas inclusiones espaciales hemos hecho visibles, es necesario recalcar y enfatizar que también muchas exclusiones están formando unas geografías desterritorializadas que no caben y no tienen lugar en esta forma urbana neoliberal; por tanto, resulta indispensable nuevas formas de comprender, tanto en términos prácticos como teóricos, las formas específicas en las que los espacios del hábitat urbano local son empíricamente percibidos, conceptualmente representados y realmente habitados.

Utopías y topologías de un hábitat urbano común

Aquello de lo cual nosotros tenemos vergüenza como de una tara, aquello que consideramos como una lepra, es el hecho urbano llevado a su máxima expresión: la aglomeración de individuos cuya razón es la de aglomerarse por millones, cualesquiera que sean las condiciones reales. Basura, desorden, promiscuidad, rozamientos; ruinas, barracones, barro, inmundicia; humores, excrementos, orina, pus, secreciones, rezumaderos: todo eso contra lo cual la vida urbana nos parece ser la defensa organizada, todo eso que nosotros odiamos, todo eso de lo que nos protegemos a tan alto precio, todos esos subproductos de la cohabitación, aquí no alcanzan jamás un límite.

[...]¡Cuidado!, reírse o irritarse equivaldría a un sacrilegio. Esos gestos grotescos, esas muecas..., vano sería censurarlos y criminal ridiculizarlos en lugar de ver en ellos los síntomas clínicos de una agonía. Una sola obsesión, el hambre, inspira esas conductas de desesperación, la misma que echa a las gentes de los campos y hace que se haya pasado en pocos años de 2 a 5 millones de habitantes; hacina a los fugitivos en el callejón sin salida de las estaciones, donde se los ve desde los trenes, por la noche, dormidos sobre los andenes y envueltos en la tela de algodón blanco que hoy es su vestido y mañana será su sudario; confiere su intensidad trágica a la mirada del mendigo que se cruza con la nuestra a través de los barrotes metálicos del compartimiento de primera que, como el soldado armado que se agacha sobre el estribo, nos protege de esa reivindicación muda de uno solo de ellos, que podría fácilmente transformarse en aullante motín si la compasión del viajero, más fuerte que la prudencia, mantuviera a esos condenados en la esperanza de una limosna.

[...]La vida cotidiana parece ser un permanente repudio de la noción de relaciones humanas. Allí todo lo ofrecen, a todo se comprometen, pregonan toda clase de competencias cuando en realidad nada saben. Así, de pronto, uno se ve obligado a negar al otro la calidad humana, que reside en la buena fe, en el sentido de compromiso y en la capacidad de obligarse.

[...]También aquí el otro nos obliga a negarle la humanidad que tanto querríamos reconocerle. Todas las situaciones iniciales que definen las relaciones entre personas están falseadas, las reglas del juego social, burladas; no hay manera de comenzar; porque aunque uno quisiera tratar a esos desgraciados como a iguales, ellos protestarían contra la injusticia; no quieren ser iguales; suplican y conjuran que uno los aplasta con su soberbia pues precisamente de la dilatación de la distancia esperan ellos alguna migaja tanto más

sustanciosa cuanto más distendida se halle nuestra relación; cuanto más alto me ubiquen, tanto más podrán esperar que esa nada que me piden se convierta en algo. No reivindican un derecho a la vida; el solo hecho de sobrevivir les parece una limosna inmerecida, apenas justificada por el homenaje que rinden a los poderosos (Lévi-Strauss, 1988, pp. 137 – 140).

Pareciera que esta narración fuese un producto etnográfico de una tarde deambulando por algunos sectores de Medellín; incluso, con un itinerario que tenga como punto de partida la Universidad Nacional y como punto llegada el Parque Berrio -en un recorrido que incluya los alrededores de la Minorista, “Los Puentes”, Barbacoas, el Parque Bolívar, Palacé, la plaza de “las gordas” para finalmente reposar en nuestro destino-, se completaría todo el trazado cartográfico. Igualmente, podríamos terminar el presente capítulo haciendo una cita extensa de *Muchedumbres*²⁴⁹, simplemente escribiendo Medellín allí donde originalmente aparecía Calcuta. Sin embargo, Medellín no es Calcuta, y Lévi-Strauss no escribió *Tristes Trópicos* pensando en este hábitat preciso, lo cual conllevaría a una falta grave e implicaría cerrar sin problematizar las formas contemporáneas de un hábitat que nos es específico. Pero, aun así, tendremos que admitir que esa descripción hecha por Lévi-Strauss, en la década de 1930, sobre uno de los hábitats urbanos más densamente poblados del mundo y, sumado a esto, las consideraciones anteriormente evocadas sobre los modos de ser neoliberales, sirven para inaugurar un pensamiento crítico sobre nuestras actuales y locales condiciones de vida urbana; las cuales suponen así mismo la problematización de las formas en que nos hemos construido como sociedad, en que nos hemos relacionado con esos “otros” que se suponen nuestros semejantes, en que hemos producido nuestros propios espacios y en cómo hemos configurado nuestra propia vida. Y todo esto más que ser válido para la Calcuta de la década de 1930 o para la Medellín contemporánea, lo será para todos los hábitats urbanos hoy sumidos en unas lógicas que privilegian la expansión y la densificación sin límite de su forma y su población.

Ahora bien, cuando en un principio se planteaba la necesidad de una precisión conceptual del hábitat, optamos por abordarlo como aquello que es fundamentalmente constitutivo de la

249 “Muchedumbres” se titula el capítulo quince de *Tristes Trópicos* (1988), la gran obra del antropólogo francés Claude Lévi-Strauss.

existencia individual y colectiva, de ahí que fuera definida como *la espacialidad de la vida humana*; tras lo cual argumentábamos que la importancia del espacio en la configuración de todas las expresiones de la vida humana está comenzando a ser considerada. Emerge, por tanto, un reconocimiento de que el hombre es un ser intrínsecamente espacial en la medida en que no sólo está produciendo continuamente los espacios sino que continuamente los espacios lo producen a él; permeando esto todas las escalas socialmente construidas de la espacialidad humana, desde lo más íntimo hasta lo urbano globalizado, y consagrando así al hábitat como el lugar en donde se expresa la producción social de la subjetividad. De manera que, si el hábitat es la vida humana espacializada, el hábitat urbano obedece a una espacialidad común, vivida, practicada y compartida por los sujetos, pero también concebida, representada y dispuesta para la vida colectiva. Por consiguiente, el hábitat urbano es el hábitat humano común; es decir, el espacio en donde la vida humana se ve ineludiblemente configurada y desarrollada en función del grupo.

Precisamente, esta caracterización de lo que se supone es el hábitat urbano y, por tanto, lo que debería seguir significando en la actualidad, abre la posibilidad a esa problematización de nuestras actuales formas de existencia y, con ello, a la manera en que hemos edificado nuestro espacio urbano común. Si bien dicha definición del hábitat urbano puede ser considerada como una función obvia y estática de lo que acarrea cualquier asentamiento humano, lo que implica, más bien, es que al estimar las condiciones urbanas contemporáneas nos lleva a establecer esa relación que le es constitutiva entre el espacio materialmente construido y el espacio socialmente producido; en otras palabras, la relación existente entre un espacio ocupado -posiblemente saturado- por edificios de todo tipo (habitacionales, comerciales, recreativos, administrativos, etc.) y los vínculos sociales, los nexos de vecindad, los encadenamientos afectivos que los sujetos trazan entre sí. Relación que aunque constitutiva y problemática, es la que ha posibilitado las formas específicas de configuración histórica del hábitat urbano, en la medida en que de la organización del espacio construido depende el modo en que se desarrolla colectivamente una sociedad. Richard Sennett a este respecto plantearía que las sociedades occidentales emergieron

con un privilegio de la carne sobre la piedra, es decir, en donde el espacio urbano construido tenía como fin la potenciación de las prácticas humanas en relación a la producción de la vida en sociedad, y en donde la pregunta del cómo vivir juntos no sólo sería parte constitutiva del ordenamiento mismo de ese espacio construido sino de la existencia de cada sujeto en particular. Sin embargo, con la modernidad²⁵⁰ dicha relación sufriría una inversión en su lógica: de relación dinámica y fecunda entre el espacio construido y otro socialmente habitado se pasaría a un espacio que debía albergar a un número creciente de individuos, los cuales se iban aglomerando en asentamientos nucleados que debían responder a todas las necesidades humanas básicas; de este modo el espacio construido comenzó a producirse en detrimento de la vida humana misma.

De la relación tripartita entre *polis*, *acrópolis* y *oikos* griega²⁵¹, en la cual el hábitat urbano era el espacio privilegiado del vínculo entre hombres y dioses, lo que suponía la espacialidad de la vida humana en toda su amplitud existencial: lo político, lo cosmológico y lo doméstico funcionando a favor de un hábitat producido como totalidad orgánica y como imagen del mundo; pasamos a la relación dialéctica en entre espacio público y espacio privado, en la cual el hábitat urbano deja de

250 Como es sabido, todos los equivalentes económicos, políticos, sociales y filosóficos con los que se ha identificado la cultura moderna, o de la modernidad, no sólo son el producto de procesos constituidos históricamente como urbanos sino que tienen su espacio de desarrollo en el mundo urbano y producen una cultura urbana propia. Las transformaciones del mundo Occidental, especialmente de la cultura europea, a raíz de la Revolución Industrial, el ascenso al poder de la burguesía liberal y el pensamiento ilustrado afectaron de forma significativa las ciudades. De esta forma, esas grandes transformaciones producidas en la cultura urbana por estos fenómenos extenderían la hipótesis de que la aparición de problemas urbanos inéditos daría pie al surgimiento de una nueva disciplina, el urbanismo; disciplina que tendría su origen en relación al nacimiento de lo que suele denominarse la “ciudad moderna”, o “gran ciudad”, y que se fundamenta en los intentos de controlar los procesos de crecimiento urbano y se orienta al establecimiento de criterios para la regulación y planificación urbana en beneficio de la ciudad moderna. Por tanto, la aparición del urbanismo moderno como disciplina institucionalizada, con elementos conceptuales y técnicos de intervención, fue por mucho tiempo establecida en el periodo comprendido entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX, pues se la asimilaba como ruptura con las medidas urbanísticas tradicionales que concebían la ciudad como una gran obra de arte completa y unitaria. Las relaciones de causalidad lineal establecidas entre la Revolución Industrial y el urbanismo moderno son los fundamentos de la hipótesis.

251 La *polis*, que hoy puede entenderse como la ciudad en su función y formación política; la *acrópolis*, el lugar dentro de la ciudad reservado a los dioses; y el *oikos*, equivalente al hogar, estuvieron articulados en relación a la potenciación de la vida de cada sujeto en tanto perteneciente a una comunidad política y socialmente compartida. De esta forma, espacial y geográficamente, la ciudad griega, como Jean-Pierre Vernant en su texto *Mito y pensamiento en la Grecia antigua* (1993), correspondía a todo un conjunto de representaciones geométricas y cosmológicas: “la ciudad es idealmente un círculo cuyos puntos están a la misma distancia del centro; similarmente el centro es esférico y organizado por leyes de proporción y de armonía que la ciudad «imita» en su organización” (Hénaff, 2014, pp. 27).

ser común, deja de expresar un sentido de mundo para convertirse en un cumulo infinito e inmenso de archipiélagos contruidos. Ese espacio público que antiguamente estaba asociado a la discusión política y la vida cívica de una comunidad, hoy sólo se define por sus visibilidades, su accesibilidad, su función oficial y, por tanto, por su oposición directa con el espacio privado, que no es más que residencias, sitios a los que no todos tienen acceso y a lugares de actividad individual; una simplificación de los contenidos y significados de la espacialidad de la vida humana, de la que dependemos y que es constitutiva de las formas de pensar, construir y vivir el hábitat urbano contemporáneo. De este modo, nuestro presente urbano se define por una oposición que no sólo oculta sino que borra y desdibuja aquello que aludíamos como la espacialidad común de la vida humana, esa espacialidad que debía reconocerse como “un lugar donde la *diversidad humana* encuentra más que en cualquier otro lugar la oportunidad de ser reconocida y valorada” (Hénaff, 2014, pp. 13). Sin embargo, no podemos negar, y como ya lo habíamos argumentado anteriormente, que las disposiciones de cualquier espacio urbano construido aluden inevitablemente a la vida compartida; así que el espacio común siempre será un horizonte humano insuperable que hoy encuentra su génesis en los espacios de consumo contemporáneos. De manera que es la concepción de espacio público la que debe ser repensada:

La *polis* a partir de sus elementos esenciales, configura el modelo analítico que indica las desviaciones y desequilibrios de la condición urbana actual. Asistimos lentamente a la disolución de la ciudad pensada o la ciudad concebida en el deber ser de una filosofía política. El inexistente (simulado históricamente) concepto de espacio público se transforma en el espacio destinado a la imagen, la información y el consumo. Presenciamos la caducidad de la “ciudad espacial” que instituye lo propiamente urbano: un concepto abstracto de ciudad mediatiza una imagen difusa de la “noción de espacio” -el cual se deforma- en una significación intangible “flujos económicos”, donde la producción programática de imágenes plantea la problemática cultural del posmodernismo (Leonel, 2005, pp. 88).

Estos, más que pensarse vagamente como un simulacro extendido del espacio público²⁵², deben ser considerados como los lugares en los que hoy la vida humana encuentra una imagen de ese

252 Cómo ya había sido puesto en cuestión en diversas ocasiones, la tesis de que los *shopping mall* son espacios privados que ficcionalizan el espacio público urbano no sólo es una tesis bastante común sino que supone un reduccionismo que no permite una comprensión amplia y problemática del funcionamiento de estos espacios dentro del mundo urbano y social contemporáneo.

hábitat común y, por tanto, una respuesta al cómo vivir juntos contemporáneo. Lo cual no refleja más que la carencia de un pensamiento reflexivo, problemático y crítico de nuestras condiciones de vida urbana y de nuestras formas de producirnos como sociedad. La *polis* funcionaba en relación al pensamiento activo de todos los hombres libres que construían su propia vida en función de la vida común; se trataba de un “cuidado de sí”²⁵³ que tenía como fundamento producir comunidad. Hoy, por el contrario, el modo de ser neoliberal impone una gerencia de sí mismo²⁵⁴, la cual es completamente incompatible con la valoración del “otro” en otros términos que no pasen por el análisis económico, es decir, por el análisis de la medida en que el “otro” puede ser, o no, rentable, útil y conveniente según intereses particulares. Así, eso que se ha dibujado en el mundo contemporáneo como una autonomía y un gobierno de sí mismo, a borrado del pensamiento de los hombre el cuestionamiento por el cómo son gobernados; lo cual ha favorecido justamente a que el hábitat urbano, en tanto espacio construido, haya multiplicado sus emplazamientos para el gobierno de la vida humana. Es precisamente a través de la espacialización del poder que el dispositivo de consumo contemporáneo se inscribe en esta lógica. Los espacios de consumo, todos ellos atravesados de jerarquías, de vigilancia, de acciones y de prácticas que no se producen en el espacio público griego; espacios movilizadas por el funcionamiento de un poder extensivo que se ejerce de manera diferenciada sobre los sujetos, los cuales debían figurar más como utopía hoy son la topología moderna del hábitat urbano perfectamente gobernado. De esta forma, y en el caso específico de los grandes centros comerciales, la actividad consistente en regir la vida de los hombres que los “disfrutan” hace que haya en ellos mucho más que una ingeniosidad arquitectónica: son verdaderamente un acontecimiento en la historia de la vida humana; pues en apariencia, pueden parecer no más que uno de tantos edificios que se registran en el hábitat urbano pero, en ellos, se dibujan todas esas nuevas formas del vivir juntos, las cuales no suponen más que una aglomeración creciente de

253 La expresión “cuidado de sí” (*souci de soi*), es el nombre dado por Foucault al tercer tomo de la *Historia de la sexualidad* (), y la cual traduce la expresión griega *epiméleia heautóu*, fue un tema consagrado por Sócrates y que se concibió en la filosofía posterior a éste como un arte de la existencia.

254 Reiteradamente diremos que éste “cuidado de sí” contemporáneo consiste en “gestionar una cartera de actividades, desarrollar estrategias de aprendizaje, de matrimonio, de amistad, de educación de los hijos, gestionar el capital de la empresa de sí” (Laval y Dardot, 2013, pp. 340).

individuos destinados a tener que vivir en cercanía.

De la misma forma que en las calles de Calcuta, como en las de cualquier hábitat notablemente densificado del planeta, las disposiciones del espacio construido posibilitan las *muchedumbres*, y con ellas es imposible abstraerse de los teratomorfismos descritos por Lévi-Strauss. Y aunque Medellín no cuenta con una magnitud poblacional como la de Calcuta, si sabemos que esta se ha multiplicado considerablemente en las últimas décadas y que por lo menos un 70% de la población de todo del Área Metropolitana vive en el núcleo urbano²⁵⁵; igualmente, sabemos que el territorio urbano de Medellín se ha ido expandiendo paulatinamente²⁵⁶ y que la actividad

255 Para principios de los años 1940 el número de habitantes se acercaba a los doscientos mil, pero el crecimiento de la industria y los efectos posteriores al periodo histórico conocido como *la violencia*, entre 1945 y 1965, incrementaron de manera notable la población urbana de Medellín, que para 1951 había duplicado su población con respecto a 1938, en 1964 prácticamente la triplicaría al ser 1'071.152 sus habitantes. Para 1995 la población era de 1.865.618 habitantes, y registraba una tasa de crecimiento de 2.92%, al final del quinquenio se contaba con una población de 2.159.243 habitantes; en el 2005 se contaba con un total de 2'499,080 habitantes, equivalentes al 67% del total metropolitano. Se estima que para el 2020 la población de Medellín se incrementará en 434.014 personas, es decir a un promedio anual de 28.934 habitantes.

256 En este punto se hace indispensable insinuar una de las problemáticas urbanas más fuertes de Medellín: En los últimos años de la década de los cuarenta, Medellín no sólo era el objeto de mira de los industriales extranjeros que llegaban al país sino que estaba promoviendo el nacimiento de industria local, lo que la haría devenir en una ciudad propicia para las formas de vida moderna; por tanto la ciudad se convirtió en el enclave urbano de recepción de población más móvil de todo el país (Schnitter, 2007: 63). Ahora bien, esta creciente masificación urbana implicaría la expansión territorial de la ciudad, lo que en la mayoría de los casos no sería una expansión organizada, de zonas residenciales e industriales. La formación de barrios por fuera del perímetro urbano que no contaban ni con las condiciones necesarias para la vida, ni seguían los cánones de urbanización establecidos, y la ubicación de industrias en zonas inapropiadas para el eficaz funcionamiento de la ciudad y para sus condiciones higiénicas, provocaría el malestar de la administración municipal. Los discursos que circularon estaban, en su mayoría, abocados a la urgencia tanto de consolidar un perímetro urbano como de crear las unidades habitacionales, los que correspondían al afán por regular la “misericordia urbana” en las periferias con la creación de soluciones de vivienda. Las condiciones urbanas se materializaban en la segmentación y segregación socioespacial: Medellín, una ciudad, producto del discurso higienista y de los esfuerzos por mantener la estética y el ornato, que se estaba transformando debido a los cambios en las dinámicas económicas fruto del proceso de industrialización, donde buena parte de la gran arquitectura de edificios industriales, comerciales y bancarios eran sinónimo del esplendor, contrastaba explícitamente con el enorme nivel de pobreza y precariedad habitacional. Es entre la década del 40 y el 60, como lo veremos más adelante, que se comienzan a identificar y localizar las mayores densidades habitacionales, justamente en los sectores donde se acumularan las mayores carencias en términos de infraestructura recreativa, deportiva, cultural y de espacios públicos, en tanto estas no fueron previstas de manera adecuada en los desarrollos de vivienda adelantados en este periodo. Así, los procesos de segregación socioespacial se agudizan, de los cuales sólo se empezará a hacer consciencia en la última década del siglo XX, cuando los déficit de calidad de vida y los bajos indicadores de desarrollo humano ya no sólo eran evidentes sino que se habían tornado alarmantes. Es precisamente en estos sectores donde comienza expresarse con mayor intensidad las problemáticas sociales que se dieron en la ciudad entre finales de los años ochenta y principios de los noventa, cuando la unión de crisis económica y desempleo, crisis de justicia, guerrillas urbanas, delincuencia común y narcotráfico generaron un clima conflictivo y violento en Medellín, y donde la formación de unidades territoriales y el control territorial tuvo profundos efectos en la vida urbana. El Estado perdió legitimidad en los

constructiva se ha multiplicado drásticamente. Todas estas precisiones conllevan a que no sólo podamos admitir que la forma urbana a triunfado en nuestra sociedad sino que, por ende, se haya configurado un hábitat urbano en el cual se expresan y desarrollan las formas en que nos constituimos como sujetos sociales e históricos. Si algún día Medellín conoció el espacio público como esfera común, es decir, cómo el lugar abierto de debates y discusiones libres donde se manifestaban las diferencias, hoy no tiene esa huella plausible de ser cartografiada²⁵⁷. Hoy nuestro presente urbano no cuenta con un hábitat común ni, mucho menos, con un espacio público en el que sea posible deliberar públicamente los principios comunes que han de regir ese hábitat; pero, arbitrariamente, y aunque no contemos con ese espacio público descrito si contamos con una policía que defiende ese espacio inexistente de los intrusos y de esa otra *muchedumbre* a la que se le niega tanto el espacio público como el privado. Aun así, esa policía -la cual está constantemente limpiando el “espacio público” y del cual nos terminarán sacando con un interrogatorio por haber permanecido en él más de veinte minutos- es inútil, y por tanto, es preferible el orden y la seguridad del Centro Comercial. Sobresale la monumentalidad del “Santa Fe” que posibilita escapar a la mirada e insistencia del mendigo, pero también porque es en esas figuras de la monumentalidad contemporánea donde se concentra una cierta ilusión del vivir juntos; escapamos de las muchedumbres mendicantes como escapamos de nuestras

barrios populares, los cuales fueron controlados por actores armados de distinta procedencia -guerrillas, paramilitares, milicias populares, bandas delincuenciales- que se disputaron el poder desde entonces. La segregación socioespacial se intensificó y la estigmatización de muchos grupos sociales fue una de sus más notorias consecuencias.

A este escenario de violencia armada se sumó un ciclo de violencia rural a nivel nacional, lo que produjo desplazamiento a la ciudad y, por lo tanto, más ocupación ilegal. Este nuevo escenario comenzó su incubación a mediados de la década de los 80 pero detonó en los últimos años de los 90 y principios del nuevo siglo. Medellín fue una de las ciudades con mayor recepción de población desplazada en Colombia, con más de 200.000 desplazados entre 1997 y mediados de 2011 como lo muestra la oficina de Acción Social del gobierno nacional; de esta forma, las tasas demográficas nuevamente se acentuaron en la ciudad, y la población se asentaría en lugares periféricos de la estructura urbana ya poblados, aumentando su densidad y sus problemáticas o extendiendo la malla urbana de manera informal en zonas de laderas con altas pendientes y fuertes restricciones geológicas, a lo largo de las cuencas y quebradas. Las condiciones espaciales, sociales, económicas y políticas de una ciudad que se había ido paulatinamente erigiendo en el tiempo, constituyéndose como urbe a través de los procesos de crecimiento poblacional y económico, y con unos funcionamientos sociales que dependían de las apropiaciones territoriales, hacían sumamente difícil tanto una reorganización espacial como una transformación en el modo de vida y existencia urbanos en un lapso de tiempo tan corto; la aplicación discontinua de los principios modernos creó en muchas ciudades problemas irresolubles en las periferias urbanas y, las tensiones con las periferias, serán una constante en Medellín durante todo el siglo XX.

257 Es casi imposible cartografiarlo en la medida en que en Medellín, al constituirse ya como una gran ciudad, son formas de vida de las que no tenemos más idea al ser invisibles y al no figurar en los registros oficiales.

miserias habitacionales²⁵⁸.

Tenemos, con esto, que el hábitat urbano que nos es propio lleva al límite la articulación entre el dispositivo de consumo contemporáneo y una gubernamentalidad que se enmascara en esos “espacios de libertad”. La espacialidad de la vida humana alguna vez fue regulada según el principio de comunidad²⁵⁹, y a este principio respondía la arquitectura de los templos, de los lugares públicos y de los teatros, pero también respondía la disposición urbana de los edificios en los que se concentraba el poder, de dioses y de hombres, y de los espacios domésticos. A través de la arquitectura y de la disposición del hábitat urbano predominaban la vida pública, la intensidad de las fiestas, la proximidad sensual. En la vida de la *polis* y en los rituales festivos, la sociedad recobraba vigor y formaba un gran cuerpo único. Nuestra contemporaneidad, la global y la local, plantea el problema inverso: en una sociedad donde los elementos principales no son ya la comunidad y la vida pública, sino los individuos privados, por un lado, y el gobierno de estos, por el otro, las relaciones no pueden regularse sino en una forma inversa a la de la *polis*. Vemos entonces que desde la emergencia de una gubernamentalidad gestada con la modernidad, con su influencia siempre creciente respecto a la configuración de los ordenes políticos de las sociedades y con su intervención cada día más profunda en todos los detalles y es todas las dimensiones de la existencia humana, le era absolutamente necesario aumentar y perfeccionar el ejercicio de su poder, utilizando y dirigiendo hacia este gran fin la construcción y la distribución de edificios destinados a la vigilancia generalizada de las multitudes. De acuerdo con esto, podemos admitir que del panóptico pasamos al Centro Comercial, no como una solución de continuidad pero sí como dos lógicas gubernamentales que funcionan articuladas. Así,

258 Hablar aquí de miserias habitacionales hace especial referencia a las formas en las que en Medellín no sólo se están construyendo viviendas sin pensamiento espacial y urbano, sino a cómo esto está configurando la vida de los individuos: en primer lugar, unidades habitacionales que no superan los 60 mts construidos tanto para las VIP (vivienda de interés prioritario) como para los estratos altos y, en segundo lugar, una disposición de servicios urbanos deficitarios pero sintetizados todos en el Centro Comercial. ¿Que puede esperarse de esta lógica espacial? ¿en dónde los sujetos viven cautivos en un espacios 30 y 40 mts, en edificios de 30 pisos de altura con 6 y 7 apartamentos por piso y con la proximidad del *mall* a unas cuantas cuadras?

259 “Pensar la comunidad: nada parece más a la orden del día, nada más requerido, reclamado, anunciado por una coyuntura que, en una misma época, anuda el fracaso de todos los comunismos a la miseria de todos los individualismos. Y sin embargo, nada menos a la vista. Nada tan remoto, desplazado, postergado para un tiempo por venir, para un horizonte lejano e indescifrable” (Esposito, 2007, pp. 21).

confirmamos, por tanto, la tesis planteada y anteriormente evocada de Sennett; pero también reconocemos la lucidez con la que Foucault interpretó la gubernamentalidad espacial que caracteriza la modernidad: él evidenció como un proceso histórico consumado lo que Jeremías Bentham había descrito como una simple solución técnica.

En el hábitat urbano que nos es propio no se conjuga esa sociedad de la espacialidad común sino la de la vigilancia; bajo la superficie de las imágenes, se llega a producir profundamente las subjetividades contemporáneas; detrás de la gran abstracción del cambio, se persigue el gobierno minucioso y concreto de esos quienes se creen libres; la manifestación existencial del individuo no está amputada, reprimida y alterada por el nuevo orden social, sino que el individuo se haya en él cuidadosamente fabricado y producido como el “empresario de sí mismo”. Todo esto nos aleja cada vez más de esa topología que llegó a tener lugar. Y aunque somos menos griegos de lo que creemos, pues no estamos en medio de la *polis* o del *ágora*, sino dentro de un Centro Comercial, es posible imaginarnos una nueva forma de construir el hábitat común. Añorar algo que nos es tan lejano tal vez sería un tanto insulso, pero reconocer en ello una nueva posibilidad de pensar la vida y el hábitat urbano implica, tal vez, una utopía; pero, como diría Hénaff ésta

no es el hecho de una arquitectura que repartiría nítidamente los espacios y donde todas las funciones útiles serían aseguradas sin contratiempos; la utopía sería más bien aquello que fue durante mucho tiempo en Occidente y en otros lugares nuestra realidad cotidiana: un lugar donde uno se habla, donde uno se mira, donde uno se respeta, donde uno se pelea, donde uno ofrece asistencia en caso de necesidad, donde los individuos se encuentran sin reloj ni calendario (Hénaff, 2014, pp. 91).

Lewis Mumford comienza su obra *La ciudad en la historia*, anunciando que ella “empieza con una ciudad que era, simbólicamente, un mundo; y termina con un mundo que se ha convertido, en muchos aspectos prácticos, en una ciudad” (Mumford, 2012, pp. 7), pero si somos capaces de voltear la mirada ante las *muchedumbres* que no tienen en lo absoluto un efecto decorativo dentro de nuestro hábitat urbano, si las pensamos como esas presencias incómodas y sucias o, como diría Lévi-Staruss, “aquello de lo cual nosotros tenemos vergüenza como de una tara,

aquello que consideramos como una lepra” (Lévi-Strauss, 1988, pp. 137); podemos decir que ese “mundo que se ha convertido en una ciudad”, es posible gracias a que hay en lo contemporáneo un hábitat urbano que ha dejado de ser mundo. No obstante, habrá que admitir que subrepticamente el hábitat común, los hábitats, siguen funcionando, resistiendo y existiendo a través de la invisibilidad otorgada por una cotidianidad que poco tiene de capturada; lo que nos lleva a creer en que la utopía si tiene lugar y deviene topología. Con todo, y en la medida en que el coeficiente de explicación que hemos privilegiado para elucidar y analizar el funcionamiento del hábitat urbano local concierne a la dimensión histórica de la subjetividad en relación con un dominio de la gubernamentalidad neoliberal, la producción histórica tanto de otras subjetividades como de otros hábitats no sólo es posible sino realizable, pero sólo en la medida en que, en primer lugar, comprendamos todos los modos de subjetivación que han sido evocados desde el comienzo en este trabajo y, en segundo lugar, orientemos social y políticamente nuestra existencia en beneficio de la resignificación histórica de esa espacialidad común de la vida humana; en otras palabras, del espacio en donde funciona de forma manifiesta y real la diversidad y donde es posible la recuperación de la dignidad humana.

BIBLIOGRAFÍA

Sitios de consulta

Biblioteca Pública Piloto -sala Antioquia y Hemeroteca-, Medellín.

Biblioteca Universidad de Antioquia -Sala Antioquia, prensa y Hemeroteca-, Medellín.

Biblioteca Universidad Eafit -Sala Patrimonial y Hemeroteca-, Medellín.

Periódicos

El Colombiano, 1960 – 1980.

El Mundo, 1970 – 2007.

Universo Centro, 2008 – 2014.

Revistas

La Hoja de Medellín, 1992 – 2005.

Revista Antioqueña de Economía, 1981 – 1989.

Revista Coyuntura Comercial, 1990 – 1997.

Revista Fenalco Antioquia, 1989 – 2003.

Revista Tiempo de Mercadeo, 2004 – 2010.

Folletos, catálogos y guías

Alcaldía, Secretaría de Cultura Ciudadana, subsecretaría de turismo y Fenalco Antioquia (2009), *Medellín, ciudad de compras. Guía de Centros Comerciales*, Medellín: Opción Hoy.

Así es Medellín (1992), (1995), (1999) y (2005), Medellín: Somos Editores y Ediciones Gamma.

Folletos dominicales del Periódico el Mundo, dedicados al comercio y consumo de la ciudad, 1979 – 2005.

Fundación Viztaz y Alcaldía de Medellín (2009), *Guía turística Medellín 2009 – 2010*, Medellín: Panamericana formas e impresos.

Páginas Web

Divercity, página oficial: <http://divercity.com.co/>

Fenalco, seccional Antioquia: <http://www.fenalcoantioquia.com/>

Fenalco, Memorias XXV convención nacional y I simposio internacional de centros comerciales: <http://www.fenalco.com.co/memorias/centroscomerciales2013>.

Investigaciones, tesis u obras inéditas

Amuchástegui, R. (2008), Michel Foucault y la visoespacialidad. Análisis y derivaciones, Buenos Aires: Tesis doctoral, Dir. Oscar Traversa.

Canguilhem, G. (2002), “La cuestión de la ecología. La técnica o la vida”, Traducción inédita del francés al español de Jorge Marquez Valderrama.

Grupo cinco, (1982), Aproximación al estudio de los centros comerciales en la ciudad de Medellín, Universidad Eafit, Investigación.

Perez Osorio, A. L. (2004), Los centros comerciales como una teatralización de la vida en la ciudad, Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias sociales y humanas, Trabajo de grado en Sociología.

Artículos de revistas

Agamben, G. (2011), “¿Que es un dispositivo?”, En: *Revista Sociológica*, año 26, número 73, México, D.F.: pp. 249-264.

Canguilhem, G. (1985), “El conocimiento de la vida”, en: *Sociología: revista de la Facultad de Sociología de UNAULA*, Medellín, nº 18, pp. 8 – 16.

_____ (1995), “La vida: la experiencia y la ciencia”, en: *Sociología: revista de la Facultad de Sociología de UNAULA*, nº 8-9, pp. 5 – 40.

Cardona, P. (2004), “Los héroes urbanos: imaginarios culturales y consumo en Medellín”, en: *Revista Co-herencia EAFIT*, Medellín, nº 1, pp. 87 – 104.

Foucault, M. (1984), “Nietzsche, la genealogía y la historia”, en: *Sociología: revista de la Facultad de Sociología de UNAULA*, nº 5, pp. 5 – 15.

Restrepo Parra, A. (2010), “Los buenos negocios”, en: *Agenda Cultural Alma Mater UDEA*, Medellín, nº 162, pp 7 – 9.

Stiegler, B. (1998), “Leroi-Gourhan: l’inorganique organisé”, en: *Les cahiers de médiologie: Pourquoi des médiologues?*, N°6, pp. 187 – 194.

Valencia Agudelo, G. D. (2010), “La cultura mafiosa del consumo en Colombia”, en: *Agenda Cultural Alma Mater UDEA*, Medellín, n° 162, pp 2 – 4.

Xibillé, J. (1984), “El consumo o esa parte maldita”, en: *Sociología: revista de la Facultad de Sociología de UNAULA*, n° 6-7, pp. 5 – 11.

Capítulos de libros

Crawford, M. (2004), “El mundo en un centro comercial”, en: Sorkin, M.(ed), *Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público*, Barcelona: Gustavo Gili, pp. 15 – 46.

Deleuze, G. (1999), “¿Que es un dispositivo?”, en: *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona: Gedisa, pp. 155 – 163.

Foucault, M. (1980), “El ojo del poder”, Entrevista de Jean-Pierre Barou a Foucault, en: *Bentham, J. El panóptico*, Barcelona: La Piqueta.

_____ (2001), “El sujeto y el poder”, en: Dreyfus, H. y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 241 – 259.

Hiernaux-Nicolas, D. (2006), “De *flâneur* a consumidor: hacia una fisionomía del transeúnte”, en: *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, Barcelona: Anthropos, pp. 145 – 155.

Jappe, A. (2009), “El absurdo mercado de los hombres sin cualidades”, en: *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*, La Rioja: Pepitas de Calabaza, pp. 31 – 40.

_____ (2009), “Las sutilezas metafísicas de la mercancía”, en: *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*, La Rioja: Pepitas de Calabaza, pp. 65 – 82.

Sorkin, M. (2004), “Nos vemos en Disneylandia”, en: Sorkin, M.(ed), *Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público*, Barcelona: Gustavo Gili, pp. 231 – 258.

Libros

Alonso, L. E. (2005), *La era del consumo*, Madrid: Siglo XXI.

Amendola, G. (2000), *La ciudad postmoderna*, Madrid: Celeste.

- Balibar, E. (2013), *Ciudadanía*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Baudrillard, J. (2004), *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*, Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2002), *Modernidad líquida*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2006), *Vida líquida*, Barcelona: Paidós.
- _____ (2007), *Vida de consumo*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Boltanski, L. y Chiapello, È. (2010), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Akal.
- Buck-Morss, S. (2001), *La dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*, Madrid: Visor.
- _____ (2004), *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid: Visor.
- Byung-Chul Han (2012), *La sociedad del cansancio*, Barcelona: Herder.
- Castro, E. (2011), *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Certeau, M. (2000), *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, México ,D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Chacón Chacón, F. (2010) *Hábitat-centralidad: relación determinada por la transformación: problematización del fenómeno en centralidades conformadas a partir de centros comerciales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Cuartas, P. (2010), *El rey está desnudo. Ensayos sobre la cultura del consumo en Medellín*, Medellín: La Carreta.
- Esposito, R. (2007), *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Featherstone, M. (1991), *Cultura de consumo y posmodernismo*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (2002), *La arqueología del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____ (2002), *Defender la sociedad*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2006), *Seguridad, territorio, población*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2007), *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, México, D.F.: Siglo XXI editores.

_____ (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2007), *Sobre la ilustración*, Madrid: Tecnos.

_____ (2009), *El gobierno de sí y de los otros*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2009), *Vigilar y castigar*, México, D.F.: Siglo XXI.

González Escobar, L. F. (2010), *Ciudad y arquitectura urbana en Colombia: 1980 – 2010*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Harvey, D. (2007), *Los espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid: Akal.

_____ (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.

_____ (2009), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires: Amorrortu.

Hénaff, M. (2014), *La ciudad que viene*, Santiago: Lom ediciones.

Hirschman, A. (2014), *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Madrid: Capitán Swing.

Igarza, R. (2009), *Burbujas de ocio. Nuevas formas de consumo cultural*, Buenos Aires: La Crujía.

Laval, C. y Dardot, P. (2013), *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona: Gedisa.

Lazzarato, M. (2013), *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Buenos Aires: Amorrortu.

Lefebvre, H. (2013), *La producción del espacio*, Madrid: Capitán Swing.

Leonel, F. J. (2005), *Del derecho a la ciudad. Y su sentido dentro del espacio público como experiencia vivencial*, Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.

Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Lévi-Strauss, C. (1988). *Tristes trópicos*, Barcelona: Paidós.

Lipovetsky, G. (2007), *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona: Anagrama.

Mises, L. V. (2007), *La acción humana. Tratado de economía*, Madrid: Unión.

Muñoz, F. (2008), *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*, Barcelona: Gustavo Gili.

Olalquiaga, C. (2014), *Megalópolis. Sensibilidades culturales contemporáneas*, Santiago: Metales pesados.

Pardo, J. L. (1991), *Sobre los espacios pintar, escribir, pensar*, Barcelona: Serbal.

_____ (1992), *Las formas de la exterioridad*, Valencia: Pre-textos.

_____ (1996), *La intimidad*, Valencia: Pre-textos.

Polanyi, K. (2003), *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Rosanvallon, P. (2006), *El capitalismo utópico. Historia de la idea de mercado*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Sarlo, B. (2010), *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Sassatelli, R. (2012), *Consumo, cultura y sociedad*, Buenos Aires: Amorrortu.

Sennett, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.

_____ (2007), *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid: Alianza.

_____ (2007), *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.

Soja, E. (2008), *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Madrid: Traficantes de sueños.

Sombart, W. (1972), *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*, Madrid: Alianza.

Vigarello, G. (2005), *Corregir el cuerpo. Historia de un poder pedagógico*, Buenos Aires: Nueva

Visión.

Yori, C. M. (2006), *Ciudad, consumo y globalización. Caracterización de las grandes metrópolis en el comienzo de siglo; una mirada desde la relación entre consumo y sociedad*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.